

BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Angel J. Carranza

**LA REVOLUCION  
DEL 39  
EN EL SUD DE BUENOS AIRES**



se

Nacido en Buenos Aires en 1834, Angel Justiniano Carranza cursó estudios de derecho, graduándose con una tesis sobre *La libre navegación de los ríos*. Desempeñó a lo largo de su vida numerosos cargos públicos y comisiones oficiales: relator del tribunal supremo de justicia, juez de primera instancia en lo criminal, miembro de la comisión clasificadora de la deuda de la Confederación, presidente de la comisión liquidadora de la deuda de la Independencia y del Brasil, miembro de la comisión científica exploradora del Chaco Austral, auditor de guerra de la campaña militar del Chaco, jefe de la comisión científica de reconocimiento del río Juramento, auditor general de Marina de la Nación, entre otros. Murió en Rosario en 1899. Entre sus trabajos cabe destacar *Las campañas navales de la República Argentina* en cuatro volúmenes, *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, *Campaña del Chaco Austral* y *Cuestiones de límites en América*. La primera parte de *La revolución del 39 en el sud de Buenos Aires* fue dada a conocer en 1880; la publicación de la segunda finalizó más tarde en la Revista Nacional. A pesar de que la muerte del autor dejó trunca la obra y del tono por momentos muy poco objetivo, apasionadamente antirrosista, que el texto exhibe, *La revolución del 39* reviste gran interés para quienes deseen aproximarse a la historia de los «Libres del Sur».

Angel J. Carranza

# **La revolución del 39 en el sud de Buenos Aires**

**Biblioteca argentina de historia y política - 120**

**ePub r1.0**

**et.al 20.04.2019**

A LOS CIUDADANOS D. FRANCISCO B. MADERO Y D. MATÍAS RAMOS MEXIA  
— INICIADORES DE LA REVOLUCIÓN DEL SUD EN 1839, Y AYUDANTES DE  
CAMPO DEL GENERAL LAVALLE EN 1840.

Si coloqué mi obra anterior bajo los auspicios de Vds., mayor razón me asiste ahora para dedicarles la presente.

Siguiendo ambos una bandera sin mancha, e inspirados por un patriotismo desinteresado, contribuyeron al levantamiento memorable de la provincia de Buenos Aires contra la tiranía de Rosas. Después, cuando los pueblos de Dolores y Chascomús quedaron bajo las sombras de la proscripción, Vds. se alistaron de nuevo en el ejército libertador, perseverando en tal empresa, hasta que caído su noble caudillo, salvaron sus reliquias más allá de las fronteras argentinas.

Pero el tiempo ha coronado al fin las esperanzas de una juventud consagrada al honor. El horizonte se ha serenado para la República y se afianzan sus instituciones. Así, los recuerdos a que en este libro se asocia el nombre de Vds., ofrecen también lecciones o ejemplos a pueblos y a gobiernos.

Si el fruto de tales investigaciones fuese aceptado como un homenaje debido al mérito y como un contingente a nuestra historia, quedará satisfecho el voto ingenuo del amigo y del compatriota.

EL AUTOR.

## ADVERTENCIA

La Cultura Argentina ofrece hoy a sus lectores la «Revolución del 39 en el Sud de Buenos Aires», por don Angel Justiniano Carranza, en un tomo de 319 páginas, que puede considerarse la edición definitiva de dicha obra; pues el presente volumen ha sido completado con todos los trabajos del autor que posteriormente a su tomo I aparecieron en la «Revista Nacional».

La primera parte de la obra fue dada al público en 1880, en un tomo de 431 páginas, (con larga fe de erratas), por la imprenta del Pueblo, de don Miguel Macias.

La segunda parte empezó a aparecer (dos capítulos) en la «Revista Nacional», tomos I y II, pág. 211 (entonces dirigida por Adolfo V. Carranza), a la cual la dirección de dicha revista colocó la siguiente nota: «Publicamos un fragmento de la segunda parte de esta obra que el autor nos ha cedido espontáneamente, pues, la consideramos una interesante adquisición para nuestros favorecedores. El primer tomo apareció en 1880 y termina donde empieza el presente capítulo». Posteriormente, ya muerto el autor, y dirigiendo la misma revista su hijo Rodolfo Wáshington Carranza, fueron encontrados algunos borradores de su padre sobre el mismo asunto. Enterados don José Juan Biedma (prologuista del libro y actual Arch. Gral. de la Nación); don José Antonio Pillado, autor de varios trabajos históricos, entre ellos el erudito «Buenos Aires Colonial» y director y dibujante de «La Cotorra», (periódico humorístico), y mi padre, don Juan Canter (editor entonces de la Revista Nacional), le instaron a que los publicara con una nota aclaratoria, y así fue cómo aparecieron otros capítulos de la obra en los tomos XL y XLI de la misma revista, precedidos de esta advertencia: «No sin vencer algunas vacilaciones de nuestro espíritu, damos a la publicidad los borradores del segundo volumen de la Revolución del 39; datan de 1880, época en que fueron escritos de primera intención e indudablemente con el propósito de revisarlos y corregirlos antes de darles a la luz pública. Circunstancias que ignoramos demoraron la aparición, y la muerte troncó la existencia del autor cuando sus facultades estaban en pleno vigor y en momentos que el retiro de las tareas administrativas le permitiría consagrarse de lleno a sus estudios predilectos y dar a la estampa este y otros trabajos históricos, a que había dedicado su infatigable laboriosidad. — *La dirección*».

Como podrá verse, el trabajo quedó trunco, posiblemente; borradores de otros capítulos, sirvieron junto con una riqueza de documentos para rellenar un pozo que había en el fondo de la casa. Lo curioso es que don Angel se apasionó de algunas cosillas interesantes con objeto de «salvarlas», pero parece que un hada maléfica influenció a alguien para que causara semejante catástrofe «histórica». Verdad es que otros legajos del rico archivo fueron al Archivo General de la Nación, la menor parte; y

la mayor, al Museo Histórico y a la Biblioteca Nacional.

En el presente volumen, para ofrecer mayor facilidad al lector el extenso apéndice del tomo I (1880) ha sido compaginado al final.

JUAN CANTER (hijo).

## PROEMIO

Hominis labor prima virtus

Pensamos con un publicista contemporáneo, que para escribir la historia, se requieren dotes especiales, porque al historiador se le considera como juez severo del pasado y maestro o consejero del porvenir, debiendo ser su erudición general y sólida, investigador y certero su juicio, correcta y sencilla su narración.

Así, no se nos oculta lo espinoso de la tarea confiada a nuestros esfuerzos, al echar los cimientos de la obra que consagramos a la memoria de los *Libres del Sud*.

Transcurrido va casi medio siglo desde que el pueblo de Dolores convirtiéndose en paladín de la campaña de la provincia de Buenos Aires, se puso al frente de las ideas liberales que brotaron allí para contrarrestar el poder dictatorial de Rosas. Un olvido profundo, injustificable quizá, ¡cubrió a los que cayeron y a los que salvaron de la catástrofe de Chascomús...!

Afortunadamente viven todavía varios testigos de esos acontecimientos, y comparando sus relatos verbales con los documentos que conservamos y hemos consultado imparcialmente, juzgamos haber discernido con criterio, de un laberinto de datos aislados, los que tienen el sello de lo verídico, cosechando alguna mies que sabrán aprovechar los venideros.<sup>[1]</sup>

A manera del gaucho que pretende alzar su rancho en plena pampa, hemos necesitado reunir antes los materiales necesarios. No era posible organizar un estudio concienzudo sin que lo precediesen prolijas investigaciones, compulsando apuntes o escuchando reminiscencias a menudo contradictorias, para extraer lo conducente a completar esa labor con todo el acierto posible.

Con el fin de que sirvan de certidumbre moral a través de las ruinas del pasado, hemos incluido en el texto diversos comprobantes, para que el lector se persuada también, que los hechos han de corroborar y justificar constantemente nuestros asertos, sobre ese tejido de heroísmo y de horrores que se denomina *La Revolución del Sud*.

Rosas, de quien forzosamente tenemos que ocuparnos como protagonista en este cuadro, exigiría para su retrato moral, dilatadas páginas que no estamos en voluntad de consagrarle.

Son numerosos los escritores de América y Europa que han procurado caracterizar al que habiendo perseguido la libertad durante su dictadura, fué a

refugiarse y morir en el país más libre de la tierra<sup>[2]</sup>. Inclínados míos a cierta indulgencia que podría llamarse culpable: mientras que otros, buscaron en los Anales de Tácito, rasgos fulminantes con que pintar sus crímenes, y votar su condenada cabeza a la execración universal, nosotros, con no poca violencia de ánimo, cuando palpitan todavía memorias nefastas, nos esforzaremos por ofrecer una apreciación más sobria de la fisonomía del hombre que fatalmente ha pesado tanto y por tan largo tiempo en los destinos de su patria, y aun del hemisferio Americano.

Don Juan Manuel de Rosas descendía de una familia antigua que ostentaba timbres nobiliarios<sup>[3]</sup>.

Heredó como tantos otros personajes, el carácter imperioso de la madre. La fiereza de su índole y la robustez natural de su constitución, aumentaron con las costumbres nómades del pastor argentino, y con el aislamiento en que transcurrieron los primeros años de su juventud. Así es que careció de dirección, de ejemplos y de estímulos.

En la época que estudiamos, el gobernador Rosas lleno de prestigio en las masas, iba acrecentando ese poder extraordinario, consolidado a fines de 1842 por la victoria decisiva del Arroyo Grande; ocupando ya sin rivales el escenario político del Río de la Plata; pero sin que entonces ni después, se hubiesen calmado las inquietudes de su espíritu avezado a disimularlas entre las sospechas y visiones que turban de continuo el reposo de los tiranos.

La naturaleza no le había esquivado sus dones. Aunque de exterior poco imponente por la excesiva sencillez de su traje<sup>[4]</sup>, revelaba el conjunto de sus facciones una gran regularidad, pues que ni era recogido de estatura, ni abultado de carnes.

De semblante sonrosado, ojos azules, nariz aguileña, boca bien delineada, cabello abundante y perfil correcto, completaba su físico una admirable destreza en la equitación que le ganó la voluntad de los gauchos<sup>[5]</sup>. Hasta la fortuna le había dispensado como a Cromwell las caricias de una hija. Ella estimaba tanto como temía a ese hombre para quien los lazos de familia perdían todo influjo ante su orgullo y sus rencores.

Semejante a Pablo I de Rusia, era mirado por sus inmediatos, como un monomaniaco cuyas extravagancias rayaban a menudo en lo increíble, sin que nadie se atreviese a dudar que conservaba íntegra la conciencia de su inmenso poder, armando con una inteligencia no esmaltada por la cultura de la educación, pero singularmente perspicaz para ver en política: *pronto, claro y lejos*.



Halagado como ningún otro gobernante de América, admitió los más encumbrados dictados cívicos y se le tributaron honores casi divinos; repitiéndose con él la apoteosis de algunos emperadores romanos. Constante en el trabajo, tenaz en los propósitos, antes se descubrían los efectos que las causas de sus resoluciones; alimentando la esperanza de muchos con el premio de pocos.

Organizó el ejercicio de su despotismo por inspiración propia. Servíase de sus ministros que redujo a simples amanuenses, sin dejarse aconsejar de ellos, pues que rara vez les confiaba los secretos de Estado, y cuando lo hacía, eran ciegos intérpretes de su voluntad vertida hasta con sus mismas palabras.<sup>[6]</sup>

Uno de sus rasgos característicos fué ese prurito de detalles que tocaba en lo absurdo. Aspiró sin duda a imponerse como un espíritu no sólo capaz de idear vastas combinaciones, sino de descender a los más triviales pormenores, para conquistar con el renombre de organizador, el de inexorable fiscal en la ejecución de sus mandatos. Tal se nos revela desde que era simple campesino<sup>[7]</sup> después, en más alta escala durante la expedición al desierto el año 33, en la administración de su fortuna y dirección de su casa, como en el manejo autocrático de sus oficinas inmediatas.

Inaccesible a toda influencia y a toda seducción, jamás engañó en las promesas que hizo a sus subordinados. A veces fué espléndido en sus dádivas; mas siempre celoso de que se las pidieran con humillación.<sup>[8]</sup>

Insensible al mal ajeno, era jovial en la vida íntima, solazándose con sus bufones que convirtió en pregoneros de sus caprichos, siendo temido pero nunca amado por sus secuaces a los que por sistema mantenía intrigados entre sí, e inciertos al día siguiente de conservar los favores de la víspera, que así como la desgracia eran bruscos e inesperados, pues que dudaba de su lealtad; desconfianza que lo agujoneó hasta el último instante de su vida pública.<sup>[9]</sup>

Sostuvo guerras aunque sin ministro del ramo, y vigiló el mantenimiento de la integridad nacional. Dirigió la contienda exterior con astucia y fortaleza; pero cuando firmaba la paz con las naciones más poderosas de la tierra, consultaba antes la conveniencia de sus miras, pronto siempre a descolgar las armas de la resistencia, y remitiendo la discordia doméstica a la espada exterminadora. En lo primero aprovechaba de su popularidad: en lo demás, azuzaba el instinto feroz de sus escuadrones, que no pedían ni daban cuartel a sus enemigos, con los que él y sus tenientes fueron despiadados.

Por último, todo lo que podía infundirle celos en el mismo partido que llamó

*federal* durante su prolongada dominación *unitaria*, corrió suerte idéntica a la de tantos patricios en Italia bajo los Borgia; y empleando paulatinamente algunos de los medios de que se valieron Alejandro VI y César su hijo, logró realizar el ensueño de sus afanes, el objetivo de su ambición insaciable: ¡¡hacerse ÁRBITRO SUPREMO DE LA REPÚBLICA!!

Ese fue para nosotros el ex general don Juan Manuel de Rosas, juzgado a la luz de los hechos, y de impresiones de la adolescencia desligadas de toda pasión.

Pero el despotismo suele inspirar a sus víctimas el coraje bastante para afrontar los mayores peligros; y la conspiración del Sud, si bien no era embrionaria, tampoco había madurado del todo cuando ocurrió el pronunciamiento del 29 de octubre, que faltó de una cabeza superior que organizara los elementos exuberantes de lucha con que contaba, se paralizó en su acción y se perdió... porque el estallido revolucionario como la chispa, eléctrica, es indispensable que todo lo abrace y todo lo alumbre en un instante.

No obstante, quedó consagrada la protesta contra la tiranía de Rosas, que según hemos dicho en otro libro<sup>[10]</sup> fué la segunda época histórica del Río de la Plata; hasta que el triunfo sobre su sistema de terror, salvó en las comunidades emancipadas por la revolución de 1810, los derechos humanos, las doctrinas, las libertades proclamadas y las aspiraciones de la generación presente hacia destinos más felices.

¡Por eso, aquel movimiento audaz, que afectando intereses elevados iba a derramar tantos beneficios sobre pueblos oprimidos, fue sofocado en su origen, sin legarnos otro vestigio que el poema trágico de Echeverría, quien remontándose a las cumbres de la imaginación, fulminó a los tiranos después de llorar y glorificar a los mártires de la libertad!

En el propósito de mantener la integridad de la relación histórica, hemos juzgado indispensable incorporar varios capítulos referentes a la cruzada del general Lavalle con la que se ligaba íntimamente el movimiento revolucionario del Sur. En el decurso de nuestras investigaciones, exponemos las causales que obstaron a su desembarco en aquella parte de la provincia de Buenos Aires; error de aciaga trascendencia en la ulterioridad de las operaciones militares. Sin embargo, es una de las pocas entidades de la guerra social argentina, que, se encuentra colocada bien alto en la estimación de los que sin temor y sin odio, compulsan los anales de nuestras viejas rencillas. Su corazón, fuente de un patriotismo puro, latió constantemente por devolver a una sociedad esclavizada, el bienestar que reposa en la armonía del principio de autoridad con los derechos imprescriptibles del ciudadano. Por eso fue amado hasta por los que no

conocieron el magnetismo de su presencia que retemplaba al soldado; y su espíritu superior a un acerbo destino, llevó la bendición de los pueblos que su heroica abnegación no pudo redimir... aun antes que hubiese desaparecido en las esferas luminosas de la inmortalidad.

Cerramos el capítulo VIII en medio de las dianas y aclamaciones germinadas al calor de la más noble esperanza: sacudir un yugo abominable. En los que siguen, acompañamos a los revolucionarios en las peripecias de su empresa, hasta que ensangrentadas las márgenes solitarias del lago Chascomús, son compelidos a emprender esa peregrinación sombría hacia lo desconocido... Abandonan con su montura al hombro y resignados el puerto de Ajó, navegan el Río de la Plata, remontan el Uruguay, atraviesan el Paraná bajo el cañón enemigo, se internan en el corazón de la República; oscilan al Sud y al Oeste de sus dilatadas zonas, para arrastrarse en seguida al Norte, los miles ya convertidos en cientos; y rompiendo olas de sangre entre destrucción y escombros, cruzan el bárbaro Chaco para surgir en Caaguazú como el rayo que derriba y quema, o trasponen los Andes para brillar en Ingavi, presentarse en Chile con los despojos de su capitán ilustre; o salvando el Océano, van a extinguirse en California las últimas chispas de aquella columna de fuego lanzada desde las pampas australes...

¡La incuria primero, la incapacidad y la defección más tarde, la suerte infausta siempre... tal fue el epílogo del drama que hemos bosquejado al recordar el alzamiento del pueblo de Dolores, el mal imitando en el nombre y en la gloria a su gemelo de la América Septentrional, lidió como aquél en la era de la Independencia, por un principio sublime... la libertad... en cuyas aras fueron inmolados, pero no domados los campeones de Méjico en 1810 y los de Buenos Aires en 1839 por la mano feral del despotismo!

Teniendo a nuestro alcance los archivos privados de los generales Lavalle, Rivera, Rosas y otros personajes que por tantos años llenaron la escena, estas páginas matízanse de novedad, con ese tesoro de elementos casi desconocidos que conviene no dejar en el misterio, sino poner ante los ojos de la juventud argentina para su ejemplo y enseñanza.

Con la mayor parte de nuestro tiempo dedicado al cumplimiento de obligaciones perentorias, hemos ido imprimiendo este libro a medida que lo escribíamos, y no sería extraño que nuestro plan se resintiese de las fluctuaciones de tal situación. Entonces, su mérito fundamental estribará en que no se han escondido, ni siquiera disfrazado los hechos comprobados y dignos de consagración histórica, narrándolos en estilo llano, popular.

Sin aspiraciones a reputación literaria que en nuestro país es infecunda para los obreros del pensamiento, al entregar este nuevo trabajo a las corrientes populares satisfaciendo un designio espontáneo, confesamos que se halla muy distante de nuestro ánimo el avivar resentimientos ya casi extinguidos, ni despertar antiguas odiosidades. Como escritores, no conocemos partido alguno y sólo quemamos aromas a un ídolo: la verdad; esa deidad augusta que da a cada uno lo que le pertenece. Por ello, cuando apareció un fragmento de este libro, y cierto letrado nos suscitó la controversia con que en vez de convencernos e ilustrarnos, intentó conmover nuestros andamios históricos, nos creímos compelidos a desautorizar con texto en mano, lo que no pasaba de tradiciones o rumores de familia, dejando fuera de combate y desazonado al contendor.

Ignoramos si en el desarrollo de este plan, hemos dominado las dificultades que nos cercaron. Poniendo de lado el desaliento generado por un afán estéril; sin una antorcha que nos guíe, ni otras armas que la razón y la conciencia, penetramos resueltamente en la sombra inmensa del pasado, para gravitar hacia la luz, descargando de la memoria de unos, gran parte de las culpas con que la mancillaron pasiones del momento, para compartirlas con otros cuyos errores eran desconocidos o mal apreciados.

Es la prueba evidente de que nos agitamos en un teatro que da expansión al pensamiento, y en el que por lo menos ya no será un delito expresarlo con franqueza, al resucitar con el soplo de la narración histórica los hombres y los sucesos de otras épocas.

Tal es la ofrenda humilde de nuestro patriotismo.

*Buenos Aires, 5 de septiembre de 1880.*

## PRIMERA PARTE

### Capítulo I

*La conspiración de 1839 y el alzamiento del Sud. — Quiénes fueron sus precursores allí.  
— Antecedentes del sargento mayor don Pedro Castelli.*

El dictador don Juan Manuel de Rosas había ahogado la conspiración de 1839, sin que lograra apagar sus chispas en la sangre del joven comandante don Ramón Maza.

Destrozado el nervio principal de ella, aun se hallaban en pie elementos importantes buscando su cohesión natural para convertirse en hechos prácticos.

La mina había quedado cargada, y sus ramificaciones subterráneas proyectaban rumbo al sud de la provincia, precisamente hacia donde menos lo temía Rosas, quien pensaba que aquella parte de la campaña era su pedestal, como lo fuera diez años antes en una época de subversión.

Pero habían pasado esos tiempos, y no tardaría aquel gobernante en sufrir un profundo desencanto; pues si acababa de eliminar al caudillo de una revolución, se conservaba su germen ardiente en el sentimiento de resistencia de esa parte de la campaña que sólo aguardaba la señal para estallar en sus más extensas y opulentas comarcas.

Según hemos dicho en un *Bosquejo Histórico*<sup>[11]</sup>, falta de prudencia el que estaba al frente de la conspiración, no fué difícil al gobernador de Buenos Aires apoderarse de algunos de sus hilos para romperlos con su mano omnipotente y convulsiva.

Aleccionados, pero no intimidados por estos descalabros, los confabulados continuaron sus trabajos secretos, y todo conato se redujo ya, a precipitar el pronunciamiento preparado en la campaña, para que ella respondiera al grito de la capital, donde había sido sofocado repentinamente por una tragedia sin ejemplo.

¡A largas jornadas de aquellos sucesos y a través de casi medio siglo de silencio, cuando la mayor parte de sus actores han bajado al sepulcro, triste es confesarlo, la historia no ha grabado todavía el nombre de los heraldos de tan famoso alzamiento destinado a producir un cambio radical en la República y que fué aquí la última protesta armada contra el hombre que la subyugó por cuatro lustros!

Por ello es, que serenadas las pasiones, nos apresuramos a llenar con tiempo ese vacío, declarando que los iniciadores del movimiento reaccionario a que nos referimos, fueron los ciudadanos:

Marcelino Martínez Castro, Pedro Castelli, Matías Ramos Mejía, Francisco Ramos Mejía, Ezequiel Ramos Mejía, Francisco Bernabé Madero, Apolinario Barragán, José Ferrari y Leonardo Domingo de la Gándara.

Estos patriotas sin arredrarse por las graves responsabilidades en que incurrían si eran sentidos, se convidaron para conmovir la campaña del sud, y puestos en contacto con el general don Juan Lavalle que se aprontaba en Montevideo a abrir sus operaciones sobre el mismo territorio, hacer que este jefe lo invadiera rápidamente, en cuyo caso le prestarían todo su concurso, pues muchos de ellos eran estancieros acaudalados que manejando numeroso peonaje, tenían prestigio entre los llamados a reforzar las filas del ejército libertador.

No sin peligro se mantenía la correspondencia entre el caudillo de la cruzada inminente con sus correligionarios en Buenos Aires, a fin de inculcar la necesidad de que efectuara su desembarco en la provincia como una operación decisiva en esta guerra inevitable.

Habiendo referido antes de ahora que la conjuración de 1839 tenía ramificaciones en la campaña, examinemos cuáles eran.

Desde muy temprano, el comandante Maza expresó su deseo de que don Pedro Castelli, hacendado de la sierra del Volcán, fuera iniciado en el complot, creyendo sin duda que el apellido ilustre que llevaba y sus servicios con el general Lavalle en el cuerpo de «Granaderos a Caballo», unidos a las simpatías que se le atribuían en las masas, era otro gaje de éxito para sus planes.

Firme en este pensamiento se buscaba al hombre capaz de sonarlo con discreción, cuando le propuso su colega Jacinto R. Peña confiar tal encargo a don Francisco Lozano, cuyo ánimo prudente le era conocido. Aceptado por éste, se pone en marcha para desempeñar su papel; mas recordando que se encontraba en la *Laguna de los Padres* don Marcelino Martínez, que tenía estrecha amistad con Castelli, decidió entenderse antes con el primero, que ya había dado pruebas de su odio a los tiranos.

Veamos cuáles eran los antecedentes de este ciudadano:

Hijo menor de don José Martínez Escobar, español, y de doña Manuela Castro,

nació en esta ciudad el 16 de julio de 1810.

Habiendo perdido a su padre en 1820, le llevó a Montevideo su hermano mayor don Ladislao, cantado en los versos heroicos que Rivarola dedicó a la defensa de Buenos Aires en 1807. A la edad de 14 años regresó don Marcelino para ocuparse en el comercio, hasta que en octubre de 1828, fué a hacerse cargo de un valioso establecimiento de campo que poseía su hermano en la *Laguna de los Padres*. Admirador de Rivadavia, y adicto a los que sostenían sus ideas de reforma, a principios de 1829, se presentó al general Lavalle en el pueblo de Dolores a ofrecerle sus servicios, manifestándole que regenteaba accidentalmente la estancia de la laguna de Navas, otra de las propiedades de su hermano, en lugar de don Juan Andrés Gelly (padre) que la había abandonado para tomar parte con los revolucionarios del 1.º de diciembre, y opinó que no sería difícil apoderarse de los esclavos y caballadas que tenían los Anchorena en el cercano establecimiento de las Víboras. Lavalle aceptando esta inesperada oferta, mandó que el comandante Patricio Maciel lo acompañara con su escolta a verificar la operación, como se hizo, retirándose Martínez a la *Laguna de los Padres*, mientras que el general luego de haber ahuyentado la *montonera* del afamado indio Molina regresaba a la capital. Allí permaneció Martínez hasta que la acción del Puente de Márquez y el pacto de Junio en ese año, abrieron a don Juan Manuel de Rosas las puertas del poder. Pero denunciado por un italiano Matías Amores, mayordomo de la estancia de Chapadmalán (a) *Bruscas de Trápani*, y memorable por sus fechorías, se giró una circular para que lo fusilasen luego de ser aprehendido, dando cuenta Noticioso Martínez de que era buscado con ahinco, extravía caminos y va a ocultarse en el puerto de la Ensenada de Barragán con la intención de tomar pasaje para la Banda Oriental; pero descubierto por el comandante Arana que lo era del punto, fué encerrado en un calabozo para ser remitido en seguida al campamento general de Rosas en *Los Remedios*, de Cañuelas. Las lluvias copiosas sobrevenidas en esos días, motivaron su demora, cuando don Prudencio Rosas, investido con el mando militar de los departamentos del sud se presentó allí, donde recibió pliegos urgentes de su hermano el general, para despacharlos a don Juan José Anchorena que se encontraba en Montevideo. Uno de los de su séquito, don Mariano Baudrix que conocía los *pecados no veniales* de Martínez, se interesó en salvarle y propuso a don Prudencio enviar esas comunicaciones por medio de aquél, asegurándole que estaba preso por *arbitrariedades de Arana*. Todo se arregló favorablemente, merced a la mala inteligencia que existía entre ambos jefes y de la que el astuto protector de Martínez supo sacar partido. Los oficios fueron entregados a su título con toda puntualidad; se corrió un velo sobre lo pasado y Martínez pudo volver más tarde a la estancia de la *Laguna* donde se mantuvo sin ser molestado, pero creándose simpatías en el paisanaje y cultivando relaciones útiles para el porvenir.

Tales eran sus precedentes que conocidos por Lozano, influyeron para que éste solicitase su concurso a mediados de 1839.

Conmovido Martínez por la relación del emisario, le asegura que entraría con todos sus elementos en la conjuración contra Rosas, garantiendo también la adhesión de Castelli, pero que deseaba bajar antes a Buenos Aires para conferenciar personalmente con el comandante Maza y ofrecerle su cooperación en el Sud.

Llegado a la ciudad, se dirigió a casa de don Joaquín Cazón, a quien presentó una tarjeta de Lozano, y éste le dió otra de introducción para su cuñado, don Jacinto R. Peña, por cuyo intermedio se puso en contacto con Maza.

En la conferencia que tuvo lugar, aseguróle este último que contaba con las personas más respetables de la ciudad y con toda la campaña del Norte, donde tenía agentes como Hoyos y otros que coadyuvarían al desembarco del general Lavalle que él esperaba se verificase en un paraje inmediato, el que sería apoyado por cuerpos de la guarnición y por las fuerzas del coronel don Nicolás Granada acantonadas en Tapalqué, con las cuales contaba también.

Su interlocutor después de observar que la falta de combinación había causado el año anterior la muerte estéril del comandante Selarrayán, lo enteró detenidamente de los recursos de que podía disponer en la campaña del sud, de las aspiraciones de sus principales hacendados y habitantes en general, asegurándole que tenía estrecha amistad con los hermanos Ramos Mejía, don Benito Miguens y otros que por sus antecedentes de familia, crédito y medios a su alcance, valían tanto o más que Castelli; agregando que llevaba cartas de Lavalle para ellos, invitándolos por medio del doctor Manuel Belgrano a que acudiesen a proteger su desembarco.

Explayadas sus opiniones por el caudillo de la conjuración, las sombras de la noche ya mediaban su curso, cuando Martínez se despedía de éste, prometiéndole partir esa madrugada a poner en obra lo convenido, y desplegar todos sus esfuerzos para realizarlo.

Dos días después llegaba a la estancia de *Chacabuco*, encontrando la mejor disposición en su propietario don Francisco Ramos Mejía, quien tomó a su cargo verse personalmente con su amigo don Benito Miguens en las *Cinco Lomas de Lara*, anticipando su entera adhesión a la empresa.

Martínez a pesar del entusiasmo con que había sido recibido por don Francisco creyó prudente no comprometer a su hermano mayor don Matías, que era padre de



numerosa familia, y previno al primero que convendría mantener el secreto con él.

—«Dios lo libre don Marcelino de hacer tal cosa», repuso con énfasis su interlocutor, «porque mi hermano Matías no le perdonaría jamás, si Vd. dejase de invitarlo para un fin tan patriótico».

Ante semejante observación, fué indispensable verse con éste en *Marihuincul*, y su actitud decidida confirmó en todas sus partes el pensamiento de su hermano, puesto que añadió, J que no sólo su persona, sino también su familia, sus intereses, y cuanto podía valer lo consagraba a la idea de salvar la patria de las garras del opresor.

Martínez, acompañado siempre por el joven Ezequiel Ramos Mejía, pasó luego al cerro de Paulino con el objeto de iniciar a Castelli, y entregarle una carta de Lavalle. Este alegó su incompetencia para encabezar cualquier movimiento; pero estrechado por aquél en una larga conferencia, concluyó por ser convencido, jurando reunir a sus parciales para incorporarse con ellos y como *simple soldado* a la fuerza que se organizase, *ya que sus amigos se empeñaban en hacerlo degollar*. (Textual).

Castelli era hijo del prócer de la revolución de Mayo, doctor don Juan José Castelli y de doña María Rosa Lynch. Su padre había muerto el 12 de octubre de 1812, y fué sepultado en la iglesia de San Ignacio envuelto en las brumas sombrías de la derrota del Desaguadero. Diez años después, su hermana doña Juana, huérfana y en la miseria, imploraba una pensión invocando los servicios de su progenitor y las calamidades que lo habían afligido en sus últimos días en que llegó a faltar hasta una camisa al que tuvo a su disposición los tesoros del Alto Perú<sup>[12]</sup>. En cuanto a sus hermanos, don Alejandro fué un comerciante instruido pero desgraciado y don Francisco Luciano tomó parte en el crucero de la fragata Heroína como subteniente y ayudante de su jefe el coronel David Jewett que en 1820 fué a mostrar en los mares de Europa el pabellón de la joven República, asistiendo durante la guerra del Brasil, bajo la insignia de Brown, al desastroso combate del Banco de Santiago<sup>[13]</sup>.

Don Pedro había principiado su carrera como cadete en el regimiento de *Granaderos a Caballo* formado por el general San Martín y fué a recibir el bautismo de la guerra en las barrancas de San Lorenzo, siendo ascendido a teniente en 4 de diciembre de 1813. En 16 de febrero del año siguiente, nombrado capitán de cazadores, concurre al sitio de Montevideo hasta su gloriosa terminación. Participó de las vicisitudes de 1818 y 20 contra los montoneros de Ramírez y López como también en algunas expediciones de los húsares de Rauch sobre los indios. En 1823 obtuvo su retiro en la clase de sargento mayor de caballería de línea para dedicarse a la ganadería, administrando cerca de siete años la estancia de la *Esperanza* (en el Divisadero de los Montes Grandes)

de la casa Zimmermann y Cía. hasta que vendida a la razón social Sánchez y Cía., fué a regentarla don Martín Serna; y Castelli protegido por su amigo don Manuel Campos pudo adquirir la pequeña que poseía en la remota sierra del Volcán.

No obstante lo relacionado, Castelli, al que se ha atribuído más importancia de la que tenía en realidad, era un hombre de limitadas aptitudes, y en la época a que se hace referencia estaba pobre, viviendo a la sombra de sus amistades y con su prestigio decaído, como lo veremos más adelante.

## Capítulo II

*Estado de la opinión en la campaña de Buenos Aires. — Fusilamiento de Maza. — El general Lavalle en Montevideo. — Negociaciones secretas. — Dificultades imprevistas. — Zarpa la expedición libertadora.*

En esa época, el espíritu de la campaña del Sud se hallaba en la mejor disposición para secundar cualquiera tentativa armada contra el sistema de terror que imperaba. De ello estaban persuadidos los misteriosos agitadores de la insurrección, puesto que habían explorado aquel sentimiento de antemano y lo alimentaban con tenaz perseverancia.

Obedecían a esta combinación, hasta los pasatiempos congeniales a nuestros hombres de campo, entre los que descollaban las carreras y las boleadas, reuniones que a pesar de su crecido número no podían despertar la suspicacia infatigable de la autoridad.

Los hacendados que estaban en el secreto, se valían de esos pretextos para dar impulso a sus miras, sin temor de que Rosas pudiera ser oportunamente prevenido.

En las ruidosas diversiones de aquel género que tuvieron lugar en el *Pozo del Fuego* y en las puntas de *Kakel* ya pudieron verse los progresos de estas maquinaciones.

Los colores *verde* y *celestes* proscritos en la ciudad, se ostentaron indistintamente por todas partes y el *Grito Argentino*, periódico ilustrado que aparecía en Montevideo contra Rosas, no sólo era leído y comentado por los gauchos en las pulperías, en los alegres fogones de las cocinas y en los corrales que son su escuela favorita, sino que circulaba también por las carretas en que sus familias concurrían a esas fiestas agrestes, penetrando hasta en las *carpas* de los oficiales de milicias, convertidas ya en foco de discusión política, pues que era unísona aun en los más apartados extremos de la campaña la idea de profunda repulsión hacia don Juan Manuel.

Entretanto, éste a quien se creía adormecido, se apoderaba merced a la perfidia de un cobarde, de la persona del jefe de la conjuración y lo hacía fusilar con pasmosa rapidez; golpe que desconcertó a sus cómplices, quienes amenazados de igual suerte, sólo pensaron en buscar un refugio que los salvara de la saña vengativa de aquél.

El doctor Jacinto Rodríguez Peña, cuyo denuedo varonil en el memorable plebiscito de marzo de 1835, había llamado la atención general<sup>[4]</sup> fue quien se encargó esta vez de prevenir a sus correligionarios de la campaña, de que el dictador puesto en

la confidencia de la conspiración acababa de fusilar a su caudillo, buscando y aprehendiendo a los afiliados, por lo que los excitaba a que procurasen su salvación sin pérdida de tiempo.

Don Marcelino Martínez a quien iba dirigido ese fatídica billete, luego de escribir a Castelli que permaneciera tranquilo hasta segundo aviso, se trasladó a Marihuincul para conferenciar con los Ramos Mejía. Allí concertaron no abandonar la empresa sin haber tomado antes los informes necesarios de don José Otamendi, Juez de Paz de Monsalvo, quien se encontraba accidentalmente en el establecimiento de San Simón, de Piñero.

Puesto Martínez al habla con dicho funcionario, manifestóle éste que ignoraba todo y que no había recibido aún de adentro orden alguna, prestándose con caballerosidad a trasmitirla, caso de tenerla más tarde, a la estancia de Ramos mediante una fórmula convenida.

Pero el inquieto Martínez deseaba ver por sus ojos lo que sucedía en la capital, como lo hizo, trasladándose a ésta luego de haber prevenido a los Ramos lo que se proponía.

Presentándose en el escondite de sus confabulados, que no era otro que la casa de don Diego Arana, les dijo que si bien se había perdido lastimosamente la persona del comandante Maza, les hacía saber que la empresa en el sud permanecía en pie con todos sus elementos ignorados por Rosas, y que era de urgencia escribir nuevamente al general Lavalle, avisándole que para estallar el movimiento sólo se esperaba su desembarco en la *Laguna de los Padres*, donde podía contar con una reunión no menor de 3000 vecinos resueltos a incorporársele con las caballadas necesarias.

Pero mediaban trabas latentes y poderosas que frustraron el logro inmediato de esos propósitos.

El general Lavalle, separándose del ejército de Rivera después de la batalla del Palmar, se retiró a Mercedes sin mando alguno para soterrarse en la estancia del *Bichadero*, de Mr. Robert Young (departamento de Paysandú) y fué desde entonces completamente extraño a las operaciones militares o políticas del caudillo oriental<sup>[15]</sup>.

Llegado este al campo volante de fuerzas suyas que habían sitiado a Montevideo las dificultades ocurridas entre el presidente Oribe y los agentes franceses, lo pusieron en contacto con el contralmirante Leblanc, prepararon el acuerdo en que intervino don Andrés Lamas, asesor y auditor de guerra, para la ocupación de la isla de Martín García

por tropas orientales y francesas.

Lavalle al conocer ese hecho, escribió a Lamas deplorándolo, y cuando Juan Cruz Varela exclamaba dolorido, hablando del Río de la Plata en versos clásicos:

*¡Y ora extraña flota te doma, te oprime,*

*Tricolor bandera flamea sublime*

*Y la azul y blanca vencida cayó!*

expresaba con el propio, el sentimiento del primero y el de la mayoría de los emigrados argentinos.

Esta repugnancia agravó los motivos que lo alejaban de Rivera, y contribuyó a qué declarada la guerra a Rosas, Lavalle permaneciera juntamente con otros jefes, retirado del campamento del ejército oriental, en el que sólo se presentaron los generales don Félix de Olazábal y don Tomás de Iriarte, *antidecembristas* y más tarde *lomos negros*, quienes intentaron sin éxito formar una legión argentina que sirviese bajo la dirección del caudillo uruguayo, influenciado a la sazón por el general don Enrique Martínez.

Entretanto, los antiguos proceres unitarios Agüero, Alsina, Florencio Varela, etc., se habían acercado a los representantes de Francia, y seguros de que esta nación no atentaría a los derechos soberanos de su país, terminaron por aceptar su apoyo para la revolución argentina.

El único jefe que podía reunir los elementos bélicos era Lavalle.

En consecuencia, el doctor Varela se trasladó a Mercedes para conferenciar con él, y darle todas las garantías posibles a fin de vencer sus dudas o escrúpulos e instigarlo a ir a Montevideo, al mismo tiempo que don Andrés Lamas escribía a Rivera demostrándole la necesidad de que dejara obrar con entera libertad a los argentinos emigrados, y abogando calurosamente por la persona del general Lavalle.

Este pasó luego a Montevideo donde se decidió, una vez satisfecha su conciencia patriótica con las declaraciones que hicieron y firmaron los diplomáticos franceses; iniciándose en seguida, aunque con escasos medios los preparativos de su expedición *tolerados* por el gobierno oriental, y las inteligencias son los patriotas de Buenos Aires.

En el interín, el general argentino juzgó no solo un acto oportuno, sino también de deferencia manifestar al jefe del Estado, la empresa que iba a encabezar al frente de sus compatriotas proscriptos. Con tal motivo mediaron las cartas que siguen:

«Señor General D. Fructuoso Rivera.

»Montevideo, 5 de abril de 1839.

»Señor Presidente:

»Mi estimado amigo

»Habiendo sido llamado a esta capital por la Comisión Argentina y por una porción de mis amigos llegué el 2 a la noche.

»La incertidumbre del porvenir había excitado una viva inquietud en la emigración. Ella estaba dividida, y he tenido la fortuna de reunir los ánimos hacia un objeto común. Me pongo con la emigración a las órdenes de Vd. las que espero se sirva comunicarme.

»Al regreso de un buque que sale hoy para Mercedes vendrá mi familia a residir en la capital, después de lo cual podré disponer de mi persona.

»Acepte Vd. General los servicios que le ofrezco en la gran causa que Vd. preside en esta parte de la América.

»Soy su affmo. amigo y servidor.

Q. B. S. M.

(f.) JUAN LAVALLE».

«Señor General D. Juan Lavalle.

»Durazno, 18 de abril de 1839.

»Mi apreciado amigo:

»Ayer me ha sido entregada su favorecida de Vd. fecha 5: no he podido averiguar el motivo de la demora; mas esto nada importa desde que el objeto de Vd. es significarme sus sentimientos, de los que nunca he dudado y siempre he creído que

estarían de acuerdo con lo que reclamaba su patria. No me cabía otra cosa, sino guardar un profundo silencio en la incertidumbre del porvenir que temían los emigrados, según lo sabía, y que Vd. ahora corrobora. Mi resolución era una y no sabía a qué atribuir esas dificultades que se presentaban. Por fortuna, Vd. lo ha transado todo, según me lo indica, y esto ha venido a efectuarse en un tiempo que, más que en otro alguno, convenía la concentración de los argentinos. Yo felicito a Vd. pues, por el triunfo que ha conseguido y espero tener el gusto de verlo bien pronto en acción con sus compatriotas para lanzar de la silla al monstruo que oprime a su patria.

»Usted puede detenerse con sus compañeros todo el tiempo que conceptúe necesario hacerlo, y estar seguro que conserva la misma amistad con que le saluda su affmo. amigo.

Q. B. S. M.

(f.) FRUCTUOSO RIVERA».

«Señor General D. Juan Lavalle.

»Durazno, 18 de abril de 1839.

»Mi apreciado amigo:

»Ayer me ha sido entregada su favorecida de Vd. fecha 5: no he podido averiguar el motivo de la demora; mas esto nada importa desde que el objeto de Vd. es significarme sus sentimientos, de los que nunca he dudado y siempre he creído que estarían de acuerdo con lo que reclamaba su patria. No me cabía otra cosa, sino guardar un profundo silencio en la incertidumbre del porvenir que temían los emigrados, según lo sabía, y que Vd. ahora corrobora. Mi resolución era una y no sabía a qué atribuir esas dificultades que se presentaban. Por fortuna, Vd. lo ha transado todo, según me lo indica, y esto ha venido a efectuarse en un tiempo que, más que en otro alguno, convenía la concentración de los argentinos. Yo felicito a Vd. pues, por el triunfo que ha conseguido y espero tener el gusto de verlo bien pronto en acción con sus compatriotas para lanzar de la silla al monstruo que oprime a su patria.

»Usted puede detenerse con sus compañeros todo el tiempo que conceptúe necesario hacerlo, y estar seguro que conserva la misma amistad con que le saluda su affmo. amigo.

Q. B. S. M.

(f.) FRUCTUOSO RIVERA».

«Señor General D. Juan Lavalle.

»Montevideo.

»Durazno, abril 5 de 1839.

»Querido amigo y compañero:

»He sabido que se dirigía a ésa, y he creído será para pasar a ésta; sin embargo, la diversidad con que se refiere su modo de pensar acerca de nuestra empresa, me pone en el caso de dirigirme a Vd. recordándole nuestros compromisos, y desvaneciéndole algunas ideas equivocadas que creo serían las que lo retraerían de venir.

»Si Vd. no duda que nuestro objeto es voltear a Rosas, y no otro, ¿qué consideración lo retrae de concurrir a un fin tan digno a que ha propendido sin cesar, y que no perdió de vista ni en nuestra desgracia? Cualquiera que ella sea debe subordinarse a él. Sus antiguos compañeros lo desean, y Vd. debe estar seguro que en ellos encontrará amigos verdaderos.

»Aquí los argentinos de valer desean sinceramente que venga Vd. y demás emigrados. Conocen la importancia de esta unión: la conoce también el general en jefe, y todos la conocemos; ¿qué pueden a Vd. suponerle personas que han caído ya en el mayor desprecio, porque han dejado ver que en su marcha no hay cosa parecida a patriotismo, que nada valen, y que por lo mismo nada pueden?

»Yo no creo General, que Vd. no venga: pero la sola posibilidad de que esto suceda, me mortifica: soy demasiado amigo de Vd.

»El señor coronel Díaz le habrá hablado ya; este señor se entendió con el general Iriarte, el Dr. Derqui y el coronel Velazco: es exacto cuanto le transmiten.

»En fin, hablo con un hombre ilustrado, y creo no equivocarme en esperarlo aquí, y pronto: entonces tendrá el gusto de darle un abrazo su affmo. amigo y compañero Q. B. S. M.».

(f.) FORTUNATO SILVA.

«Señor Coronel D. Fortunato Silva.



»Montevideo, 9 de abril de 1839.

»Muy querido amigo:

»Hoy he recibido con mucha satisfacción su apreciable del 5. Un amigo me avisa que el Sr. Pereda marcha esta tarde para el Durazno, y tengo el gusto de contestar a Vd.

»Había resuelto en efecto no tomar parte alguna en los sucesos actuales. Al principio parecía que todos estábamos de acuerdo en este punto; y queriendo substraerme a toda comunicación, a toda correspondencia, me había retirado con mi familia a una estancia.

»Luego empezaron las exigencias de mis amigos, que yo atribuía al principio, a intereses personales más bien que a una necesidad de las cosas: pero estas tomaron luego un carácter muy serio; temblé de la responsabilidad que podía tocarme, y cedí. Vine a la capital a reunir los ánimos de la emigración: creo haberlo conseguido de un modo completo, y el 5 escribí al señor general en jefe poniéndome a sus órdenes —¿está Vd. satisfecho?

»A pesar de los tristes antecedentes que Vd. conoce; a pesar de las susceptibilidades que son tan naturales en una ocasión como esta, yo no he exigido ninguna condición, porque no debía hacerlo, ni el general en jefe admitirlas; confiado por otra parte en que cada uno llenará el deber que le impone la suerte de dos naciones y el hondo abismo que se abre al partido que sucumba.

He resuelto que mi familia venga a residir a la capital, durante la cuestión actual, y la espero dentro de los próximos quince días. Después de esto, no dudo que tendré el gusto de darle a Vd. un abrazo.

He sido y soy siempre su amigo.

(f.) JUAN LAVALLE.

«Señor Coronel D. Fortunato Silva.

»Montevideo, 11 de abril de 1839.

»Mi querido amigo: Contesté la apreciable de Vd. del 5 y anoche he recibido la del 8 que contesto ahora. Dije a Vd. que había escrito al general en jefe, satisfaciendo así las exigencias que de todas partes se me hacían, y precaviéndome de una inaudita responsabilidad. Por mucho que sea el aprecio que hago de sus cartas de Vd., por

mucha que sea la amistad que a Vd. profeso, yo no puedo ir al ejército sin más antecedentes que aquellos. Una cuestión en que se versa la suerte de dos naciones, y un principio de interés vital para toda la América, no se trata así, dispense Vd. esta confianza. Examino escrupulosamente mi conciencia y la encuentro tranquila. Cualquiera que sea nuestro porvenir, yo no perderé al menos esta ventaja.

»En cuanto al general Olazábal y al objeto que pueda traer en su viaje a la capital, debe Vd. estar tranquilo; Vd. sabe cómo trato yo todo lo que es personal.

»Soy su buen amigo y servidor.

(f.) JUAN LAVALLE.

Lamas a quien Lavalle amaba como a un hijo, no podía a pesar de toda su sagacidad y generoso designio, ni aun auxiliado por sus amigos del ejército oriental, persuadir a Rivera aceptase abiertamente la empresa de aquel general y le prestara su cooperación material.

Pero el inconsistente caudillo lejos de acceder a ello, principiaba a mostrarse frío e indiferente a toda ingerencia en los negocios argentinos por más que expresara lo contrario a Lavalle.

El entonces capitán don Melchor Pacheco y Obes, uno de los que más debían descolar en el sitio de los nueve años, escribía este párrafo significativo desde el cuartel general a 26 de abril del 39.

«... En mi presencia dijo el otro día, que él (Rivera) no tenía que hacer nada con la cuestión argentina; que si Rosas, venía se defendería; que si los franceses querían derrocarlo, armasen una expedición, que él no se lo impedía...».

Esta apatía en una emergencia vital, porque se vinculaba al porvenir y aun a la nacionalidad en peligro, y en cuyo desenlace nada podía ser más eficaz que la intervención francesa para dar en tierra con la dictadura, alarmó a Lamas, y por la primera vez desconfió de que la intimidad con los agentes de la Gran Bretaña, arrastrase a Rivera a alguna secreta inteligencia con Rosas, comunicando sus sospechas a su padre que era el intendente general de policía, y a los amigos más decididos, para prepararse a desbaratar cualquiera trama, y a guardar el mayor sigilo a fin de no desprestigiar imprudentemente en aquella crisis al adversario más poderoso del dominador de la margen occidental del Plata.

Tal era el estado de las cosas cuando se presentó en Montevideo Rivera, y asumió

el ejercicio del Poder Ejecutivo como presidente de la República.

Este hecho inesperado precipitó los aprestos de la expedición argentina, y el 30 de junio ya acampaban los legionarios en la falda del Cerro.

El presidente que hasta entonces se había limitado a dejar sentir su desagrado, llamó en la tarde del 1.º de julio, al intendente general de policía don Luis Lamas y le ordenó que hiciese disolver las fuerzas argentinas expedicionarias, recogiendo el armamento y las monturas, e impidiera por todos los medios a su alcance, saliese Lavalle de la ciudad; poniendo la ejecución de esas órdenes y su reserva bajo la más severa responsabilidad del intendente, quien las comunicó luego a su hijo.

Este, después de desahogar su aflicción, observóle que semejantes órdenes no sería de fácil ejecución sin prepararse convenientemente, pues que era necesario apoyarlas en una fuerza suficiente, y esperar hora oportuna, lo cual impedía darles cumplimiento aquella misma noche.

Se concertó pues, que el intendente dijese a Rivera que esa noche dispondría la concentración de las fuerzas de policía, y que al día siguiente, antes o poco después de las doce, enviaría la intimación a los expedicionarios, rodeándolos previamente para inutilizar todo conato de resistencia.

Sin embargo, el joven Lamas prometió a su padre que emplearía la noche en combinar los medios tendientes a evitar el conflicto inminente salvando la honra y los intereses del país.

El intendente habló con el general Rivera y este convino en la forma y en la hora en que debiesen cumplirse sus órdenes el día 2.

En el interín, don Andrés Lamas se entendía con Lavalle, Alsina, Varela y otros argentinos y con los agentes franceses, quedando todo pronto para que la expedición se embarcase antes de la hora de la intimación.

Al amanecer del 2, estaban tomadas las medidas.

Después de las diez de la mañana, los expedicionarios en número de 160 y bajo la dirección del coronel don Manuel Alejandro Pueyrredón, habían efectuado su embarque por el saladero de Lafone en cuatro grandes guadaños, a cargo de don Guillermo Billingham que los condujeron a bordo de la goleta LIBERTAD, capitán Francisco Sardo (a) *Balan* que desde la madrugada bordeaba a la altura de *Punta de Yeguas*<sup>[16]</sup>.

El general Lavalle vivía con su familia que poco antes había llegado de Mercedes, en una casa de la calle de *San Carlos* (hoy *Sarandí*). A eso de mediodía se presentó allí D. Valentín Alsina para decirle que le aguardaba el cónsul Mr. Ramón de Baradére, desde cuyo alojamiento saldría la comitiva. Entonces abrazó a su esposa la señora Dolores Correas de Larrea quien sollozando pero resignada le ciñó la faja de general, y dando luego un beso a sus hijos Augusto, Dolores, Hortensia y Juan que le rodeaban, abandonó con paso firme y para siempre los umbrales de su hogar, seguido de su ayudante Elías, dos ordenanzas de confianza y del amigo ya nombrado<sup>[17]</sup>.

Una hora después, Lavalle, sus ayudantes, sus amigos, los agentes y varios jefes y oficiales franceses, se hallaban reunidos en el consulado de esta nación, situado en el ángulo de las calles de Santiago y San Luis que hoy se llaman *Solís* y *Cerrito*, donde conferenció de nuevo con los señores Leblanc, Martigny y Baradére.

En la última bocacuada de la primera, estaba la lancha francesa destinada a recibir al general.

Contrariaba profundamente a Lamas como oriental y como correligionario político, que su ilustre amigo saliese de Montevideo con las apariencias de un prófugo, según lo pintaba poco después la prensa ministerial.

Por eso fue, que llegada la hora de partir, propuso que el acto se realizara públicamente, en la persuasión de que nadie se atrevería a detener el paso del glorioso adalid que marchaba a combatir a llosas en el centro de su poder. Así se resolvió, y el general estrechó la mano de Lamas con viva efusión.

En seguida, bajó Lavalle la escalera de la casa del cónsul. Vestía su uniforme de campaña, con la espada al cinto y llevando en el sombrero la divisa azul y blanca con el lema: *Libertad o Muerte*, bordado en oro, verdadera síntesis de la lucha a que se lanzaba en supremo holocausto...

Ya en la calle, se encaminó al muelle dando el brazo a Lamas, que llevaba su cucarda oriental, y tendiendo el izquierdo a don Valentín Alsina, seguido de sus ayudantes que lucían también la divisa de guerra y de muchos amigos, entre los que se notaban los jóvenes Isaías de Elia, Juan N. Madero, Miguel de Irigoyen, la señora doña María Sánchez de Mendeville y su hijo Juan Thompson, Gervasio A. Posadas, Félix Frías, Miguel Cané, Andrés Somellera, Francisco Pico, Manuel Belgrano, Florencio y Jacobo Varela y Juan Bautista Alberdi, redactor de las proclamas que anunciaban a los pueblos su próxima constitución bajo el verdadero sistema federal.

La comitiva de la que formaban parte los agentes franceses ya citados, crecía en su marcha y cuantos la encontraban a su paso, descubriábanse respetuosamente.

Luego que hubo llegado al embarcadero, don Antonio Casalla, ayudante de servicio en la capitanía del puerto, y el cual no solo ignoraba sino que ni aun podía sospechar las órdenes comunicadas al intendente de policía, tanto más, cuanto que veía al general del brazo del señor Lamas que era un alto empleado de la administración, se acercó a ofrecer la falúa oficial que casualmente estaba pronta.

Aceptada ella incontinenti, no se dió lugar a vacilaciones, teniendo Lamas por circunstancia tan imprevista la íntima satisfacción de que se embarcara Lavalle con los honores que merecía y a la sombra del pabellón oriental.

¡En su tránsito hasta bordo escoltado por las embarcaciones francesas que recibieron a varios emigrados que no pudieron embarcarse antes, fué objeto de idénticas demostraciones de los buques de guerra de la República del Uruguay, cuyas tripulaciones saludaron a la voz al general argentino, quien poco después y ya sobre cubierta de la nave francesa que debía conducirlo a su magnánima cruzada, despedíase de Lamas abrazándole por última vez en la tierra!

Este a su regreso se dirigió a casa del gobierno, y luego de dar cuenta de lo sucedido al ministro doctor José Ellauri, asumiendo por entero las responsabilidades ulteriores, firmaba con mano segura la renuncia de sus empleos, declarando en ella «... que había infundido a su señor padre una falsa confianza, para poder hacer como había hecho, lo que entendía que era un eminente servicio a su patria y al mismo señor presidente Rivera...».

Mas éste que había sido enterado de lo acaecido por su edecán el teniente coronel Eugenio Perichon, quien encontró y saludó a Lavalle y su séquito cuando iba a embarcarse, no lo consideró así en el primer momento, y reclamando de los representantes de la Francia el desembarco del general y de los expedicionarios, ordenó a los buques orientales capturasen los transportes mercantes, mandó encausar a Lamas, y por último, que se suspendiera y sumariase al ayudante de la capitanía del puerto.

Pero todas estas providencias fueron ya estériles.

El embarco público de Lavalle había cortado el nudo gordiano.

Según se ha sabido después, Rivera estaba en tratos de paz con Rosas, por medio de los agentes diplomáticos ingleses.

Exhibimos más adelante los comprobantes de esa tentativa oscura y grave, felizmente frustrada, porque el dictador de Buenos Aires no pudo persuadirse que la salida de Lavalle de Montevideo se verificase en esa forma, a la luz del día, sin la connivencia de Rivera, de cuyo doblez desconfiaba; y determinó ya sin vacilar, vadease el Uruguay el ejército que se remontaba en Entre Ríos a las órdenes del general don Pascual Echagüe.

Aquella invasión que no se hizo esperar, tomó desprevenido a Rivera, le impuso la necesidad de restablecer sus relaciones interrumpidas con los agentes franceses y con el general Lavalle; y esa situación creada, llevó al ministerio a don Andrés Lamas en la misma edad en que el célebre Pitt fué llamado a presidir el gabinete de la Gran Bretaña.

El *Boletín Revolucionario*, escrito por el doctor Alberdi en la *Revista del Plata*, decía con verdad: «Se sienta momentáneamente en la silla del primer ministro, el oriental que haya manifestado con datos más brillantes su profundo aborrecimiento al tirano de los argentinos. Su política no será de conciliación...».

Libramos por primera vez al dominio de la historia, los antecedentes, las circunstancias y las importantes consecuencias de la partida de los libertadores, apenas removidos los obstáculos con que lucharon durante su corta permanencia en Montevideo.

El presidente Rivera dominado por innobles ambiciones, los hostilizó sordamente en tanto que hacía esfuerzos para llegar a un advenimiento que le asegurase el mando supremo; y ante la perspectiva de estacionarse por tiempo indefinido en nueva Capua, le era indiferente el sacrificio de sus huéspedes.

Por eso no quiso entenderse con el general Lavalle ni dejar en independencia a los suyos; significando con malicia, que no convenía a los intereses del Estado Oriental ni a la causa de la libertad argentina, una empresa que por la debilidad de sus medios, no daría otro resultado que la pérdida de una porción de hombres que eran la esperanza de su patria, y como consecuencia inmediata el afianzamiento del tirano.

Pero Lavalle bajo la impresión amarga de la muerte de los Maza, la cual se supo en Montevideo la mañana del 1.º de julio<sup>[18]</sup> no se dejó imponer pues que reflexionaba que siendo puramente argentinos los elementos de su empresa, el gabinete uruguayo no podía cruzarla desde que se había negado a coadyuvar como estaba obligado por los compromisos más solemnes.

Así es como zarpó de Montevideo ese puñado de proscritos para abrir la

campaña que debía terminar en honroso desastre al pie de los Andes Bolivianos, después de 27 meses de inauditos padecimientos.

Veamos ahora los singulares documentos a que nos hemos referido, y que obtuvimos autógrafos de manos de nuestro amigo el almirante español don Miguel Lobo, quien los descubrió entre otros papeles dejados por la viuda del general Rivera.

Son estos:

«Mi amada Bernardina:

»No quiero perder la ocasión del regreso de don Vicente Viera vecino de Coquimbo y nuestro amigo, para darte noticias mías y decirte que estoy bueno y que anoche llegó Muñoz.<sup>[19]</sup> Hoy he tenido la primera conferencia con él y estoy contento porque está conforme en mi modo de ver las cosas políticas; PARECE QUE TRABAJAREMOS DE CONSUNO A FIN DE ARRIBAR A LA PAZ. *Esto es sumamente reservado*; sírvate de gobierno. Sin embargo, para obtenerla con ventaja, es menester ponernos fuerte para sacar el mejor partido... por lo que me es preciso pensar en un nuevo plan, entre otras cosas, será el de ocupar las inmediaciones de Mercedes, es decir tal vez el ejército vaya a situarse en la barra del Yí o por Navarro en el Río Negro, para donde marcharé así que pueda ser, y de lo que te instruiré prontamente.

»Mil cosas a las niñas, y a Pablito y tú recibe el afecto de tu amante esposo que verte desea».

(f.) Rivera.

*Señora doña Bernardina Fragoso de Rivera de su F. R. — Mercedes.*

Durazno, 18 de abril de 1889.

«Mi amada Bernardina:

»Cuando recibí tu carta iba ya a despacharte un propio y darte mis noticias, pero llegó el portador de ésta a quien he ocupado para que te lleve 800 pesos que es algo más del dinero que por mi orden tú has suplido en ésa, del que llevabas para tus gastos. Siento no tener más para mandarte, sin embargo, si precisases para adelante me avisarás, pues espero a don Pascual Costa para el 8 de éste y me traerá algún dinero.

»A otra cosa.

»Sin duda yo pienso establecerme en este mes en el Rincón de Navarro donde ha de reunirse el ejército y pasar el invierno. Yo no he podido moverme de este punto: no creas mi alma por un momento que me haya detenido aquí ningún asunto particular; las cosas, los hombres también, han sido y son los motivos que aquí me tienen embarazado; mas primero que todo ES UN ASUNTO DE SUMA IMPORTANCIA QUE TENGO ENTRE MANOS CON EL MISMO BUENOS AIRES. EL ASUNTO SE VERSA POR MEDIO DE LOS AGENTES INGLESES. TODO ESTO ES DE SUMA RESERVA; MAS TE LO COMUNICO CONFIADO EN QUE NO LO HARÁS TRASCENDENTAL A NADIE. NO ESTÁ DISTANTE EL QUE HAGAMOS LA PAZ CON ROZAS. ESE ES EL ASUNTO IMPORTANTE; y a más hacer público el tratado con los Republicanos.<sup>[20]</sup> Todo esto nos tiene ocupados aquí, para lo cual yo tengo que hacer venir el ministerio a mi lado y tal vez sea a Mercedes o aquí: también esto resérvalo. Los correntinos se han sometido a Echagüe, parece que aparentemente. Eso está por esa parte en mal estado. El ejército entrerriano estaba en Mocoetá; dicen que nos quieren invadir este invierno; yo lo dificulto, pero si así fuere, echaremos el resto: al menos, los hemos de pelear.

»Nada tengo que mandarles, esto es una miseria; Vd. ahí tendrán otros recursos, que aquí yo no tengo nada.

»Yo supongo que para el 20 del presente estaré ya en Navarro. Ojalá que ese día que es el día de tu santo, yo tenga el gusto de darte un abrazo y pasar contigo y nuestra familia, algunos días.

»A mí Pablito muchos besos y a las niñas, tú recibe el afecto verdadero de tu amante esposo que verte desea.

(f.) *Fructuoso Rivera*».

Durazno, mayo 2 de 1839.



### Capítulo III

*Complicaciones con la Francia. — El cónsul Roger se retira. — El almirante Leblanc en el Río de la Plata. — Sus precedentes. — Declara el bloqueo del litoral argentino.*

Ahora y mientras las fuerzas del general Lavalle se encaminan para la isla de Martín García, cumple a nuestro plan echar una mirada retrospectiva sobre el origen de las hostilidades de la Francia y del establecimiento del primer bloqueo con cuya cooperación contaban los patriotas del Sud.

A fines de mayo de 1836, fallecía súbitamente en Buenos Aires el marqués Carlos María José de Vins de Peyssac, encargado de negocios y cónsul general de Francia.

Este primer agente diplomático de la monarquía de 1830 en el Río de la Plata, mendigando largo tiempo el favor de Rosas para ser reconocido oficialmente, no había dejado airoso el orgullo francés. Sin embargo de haber sido por muchos años cónsul en Cádiz y en la Habana bajo el gobierno absoluto de Fernando VII; diplomático del antiguo régimen, ignorando la naturaleza de las instituciones de nuestro país y sin tener idea del carácter nacional, cometió ciertos actos con el fin de negociar su admisión, que amenguaron su concepto entre muchos de sus compatriotas.

Pero esa debilidad de carácter, no era el defecto del vice cónsul Mr. Aimé Roger, su reemplazante *ad interim*.

Este joven, hijo de un miembro de la Academia y dotado de inteligencia y energía, devoró en silencio las humillaciones de su antecesor, pero pretendió asumir una actitud decidida en las reclamaciones que entabló en 1837, con motivo de la prisión de los súbditos franceses César Hipólito Bacle y Pedro Lavié, y los perjuicios inferidos a Mr. Blas Despouy.

Rosas lo había tratado con algún desdén, y Roger tuvo que bajar la bandera tricolor y retirarse a Montevideo en el mes de enero de 1838.

El incidente de Cartagena en Nueva Granada donde el cónsul francés Adolfo Barrot había sido no sólo insultado sino reducido a prisión, como las quejas constantes contra Méjico, obligaron al conde Mateo Luis Molé a la sazón presidente del Consejo y encargado de la cartera de negocios extranjeros, a tomar una actitud definida en la política que convenía observar con las repúblicas americanas, por lo que fué aprobada la conducta de Mr. Roger quien en 22 de octubre de 1837 había sido condecorado con la Cruz de la Legión de Honor en recompensa de sus distinguidos servicios, ordenándose

a la vez al contraalmirante Leblanc, comandante en jefe de las fuerzas navales francesas en el Brasil y mares del Sud, apoyara enérgicamente las gestiones del cónsul mientras llegaba su reemplazante.

Mr. Leblanc, apareció en estas aguas a principios de 1838, y creemos oportuno consignar aquí algunos de los precedentes de un personaje tan condecorado y que desempeñó un papel espectable en la época que bosquejamos.

LUIS FRANCISCO JUAN LEBLANC, nació el 13 de abril de 1786 en la ciudad de La Fére, plaza de armas del departamento del Aisne (Francia). En 1820 siendo ya teniente de navío y caballero de San Luis formó parte de una expedición a la costa del Senegal y también de un viaje a Galam publicado en los *Anales Marítimos y Coloniales* de la época. Cuando tres años después penetró en España el duque de Angulema, Leblanc con el grado de capitán de fragata y montando el bergantín *Coracero*, cruzó en las aguas de Barcelona, incorporado a la escuadra del contraalmirante Guy-Víctor Duperré que fué a secundar las operaciones del ejército francés. Nombrado capitán de navío en 1828, tomó el mando de la fragata *Juno*, dando la vela para el archipiélago helénico, donde contestó a Lord Cochrane, justificando a los comandantes de la escuadra del Mediterráneo, que en carta de 24 de octubre de 1827, habían acusado a los buques de aquél, de ciertos actos de piratería a que no eran ajenos varios personajes altamente colocados en Grecia. Leblanc, mandando la fragata de primera clase *Herminia*, tomó parte en 1830 en la expedición contra el Bey de Argel. En el año siguiente nombrado comandante marítimo de Nantes, quedó al frente de la estación naval del Loira, obteniendo en 1834 la del puerto de Argel. Ascendido a contraalmirante en 1835 y a mayor de la marina en Brest el año inmediato, poco tiempo después se posesionaba del mando en jefe de la fuerza naval de estación en el Brasil y en los mares del Sud, arbolando su insignia en la fragata *Minerva* de 64, con la que fondeó en Montevideo.

En el último tercio del mes de marzo de 1838, trasbordándose a la corbeta *Expeditiva*, se dirigió a Buenos Aires presentándose en su rada exterior el 24 del propio mes, y en el acto abrió comunicación con Rosas, manifestando que no habiendo obtenido justicia el representante de su soberano en la República Argentina, deseaba ofrecer la última prueba de las benévolas intenciones de la Francia formuladas en las siguientes proposiciones:

1.<sup>a</sup> Suspenderse la aplicación de los principios del gobierno argentino hacia los extranjeros, en lo referente a los franceses, colocando a éstos en el mismo pie de las naciones más favorecidas hasta la conclusión de un tratado.

2.<sup>a</sup> Que se reconociese a la Francia el derecho de exigir indemnizaciones del

gobierno argentino por los perjuicios inferidos a sus nacionales, sea en sus personas o propiedades.

3.<sup>a</sup> Que se juzgara inmediatamente a Mr. Lavié.

Considerando evasivas las respuestas de la cancillería del dictador, el almirante francés declaraba en 28 de marzo, tanto el puerto de Buenos Aires como el litoral del Río de la Plata perteneciente a la República Argentina, en estado de riguroso bloqueo, encargando mantenerlo al capitán Dagueuet con los buques siguientes:

Bergantín *D'Assac*, 22 cañones, comandante Hippolyte Dagueuet (insignia).

Corbeta *Camille*, 20 cañones, comandante Toussaint Jean Louis Hermenegilde Guillevín (capitán de corbeta).

Corbeta *Expeditive*, 18 cañones, comandante Pierre Halley.

Bergantín *Alerte*, 22 cañones, comandante Charles L. Olivier.

El 30 dió la vela Leblanc para Montevideo donde desembarcó al cónsul, quien con su secretario el señor Vial, lo había precedido en la negociación frustrada, y en el mes de mayo seguía para el Janeiro, llegando allí con el resto de su división el 25 de junio.

Todo bloqueo, en tesis general, podrá ser ventajoso como medio accesorio; pero como resorte agresivo de primer orden, implica no pocos inconvenientes.

Desde luego es dispendioso, su acción es lenta y tiende de continuo a relajarse. Si lo sostienen fuerzas insuficientes, o no es efectivo, los neutrales cuyos intereses lastima, ven un pretexto para argüir su nulidad según los principios del derecho de gentes. Si por el contrario es riguroso, se hace insoportable a los mismos y suele acarrear gravísimas complicaciones, perdiendo a la vez su efecto moral.

En cuanto al que lo sufre, concluye por habituarse hasta cierto punto con el daño que le infiere un adversario constantemente a su vista, pero cuya acción es prolongada e impotente en definitiva.

El bloqueo de Argel bajo la Restauración y el doble bloqueo de la costa occidental del Plata bajo la monarquía de Julio, atestiguaron esta verdad a los emisarios franceses, y Rosas mismo, cuyo baluarte era la inmensidad del océano, consideró semejante elemento de coerción y vejamen como un recurso inadecuado y sólo conducente a

salvar el amor propio de un beligerante demasiado lejano para querer y poder obrar con eficacia.

No obstante, el bloqueo tal como era, amenazaba arruinar a Buenos Aires y al país entero, porque aparte del embargo de los bienes de los *unitarios* proscritos o sospechosos de que Rosas había hecho hasta entonces una de sus principales fuentes de recursos, la aduana era la única renta con que contaba el gobierno. Poco o nada había que esperar en esta línea de la campaña, despoblada e inculta, agregándose a ello, que el comercio extranjero languidecía diariamente.

¿Qué iba a hacer Rosas en tan grave coyuntura?

Los agentes franceses apercibidos de semejante situación, pensaban que aquél se apresuraría a ceder a las exigencias del gabinete de las Tullerías a fin de evitar una caída que ellos contemplaban inminente. Pero no conocían el carácter del adversario que combatían, quien prefirió someter a sus gobernados a las más duras privaciones, resignándose éstos en su mayoría a soportarlas y de lo cual Rosas tuvo la habilidad, triste es confesarlo, de hacer una cuestión de honor nacional.<sup>[21]</sup>

Sucesivamente se fué reforzando la línea del bloqueo, y a mediados de 1833, además de los buques nombrados, cruzaban en estas aguas, el bergantín *Bordelaise*, 10 cañones, comandante H. Lalande de Calán; bergantín goleta *Vigilant*, 5 cañones, comandante teniente Pierre Lagrandiér, corbeta *Sapho*, 28 cañones, comandante Pierre Joseph Thibault; corbeta *Yndienne*, 18 cañones, capitán Lecointe, sin que esos ocho buques con toda su actividad pudieran imprimirle verdadero rigor, pues que no eran suficientes a vigilar costas tan extensas como las argentinas.

Entre tanto, los meses iban sucediéndose y Rosas no hacía obertura alguna de transacción como era presumible, hasta que Leblanc cansado de aguardar regresó a Montevideo a principios de setiembre resuelto a dar impulso vigoroso a sus operaciones.

Coincidió con su reaparición en el Río de la Plata, el arribo casi simultáneo al expresado puerto del brik la *Badine*, con la aprobación de la conducta del vice cónsul Roger y con nuevas instrucciones del gobierno francés para el almirante, insistiendo en la necesidad de obtener del gabinete de Buenos Aires, una reparación por los insultos y persecuciones hechas a súbditos de la nación.

Sintiéndose apoyado el activo Roger, en 23 de setiembre se dirigía un nuevo *ultimátum* a Rosas, en el que ampliaba sus anteriores reclamaciones a la vez que la

Francia no pretendía humillar a la República Argentina después de haberle dado pruebas de sincera amistad, y que protestaba en su nombre contra toda mira de invasión o conquista que pudiera atribuírsele; pero que fuerte en la justicia de su causa, sentía un profundo pesar al tener que recurrir impelido por las circunstancias, a medidas contrarias a sus hábitos de moderación. Terminaba el cónsul su larga serie de cargos contra el gobierno de Buenos Aires, acordándole el plazo perentorio de cuarenta y ocho horas para resolver.

Las proposiciones contenidas en el *ultimátum*, no fueron aceptadas en el término señalado, y Mr. Roger ajustándose a sus instrucciones, puso en manos del comandante en jefe de las fuerzas navales francesas, la ulterior prosecución del negocio.

En consecuencia y como vamos a verlo, el contraalmirante Leblanc se preparó a llevar sus armas contra una de las posiciones militares del dictador.

## Capítulo IV

*Toma de Martín García. — Llegada de Mr. Martigny. — Dimisión del presidente Oribe. — El general Rivera se apodera del mando supremo. — La provincia de Corrientes entra en la liga. — El Estado Oriental declara la guerra a Rosas. — El gabinete Guizot. — Hostilidades en los puertos de Zárate y la Atalaya.*

El peñón de Martín García, situado a dos millas escasas de la costa Oriental, es un grupo granítico de aspecto ovaloblongo a más de cuarenta metros sobre el nivel del Plata, y sin embargo de ser la mayor de sus islas, no excede en superficie de dos millas de longitud por una de diámetro. Enclavado a treinta millas N. N. E. de Buenos Aires y a quince de la confluencia del Paraná y Uruguay, tributarios caudalosos que riegan la Mesopotamia Argentina, y considerado como llave maestra de su navegación, fué el objetivo a que convergieron las operaciones estratégicas de los marinos franceses.

El comandante Daguinet encargado de la línea bloqueadora delante de Buenos Aires, recibió la comisión de posesionarse de la isla con una fuerza de desembarco.

Pero los agentes de Luis Felipe, encontrándose a la sazón en completa inteligencia con el general Rivera, que dominando las campañas del Estado Oriental buscaba derrocar al presidente Oribe, creyeron prudente que un contingente de doscientos soldados con la bandera uruguaya, concurriera a esa operación en clase de *auxiliares*, y a fin de desautorizar los rumores esparcidos por Rosas, atribuyendo a la Francia planes de conquista.

Por otra parte, en los mares del Sud, rebasando la isla de Santa Catalina, Mampituba y Laguna en las costas del Brasil, sólo Montevideo ofrece al navegante un refugio y un cómodo puerto. Oribe era hostil a los franceses, y por lo tanto ellos pensaron que convenía a sus intereses proteger a su prestigioso rival, quien una vez en el poder les abriría el puerto citado como punto de apoyo, y como base a las operaciones ulteriores de su escuadra; de depósito para su vitualla y pertrechos o de mercado para sus presas. A la bombardera Bordelaise armada con artillería, a la Paixhans y estacionada al frente de dicha isla, se unieron en los primeros días de octubre los buques siguientes: El Vigilant, con la insignia del capitán de corbeta Daguinet, comandante de la expedición; la Expeditive, chalupa Ana (presa) y diez lanchones, como también las goletas Eiberistas o constitucionales procedentes de la Colonia a las órdenes de don Santiago Soriano (a) Chentopé Loba, Eufrasia, Estrella del Sud, falucho Despacho y siete lanchones, sumando un total de ocho embarcaciones mayores y diez y siete menores, que fondearon en el canal al S. O. de la isla, y a tiro de fusil de sus fuegos. El 11 a las ocho de la mañana se aproximaba a tierra un parlamentario con esta

intimación:

«*Vigilante*, en el fondeadero de Martín García,» octubre 10 de 1838.

«Señor Comandante:

»Tengo el honor de informaros que el señor almirante comandante en jefe de la estación del Brasil y de los mares del Sud, me ha impartido la orden de venir a apoderarme de la isla de Martín García. Siendo las fuerzas puestas a mi mando para esta empresa, muy superiores a las del vuestro, y no pudiendo por esta razón dudarse del éxito, mi deber en tales circunstancias me prescribe declararos, señor comandante, que no recurriré a la decisión de las armas, sino en el caso que no querrais entregar la isla que órdenes terminantes me obligan a ocupar.

»Os concedo una hora para enviarme vuestra contestación, y si ella no fuese conforme con las intenciones expresadas, la consideraré como señal de las hostilidades que comenzarán inmediatamente entre nosotros.

»Aceptad os ruego, señor comandante, la seguridad de mi más distinguida consideración.

»El capitán de corbeta comandante de la expedición.

(f.) *Hipólito Daguonet*.

»Señor comandante de la isla de Martín García».

El teniente coronel de infantería don Gerónimo Costa era el jefe del punto, teniendo por segundo accidentalmente al sargento mayor (graduado) de marina don Juan Bautista Thorne, ambos veteranos de la guerra con el Brasil. Contaba para su defensa con una batería compuesta de un cañón de a 24 y dos de a 12; siete artilleros, 21 infantes de línea, 63 milicianos del batallón *Restaurador*, 15 presos armados de lanza y 21 vecinos Canarios con garrote; con los tenientes Benito Argerich, Antonio Miranda y Juan Rosas, y los subtenientes Domingo Turreiro y Francisco Molina.

A pesar de lo menguado de sus medios de resistencia (133 hombres), no creyó Costa deber arriar su bandera, sin mostrar antes, como lo había hecho con los súbditos de otro monarca, que era digno de combatir a su sombra.

De manera que no demoró su respuesta concebida en estos términos:

«¡Viva la Federación!

»El comandante de Martín García—

»Martín García, octubre 11 de 1838.

»Año 29 de la Libertad, 23 de la Independencia y 9 de la Confederación Argentina.

»*Al señor Comandante de las fuerzas bloqueadoras de esta isla*

»Tengo a la vista el oficio del señor comandante de las fuerzas navales francesas frente a esta isla, por el que me intima la orden de entregar el destino que tengo el honor de mandar.

»En contestación a ella sólo tengo que decirle, que estoy dispuesto a sostener según es de mi deber, el honor de la nación a que pertenezco.

»Dios guarde al señor comandante muchos años».

(f.) *Gerónimo Costa.*

Firme en su resolución, se preparó a recibir el ataque, destacando para observar los movimientos del enemigo, tres guerrillas de infantería y una de caballería en dirección al Sud, muelle viejo y barrancas que miran al O., avanzando la última compuesta de diez hombres, por la costa del N. E. En seguida dirigió algunas palabras de aliento a sus subordinados y mandó que se levantaran en el asta bandera los retratos de Rosas y Quiroga para inflamar su entusiasmo.

Los aliados a su vez desprendían sobre el muelle viejo cuarenta y cinco embarcaciones menores con gente de desembarco.

Allí se trabó un tiroteo de guerrilla que fué la señal del ataque.

Los buques abrieron un fuego nutrido sobre el reducto que coronaba la isla, que lo devolvió con vigor no habiéndolo hecho antes en cumplimiento de órdenes expresas «de permanecer a la defensiva y no provocar hostilidades».

Eran las diez y media cuando ya en tierra los aliados en número de 542 hombres, incluso 182 *riveristas*, y organizándose en tres columnas de ataque y una de reserva emprendieron su marcha sobre él reducto, llevando a su frente a los jefes orientales Santiago Soriano y José Susviela. Una de ellas avanzó por el camino, pero



guareciéndose lo posible con las grandes cercas de nopales o tunas, mientras que las restantes y la reserva lo hacían a la sombra de las barrancas en dirección del S. O. al N. E.

La guerrilla de siete hombres que molestó su desembarco, tuvo que replegarse escopeteando a los agresores, pero sin que pudiera proteger la de caballería que fué cortada por haberse alejado demasiado.

Costa a pesar de su arrogante contestación, al distinguir la actitud del enemigo que al paso de carga avanzaba por diferentes rumbos, perdió toda iniciativa: «y con el ánimo apagado, buscaba en el licor un excitante a su turbación que era visible»<sup>[22]</sup> concretándose a pedir a Thorne dirigiera la artillería que se abocó entonces a los asaltantes, en tanto que con la pieza de mayor calibre contrarrestaba el fuego de a bordo, consiguiendo alojar en el costado de la *Expeditive* una de sus primeras balas.

Las descargas de mosquetería y cañón, no podían ser más violentas, y las bombas a la *Paixhans* de la *Bordelaise*, disparadas a tiro de fusil del objetivo, levantaban nubes de polvo en los terraplenes o espaldones de la batería causando estragos en sus defensores, basta que después de hora y cinco minutos de lucha, fué tomado el reducto a la bayoneta, con pérdida de 14 hombres, incluso el subteniente Molina y el sargento de artillería Juan Sauco que recibió una cuchillada al clavar el cañón que mandaba; pasando de veinte los heridos.

La fuerza aliada sufrió como 50 bajas.

La defensa no pudo ser más bizarra, y los franceses justos apreciadores del coraje desplegado, devolvieron sus espadas a los prisioneros cuyos heridos atendieron a la par de los propios, izando la bandera tricolor que flameó custodiada por una guardia de honor compuesta de un capitán y veinte hombres, hasta el 13 al salir el sol, que fué sustituida por el pabellón oriental.

Daguenet trató a los vencidos con la cortesía debida al valor desgraciado, y accediendo a sus deseos los trasladó a Buenos Aires, donde fueron desembarcados el 15 de octubre en número de noventa y siete plazas.

El comandante de la *Bordelaise*, Lalande de Calán, tan intrépido como caballeresco, no sólo ofreció su bote a los jefes y oficiales prisioneros, sino que los acompañó a tierra izando en él los colores franceses y argentinos.

Excusamos decir que los vencidos fueron objeto de la viva simpatía de sus

conciudadanos, tanto más justificada, cuanto que el comandante del bloqueo dirigió un pliego al gobierno, concebido en estos términos:

«*Al Señor Gobernador General de la República Argentina.*

»Excmo. Señor.

»Encargado por el señor almirante Le Blanc comandante en jefe de la estación del Brasil y de los mares del Sud, de apoderarme de la isla de Martín García con las fuerzas puestas a mi disposición para tal objeto, desempeñé el 11 de este mes la misión que me había sido confiada. Ella me ha presentado la oportunidad de apreciar los talentos militares del bravo coronel Costa, gobernador de esa isla, y de su animosa lealtad hacia su país. Esta opinión tan francamente manifestada es también la de los capitanes de las corbetas francesas la *Expeditive* y la *Bordelaise*, testigos de la increíble actividad del señor coronel Costa, como de las acertadas disposiciones tomadas por este oficial superior, para la defensa de la importante posición que estaba encargado de conservar. Lleno de estimación por él, he creído que no podría darle una prueba mejor de los sentimientos que me ha inspirado, que manifestando a V. E. su bizarra conducta durante el ataque, dirigido contra él, el 11 del corriente por fuerzas muy superiores a las de su mando.

»Soy con el más profundo respeto, señor Gobernador General, de V. E. muy humilde y obediente servidor.

»El comandante del bloqueo y jefe de la expedición sobre Martín García.

(f.) *Hipólito Daguonet.*

»A bordo del *D'Assas*, delante de Buenos Aires, el 14 de octubre de 1838».

Pero él marino Thorne, hijo de Nueva York y uno de los defensores de Patagones en 1827, fué el alma de tan desigual y honroso combate, recibiendo a su vez esta prueba inequívoca de respeto del jefe oriental que le abrazó en la brecha después de rendirlo.

«Escuadra Constitucional.—

»Rada de Martín García, octubre 12 de 1838.

»El que firma jefe de la Escuadra Constitucional bajo la dirección del señor brigadier general don Fructuoso Rivera, tiene el honor de poner en conocimiento del Excmo. Gobierno de Buenos Aires, que habiendo tomado la isla de Martín García el día 11 del corriente, y deseando el señor sargento mayor graduado don Juan Bautista

Thorne marchar a esa capital, se encuentra en el deber de decir a V. E. que ha sido uno de los que con denuedo ha defendido el pabellón argentino en esta ocasión; y para librarlo de la infamia de algunos que quieran dar algún informe contrario, no trepido en darle ésta en obsequio de la verdad, siendo acreedor a ella por la bravura que demostró en el combate.

»(f.) *Santiago Soriano*».

Rosas aprovechó la oportunidad de exaltar y atraerse el sentimiento patriótico de las masas que preferían la dictadura a la intervención extranjera, vociferando *que la independencia nacional peligraba*, para arraigar así su influencia fascinadora sobre la multitud.

«... Ya no hay que dudarlo (exclamaba la *Gaceta* del 17 de octubre), el plan que concibió la Santa Alianza y que tan vigorosamente contrastó la Gran Bretaña se encamina hoy a su realización por el gobierno de la Francia de Julio, por el Rey ciudadano Luis Felipe de Orleans. Los vastagos de su familia o las hechuras de su favor *vendrán a coronarse* en la América, abriendo a la Francia la época de una pujante colonización y de gigantescas ventajas comerciales y políticas... y ya que se nos fuerza a la guerra, corramos a las armas para no dejarlas sino cuando hayamos asegurado nuestra independencia y libertad. — ¡Argentinos! ¡Americanos! Llegó la gran crisis de nuestros destinos políticos. Cada uno de los hijos de la libertad sabrá llenar sus deberes...»

El dictador argentino sufrió el golpe con aparente serenidad, porque cifraba sus esperanzas en la Inglaterra que celosa de la preponderancia que iba adquiriendo la Francia, tendría al fin que terciar en la cuestión del Río de la Plata.

Por ese tiempo llegaba a Montevideo el nuevo cónsul general y encargado de negocios del rey de los franceses cerca de la República Argentina.<sup>[23]</sup>

El debía imprimir a la misión que revestía la firmeza y la actividad, e influir para que la guerra asumiese mayor intensidad.

Claudio Justo Enrique Buchet-Martigny, que este era su nombre, había desempeñado misiones consulares o diplomáticas en Méjico y otras secciones de América. El año antes hallándose en Buenos Aires tuvo ciertas dificultades con Rosas, que dieron origen a su mala voluntad hacia éste que no la ocultó, poniéndose en relación con los emigrados argentinos a quienes reanimaba.

Mientras tanto, la administración del general Oribe era un cadáver galvanizado, cuya vida aparente necesitaba rodearse de exterioridades para deslumbrar siquiera a los que la contemplaban de cerca, porque la fortuna había trastornado sus planes.

La derrota de sus fuerzas el 15 de junio de 1838 en las Puntas del Palmar del Arroyo Grande, después de un encuentro reñido, decidiendo su suerte hizo imposible un gobierno que no tardaría en ser derrocado. Fallidas las esperanzas de protección de sus amigos políticos de Buenos Aires y Río Grande, no le quedó otro recurso que el de encerrarse en Montevideo para tentar un arreglo con los vencedores que lo sitiaron poco después, contando con la cooperación de los franceses cuya alianza de hecho había quedado bautizada en las aguas de Martín García.

Fué entonces que convencido Oribe de lo crítico de su posición, y de que su permanencia en el mando era el único obstáculo para la pacificación del país, presentó su renuncia en 23 de octubre de 1838, declarando en ella que los sacrificios personales eran un holocausto debido a la conveniencia general.

La asamblea aceptaba dentro de las 24 horas esa irrevocable resignación del poder, y accediendo a sus deseos, permitióle ausentarse del territorio, como lo hizo, embarcándose el 27 con sus ministros y séquito en el bergantín de guerra inglés *Sparrowk* que zarpó para Buenos Aires.

Esa abdicación examinada bajo las formas severas del principio constitucional, debió tomarse como un asunto enteramente concluido. Oribe había tratado con los revolucionarios encabezados por Rivera, lo que importaba un completo sometimiento a su autoridad, mucho más cuando nadie le obligó a dar un paso que fué voluntario y deliberado, perdiendo así todos los derechos que pretendió alegar en lo sucesivo como primer magistrado de la República, para continuar en el mando *legal* que había resignado.

Pero él se creyó humillado, y más tarde su ambición costaría a su patria lágrimas de sangre.

Don Fructuoso Rivera era un caudillo cuya inteligencia no había sido pulida por la educación, pero poseía el arte de conmover las masas y de atraerse las voluntades; y dueño de una aura popular que gozaron muy pocos antes ni después de él, hizo su entrada pública en Montevideo el 11 de noviembre inmediato entre las mayores demostraciones de júbilo de nacionales y extranjeros, posesionándose del mando supremo del Estado para ejercerlo discrecionalmente como *general en jefe del ejército constitucional*, y publicando una declaración solemne de sus principios en el desempeño

de la misión a que le había empujado su fortuna por la victoria del Palmar o Santa Ana.

Una de las primeras medidas fué negociar secretamente un tratado de amistad con Corrientes donde fermentaban gérmenes de resistencia al dictador.

Así es que no fué difícil a Mr. Martigny concertar la alianza ofensiva y defensiva entre aquella provincia y el Estado Oriental, que bajo la protección de la Francia fué firmada en Montevideo el 31 de diciembre de 1838, y la cual tenía por objeto: *«remover del mando de la provincia de Buenos Aires y de toda influencia en los negocios políticos de la Confederación Argentina la persona de don Juan Manuel Rosas»*.

Dado este paso, debía seguirle y le siguió de cerca otro más decisivo: la declaración de guerra al gobierno argentino el diez de marzo de 1839.<sup>[24]</sup>

Pero los agentes de Rosas en Europa y sobre todo en Francia, trabajaban incansables para desquiciar la alianza de esta potencia con el partido liberal en el Río de la Plata. Propalaban, buscando eco en el seno de sus cámaras, que los gastos considerables del mantenimiento del bloqueo eran inútiles, desde que sólo tendía éste a alimentar querellas ruinosas al comercio, con mengua del honor nacional comprometido en cuestiones internas y pasiones locales a tres mil leguas del suelo francés.

Esa oportuna propaganda dió sus frutos, y el gabinete Guizot que había reconcentrado ya la escuadra expedicionaria de Méjico, porque veía nublarse el horizonte en dirección a la Turquía asiática, aprovechaba la primera ocasión para expedir a Mr. Martigny con fecha 6 de marzo las instrucciones reservadas que siguen:

«El gobierno del Rey, sin desaprobando la expedición de Martín García, desde el momento que la ocupación de ese punto se hacía un complemento necesario del bloqueo, ha deplorado vivamente que dicha expedición no hubiese conservado un carácter exclusivamente francés, y que un destacamento de las tropas de Fructuoso Rivera haya cooperado a ella. Esta asociación de empresas militares contra Buenos Aires, entre el comandante de nuestras fuerzas navales y un general que no era todavía sino un jefe de insurgentes, constituía un hecho de una naturaleza muy grave en sí misma, y podía acarrear las consecuencias más serias. Importaba en efecto en una operación del género de la que empleamos en este momento contra el gobierno argentino, que medidas puramente coercitivas no asumiesen ese carácter agresivo, hostil que apenas permite distinguirlas del estado de guerra abierta. No importaba menos evitar toda ingerencia positiva en los negocios interiores de las repúblicas de Montevideo y de Buenos Aires, como en las querellas que pudiesen tener entre sí.

»El único objeto de la Francia, al adoptar las medidas rigurosas que ella emplea contra ciertos gobiernos de América, no puede, no debe ser, sino hacerse justicia a sí misma, obtener la satisfacción que le es debida, la reparación que exigen sus justos agravios. Ella no tiene que mezclarse sino en sus propios asuntos y no en los de los otros. El olvido de ese principio podría arrastrarla a dificultades de más de un género y de la más grave naturaleza. Si ella no evita por todos los medios, que su acción en América se extienda sobre las relaciones de Estado a Estado; que la presencia de sus fuerzas, que su influencia no sea explotada por ambiciones y rivalidades; si ella sale en una palabra, del círculo a que su acción deba ceñirse, no solamente corre riesgo de comprometer el porvenir de sus relaciones con los diferentes Estados de la América, sino que se expone en Europa a sospechas, a desconfianzas que cumple ante todo a su dignidad como a su reposo no despertar. Ya este negocio de Martín García, a cuyo respecto debe ser interpelado el gabinete de Londres en el parlamento, nos ha puesto en el caso de dar explicaciones que serán sin duda consideradas como suficientes, pero que no por eso dejan subsistir menos todo el inconveniente ligado a la necesidad de tener que producirlas.

»Además de esos peligros generales, la alianza de las fuerzas francesas con las de Rivera podía aun acarrear grandes embarazos en la marcha de los negocios del mismo Buenos Aires. Independientemente del efecto que ella amenazaba producir en un sentido poco favorable a nuestra dignidad, tendía también a agravar nuestra posición para con el gobierno argentino, a suministrar a este último nuevos pretextos de resistencia a nuestras legítimas reclamaciones, y quizá a desacreditar nuestra causa a los ojos de los mismos argentinos».<sup>[25]</sup>

Entre tanto, la escuadra bloqueadora era ya numerosísima y parecía que la Francia ostentando su poderío naval, trataba de imponer a su astuto adversario para que admitiera al fin las proposiciones presentadas como indeclinables para levantar el bloqueo.

En efecto, además de las naves que operaban desde el principio, llegaron sucesivamente al Plata las siguientes:

Corbeta *Ariadne*, 32 cañones, comandante Du Haut Cilly.

Id. *Ferie*, 18 cañones, comandante Segrétier.

Id. *Active*, 18 cañones, comandante de la Tresoriere.

Id. *Bonite*, 36 cañones, (con provisiones).

Bergantín *Pylade*, 20 cañones, comandante Félix Bernard.

Id. *Badine*, 16 cañones, comandante Corbet.

Id. *Sylphe*, 12 cañones, comandante Du Couédic de Kergoaler.

Id. *Lutín* (con vergas y aparejo de acero), 8 cañones, comandante Duperrier.

Id. *Cerf* y el *D'Assas* que regresó de Francia con su nuevo comandante Jean Abraham Deschamps para relevar a la *Ariadne* que se retiró del crucero.

Y como si estos diez y siete buques montando más de trescientos cañones no fueran bastantes a sus designios, el almirante Leblanc aprestó una escuadrilla para los ríos, eligiendo embarcaciones de poco calado y mucha vela. Con ese objeto adquirió el paquete oriental *Aguila Segunda*, dándole el nombre de *Forte*, al que agregó luego las goletas *Relámpago* (a) *Eclair*, *Céres*, *Ana*, *Primorosa* y *Caimán*, armadas todas con 4 cañones; cutter *Tupaj-Amaru*, hiates *Fortuna* y *Toro*, chalupa *Firmeza*, queche *Mandame*, místico *Atrevido*, patacho *Saint-Christ*, polacra *Thetis*, bergantín goleta *San Martín*, etc., con los que a principios de febrero (1839) tentó un golpe de mano sobre el puerto de Zárate en el Río Paraná, apoderándose de seis barcos de cabotaje, sin embargo de haber sido tiroteados por la división Ramírez.

El 7 de mayo inmediato, los franceses repetían sus hostilidades contra el pequeño puerto de la Atalaya, sobre el riachuelo de la Magdalena, quemando varios buques del tráfico, aunque contenidos eficazmente por fuerzas de tierra; y el 20 de junio al desembarcar en el arroyo del Sauce, en esa costa del Sud, perdieron al joven oficial Redón en el nuevo choque que sostuvieron con las milicias del comandante Valle.<sup>[26]</sup>

Así fué desarrollado el programa de la política francesa en las repúblicas del Plata. El encendió la guerra sin cuartel que las afligió enseguida, para después de una expectativa aterrante de veinte meses, abandonar la escena, mediante un tratado que dejó al partido liberal entregado a merced de Rosas, quien estuvo a dos dedos de su ruina y cuyo poder quedó afianzado largos años por una debilidad condenable del gabinete Guizot, como tendremos ocasión de poner de relieve en el curso de nuestras investigaciones.

## Capítulo V

*El general Lavalle en el puerto de Montevideo. — Desembarco de los expedicionarios en Martín García. — La escuadrilla oriental. — Situación difícil. — Palabras memorables del almirante francés. — El coronel Chilabert. — Llegada de Lavalle a la isla de Martín García. — Se organiza la Legión Libertadora. — Es invitado a desembarcar en la Laguna de los Padres.*

En el capítulo II dejamos al general Lavalle a bordo de una de las naves francesas y pronto a seguir viaje para su destino. Ese buque era el bergantín *Alerte* anclado en la boca del puerto de Montevideo y donde fué acogido con la mayor consideración por su comandante Mr. Olivier.

El general tenía que demorar indispensablemente algunos días hasta dejar zanjados asuntos de importancia que se bailaban pendientes a causa de la precipitación de su embarque, siendo uno de ellos el secuestro hecho por las autoridades de Rivera, al verificarse el despacho de varios cajones de armamento destinados a los expedicionarios.

Apenas instalado en el bergantín francés, dirigió la nota que sigue al jefe inmediato de la columna puesta a sus órdenes:

«Señor coronel Pueyrredón.

»A bordo del *Alerta*, 2 de julio de 1839.

»Querido coronel:

»Cuando haya viento puede dar la vela para Martín García, donde desembarcará la fuerza.

»Todos los argentinos que están a bordo, están a las órdenes de Vd.

»En Martín García es preciso tener mucho orden y moderación con la guarnición, evitando en lo posible todo contacto entre la tropa de ambas naciones, para prevenir peleas y disgustos que podrían traer consecuencias graves.

»Vd. podrá disponer de los víveres que Madero embarcó en la *Catalina*, entablando una distribución económica, pues ya Vd. sabe cuáles son nuestros recursos.

»Yo iré de aquí a la Colonia, de allí a las Higuieritas y después a Martín García, donde llegaré dentro de cinco o seis días.



»Su amigo,

»JUAN LAVALLE».

A las 8 de la noche del día citado estas instrucciones eran entregadas por el capitán don Matías Hubac, trasladándose al efecto la goleta *Libertad* (a) *Catalina* que se encontraba fondeada desde temprano al costado de la fragata *Minerve* que arbolaba la insignia de Leblanc. Con aquél lo hicieron también varios emigrados que se habían refugiado en el *Alerte*.

Simultáneamente se presentaban al general varios jóvenes distinguidos ansiosos de seguirle en su arriesgada empresa, a lo que se resistió manifestándoles que más útil le sería su defensa en la prensa, y transmitirle con actividad todos los informes que juzgasen de interés.

A medianoche entablándose un viento propicio, los expedicionarios hicieron rumbo sobre Martín García adonde llegaron a las 8 p. m. del 3 de julio, y acto continuo bajó a tierra Pueyrredón acompañado del coronel Salvadores a fin de ponerse de acuerdo con las autoridades francesas del punto y sin pérdida de momento proceder al desembarco de la fuerza y del material de guerra.

El encargado de la guarnición de aquella isla que la componían unos 200 hombres destinados a la de Borbón, era Mr. Adolphe D'Astrel distinguido oficial de artillería, y el de servicio en el puerto el teniente de marina Mr. Ducrest de Villeneuve, los cuales a pesar de sus buenos deseos hicieron algunas observaciones acerca de lo intempestivo de la hora, pero enterados que se abrigaba la seguridad de que el gobierno de Rivera los hacía perseguir, accedieron sin repugnancia, dándose principio al desembarco a las diez de la noche, y ocho horas después habíase terminado tan penosa operación.<sup>[27]</sup>

Mas la fuerza carecía de víveres frescos y el capitán Sardo recibió orden de ponerse a la vela para la *Agraciada* con una carta de Pueyrredón para un señor Drago pidiéndole 30 reses de auxilio.

A las 8 de la mañana del 4, se avistó la escuadrilla oriental compuesta de las goletas *Loba* y *Bernardina*, y dos embarcaciones menores, que luego se presumió iban en demanda del transporte *Libertad* que a esa hora navegaba en lastre para el Uruguay.

Los buques *riveristas* sólo se detuvieron delante de la isla hasta cerciorarse que la tropa expedicionaria estaba ya en tierra, y apercibiendo en el horizonte al transporte que

la había conducido, forzaron de vela y dándole caza lo apresaron en la boca del Guazú no sin hacerle antes algunos disparos, y el día inmediato regresaron con la presa fondeando al frente de Martín García.

El coronel Pueyrredón venciendo dificultades, obtuvo un bote francés en el que se embarcó con el propósito de reclamar el transporte capturado. Una vez a bordo, el coronel don Francisco Fourmantín que era el jefe de la flotilla, llevando por segundo al comandante Dragumet, le mostró sus instrucciones en las que el presidente Rivera le ordenaba perseguir hasta apresar a los expedicionarios argentinos, realizado lo cual, la tropa sería desarmada y trasbordada a la *Loba*; los jefes y oficiales quedarían presos en la *Bernardina*, y el coronel Pueyrredón asegurado con una barra de grillos en la primera de esas embarcaciones que era la capitana. Durante la entrevista en la que fué bien tratado, hízoles entender el enunciado jefe, que en caso de atentarse contra su persona, a la señal convenida, habíánle prometido los franceses echar a pique los buques orientales, los cuales defraudados en sus designios, regresaron a Montevideo con el transporte por único trofeo.

La división expedicionaria se ocupó en establecer su campamento provisorio, previo arreglo de las demarcaciones territoriales con el jefe de la guarnición francesa, según el espíritu de las instrucciones de Lavalle ampliadas con reglamentos de recíproca conveniencia.

Entre tanto, los legionarios no tenían qué comer, porque a pesar de las órdenes de su general para que se embarcasen víveres suficientes, sólo se encontró en la bodega de la *Libertad* catorce bolsas de galleta y un poco de carne salada.

En tal penuria, se resolvió que un oficial se trasladara al puerto vecino de las Vacas (hoy Carmelo) con el objeto de hacer provisión de carne, lo que se consiguió sin obstáculo. Mas no sucedió así con el segundo que fué a desempeñar esa comisión (el capitán Hubac) el cual, además de serle negado lo que solicitaba, quedó detenido por una partida de Rivera, sucediendo lo propio al comandante Benavente, sin embargo de ofrecer un precio subido para facilitar su adquisición. Los soldados que acompañaban a estos oficiales fueron perseguidos, uno de ellos herido y otro extraviado en el bosque.<sup>[28]</sup>

Una conducta semejantes de las autoridades *riveristas*, hizo forzoso que ese artículo de primera necesidad para el soldado argentino, se obtuviese en adelante por intermedio de los oficiales franceses que se avinieron a comprar la carne para sí y para sus aliados.

Rivera, no contento con este género de hostilidades, acordonó tropas en el litoral

del Uruguay no sólo para impedir la extracción de víveres con destino a los emigrados argentinos en Martín García, sino también para dificultar la reunión de sus compatriotas a que se les concitaba desde allí. El general don Anacleto Medina fué comisionado para dar cumplimiento a esa orden indigna, y un mayor Bermúdez, porteño, que iba con él, «era el más encarnizado perseguidor de sus paisanos».<sup>[29]</sup>

El general Lavalle al que dejamos en el *Alerte* por las razones que conoce ya el lector, pocas horas después de estar a en bordo presenciaba una escena que lo desagradó profundamente — motivada por la captura de la ballenera que conducía para Buenos Aires a un agente secreto de Rivera (el italiano Antonio Suso), al que no obstante se dejó seguir a su destino, uniéndose a esto la salida de la escuadrilla que iba a dar caza y aprisionar a sus compañeros de causa...

El mal tiempo que se desencadenó, hizo que el general permaneciese en el *Alerte* hasta el día 5 en que logró trasbordarse a la fragata de la insignia, donde el almirante Leblanc le dió testimonio de una amistad franca y sincera.

Este personaje abrigaba sentimientos generosos hacia la República Argentina, y deseaba ardientemente la destrucción de la dictadura. Más de una vez pronunció estas palabras, recogidas por un testigo: «Mi bravo general, me contaré por el más feliz de los hombres, si tengo la suerte de contribuir a la libertad de su patria, y a hacer que desaparezca de la escena el hombre funesto que se ha convertido en su verdugo».<sup>[30]</sup>

Parece fuera de duda que si tan digno marino hubiese continuado a la cabeza de las fuerzas navales francesas en operaciones contra Rosas, suerte diversa fuera la del partido liberal que lo combatía y al cual se adhirió Leblanc con calor, haciendo del triunfo de sus aliados el objeto constante de sus esfuerzos.

A bordo de la *Minerve* fué a reunirse al general libertador el coronel don Martiniano Chilabert que había quedado en tierra cuando se embarcaron los emigrados. «Este paso al parecer inocente» prorrumpe el testigo aludido, «fue un acto premeditado de este hombre intransigente que supo entonces hacer aparecer su conducta como intachable, pero que su proceder futuro lo presentará en transparencia. Chilabert desertará un día de la causa de la patria, después de haber sido honrado de un modo inmerecido, y consumará su crimen revelando a nuestros enemigos la situación del ejército que abandonará cobardemente...».<sup>[31]</sup>

El 9 de julio, así que mejoró el tiempo, la goleta francesa *Eclair*, comandante Aguste Bosse, recibió a su bordo al general Lavalle y comitiva. Este buque de guerra conducía pertrechos para los expedicionarios, despachados por la comisión patriótica

de Montevideo, y a las 8 a. m. del mismo día se lanzó como el águila sobre las aguas del sur hacia el punto de reunión.<sup>[32]</sup> El 11 tocó en la Colonia y a las 2 de la tarde del día siguiente se desembarcaba el general en Martín García en medio del estruendo del cañón francés y las aclamaciones de sus compañeros de armas que formados en batalla en la ribera, saludaron con *vivas!* repetidos al guerrero en quien cifraban esperanzas de su próxima redención.

Los oficiales de la armada francesa allí presentes, así como el comandante militar de la isla, concurrieron al muelle a recibir y cumplimentar al recién llegado, quién después de pasar breves instantes en su compañía, se trasladó al paraje ocupado por los suyos para establecer el cuartel general.

Esperábase allí un pobre rancho que se había construido para que le sirviese de alojamiento, y el coronel Pueyrredón al resignar su mando accidental, procedió a darle cuenta de, las providencias adoptadas mientras lo desempeñó. El general aprobó lo hecho pero demoró hasta el mes de agosto recibirse de la fuerza, que a su arribo ya la encontró aumentada con 80 hombres salidos de diferentes puntos.<sup>[33]</sup>

La llegada de Lavalle comunicó nuevo impulso a la empresa, convergiendo todos sus conatos al apresto y acrecentamiento de la columna expedicionaria a la cual por una orden general se denominó *Legión Libertadora*, título análogo a la misión que le había sido reservada, y se bautizó con el nombre de *Isla de la Libertad* al peñasco histórico que servía de cuna a la campaña proyectada.

Procedióse también a organizar el Estado Mayor general y sus diferentes ramos, colocando a su cabeza al coronel Chilabert.

Con la tropa llevada de Montevideo se formó el escuadrón *Maza*, poniendo a su frente al coronel graduado don Manuel Alejandro Pueyrredón, antiguo oficial de granaderos a caballo, acérrimo *antidecembrista*, y el que más tarde tuvo que emigrar como otros muchos para librarse de la saña de Rosas. Su colocación fué pues una medida acertadamente política.

Con el propósito de asegurar a la legión los medios de subsistencia, se contrataron víveres frescos en las Vacas, para entregarse a los franceses los que necesitase aquélla, y eludir así las órdenes de Rivera que con fecha 3 de julio prescribía a las autoridades de la costa, prender e internar a los argentinos, y que negasen toda clase de auxilios a los libertadores, resolución que parecía emanada del mismo Rosas, antes que del jefe de una nación que le hacía la guerra.

A pesar de la incomunicación con la Banda Oriental, lograron incorporarse a los voluntarios en Martín García, el teniente coronel Jaime Montoro que pasó de las Higuieritas (hoy Nueva Palmira), con 20 hombres; el de igual clase Patricio Maciel, y el coronel José María Vilela desde Mercedes con 12 de sus antiguos *colorados*, siendo aprehendidos por partidas de Rivera al embarcarse el capitán Acuña, los oficiales Sánchez y otros soldados. Los coroneles Vega y Olavarría no pudiendo sacar gente alguna del expresado pueblo, y excusándose de acompañarlos el del mismo rango don Isidoro Suárez (tres amigos inseparables que envueltos en los recuerdos prestigiosos de la independencia habían compartido las amarguras del destierro), se presentaron solos, como también diversos jefes, oficiales y ciudadanos que fueron llegando en los barcos de cabotaje que bajaban el Uruguay.

Los motivos expuestos, obstaron a que el general en jefe hiciese una excursión personal a los pueblos de la costa oriental, como había proyectado de antemano a fin de activar la reunión de sus compatriotas, disponiendo en consecuencia que el coronel Chilabert y el comandante don Manuel Pacheco recorrieran con tal designio la margen occidental del Uruguay; mas sus esperanzas se frustraron a causa de la vigilancia ejercida sobre ese litoral.

Eran las circunstancias bien azarosas, cuando a mediados de julio apareció en Martín García el ciudadano don Juan José Rocha, que había tomado parte en la abortada conspiración de Maza. Vecino antiguo del partido *fluvial* de Las Conchas y conecedor de aquellos parajes, fué uno de los que apoyaron con calor la opinión del general que deseaba hacer una batida por las islas del Paraná y Uruguay, donde podrían juntarse además de los montaraces y leñadores, muchos desertores de Rosas o *matreros* del servicio militar que se aseguraba con fundamento se guarecían allí.

A fin de poner en práctica esa idea, se aprontaron botes y chalanas bien montadas, en los que se despachó al prestigioso coronel Vilela con el mayor Sinclair, el capitán Casanova y los ciudadanos Rocha y Gallardo con el objeto de explorar las islas y riachuelos que forman el delta de las Palmas, saliendo simultáneamente otra comisión encabezada por los jefes Montoro, Maciel y Hornos con el encargo de registrar el Uruguay hasta la boca de San Salvador.

Ambas correrías dieron resultados satisfactorios, en especial la que navegó el Paraná de las Palmas, que consiguió internarse hasta el río de Luján, recogiendo asimismo comunicaciones secretas de la ciudad por conducto de los jóvenes Zurueta, avecindados en Las Conchas.<sup>[34]</sup> Merced a estos y otros arbitrios se reclutaron en pocos días más de 200 hombres con los que se formó el escuadrón *Libertad*, cuyo mando se confió a Montoro, y pudo remontarse el *Cúllen* de Vitela sobre la pequeña base que ya

tenía.

El 30 del mismo mes, el almirante Leblanc se trasladaba desde Montevideo al cuartel general de Lavalle, donde fue recibido por los legionarios cual correspondía a su rango y a las simpatías que había sabido granjearse. Sin embargo, su visita fue breve, porque asuntos importantes reclamaban la presencia del jefe de la escuadra en la línea del bloqueo delante de Buenos Aires. ¡En tal virtud, el 2 de agosto, después de una conferencia secreta y detenida, se separaron los dos amigos no sin muestras visibles de emoción o sospechando quizá que fuese la última vez que se abrazaban!<sup>[35]</sup>

Luego de solicitar su retiro, se incorporaba en esos días el teniente coronel Baltar, ex comandante militar de la Colonia, llevando consigo unos 40 hombres, incluso diez indios misioneros, y con parte de los cuales se aumentó el escuadrón *Cúllen*,<sup>[36]</sup> de manera que el 10 de agosto, es decir, al mes de haber desembarcado en Martín García, pudo revistar el general Lavalle 500 hombres listos para entrar en campaña.<sup>[37]</sup>

El coronel don Angel Salvadores, uno de los prisioneros de *Casas Matas* en el Callao, y el cual había ocupado provisoriamente el puesto de jefe de Estado Mayor en ausencia del general, fué colocado por éste a la cabeza de la infantería de la legión que ascendía a 34 individuos de dicha arma.<sup>[38]</sup>

Componíase el cuartel general, del coronal don Juan Elías, guerrero del Brasil, en calidad de primer edecán del general en jefe, los comandantes don Leonardo Mansilla y don Indalecio Chenaut, más 16 jóvenes de familias distinguidas de Buenos Aires que abrazaban con entusiasmo la oportunidad de servir a la causa liberal.

Don Antonio Rodríguez, joven abogado hijo del benemérito general don Martín Rodríguez, fué nombrado auditor de guerra de la legión, y el doctor Juan Pedro Serrano cirujano mayor de la misma, teniendo por segundo al joven practicante don José D. Caviedes y a un señor Benavídez de farmacéutico.

Al ciudadano don Isaías de Elía se dió a reconocer como comisario de guerra y tesorero. Finalmente se reunía también a los libertadores don Manuel Hornos y un piquete de nueve entrerrianos que lo seguían, por lo que fué nombrado sargento mayor.<sup>[39]</sup>

Mientras el caudillo del partido liberal organizaba así en la nueva Elba los elementos para abrir su heroica cruzada contra la dictadura de Rosas, llegó a sus manos una carta de Buenos Aires firmada por don Jacinto Rodríguez Peña, recomendando otra incluso del hacendado don Marcelino Martínez, quien comunicaba al general Lavalle

que era esperado con ansiedad en la costa sur de esta provincia, invitándolo a desembarcar en su establecimiento de la Laguna de los Padres, como el paraje más adecuado y donde se le reunirían los medios de movilidad necesarios, por lo que exigía su inmediata salida para ese destino *con lo que tuviese*, pues lo que importaba sobre todo era su presencia para que los habitantes de aquellos *partidos* se le incorporaran en masa.

Lavalle contestó luego aceptando la indicación y agregando, que el almirante francés, al que esperaba en aquellos momentos, sería impuesto del contenido de la carta, y no dudaba lo trasportaría en el acto. Que se le remitieran las señales convenidas para efectuar el desembarco, a cuyo efecto el señor Martínez debería marchar a esperarlo sin pérdida de tiempo.

Este, después de prevenir que las señales de inteligencia serían dos fogatas al pie del cerro más próximo a la ensenada de la Laguna de los Padres, salía de Buenos Aires en pleno invierno y bajo un copioso aguacero en la madrugada del 29 de julio, uniéndosele en los Tapiales de Ramos Mejía el joven don Francisco B. Madero.

Consecuente con su plan, apenas perdía de vista los suburbios de la ciudad, ya fué preparando el terreno para que germinaran las nuevas ideas. Ferrari en la costa del Samborombón, Gándara en la de Vitel, Lastra en las Lagunas, los Ramos Mejía en Kakel, Miguens en las Cinco Lomas, Castelli en el Cerro de Paulino y demás enemigos de Rosas, fueron enterados de que Lavalle se hallaba en Martín García al frente de una columna de patriotas resueltos y en vísperas de lanzarse sobre las costas del sur protegido por los buques franceses, todo lo que era ratificado en cartas recibidas a la vez por los expresados vecinos, y en las cuales aquel general anunciaba su inminente invasión, exhortando a los amigos de la libertad a estar prontos para acudir a su llamado.

En la falda setentrional de la Sierra del Volcán y como a trescientas millas sud de Buenos Aires, se encuentra la *Laguna de los Padres*, llamada así porque en el pequeño valle que se extiende a sus márgenes, fundaron en 1747 los jesuítas Cardiel y Falkner, la misión de la Virgen del Pilar, a la que tuvieron que renunciar pasados quince años de lucha estéril para sugetar al trabajo las tribus Aucas y otras nómades de la pampa.

Según se ha dicho en diverso lugar, don Marcelino Martínez estaba a cargo de ese valioso establecimiento en 1839, y así que regresó a él, contando con la secreta amistad del señor Otamendi, Juez de Paz de Monsalvo, que se hallaba en la Ballenera, y con el pretexto ostensible de dar principio a las *marcaciones del ganado vacuno*, preparó su numeroso personal de peones, mandó citar a los vecinos, reconcentrar todas las caballadas, y aparentando coadyuvar a cierto contrabando que decía dirigirse a aquel

puerto, comisionó a un joven Suaso a fin de que aglomerase sobre la costa algunas carretadas de leña de *curumamuel* para las fogatas que desde el pie del cerrito de la Tapera servirían de señal a los buques expedicionarios.

Todo era agitación y movimiento en los campos del sur al anuncio del próximo desembarco del que se consideraba como el único antagonista de Rosas, pero casi al mismo tiempo se razonaba de distinto modo en el cuartel general de Martín García, como nos proponemos demostrar en seguida.



## Capítulo VI

*Vacilaciones del general Lavalle antes de lanzarse a las costas del Sur. — Conducta inexplicable del Presidente Rivera. — Invasión del Estado Oriental por fuerzas de Rosas. — El peligro produce un cambio de política en el gabinete uruguayo. — Lavalle varía su plan de campaña.*

Organizada ya la columna libertadora y aumentados su fuerza y elementos hasta donde era posible, había llegado el ansiado momento de obrar.

Designábanse varios puntos para servir de teatro a sus primeras operaciones; pero todas las miradas se dirigían a la campaña del Sud de la provincia de Buenos Aires, donde se contaba con la simpatía y la cooperación de numerosos amigos.

Examinado este plan por el lado militar, vióse que los invasores podían tornar tierra en la Ensenada de Barragán, la Atalaya de la Magdalena, Boca del Salado, Tuyú, Cabo Corrientes o Bahía Blanca.

El primero de esos puertos a 12 leguas de la ciudad, era poco favorable a un rápido desembarco por los *bañados* o tremedales y arroyuelos cenagosos de San Juan, la Batería, Mulas y otros que lo avecindan.

El segundo, inaccesible a embarcaciones de calado por su poca agua y casi flanqueado por los arroyos Villoldo, Sauce, Atalaya y Espinillo, en los cuales se refugiaban de continuo los pequeños barcos de cabotaje que forzaban el bloqueo, y no siendo abrigado del temible viento S. E., se sabía además que acampaba por sus inmediaciones la fuerza del sargento mayor Miguel Valle, con la que chocaron los franceses poco antes.

El tercero, situado en el vértice del triángulo de los rincones de Nuario, Viedma y López, formados por los ríos Samborombón y Salado al derramarse en el Plata, distante 15 leguas del pueblo de Chascomús, rumbo en el que sólo existían entonces las *poblaciones* o estancias de Pinero, Escribano y Miguens, pero que a la parte sur de ese puerto, es decir, en el rincón de López, estaba la de don Gervasio Rosas, hermano del Dictador, desde donde el sargento mayor Estanislao Vigorena con una fuerte partida recorría el paraje con la orden terminante de retirar basta el último *mancarrón* de las inmediaciones al asomo de cualquier vela por esa altura.<sup>[40]</sup>

La entrada al cuarto puerto era eventual, debiendo verificarse por el riachuelo de San Clemente que carecía de agua a menudo, siendo expuesto además por los

*cangrejales* que lo forman.

El del Cabo Corrientes o Laguna de los Padres estaba completamente desamparado; los buques podían ser vistos desde una gran distancia; y la reventazón era tan continua, que el desembarco quedaba sometido a las mismas eventualidades que en el anterior y sobre todo, dada la estación inclemente en que se hallaban.

Finalmente, en el más remoto de Bahía Blanca no había que pensar, guarnecido como estaba por la división del coronel Martiniano Rodríguez, y a gran distancia de la zona donde convenía operar.

Entre tanto, a los interesados en llevar el ataque por el Norte, se les observaba, que encontrándose ese litoral igualmente vigilado, ofrecía quizá mayores riesgos para una sorpresa, pues que ni el terreno estaba preparado como en el Sur, y porque siendo laboriosa la navegación de un convoy contra la corriente del caudaloso Paraná, era no sólo difícil sino también imposible esquivar la sospecha de los numerosos y barcos del tráfico que lo frecuentan y los cuales pondrían luego en alarma al enemigo, cuyas hostilidades crearían conflictos a la expedición apenas iniciada.

Tal era la pintura que se le hacía al general Lavalle de los obstáculos que le amagaban, en caso de adoptar esos proyectos tachados por algunos de *erróneos* bajo su aspecto político y militar, cuando nuevos y singulares sucesos, cambiando de súbito la situación, pusieron término a las dudas.

Sintetizando el resultado de las medidas que en su enojo había tomado el presidente Rivera, luego de saber el embarco público de Lavalle, hemos dicho en otro lugar que ellas fueron estériles.

Las reclamaciones dirigidas a los agentes franceses no podían producirle resultado alguno favorable; y pronto se apercibió de que no era cuerdo extremar su desinteligencia con éstos, con los emigrados argentinos ya en acción que patrocinaban, y con los orientales sus amigos políticos que intransigentes con Rosas, podrían serle indispensables para reanudar si le era necesario las relaciones comprometidas, tanto con los franceses como con los mismos argentinos.

Además, Rivera debió saber por los intermediarios en sus negociaciones con Rosas, que éste creyéndose engañado se disponía a castigar la perfidia de que le acusaba, invadiendo sin tardanza el territorio oriental para aprovechar la desorganización en que le contemplaba.

En consecuencia, Rivera retrocedió, principiando por dar seguridades de que no cruzaría la empresa de Lavalle, ordenando a la vez no se hiciera lugar a la renuncia del joven Lamas y se le encargase comunicar a dicho general el compromiso contraído por el Presidente.

Lo que a esto siguió podemos narrarlo sirviéndonos de documentos auténticos, de las cartas mismas del general Lavalle escritas todas de su puño, con la rapidez de los momentos, y que revelan que aquel soldado intrépido era un hombre de corazón, una inteligencia cultivada, un escritor correcto, y arriba de todo eso, un patriota cuya abnegación personal tocaba los límites del heroísmo.

Don Andrés Lamas le transmitió las garantías que daba el presidente Rivera, en esta carta escrita con hábil reserva:

«Señor general don Juan Lavalle. — *Martín García*.

»Montevideo, julio 12 de 1839.

»Mi querido amigo:

»Nuestro Frías es el conductor de ésta. Por él lo sabrá Vd. todo, y lo que él no le diga se lo dirán probablemente las cartas de los señores Agüero y Varela. Yo no puedo tocar estas cosas sin sufrir horriblemente. Perdóneme Vd.

»Tenemos hoy la seguridad de que el gobierno no nos cruzará. Después de lo que llegamos a temer, este es un suceso de importancia.

»Lo que yo pueda hablar de mi posición, lo diré a Vd. oportunamente. Hoy sólo me es permitido asegurarle a Vd. que puede contar con la invariable amistad de su affmo. servidor,

»(f.) ANDRÉS LAMAS».

El general Lavalle contestó en los términos siguientes:

«Señor don Andrés Lamas. — *Montevideo*.

»Martín García, 18 de julio de 1839.

»Querido amigo:

»Todo lo que viene de Vd. me es muy querido, y su apreciable del 12 por consiguiente.

»Vd. y los demás amigos me dicen que el general Rivera se ha comprometido a no cruzar la empresa argentina, pero las órdenes que tiene el general Medina y los demás jefes de la costa, están en contradicción con ese propósito. Todos los argentinos que quieren embarcarse son presos, y los que van de aquí a buscar víveres lo son igualmente. Siento no tener aquí ahora una de estas órdenes, para que Vd. se lamentase del horrible espíritu con que están concebidas. Querido, yo nada espero del general Rivera sino hostilidades; está poseído de una rabia frenética, no tanto contra la empresa, cuanto contra mí.

»Pronto llorará su ceguedad. Su propia conciencia será mi vengadora. Si yo triunfo de Rosas, su nombre será el objeto de execración de todos los pueblos argentinos; y si no, él cargará con la ignominia de mi muerte. Jamás he hecho un pronóstico con más confianza. En cuanto a mí, Vd. me ve en un camino único, en el de la Patria, y aunque todo el universo se conjurase yo iría a morir allí, porque así me lo mandan mi deber y mis compromisos.

»Adiós mi amado amigo, recuerdo a Vd. y a su noble padre con gratitud y con ternura.

»Sírvese abrazarlo en mi nombre y también a su linda mitad.

»Su siempre,

»(f.) JUAN LAVALLE».

Pocos días después, y a medida que arreciaba el despecho de Rosas por el embarque de Lavalle, el presidente Rivera adelantaba en el buen camino, llegando hasta ofrecer una fuerza considerable que operaría a las órdenes de aquel general bajo un plan combinado con él.

Lamas comunicó así tales ofrecimientos:

«Señor general don Juan Lavalle.

»Montevideo, julio 22 de 1889 (A la 1 ½ de la noche).

»Mi querido amigo:

»Está en mi poder su carta del 18 que recibí con el placer con que admito siempre las cosas de Vd.

»Estamos en momentos decisivos: cuando se está en presencia de los más altos intereses de dos pueblos, todos los sentimientos individuales se subordinan y desaparecen. Esto debe ser así y yo sé que así es para Vd. como para mí. Cuento con ello cuando voy a hablarle ligeramente de un negocio que me ocupará más en otra ocasión.

»El general Rivera parece que se ha apercibido de que no puede vivir aquí y Rosas en la otra orilla: me parece que se ha apercibido de algo más, de la imperiosa necesidad de contribuir a que Rosas caiga pronto y muy pronto. El sábado pues, antes de salir de la capital, manifestó abiertamente que estaba resuelto a cooperar a la empresa de Vd. con 1200 a 1500 hombres que irían a las órdenes de un general oriental en clase de auxiliares: este general es el señor Aguiar. Autorizó con este fin a sus ministros de palabra y al señor Despouy por escrito para que arreglasen este negocio.

»Fui llamado al instante para que empeñase mi crédito en beneficio de esta idea, ofrecí hacerlo a condición: 1.º De que la expedición oriental se principiase a reunir al instante; 2.º Que se me diesen facilidades para remontar la Argentina. Fueron aceptadas mis condiciones, y trabajamos sin descanso.

»No estoy alucinado, general; yo he previsto el caso de que esto fuera una perfidia; faltaría a la verdad, si no confesase que ni la sospecho hoy. Estoy perfectamente convencido de que se quiere el *hecho*, el *porqué* ahora y no antes, me parece cuestión importuna. Sin embargo, marchó con todas las precauciones imaginables y nada tenemos que temer.

»Nosotros aquí podemos reunir en pocos días una fuerza importante: el Presidente tiene facilidad para poner el resto en la Colonia con mucha brevedad también; de modo que este es negocio de muy pocos días, como debe ser. Mañana hemos de acordarlo todo definitivamente.

»Por supuesto que no hemos prescindido de los auxilios franceses: los necesitamos. Les hemos pedido 200 000 patacones que nos deben entregar en clase de préstamo tan luego como la expedición se *haya realizado*. Yo ni doy nada, ni pido nada, sino sobre esta base.

»No he sospechado que Vd. tuviera inconveniente alguno en admitir esta cooperación, a cuya esperanza Vd. no debe sacrificar un día; porque Vd. seguirá sin interrupción sus trabajos. Si ella viene, tanto mejor, si no, Vd. ha adelantado su camino.

Si hay inconveniente, manifiéstemelo.

»Yo no quiero adelantar más esta carta: estoy postrado de la fatiga, de un día de terrible trabajo y agitación.

»Tal vez en el de mañana tenga ocasión de instruir a Vd. como debo hacerlo. Valga este por un anuncio.

»Continúe Vd. sus gloriosas tareas en la confianza de que todos sus amigos perseveramos en nuestro propósito, y de que el más inútil de ellos no perderá ocasión de acreditarle los sentimientos con que es de Vd. affmo. servidor.

»(f.) ANDRÉS LAMAS».

«Mi padre y mi Telésfora abrazan a Vd».

La que sigue fué la contestación dada por Lavalle.

«Señor Don Andrés Lamas.

»M. García, julio 30 de 1839.

»Querido amigo:

»Recibí anoche su apreciable del 22 a la 1 1/2 de la noche. —Su contenido es tan grave, que aunque nada espero, no quiero echar sobre mí la responsabilidad de la inadmisión.

»Apruebo, pues, los patrióticos y amistosos oficios de Vd., deseando sinceramente engañarme.

»Desde la batalla del Palmar hemos estado deplorando errores: algunos de ellos son inauditos como el que se comete hoy, y no me es extraño que se agregue uno más, cuando las pasiones que han dado origen a todos, han subido hoy a tan alto grado de irritación.

»Repito que deseo engañarme, y espero las ulteriores cartas de Vd. bien contento del intermedio que diestramente ha elegido el ministerio.

»Sólo debo advertir a Vd. por ahora que yo no puedo perder tiempo, como Vd. mismo lo ha previsto. De una hora a otra puedo recibir un aviso que me obligue a

lanzarme con cualquier cosa y aún sin aviso; no debo perder un día después de tener aquí el material inanimado que espero en estos días. Los hombres estarán prontos antes de doce días.

»El general Rivera no puede dar la fuerza que dice. De la campaña podrá dar a lo más 400 hombres, incluyendo los entrerrianos del Uruguay que vendrían con gusto. No sé lo que Vds. podrán reunir en la capital.

»Sea de esto lo que fuere, la cooperación pública del gobierno influye mucho moralmente, y solo 4 o 500 hombres para manifestarla, pondrían mucho peso en la balanza.

»Me sentiría con Vd. si creyese un solo momento, que en presencia de tan gigantes intereses, tienen sobre mí alguna influencia las personalidades. Vd. me hace justicia.

»Hasta otro día, su afectuoso amigo.

»(f.) JUAN LAVALLE».

Pero apenas dada esta respuesta desde Martín García, llegaba a esa isla el coronel D. Francisco Reinafé con el objeto de iniciar la negociación del acuerdo, con independencia de la comisión argentina organizada en Montevideo y del mismo Lamas.

Lavalle contestó pidiendo se autorizase a este último para que tratara con él tan grave asunto, así se lo comunicó por la carta que vá a leerse,

«Señor D. Andrés Lamas.

»Martín García, agosto 2 de 1839.

»Querido amigo:

»Aquí llegó ayer el coronel Reinafé, (que regresa hoy) con una carta del señor Muñoz para Chilabert en que *como opiniones de gobierno*, me propone una operación ventajosa para los *intereses comunes*. Nunca he dejado de considerar así los de los dos pueblos.

»Muy bien: caiga sobre mí un eterno oprobio si sacrifico un átomo de los intereses públicos a individualidades.

»Demasiado desprecio me inspiran los que se dejan conducir por pasiones de lodo, para que yo quiera caer en la misma desgracia.

»Pero querido, en la posición inaudita en que esos señores me habían dejado, había tomado un camino en el cual estoy muy avanzado. Deseo sinceramente conciliar todos los intereses, pero es posible que ya sea tarde.

»No habiendo por otra parte en las propuestas escritas y verbales que trae el coronel Reinafé, nada de positivo, yo sigo el camino de mi plan independiente. Estoy en situación de contar, no ya los días sino las horas que he de permanecer en Martín García. Deseando sin embargo hacer los esfuerzos posibles para conciliarlo todo, pido que se le autorice a Vd. para venir a tratar de un asunto tan grave. Vd. ve que esto no se puede resolver por cartas.

»El coronel Reinafé lleva también algo verbal para el señor Muñoz. No tengo un momento más, el almirante se va.

»Su siempre—

»(f.) JUAN LAVALLE».

A esta fecha ya el Estado Oriental estaba invadido por el ejército de Rosas a las órdenes del general D. Pascual Echagüe.

He aquí la prueba.

«Comía. General Intr. del Departamento.

»Paysandú, julio 24 de 1839.

»Son las 12 de la noche y en este momento acabo de recibir una comunicación del comandante del Salto en la que me transcribe el siguiente parte:

*»Comisaría de Belén. — El que suscribe, en este momento acaba de recibir un parte, que fue sorprendida la guardia del paso de Higos por los enemigos entrerrianos, habiendo pasado una fuerza a esta banda como de cuatrocientos hombres, y me supongo que habrán pasado por algunos otros puntos que no han sido sentidos. Lo que participo a Vd. para que lo comunique a quien corresponde.*

*»Yo debo esta noche pasar el Arapey en el paso de las Lagunas con las caballadas. El jefe de la escuadrilla, debe pasar a la barra del Arapey. Dios guarde a Vd. muchos años. Belén, julio*



23 de 1839.—*Evaristo R. Santana.*

»Es cuanto tengo que comunicar a V. S. para su inteligencia; entre tanto, quedo tomando mis disposiciones sobre este punto.

»Dios guarde a V. S. muchos años.

»(f.) FEDERICO GUILLERMO BÁEZ».

«Señor Intendente General de Policía».

El conflicto era extremo. Rivera recogía el fruto de todos sus errores; de su política desleal y del desorden de su administración.

El ejército oriental no estaba organizado; la capital indefensa; el parque desprovisto de armas y de equipos; el erario agotado, y por último, interrumpido todo acuerdo con los diplomáticos de Francia y con el general Lavalle.

Rivera ya apercebido del peligro, había resuelto enviar a la corte de París a su ministro de Relaciones Exteriores para obtener en las eventualidades que preveía, un apoyo más eficaz que el que pudieran prestarle sus representantes en el Plata.

Pero la cooperación moral de estos se tornaba indispensable en el momento, y nadie ignoraba que para ellos como para Lavalle, era Lamas el funcionario oriental que inspiraba mayor confianza. Tal fue el motivo de encargársele de los ministerios de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Así organizado el gabinete y fortalecido el nuevo ministro con la buena voluntad del señor Gabriel A. Pereira, Vice Presidente en ejercicio del Poder Ejecutivo, y con la confianza del venerable general de la independencia D. José Rondeau que obtenía la cartera de guerra, la situación se transformó. El espíritu público se retempló por la actitud clara, decidida y enérgica del gobierno.

Acompañado el señor Lamas de su colega Rondeau, se presentó y sostuvo con éxito ante la comisión permanente del cuerpo legislativo, la necesidad de tomar sin pérdida de un instante, las medidas prontas de seguridad que autoriza para los casos extraordinarios el artículo 81 de la constitución de aquel país.

Simultáneamente se trató de preservar de todo peligro la capital de la República,

de auxiliar la revolución argentina y establecer la estrecha combinación de los aliados.

Para resguardar a Montevideo haciéndola inexpugnable al ejército invasor, solicitó y obtuvo el ministerio, que fuerzas francesas concurriesen a su defensa. Las notas cambiadas entre éste y los agentes de aquella potencia fueron publicadas en *El Nacional*, y justifican ampliamente tal medida. El contraalmirante Leblanc desembarcó al frente de sus marinos para velar por la seguridad de la plaza, y los residentes franceses se armaron con idéntico fin bajo la bandera tricolor.

El acuerdo con el general Lavalle fue facilísimo; y el resultado de la negociación está consignado en la carta que vamos a copiar.

«Señor D. Andrés Lamas.

»Martín García, 10 de agosto 1839.

»Querido amigo.

»Todo ha cambiado de aspecto desde que el ejército enemigo ha pasado, el Uruguay en el Salto, y desde que encuentro cooperación en el gobierno oriental y simpatía en el pueblo.

»No perderé tiempo en demostrar a Vd. que el ataque sobre la provincia de Buenos Aires era vicioso considerado política y militarmente. Era un efecto de las fatalidades que Vd. conoce: yo no tenía otro camino. Pero después que el Estado Oriental ha sido invadido, ese ataque no sería una falta sino un crimen. La revolución argentina ha de ser completa para que produzca todo el bien que desean los pueblos. Rosas y Echagüe deben caer. A mí me es indiferente empezar por una o por otra parte, pero no al pueblo oriental invadido. Yo tengo pues que obedecer a su interés que es el interés de todos: el de nuestra hermosa causa. Querido, me voy a Entre Ríos: en Buenos Aires se van a desesperar, pero así lo exige el bien público.

»Marcharé impávidamente entre Gualeguay y Gualeguachú, aumentando mi fuerza cada día, no lo dude Vd. Una insurrección aparecerá simultáneamente a la inmediación de Ja Bajada del Paraná, que el gobierno delegado no tiene con qué sofocar, y es probable que tampoco lo quiera. ¿Qué hará el ejército enemigo? Si no retrocede, se pierde; si retrocede, como es cierto, y el general Rivera... no traiciona la causa de la libertad, se lanzará sobre el Uruguay y obrará según las circunstancias.

»Entretanto, yo podré verme en grandes conflictos, pero cuente Vd. con que no me han de destruir.

»El éxito de la Guerra de Entre Ríos, dependerá entonces de los esfuerzos que haga el pueblo oriental, y ese éxito será el de la gran cuestión para asegurar el resultado de mis operaciones; es tal vez vital que el gobierno me mande 200 infantes del batallón del coronel Velázco; no lo pido todo por consideración. Marcharé de aquí al día siguiente de haber recibido esta infantería y los buques de guerra y transportes que el gobierno pone a mi disposición, según sus apreciables del 2 y del 4 que he recibido anoche.<sup>[41]</sup> Espero que cediendo el almirante a mis instancias mande dos o tres buques de guerra al Paraná. La infantería oriental protegida por un buque de guerra, tomará un punto desierto de la costa de aquel río que le designaré, hará allí un reducto y esperará mis órdenes. Si tienen Vds. allí dos piezas de campaña, sería preciso que la infantería las trajera. Si el coronel Velázco no viene, espero que el gobierno me permita poner al frente de la infantería mientras dure la campaña, un buen jefe argentino de la arma.

»Amigo, escribo con una gran prisa, y no puedo entrar en los pormenores de esta operación. Bástele a Ud. saber que yo espero que el ejército enemigo será destruido. Ud. conocerá la importancia del secreto, mientras la operación no se practica. En muy pocos días podría Rosas poner obstáculos por el lado del Paraná enteramente desguarnecido actualmente.

»Me parece que en caso de desastre, toda previa estipulación habría sido inútil entre nosotros. El peligro común, el instinto nos unirá y aconsejará. Entonces no habría dificultades como puede haberlas en la victoria.

»Desearía estipular algo para este último caso, pero no hay tiempo, y por otra parte *puede ser inútil*. Si el presidente Rivera se posesiona de la elevación de su posición y del verdadero interés de los pueblos, conocerá la importancia de restablecer nuestra amistad de buena fe. Yo daré el primer paso, sobre todo, se persuadirá de que toda ambición de territorio fuera de los límites del Estado Oriental, podría derramar más sangre que la caída de Rosas, en caso que esa oposición a la tendencia irresistible de los Estados Argentinos encontrase un pretexto loable para disfrazarse, porque de lo contrario, ese proyecto no se haría conocer sino para hacer reír.

»Siempre he querido al señor Pereira; ahora mucho más. Sírvase Vd. suplicarle que lea esta carta, y agradecerle en mi nombre todo lo que ha hecho ya por la empresa que presido. Cuento con los esfuerzos de este señor y con los de todos los orientales patriotas, tanto para proteger mi empresa, cuanto para influir con el Presidente para que se encamine al bien. Que lo haga así, y que venga a satisfacerse en mi persona. Recibiré humildemente veinte bofetadas.

»Adiós mi querido amigo, oportunamente le escribiré más despacio si puedo.

Ahora quiero ganar minutos para que regrese la *Eufrosia*, porque el tiempo puede cambiar y hacernos perder muchos días. Venga, la infantería con dos piezas de campaña si es posible y espero que para todo octubre estaremos amenazando al bárbaro en el último baluarte de su poder.

»Un abrazo a su señor padre, y muy finas memorias a su querida mitad.

»Suyo siempre.

»(f.) JUAN LAVALLE».

Nota: —«En el momento de despachar la *Eufrosia* me entregan una cartita de su señor padre que aprecio infinito. —Luego tendré el gusto de contestarle».

Por estas dos negociaciones, el pueblo oriental estaba salvado y Rosas iba a sufrir un desastre que haría inevitable su caída, si el general Rivera aceptaba y continuaba de buena fe y en todas sus consecuencias lógicas, la política que generó el más espléndido de sus triunfos.

El acuerdo con Lavalle para operar sobre el Entre Ríos, arrebatava al ejército invasor del Estado Oriental su base de operaciones, al paso que el celebrado con los franceses aseguraba a Rivera la suya, y le daba los hombres, las armas, los equipos y el dinero que pusieron a su ejército, que se reorganizaba al frente del enemigo ya cercano a la capital, en disposición de vencer en una batalla tan decisiva que libertó de improviso el territorio de la República Oriental.

Mientras se negociaba el convenio con Lavalle, el gobierno de Rivera le proporcionaba los escasos recursos de que podía disponer, fomentando las suscripciones particulares promovidas por los argentinos con el mismo fin. A esto se refiere aquél general cuando habla en la carta que acabamos de transcribir, *de la cooperación del gobierno y de la simpatía del pueblo*.

Se le enviaron armas, dos piezas de artillería de campaña, vestuarios, y más tarde unos 80 hombres reclutados en Mercedes que llevó el coronel D. Pedro José Díaz.

El arreglo con Lavalle fué comunicado al general Rivera por Lamas el 15 de agosto, y no copiamos la comunicación porque en todo lo substancial, reproduce la carta trascrita.

En el interín, Rivera escribía oficial y confidencialmente al vicepresidente, y en carta particular a Lamas, pidiendo de un modo resuelto que el general Lavalle con su

legión operase en el territorio oriental, desde el cual, vencido Echagüe se llevaría la guerra con todos los elementos del país a la margen derecha del Uruguay.

Lamas sin vacilar, contestó al presidente Rivera, sosteniendo lo acordado, con la demostración de que los doscientos o trescientos hombres de Lavalle en el territorio oriental, poco podían pesar en los destinos de la lucha, al paso que arrojados al suelo argentino como elementos revolucionarios, valdrían un ejército o quizá más que un ejército.

El vicepresidente no quiso tomar la responsabilidad de esta contestación, y el 18 de agosto llamó directamente a D. Juan Nepomuceno Madero y le pidió se trasladase a Martín García, e interponiendo su antigua amistad con el general Lavalle, concurriese a que este se prestara a ejecutar la operación militar exigida por Rivera, según se proponía en la comunicación de que deseaba fuese conductor. El señor Madero aceptó el encargo, pero manifestando de antemano al vicepresidente, su convicción de que Lavalle no accedería, por cuanto esa operación contrariaba el plan de campaña adoptado, en los momentos mismos de darle comienzo; y por que si como lo esperaba, era feliz en sus primeros movimientos, ellos darían un resultado más eficaz que el designio que se le aconsejaba.

Llegado Madero a la isla e impuesto el general, contestó como era de esperarse, fundando razonadamente su negativa con la más extrema y cordial cortesía.

Pero su cambio de plan de campaña no fué aprobado por la opinión ni por sus amigos de Montevideo.

## Capítulo VII

*Los principales emigrados argentinos en Montevideo, desaprueban la última resolución del general Lavalle. — La Legión Libertadora abandona la isla de Martín García. — Su desembarco en la provincia de Entre Ríos. — Nuevas exigencias de los hacendados del Sur. — Arrepentimiento tardío de Lavalle.*

Sin embargo, los prohombres del partido liberal que desde Montevideo agitaban la reacción contra Rosas, veían los sucesos bajo diversa faz que el general Lavalle, opinando la mayoría porque la invasión se encaminase directamente a Buenos Aires, mientras que iban otros hasta exigir que el desembarco se hiciera en la misma ciudad, donde encontraría apoyo inmediato y eficaz.

En corroboración de esto, vamos a transcribir las ideas del doctor Juan Bautista Alberdi, el ardoroso representante de la juventud emigrada, pues que ellas congloban aquel pensamiento atrevido. El original que tenemos a la vista, formaba parte del archivo privado de Lavalle al que le fué dirigido por su autor inspirado quizá por los generales Olazábal e Iriarte.

### CONSIDERACIONES ACERCA DE LAS VENTAJAS DE UN GOLPE SOBRE LA CAPITAL

«1.<sup>a</sup> Me creo dispensado de probar la competencia de las capitales de Nación para iniciar todos los grandes cambios. Para las resoluciones como para las mejoras, las capitales disfrutaban sin duda de la iniciativa casi exclusivamente. Buenos Aires, no es una excepción de esta regla: recuérdese Mayo, Diciembre y todos los grandes movimientos revolucionarios ejecutados en el pueblo de Buenos Aires, antes y después de 1810: siempre han cambiado la faz de la República.

»2.<sup>a</sup> Si el general Lavalle considera sus fines y sus medios, fácilmente notará que por la naturaleza de ambos, la capital es preferible.

»3.<sup>a</sup> Los fines son la libertad, la dignidad, la regeneración del país. En ninguna parte es conocida la importancia de estas cosas, sentida su necesidad, deseada en consecuencia, como en la capital.

»4.<sup>a</sup> Los medios son, la cooperación oriental, la cooperación francesa, es decir, dos cooperaciones extranjeras; una emigración clasificada por partidaria de un sistema que ha sido perseguido en toda la República, menos en la capital, las masas más civilizadas del pueblo.

»5.<sup>a</sup> Es en el pueblo y no en la campaña ni en las provincias donde el extranjerismo goza de más simpatías. Las masas campesinas y provinciales no transan jamás con lo que es extranjero: su patriotismo es puramente local, y consiste en el odio a lo que no es del suelo nacional.

»6.<sup>a</sup> Ya la campaña ha sometido dos veces el pueblo: si hoy se sirve de ella para someterle una tercera vez, se completará la opinión de que ella es la señora del pueblo: el peor y más funesto convencimiento en que pudiera caer.

»7.<sup>a</sup> Es menester no perder jamás de vista que el pueblo representa mejor el principio progresivo, y la campaña el principio estacionario. Cada vez pues que sea menester procurar una victoria al primero, se debe dar la iniciativa al pueblo.

»8.<sup>a</sup> Digo la iniciativa y no toda la obra; pues que la campaña, donde sin duda existe el mayor poder de la provincia, no debe ser desatendida un instante.

»9.<sup>a</sup> Podemos decir que el movimiento que viene es la reacción del movimiento del año 28. En aquel tiempo, la campaña y sus ideas sometieron al pueblo. Hoy el pueblo y sus ideas deben someter la campaña.

»10. Lejos de mí toda mira que tienda a anarquizar la campaña y el pueblo. Se trata de preferencia no de exclusión; de iniciativa, no de consumación.

»11. El foco de la influencia y del poder del general Lavalle está en el pueblo; es donde se le conoce y ama íntimamente; donde no se expondría a una defección.

»12. Repárese el origen de las dos emigraciones argentinas: las dos han nacido de dos golpes de la campaña sobre la capital, en 1828 y 1833. Se compone toda de hombres del pueblo perseguidos por hombres del campo. No es pues el campo que los ha batido, el teatro adecuado de sus primeros movimientos revolucionarios.

»13. Los más de los emigrados argentinos ni son hombres del campo, ni conocen a los hombres del campo, ni sus usos, ni su táctica, ni sus gustos actuales.

»14. El general Lavalle no podría jamás suceder a Rosas en su rol de 1828 y 1833. Son dos entidades distintas que no podrían reemplazarse jamás: difieren por educación, por principios, por antecedentes.

»15. El general Lavalle nunca será el hombre de los gauchos. Necesitaría para ello de vicios, de hábitos, de cualidades, de condiciones de carácter que no tiene absolutamente.

»16. Será siempre el hombre del arte, del proceder regular, de la civilización, de los principios adelantados y libres. Su mayor poder estará pues siempre donde el arte, las ideas y la civilización han adquirido un progreso mayor, es decir en el pueblo.

»17. Dado el primer golpe y obtenida la primera victoria por los medios, los hombres, los procederes más civilizados, es decir, en el pueblo, se dejaría deslucido el orgullo de los hombres y los procederes atrasados del campo: se rehabilitaría el prestigio de la civilización, y el crédito del arte militar con todo su poder.

»18. Rosas estima hoy más el pueblo que la campaña. Arrojado del pueblo se le perturbaban sus relaciones exteriores todas: sus negociaciones con el gabinete francés, con los ingleses, con los Norteamericanos, con el Estado Oriental, con Chile, con todos los pueblos interiores; quedaban todas interrumpidas, y él desorientado de todo.

»19. El sistema administrativo es una máquina cuyo poder equivale a un ejército. Este poder se le quitaba de un golpe. Correspondencias, órdenes, empleados, conductos, todo lo perdía con la capital.

»20. La renta dejaba de ser suya en el acto, y entraba al servicio de la revolución.

»21. Sería operación de seis horas la de poner 4000 hombres sobre las armas.

»22. En el pueblo habrá como seis mil caballos. Un día bastaría para crear un escuadrón. Con un escuadrón, al día siguiente se tienen dos más en los partidos inmediatos al pueblo.

»23. La campaña no haría resistencia, ¿A qué fin? ¿de prolongar su opresión?, ¿de tomar el pueblo para que quedase otra vez bloqueado y miserable?

»24. Ya Rosas no es el hombre de 1828 ni 1833. En aquellas dos épocas las masas esperaban de él, porque todavía no las había engañado. Hoy ¿qué tienen que esperar de él? Ya lo conocen: ya saben todo lo que podría dar.

»25. Todos saben que la revolución busca un apoyo para ver la luz. ¿Dónde este apoyo podría ser creado con más poder y en menos tiempo que en el pueblo? Allí están 800 franceses domiciliados que se reunirían armados a una señal: éstos, y mil más que desembarcasen, y 300 o 400 nuestros que fuesen de aquí, y los que pudiesen estar prevenidos allí, presentaban de golpe un apoyo más que suficiente para el primer instante de la insurrección.

»26. Detenerse en la consideración de que se emplean franceses, puede



sucedemos a nosotros aquí donde estamos holgados, pero no en Buenos Aires donde se está en el fango y se desea salir hasta par la pata del diablo, como dice Obes.

»27. El general Lavalle, sin detenerse en las preocupaciones contra el extranjerismo, debe procurar la alianza de todos los elementos de civilización, sean de donde fueren.

»28. El no será fuerte en su país por las masas ignorantes sino por las masas ilustradas; y para que las masas ilustradas del país sean más fuertes que las ignorantes, es menester que busquen conexiones con los elementos ilustrados de fuera. Solo por este medio la minoría ilustrada del país llegará a subordinar a la mayoría semibárbara, coligándose con la civilización exterior.

»Es el único recurso de salvación por ahora para nuestras repúblicas de Sud América. El sistema exterior del país tiene toda la importancia; de él dependen todos nuestros progresos, que al revés de los progresos europeos, deben operarse de la superficie al fondo, de la periferia al centro. Debe pues atraerse toda influencia civilizante. De aquí la conveniencia de estrechase con la Francia e introducirla en la consideración del país.

»29. Este plan reúne a las ventajas que quedan indicadas, la de la celeridad: condición que debe ponerse ante todas en el momento a que han llegado las cosas. La celeridad además no deja pensar para decidirse.

»30. Para que una revolución nazca, se desenvuelva y triunfe en la campaña, se necesitan cuando menos cuatro meses. Para entonces bien podría haber concluido la cuestión francesa y quedado Rosas en el pueblo rodeado de recursos: en tal caso la restauración de la campaña le sería obra de un día.

»31. Trescientos hombres pasados de aquí a nuestra campaña, bien podían ser destruidos antes de haber hecho una gran reunión. Dos mil hombres puestos en la capital, dos mil asociados a estos sobre la marcha, dos mil más comprometidos en el mismo día, ya presentan más que garantías de permanencia y de suceso.

»32. La revolución debe contar en gran parte con el elemento de la fascinación; este elemento no puede emplearse en ningún punto con mayor efecto que en la capital.

»33. Un movimiento comenzado en la campaña, invertiría tiempo, dejaría lugar a la reflexión; la reflexión produciría la indecisión; la indecisión, la inercia. Para sublevar la campaña hasta cercar la ciudad, muchas batallas y muchos meses se habrían

invertido. Y en tanto que esto se pasaba, Rosas habría hecho del pueblo un castillo; habría organizado por el terror un plan de defensa por el cual vendría a costar la toma del pueblo dos o tres mil cabezas. Hoy no hay preparación, y la operación es fácil.

»34. Hoy no solamente no convendría seguir a Rivera en su campaña (de defensa o de invasión), sino el practicarla sería tal vez el colmo de la impolítica. La política manda hoy, sino batir, al menos retirarse de Rivera. La rehabilitación de su crédito, es ya imposible en todas las partes, aunque no lo sea en esta campaña. En Buenos Aires y en todo el litoral, su crédito de ahora cinco meses, se ha convertido en odio e ignominia. D. Frutos basta hoy para perder la cuestión argentina...».

A estas opiniones de la nueva generación, hacían eco las de hombres maduros que aseguraban al general con toda franqueza que la variación de su plan de operaciones había causado entre sus correligionarios más que sorpresa, desaliento, porque vaticinaban a la empresa un porvenir desastroso.

He aquí un párrafo de carta de don Juan Nepomuceno Madero que fué uno de los agentes más activos y más discretos de la expedición libertadora. Lleva la fecha del 15 de agosto de 1839.

«... Como me creo su mejor amigo, y me he propuesto (aunque algunas veces le disguste) decirle cuanto crea útil que Vd. sepa, no puedo ocultarle que he visto tres cartas de jefes y oficiales que están a su lado, en que avisan a sus corresponsales en ésta, la variación de su plan, manifestando el más profundo pesar por la nueva dirección que Vd. va a dar a la emigración; sin embargo que se someten como buenos oficiales, a cumplir exactamente sus órdenes. Yo lo peor que en esto encuentro es, que lo hayan escrito, pues que por estas cartas y por las personas del gobierno que lo han dicho a varios, se ha hecho pública su determinación, y el punto adonde Vd. dirige su vista ahora. Yo como no estoy en antecedentes, ni tengo todos los datos para juzgar, no abro opinión sobre esto, antes por el contrario, respeto su resolución y trabajaré con el mismo empeño; pero no creo que debo ocultarle que todos los que están impuestos de su nuevo plan lo *desaprueban*...».

A su turno el doctor Varela se expresaba así, dos días después:

«Poco hay que comunicarle, mi muy querido amigo; y eso poco no es agradable... Aquí es de la más completa publicidad que Vd. va a Entre Ríos: lo dicen todos, todos y algunos refiriéndose a personas venidas de ahí. No me gusta, y mucho menos porque en ese caso se realiza de plano el designio de Rosas. Los amigos dicen y propalan, que aquél ha precipitado la invasión de Echagüe, para alejar a Vd. de su lado, y de su

provincia; que una vez puesto Vd. en Entre Ríos, Rosas fomentará sin término las montonerillas, y le tendrá a Vd. siempre en aquella provincia consumiendo sus pocos elementos, mientras que los amigos que Ud. tenga en Buenos Aires, se desanimarán cuando le vean ir a combatir tan distante del centro.

»Estas ideas derramadas por aquéllos, y desde el 14 por la misma *Revista*, tienen desalentados a nuestros amigos y compatriotas.

»Los agentes franceses sobre todo, están inquietísimos; temen mucho que se alce el bloqueo y Vd. quede en la estacada; temen que la campaña de Entre Ríos siendo de necesidad muy larga, consuma los recursos de Vd., y sobre todo requiera un tiempo en que se arregle la cuestión europea. Están realmente inquietas.

»Yo general, ¿qué quiere Vd. que le diga? me fío enteramente en Vd., y mi confianza no tiene límites; pero temo muchísimo el desaliento y aún despecho de nuestros amigos de Buenos Aires, principalmente después de la muerte de Tiola y de los últimos sucesos... Adiós, etc.».

El coronel Pueyrredón consigna en sus APUNTES, que al general Lavalle se hicieron ofertas que nunca se cumplieron, para que se dirigiese sobre Entre Ríos, citando a un Mariano Víbora entre los que lograron fascinarlo con semejante plan, el cual era improbable por la mayoría de sus jefes a excepción de Chilabert que tuvo parte en él, sin embargo de haberlo negado después.

«... Por lo que hace a mí», agrega «estuve en abierta oposición, ese mismo día (*habla de aquél en que regresó a Martín García*) quise reembarcarme y volver a Montevideo, los ruegos del general me detuvieron.

»Varias personas de Montevideo vinieron a la isla espantadas con este proyecto, a combatirlo.

»Se escribieron cartas para que el general las viera, entre ellas la del doctor Alsina, pero nada fué bastante a hacer cambiar la resolución de ir a Entre Ríos, donde solo debía encontrar un país hostil y lanzas que fué preciso romper en el Yerúa...».

Vamos a copiar la carta aludida, la cual según el propio testigo, al mostrarla al general le causó una *terrible incomodidad*.

«Señor D. Manuel Pueyrredón.

»Montevideo, agosto 15 de 1839.

»Querido: Con D. Celedonio Toro escribí a Vd. cuatro letras; y ahora lo hago para comunicarle un dicho de Rosas, a fin de que instruya Vd. de él al general, *por lo que pueda convenir*.

»Es de advertir que aquí corre que Vds. se dirigen al Entre Ríos; y los que más han contribuido a esparcir este rumor, han sido los siempre irreflexivos editores de un diario de aquí (la *Revisita*) que, disgustados con la idea, se pusieron a impugnarla. A mi también me disgusta sumamente; pero me guardaré de esparcirla, y menos de combatirla; por la gran razón de que así debemos obrar, y de que el general sabrá lo que se hace.

»Con este motivo, hablando ayer con un amigo brasilero, de cuya verdad no dudo, acerca de lo que decía ese diario, me ha asegurado haber leído él un párrafo de carta del ministro Souza Monteiro, a otro brasilero de aquí (que sospecho será Lisboa), en el que habla de una conversación que ha tenido con Rosas: que entre otras cosas, se tocó lo de la expedición de Lavalle: que Rosas se rió; y al fin, apretándole la mano, le dijo: *Entre Ríos ha sido, y vá a ser ahora, el sepulcro de los unitarios*.

»Querido: no le detallaré los motivos del disgusto con que yo miro la idea, si es cierta, de ir al Entre Ríos, porque ¿qué cosa nueva puede decirse sobre éstos. El desaliento que vá a causar a los amigos de Buenos Aires y su campaña, a quienes se les ha dado seguridades, aún escritas, de que se vá allá; y que de consiguiente, han de atribuir esta súbita variación de plan, no a su verdadera causa que ignoran, sino a convencimiento posterior del general de no poder atacar a Rosas en la provincia de Buenos Aires: los pescuezos que quedan así por mayor tiempo bajo la cuchilla del tirano; el que tal vez cuando el general vuelva a decir. Voy allá: no se le dé el mismo crédito: el que puede ser larga la guerra en Entre Ríos, y consumirse sin utilidad nuestros escasos recursos, por más alegres que sean las esperanzas de lo contrario; pues son muchos los desengaños que ofrecen las guerras civiles; y una vez empezada y fallida una de esas esperanzas, habrá que continuarla allí por necesidad y honor: y que entre tanto, puede venir algo desfavorable sobre el bloqueo; o puede haber en Buenos Aires otro Martínez Fonte: que aún tomado pronta y felizmente el Entre Ríos, no por eso se aumentarán, al menos considerablemente, nuestras fuerzas; pues los entrerrianos serán buenos hoy, si se quiere, para acabar con Echagüe, pero dudo que después quieran, sin paga y sin estímulo, abandonar su país para ir a hacer en otro una guerra *de orden*: que si acaso tenemos simpatías en Entre Ríos, es incuestionable que debemos tenerlas mucho más numerosas en Buenos Aires; y a esto debemos atenernos en una guerra que no ha de ser a la bayoneta, sino de mina y capa: que la empresa del general pierde así mucho de su grandiosidad; pues el efecto moral que debe causar en Buenos Aires, en las provincias, aquí, en el Brasil, y en todas partes, el lanzarse sobre el centro

del ponderado poder de Rosas será inmenso; al paso que ir a Entre Ríos, como temiendo aquel centro, parece una empresa de segundo orden, una idea estrecha y rutinaria, y que además excita recuerdos de mal agüero.

»Pero todo esto, y mucho más que contra esa idea puedo decir, es ocioso; pues el general lo ha de haber pesado todo, y ha de tener datos y antecedentes de que yo carezco. Otra es la idea que quiero comunicar a Vd.

»Aquella expresión de Rosas, manifiesta que él sabe ya que Vds. van a Entre Ríos. El es muy astuto y no pierde tiempo. El no ha de haber perdonado medio ni intriga para desviar de Buenos Aires, que es su lado flaco, la tormenta, y hacer que descargue en otra parte, aunque solo sea para ganar tiempo, que puede darle mucho; pues si se cree perdido en Buenos Aires, él gana con perder, en cambio de esto, al Entre Ríos que es lo peor que puede sucederle por ahora en ese plan. Temo mucho pues que las seguridades, ofertas, llamamientos, proposiciones, etc., que el general pueda haber tenido en Entre Ríos, sean un lazo que, con aquel objeto, ha hecho tender la astucia de Rosas. ¡Cuidado! No será la vez primera que los hombres de Entre Ríos engañan a Lavalle, o no le cumplen lo ofrecido. Tal vez también con el mismo objeto ha sacado Echagüe de la provincia las principales fuerzas, para incitar a Lavalle a ir allá, mas con intención de hacerlas repasar en ese caso. Si los gauchos que componen esas fuerzas, estuvieran en sus ranchos, se podría esperar que se reunieran a Lavalle; pero estando ha tiempo sobre las armas, y habiendo contraído el hábito de la obediencia maquinal, han de pelear contra él; y desde que para una empresa sobre Entre Ríos sea necesario dar batallas, ya la empresa es perjudicial, o al menos arriesgada; más cuando esas fuerzas no son despreciables.

»La utilidad que se reporte de salir bien en Entre Ríos, será siempre mucho menos que el daño que hará el salir mal. Si Lavalle sale mal en Buenos Aires nadie podrá culparle; pero si sale mal en Entre Ríos le culparán todos, y lo atribuirán, tal vez con injusticia, a no haberse dirigido sobre Buenos Aires; pues todos están creídos de que en aquella provincia habría gran cooperación. Así es que entre los que desean la caída de Rosas, nacionales y extranjeros, no habrá uno que repruebe a don Juan el ir a Buenos Aires; al paso que innumerables, no lo dude usted, le reprobarán el ir a Entre Ríos; y esta división de opiniones, ya es un mal grave, y más hoy que necesitamos no sólo del brazo de todos, sino del bolsillo de todos. El desaliento y disgusto serán tan inevitables, como grandes desde que se apodere de todos la idea fatal, pero naturalísima, de que el no ir a Buenos Aires nace de haberse desengañado Lavalle de que no puede contar allí con cooperación. ¿Ni a qué otra cosa lo han de atribuir? Pero observo que he vuelto a distraerme.

»La expresión de Rosas, es como para hacer temer todo.

»Natural es que el general haya tenido llamamientos u ofertas de gente de Entre Ríos en cuanto se resuelve a ir allá. ¿Pero no es cierto, amigo mío, que un solo traidor que haya entre esos jefes, o uno irresoluto, o uno que llegue a arrepentirse, puede bastar para hacer abortar la empresa, o al menos para dificultarla? ¿Y quién podrá garantizar que no lo hay ni lo habrá?

»Basta de esto; pues sería nunca acabar.

»En lo demás, poco nuevo: D. Antonino Vidal parece no acepta el ministerio, Iriarte va a esa isla; más creo espera una suscripción de la que se ha encargado D. Braulio Costa. Otro sujeto no va (*¿el general O...?*) ni creo irá nunca, y sigue procurando anarquizar y desacreditar a Lavalle. Irá el comandante Ibarrola (hermano del coronel); venido de Corrientes. Creo irá el coronel correntino López que estaba en el Salto; a pesar de las sugerencias en contrario de cierto sujeto, y de otros pocos *cuzcos*. Se extraña no llegue el paquete inglés, que se espera con ansiedad; pues ha cesado todo gran movimiento mercantil, hasta saber lo que trae, y también hasta saber el éxito, que se aguarda pronto, de la empresa de ustedes. Los entrerrianos parece se conservan por el Salto, faltos de caballos; Fortunato Silva deshizo a Leonardo Olivera. Es un bizarro mozo este Silva: en carta al Intendente (*D. Luis Lamas*), le pregunta *por su valiente amigo Lavalle*, y le encarga haga por él cuanto pueda.

»Recomendando a Vd. sus recuerdos para todos, se despide su amigo y servidor.

»(f.) VALENTÍN ALSINA».

Nota: —«Diga al general, que Toro (que salió el 14 en el lanchón *Argentino*) me encargó le escribiera al general para rogarle que lo ocupe en alguna comisión, o en algo, para demostrarle su buena disposición y voluntad; pues hasta ahora le ha ocupado en nada.

»Son las 5 de la tarde. Ya no sale la ballenera, como lo habían creído.

»Hombre: si en Entre Ríos hay elementos ¿no sería mejor, en vez de ir allá la expedición, mandar un jefe bueno, vivo y de relaciones allá, con cien hombres?

»Otro adiós.

»Agosto 17. — Parece que hoy sale la ballenera. El paquete inglés no llega; pero un buque mercante ha traído diarios de París hasta el 30 de mayo, y de Londres hasta el

2 de junio: nada particular dicen.

»Lo único nuevo aquí es que *El Periódico* de ayer, en un aviso, trata al general Rivera de *caballo*: creo que el editor ha prometido retractarse hoy o explicarlo: y que el *Constitucional* de ayer inserta la proclama del general Lavalle, esto es, la primera. Mucho descuido hubo en la impresión de esta proclama.

»Imposible material creo que los cazadores de aquí puedan marchar a esa isla, al menos en muchos días».<sup>[42]</sup>

Pero el general Lavalle colocado en el centro del escenario político, y meditando con calma lo que según su capacidad o sus medios de acción juzgaba ventajoso a los intereses generales, fijó la mirada sobre la provincia de Entre Ríos, sin calcular que los peligros que salieran allí a su encuentro, fuesen de menos magnitud que los que dejaba a la espalda; y sin que su espíritu fuerte estuviera influenciado por el prestigio del terror que rodeaba a Rosas.<sup>[43]</sup> El despreciaba esta última suposición de algunos de sus partidarios, bien que al cambiar su plan primitivo lo hiciese *con un gran pesar secreto, y conducido solamente por la razón, por la conveniencia pública y por los resultados del porvenir.*<sup>[44]</sup>

El ejército con que llevaba la ofensiva el general Echagüe, tenía por su izquierda al gobierno de los *farrapos* o republicanos en armas de la provincia brasilera de Río Grande del Sur, que le era desafecto desde que ya conocía las relaciones amistosas que cultivaba el Dictador de Buenos Aires con la Corte del Janeiro. A su frente veía levantarse a los Orientales para resistirlo en masa, porque el odio que despierta una invasión extranjera aunado a las ideas inculcadas desde diez años antes sobre planes misteriosos de absorción, debían sobreponerse a los mismos resentimientos contra Rivera; y por último, iba a tener en breve a su retaguardia, sublevado hasta su propio país, si se realizaban las esperanzas del general Lavalle al ocuparlo. Mas si el retroceso presuroso de Echagüe a defender su territorio las frustraba, creía el primero que en tal caso se vería apurado, pero sin que fuera ya posible destruirle, librando con su movimiento al Estado Oriental de una dominación funesta, a la vez que sublevaba a Corrientes; resultados que por lo menos mejorarían el aspecto de la causa liberal.

Lavalle pensaba con razón que los Orientales desbaratarían las fuerzas invasoras de Rosas, fundándose en su espíritu indomable de independencia; circunstancia que influiría para que Rivera a quien la fortuna ciega complacía aún en sus desvarios, se rehabilitase con la victoria en la opinión popular que dudaría hasta cierto punto, de la verdad de los terribles cargos fulminados contra él.

Ese triunfo previsto, le colocaría entonces a la cabeza de tres mil hombres ansiosos de venganza y depredación; lo cual unido a su ambición, a su vanidad y a su aversión incurable hacia el nombre argentino, lo arrastraría al Entre Ríos ya indefenso contra un ejército tan poderoso, para reanimar desde allí la revolución correntina, dirigir acaso las de algunas otras provincias que se conflagrasen, e implantar el germen de una nueva guerra intestina quizá más desastrosa que la que entonces se desencadenaba.

Guiado por semejantes convicciones, al desarrollar en nuevo plan, se proponía el general Lavalle dar un vuelco a ese cúmulo de dificultades en perspectiva.

Proyectaba iniciar su campaña con más de quinientos legionarios o quizá con ochocientos si el gobierno de Montevideo le enviaba la infantería reclamada con insistencia, habiendo puesto ya a su disposición, como gaje de lealtad futura, dos transportes y un buque de guerra. Ésa tropa sería trasladada con rapidez al interior de los ríos, mientras que algunas embarcaciones francesas solicitadas del almirante, remontando el Paraná irían a interceptar los convoyes y comunicaciones de Rosas.

Calculábase en mil hombres próximamente la fuerza enemiga en la provincia de Entre Ríos, a la que buscaría para atacarla antes que las divisiones de Echagüe tuviesen el tiempo material de repasar el Uruguay, y destruyéndola con prontitud, aguardaba Lavalle estar en Buenos Aires hacia el mes de diciembre; pues que el golpe moral de este suceso ligado a las dificultades de la retirada, reducirían luego a los invasores al último extremo, es decir, a la impotencia.

Por otra parte, si el presidente Rivera se aproximaba al Uruguay, ya se encontraría a Lavalle con dos mil hombres reunidos, y lo que era aun más importante, dueño de la opinión y con la gloria de haber libertado al pueblo oriental, dejando al primero despechado, reducido a sus límites naturales, y desvanecidos sus ensueños de usurpación territorial. Así, mediante una rara coincidencia, se tocaba en esta coyuntura, con las conveniencias públicas, el interés individual del guerrero.<sup>[45]</sup>

Entre tanto, Martín García tomaba por horas un aspecto bélico e imponente. De todas partes acudían voluntarios y se enviaban recursos. También se agolparon muchas entidades militares en aquel foco de atracción y de esperanzas, donde se regimentaban tropas, y los principales escuadrones como el *Cullen*, *Maza* y *Libertad*, organizados con creciente actividad, recibieron estos nombres simpáticos de las víctimas que fueron y el de la deidad naciente.

Las operaciones iban a iniciarse.



Era el viernes 30 de agosto de 1839, fecha en que cumplía el bloqueo francés 521 días, cuando el general Lavalle dispuso que el comisario general D. Juan N. Madero pasase revista a la «Legión Libertadora» cuyo personal constaba de 549 individuos distribuidos así:

General en Jefe, dos ayudantes y un asistente 4 Cuartel general, jefe el coronel D. José Olavarría 19 Estado Mayor, " " " Martiniano Chilabert 15 Escuadrón de jefes y oficiales " " " Niceto Vega 48 Id LIBERTAD " " " Jaime Montero 138 Id MAZA " " " Manuel A. Pueyrredón 118 Id CULLEN " " " José María Videla 63 Id ESCOLTA " " T'te C'nel Patricio Maciel 33 Compañías GUIAS " " " José Joaquín Baltar 32 Id Emigrados Entrerrianos " " S'to-Mayor Manuel Hornos 26 Id Infantería " " Coronel Angel Salvadores 34 Id Marina " " Sargento Mayor Felipe Scailler 19 Comisaría " " —ciudadano Isaías de Elia 5 Total 554A esta fuerza cuyas listas de revista se han recogido,<sup>[46]</sup> entregóse en aquel acto y como auxilio, la suma de 2089 pesos fuertes; distribuyéndose a razón de 12 patacones (oro) a cada jefe; 8 a los capitanes, 6 a los subalternos, 4 a los sargentos, 2 1/2 a los cabos y 2 a los soldados.

Se completó asimismo el armamento, vestuario y monturas; y se les repartió tabaco, papel, etc., incluyéndose a los dos lanchones y la ballenera que dependían de la expedición.

Al médico Dr. Serrano y su ayudante, también se les proveyó de botiquín y demás artículos necesarios. La comisaría reunió los pequeños sobrantes, los embaló, y conservando aun en caja 6500 patacones oro, todo quedó listo para marchar.<sup>[47]</sup>

A fin de procurar los primeros elementos de movilidad en la costa de Entre Ríos, donde debía desembarcar dicha fuerza, salieron esa noche del 30 las tres embarcaciones enunciadas al mando de Scailler, llevando al Mayor Hornos con su piquete de voluntarios y al ciudadano D. Máximo F. Elia que había coadyuvado eficazmente a las miras del general en jefe.<sup>[48]</sup>

Dos días después, es decir, el 1.º de setiembre bajo un tiempo borrascoso, indicio del destino que aguardaba a los nuevos cruzados, se principió el embarque. Todos los cuerpos al pisar en las lanchas que debían conducirlos hasta los trasportes hacían resonar el aire con *vivas* entusiastas a la libertad; y al ponerse el sol, quedó a su bordo la mayor parte de la legión sin accidente notable, merced al tino con que el coronel Vega atendió a las emergencias de esa operación difícil, como al celo y destreza de los marinos franceses que la llevaron a cabo.

En la mañana del 2, sin embargo de hallarse agitado el río por el viento recio, se

continuó el embarco, siendo el general en jefe con su cuartel general el último en abandonar la isla, y el cual fué conducido a la *Bordelaise* que mandaba el comandante Lalande de Calan, nombrado jefe de la escuadrilla que escoltaría el convoy.

Ese día ocurrió un contratiempo que pudo ser funesto, habiendo zozobrado uno de los lanchones con la gente de transporte, la que por suerte fué salvada, perdiéndose únicamente algunas monturas y equipajes del cuartel general.

Oigamos cómo se expresa un testigo presencial que bajo el anónimo consignó sus impresiones del tiempo, poco después de la batalla de Caseros.

«... La empresa era grande, difícil y talvez superior a nuestras fuerzas. No obstante, la santidad de nuestra causa contaba con simpatías, y esta idea era una esperanza viva del buen éxito».

*«¡Vamos a ver adonde nos conduce el destino, decían unos y otros. Nuestra suerte está tirada; salvar la patria y vengar la humanidad ultrajada es nuestro deber y nuestro destino!».*

«Este era el pensamiento único y dominante: nunca jamás se habló sobre la forma de gobierno, si algún día éramos vencedores; eso estaba reservado solo a los legisladores de la nación.

»Nunca vi un entusiasmo más eléctrico y animado que al tiempo de embarcarnos, entonando cada lancha: — A LA LID, ARGENTINOS, VOLEMOS...

»Parecíamos empujados por el soplo divino a llenar una alta misión. La indiferencia era un crimen en tan solemnes momentos. Nadie pensó en los peligros que había que correr, ni en la duración de nuestras fatigas. Un solo punto había: derrocar al opresor, volver a la República sus primitivos derechos; derechos que habían sido arrebatados por un tirano obscuro, sin más antecedentes que sus grandes crímenes...».<sup>[49]</sup>

El general Lavalle en los dos meses de riguroso invierno que permaneció en esa roca del Río de la Plata, bautizada por el descubridor Solís,<sup>[50]</sup> y codiciada por lo ventajoso de su posición, durante la guerra de la Independencia y la del Brasil; a la vez que prestaba sus elementos revolucionarios, mantenía activa correspondencia no sólo con los agentes diplomáticos, con el almirante y otros jefes de la estación francesa en estas aguas, sino con la comisión argentina establecida en Montevideo, que era el teatro de sus recursos y con los patriotas que conspiraban en el Sur de Buenos Aires.

Al mediodía del 2, un tanto calmado el viento y con visos de tornarse favorable,

antes de zarpar se distribuyó a los cuerpos expedicionarios, el programa que sigue:

«EL GENERAL LAVALLE A SUS COMPATRIOTAS YA LOS HOMBRES TODOS DE  
LIBERTAD Y HONOR».

«¡Yo debía pisar estas playas un día... Era la época en que mi plan de operaciones debía estar acabado. Los atentados inauditos del Bárbaro, no me han permitido esperar más tiempo, y he tenido que ceder a una impulsión invencible de mi conciencia que me ha arrastrado en medio de vosotros. Al frente de vuestros hermanos, mis compañeros de destierro, yo vengo a ofreceros en su nombre y el mío, nuestra espada, nuestra sangre y nuestros destinos. Levantaos, pues, antiguos amigos de la LIBERTAD: ya tenéis entre vosotros, defensores y aliados que no fueron vencidos jamás. Borremos en un día la humillación de muchos años: sacudamos la calma vil de la servidumbre, y recordemos que somos el pueblo que en un tiempo no lejano, derrocó en seis horas un trono de tres siglos; fué victorioso en quinientos combates; dio a luz veinte pueblos y arrebató esos estandartes, cuyo peso parece hoy agobiar las bóvedas de nuestros templos! ¡Inútil es que os advierta que yo vengo a recibir mi fe política del pueblo. No traigo recuerdos: he arrojado mis tradiciones: yo no quiero opiniones que no pertenezcan a la nación entera. Federal o unitario seré lo que me imponga el pueblo. No traigo a la República Argentina otros colores que los que ella me encargó defender en Maipo, Pichincha e Ituzaingó. Los traigo del destierro, y con ellos también, los grandes principios de la revolución de Mayo. Solo traigo un partido la nación. Solo traigo una causa: la libertad. Solo traigo una ambición: romper el último eslabón de la esclavitud de mi patria, y deponer mi espada a las plantas del pueblo Argentino. No reconozco más que un solo enemigo: el enemigo del pueblo: el tirano Rosas.

¡*Soldados del ejército* a que tengo el honor de pertenecer hace veinticinco años. Yo os ofrezco un lugar en las filas de la libertad; abrazaré a mis antiguos camaradas que desertando del tirano y sus banderas tenebrosas, vengan a colocarse al lado de su antigua bandera, la de Maipo, y de su antiguo general.

»¡*Hombres de color y de casta* por quienes he peleado en cien combates, puesto que he peleado por la igualdad de todos los hombres! Yo vengo en defensa de vuestra causa; soy vuestro amigo y vuestro defensor. Os brindo un rango en mis filas para pelear contra el salvaje que os asesina y os vende, so pretexto hipócrita de amigo de los pobres.

»¡*Habitantes de la campaña*: gauchos valientes y leales a quienes estimo de todo corazón! Yo soy más sincero y más leal partidario de vosotros, que no lo ha sido jamás ese malvado que por tantos años os ha estado mintiendo, oprimiendo y saqueando.

Habéis sido engañados: os compadezco. Yo vengo a traer la libertad, no la guerra. Soy vuestro amigo, vuestro partidario. Os convierto a pelear contra el tirano, para que todos podamos trabajar en paz, y vivir en libertad.

»*¡Hombres del comercio y de la industria!* Vosotros también sois invitados a pelear contra un poder que ha cerrado los puertos, agotado las tareas, arruinado el comercio, paralizado las manos, aniquilando el movimiento y la vida material de la Nación.

»*¡Jóvenes patriotas y ardorosos!* Recordad que descendéis de una generación de gigantes, y que los hijos están obligados a no declinar de la altura de sus padres. Lleváis cumplidos hermosos trabajos, pero os espera el más hermoso de todos.

»*¡Hijos de la patria!* — Ha rayado el día de la gloria. Los ecos del clarín de Ayacucho os llaman al campo: la gloria os brinda coronas desde el sitio del combate: la pirámide de MAYO, pide nombres nuevos: la fama busca glorias recientes para anunciarlas al mundo: los anales de la patria están abiertos: haced que la posteridad registre en ellos vuestras hazañas.

»Cuartel general en marcha para Buenos Aires.

»JUAN LAVALLE».

Fué organizado el convoy en dos divisiones: la primera a las órdenes del coronel Olavarría se embarcó en 5 balandras con bandera oriental; y la segunda cuya salida demoró todavía algunas horas, era formada por los buques franceses *Bordelaise*, *Expeditive*, *Vigilant* y *Ana*. El parque se confió al capitán Sardo, quien luego de ser puesto en libertad por las autoridades de Rivera, había vuelto con su goleta al servicio de los patriotas.

En la nave de insignia (la *Bordelaise*) fué alojado el general en jefe, apenas convalesciente de un serio ataque a la garganta.<sup>[51]</sup> Las vigiliadas inseparables de la responsabilidad del mando, las agitaciones o contrariedades emanadas de la pequeñez de los medios de acción; y sobre todo, el trabajo de pluma a que se había entregado con exceso, concluyeron por minar su salud, pero no su entereza. ¡Lleno de esperanzas en el éxito de una empresa que creía infalible, él se alejaba de aquellas costas, ya para siempre...! al frente de una agrupación de ciudadanos armados a quienes animaban miras uniformes y sentimientos desinteresados.<sup>[52]</sup>

Habiendo remontado la expedición unas 60 millas por el Uruguay, al siguiente día fondeó próxima a la embocadura del Ñancay que es uno de sus pequeños afluentes.

Allí el escuadrón Maza a las inmediatas órdenes del coronel Olavarría, por resolución del general en jefe, fué trasbordado a pequeñas embarcaciones a fin de penetrar en dicho arroyo y subirlo hasta la calera o saladero de Appleyard, situado 14 leguas al norte y sobre la orilla izquierda, donde debería desembarcar, sorprender el punto y apoderarse de la caballada; hecho lo cual se dirigiría con celeridad por la costa al puerto de Landa, arreando cuantas encontrase en su tránsito para montar el resto de la legión. El mayor Hornos con sus entrerrianos serviría de baqueano en esta operación, cuya dirección hasta el paraje designado para el desembarco, se confió al capitán Halley de la marina francesa, secundado por el teniente Lagrandière de la misma.

Inmediatamente la flotilla dió la vela hacia el Ñancay, los demás cuerpos fueron también trasbordados a embarcaciones menores que remolcadas por lanchones, siguieron navegando aguas arriba para evitar que los bajos fondos retardasen la marcha de los buques de guerra y con estos la del convoy.

En consecuencia, a excepción del *Vigilante* que por su poco calado debía escoltarlo de cerca, se dispuso que la *Expeditive* y *Bordelaise* se alejaran de la margen occidental para continuar su ruta por los canales principales del Uruguay.

Después de una travesía feliz de 24 horas, se presentó la expedición en el puerto de Landa que fué reconocido por los lanchones de guerra, y situándose en actitud de proteger con sus cañones el desembarco, efectuóse éste al mediodía del 5.

Estando el río muy bajo, impidió que las lanchas y botes atracasen a la playa, haciéndose indispensable que todos se echaran al agua para ganar aquella. El general en jefe desenvaina la espada y es el primero en dar el ejemplo, seguido de cerca por el joven. Ballesteros que lleva la bandera de la cruzada, ofrecida por las damas argentinas en Montevideo, para que al pisar el suelo natal sirviese de punto de reunión a todos los hombres libres.<sup>[53]</sup>

El suelo entrerriano fué saludado por los invasores con vítores repetidos. Expansión legítima, pues que tocaban al fin un pedazo de esa patria, objeto constante de sus votos; por la que latían todos los corazones seducidos con el ideal de un porvenir halagüeño y se mitigaban las penalidades de la navegación, que todavía se prolongaron por 24 horas mas, sin que la falta absoluta de víveres les arrancara una sola queja, porque haciendo justicia al ejemplo de sus jefes, sufrían con ellos sin murmurar.

Con fecha 6 de setiembre, se tuvieron noticias de que la división ligera desprendida sobre el Ñancay había operado con suceso, y que Olavarría con su tropa ya bien montada se aproximaba al puerto de Landa, arreando alguna caballada obtenida

en gran parte por los esfuerzos del intrépido Hornos quien se internó hasta las cercanías de la estancia de Alarcón.

En efecto, puesto en tierra el 4 tuvo que reembarcarse en la madrugada del 5, a causa de que las fragosidades del terreno dificultaban su marcha a pie, temiendo por otra parte ser sentido por el enemigo, al que suponíendosele posesionado del saladero se pretendía sorprender. En consecuencia, resolvióse practicar el desembarco en el mismo paraje con los 144 hombres, de que constaba dicha fuerza. Verificado éste, se agenciaron algunos caballos en los cuales fué despachada la primera partida en pelo a fin de acuchillar una guerrilla del comandante del departamento Eduardo Villagra avistada sobre unos médanos en dirección al sur, y la que se retiró sin oponer resistencia.<sup>[54]</sup>

Alejado así el enemigo se le arrebató un trozo de caballada y se carneo para que vivaqueara la gente que desde su separación del convoy, sólo tuvo por racionamiento diario, dos galletas por barba y agua pura a discreción.

El comandante Halley y sus marinos llenaron tan espinoso cometido con el arrojo que les era congénito, navegando muchas leguas en frágiles embarcaciones por un arroyuelo poco conocido, estrecho, plagado de *camalotes* y otras malezas que sirven de remora, y tan tortuoso como los de la Victoria y Gualeguay: siendo hostilizadas por ambas riberas con emboscadas frecuentes desde los *talares* y *albardones* (oteros), que más de una vez obligaron a echar a tierra los pedreros de las lanchas a fin de proteger la columna; y sólo se despidieron de esta para bajar de nuevo al Uruguay, cuando la consideraron a cubierto de toda eventualidad.

Casi al propio tiempo de recibirse el aviso de sus movimientos, se incorporaba el coronel Olavarría al cuartel general, procediéndose acto continuo a montar la caballería que constituía el arma principal de la legión; pero habiendo quedado como cien hombres a pie, dispuso el general Lavalle que se reembarcara con ellos el jefe del estado mayor y se dirigiese hacia Gualeguaychú; en tanto que él, al frente de toda la fuerza disponible, marchaba por tierra sobre el mismo punto, como lo efectuó a las diez de la noche a pesar de ser lluviosa y muy oscura, pues convenía no perder un instante a fin de evitar que acudiera el enemigo antes que toda la división se hallase habilitada para iniciar operaciones decisivas.

Al amanecer del día inmediato y de acuerdo con las órdenes dejadas por el general en jefe, se reembarcó el coronel Chilabert con la tropa citada, desencadenándose poco después una furiosa tempestad que puso en peligro los débiles trasportes, que felizmente lograron arribar a la ensenada de D. Basilio Galeano, distante 25 millas del

pueblo de San José del Gualeguaychú, desembarcando la gente el 7 en este último, incluso el escuadrón de jefes y oficiales, y donde se tomaron posiciones sin otra ocurrencia digna de mención.

El 8 fondeaban los buques de guerra en la desembocadura del riachuelo de Gualeguaychú para aguardar la llegada del general Lavalle con quien debía ponerse de acuerdo con el jefe de la flotilla.

Apenas trascurridos dos días, se anunció la aproximación de éste al campo del coronel Chilabert, quien salió a recibirle con los jefes y oficiales que le acompañaban, y encontrándole a corta distancia con su columna, acampó luego ya toda reunida. El general en jefe se mostró satisfecho de la conducta de los habitantes de la campaña que acababa de recorrer, donde había sido recibido con entusiasmo, obteniendo un número suficiente de cabalgaduras para dar principio a sus operaciones.<sup>[55]</sup>

Muy luego se hizo circular una proclama enérgica, anunciando al pueblo entrerriano el arribo de sus libertadores y la necesidad de tomar las armas contra el autor de los males de la nación, a fin de arrancar las ligaduras que la oprimían para restablecer con el imperio de la ley, la dignidad de los argentinos. He aquí sus conceptos:

#### «EL GENERAL LAVALLE A LOS HABITANTES DEL ENTRE RÍOS

»Compatriotas — Esperábais la vuelta de vuestros tiranos, y tenéis entre vosotros a vuestros libertadores. No son extranjeros los que os saludan por el eco de mi voz. Argentinos como nosotros, y nada más que argentinos; son vuestros hermanos que vienen del destierro a unirse con sus paisanos para vengar unidos los ultrajes de los déspotas.

»Al frente de una legión de bravos, inveterada en la lucha y en la victoria, yo vengo a ponerme al lado de los pueblos para pelear contra sus opresores, Rosas y sus esclavos, he aquí nuestro ejército enemigo. Todos los demás argentinos son nuestros aliados y hermanos.

»Vamos a pelear con sinceridad y por la última vez, para que nuestra bella confederación no sea el patrimonio de un tirano; para que las provincias argentinas salgan del abatimiento y la miseria; para que todas ellas puedan gobernarse a su voluntad y sin la intervención odiosa de un usurpador extraño como Rosas.

»Olvidados de nuestras opiniones de otros tiempos; no queriendo más principios

que los que profesa toda la República; dóciles a las voluntades victoriosas de los pueblos; nosotros venimos a sometemos a ellas con honor, y gritar si es necesario a la faz de la nación: — ¡VIVA EL GOBIERNO REPUBLICANO REPRESENTATIVO FEDERAL!

»Levantaos pues en masa, valientes ENTRERRIANOS, con la confianza de que van a ser nuestras la victoria y la libertad. No más cadenas ni tiranos, ni miseria, ni soledad, ni atraso. Un último esfuerzo y somos hombres de vida, de constitución, paz y prosperidad.

»Recordad que pertenecéis a la flor de los valientes argentinos, y que son otros valientes argentinos los que os convidan a pelear confederados contra los déspotas unidos.

»A las armas, pues, valerosos Entrerrianos, que ha sonado la hora gloriosa de la LIBERTAD.

»Cuartel general en marcha, setiembre 4 de 1839.

»JUAN LAVALLE».

El gobernador delegado de la provincia, coronel don Vicente Zapata, así que tuvo conocimiento del desembarco de los expedicionarios, ordenó la concentración de todas las milicias en la villa de Nogoyá situada en el departamento de Paraná, abandonando el litoral del Uruguay y las caballadas en que él abundaba; impericia, estratégica de que supo aprovecharse Lavalle, ocupando pacíficamente los diferentes puntos en que había tocado, y proveyéndose de los elementos de movilidad que tanto necesitaba.

En esos días se incorporaron los coroneles D. Pedro José Díaz y D. Francisco Reinafé, salidos de Montevideo el 5 de septiembre, conduciendo el último un piquete que había organizado en dicha capital, compuesto en su mayor parte de cordobeses, notándose entre ellos a D. Rafael Cabanillas, Moyano y otros patriotas.

Los ciudadanos Dr. Salvador María del Carril y D. Angel Elias, llegaron también al campo de la legión con procedencia de la República vecina. Ellos cedían a las exigencias del general en jefe que reclamaba su cooperación en el servicio público. Ambos eran sus amigos antiguos y decididos, pues habían figurado a su lado en 1828; el primero como ministro de gobierno, y el segundo en clase de secretario militar y comisario general del ejército.

En el interin, habilitada ya la fuerza para ponerse en movimiento, sólo faltaba



combinar el plan definitivo de operaciones con el jefe de la división naval que debía proceder de acuerdo con el general Lavalle. Para discutirlo, fueron convocados en el alojamiento de éste los marinos franceses Lalande de Calan, Halley, Bouchard y Lagrandière, como también el doctor Carril.

Dos cuestiones delicadas les fueron sometidas, a saber; si la escuadrilla se trasladaría a las aguas del Paraná a fin de interceptar las comunicaciones de Posas, e impedir que enviase auxilios a Entre Ríos; o si debía permanecer estacionada en el Uruguay, donde eran igualmente necesarios sus servicios para evitar que el general Echagüe, que se hallaba en el Estado Oriental, desprendiera refuerzos a las milicias que a toda prisa reunía su delegado Zapata. Agregándose a las anteriores, la consideración de que continuando los buques franceses en el Uruguay, caso de ser batido el ejército invasor entrerriano por el del presidente Rivera que marchaba a su encuentro, los restos que salvaran tendrían que capitular sin remedio, sobre la margen oriental de aquel río, cuyo paso se hacía inverificable mientras estuviera ocupado por la fuerza naval enunciada.

El general en jefe opinó afirmativamente en cuanto al primer punto; pero la mayoría resolvió lo contrario: decisión de funesta trascendencia en lo sucesivo hacia la causa por la que se iba a luchar.

Pero a últimos de agosto D. Marcelino Martínez, al que dejamos en el capítulo V, afanado en los preparativos para el desembarco de los expedicionarios en el sud de Buenos Aires, había recibido una carta del general Lavalle por conducto de Rodríguez Peña, encareciendo tanto a él como a los demás amigos de influencia, suspendieran los trabajos temporalmente, por haber resuelto después de serias consideraciones, ocupar la provincia de Entre Ríos, abandonada por su gobernador Echagüe para invadir el Estado Oriental, a los cuatro meses de sometida Corrientes en los campos de Pago Largo.

Esta repentina contraorden no desconcertó al osado Martínez, quien resolvió ir en persona a entenderse con Laralle y ver si lograba hacerle desistir del nuevo plan. En consecuencia, aprovechando la estadía de su amigo el capitán americano Guillermo Smyley, ocupado a la sazón en la pesca de lobos en las aguas de la Laguna de los Padres, y cuyas ideas liberales le eran conocidas, solicitó de él y obtuvo su transporte furtivo al puerto de Montevideo, donde se transbordó a la fragata francesa Minerve, en los primeros días de septiembre. Allí tuvo una larga conferencia con el almirante Leblanc, quien aceptando sus vistas, le proporcionó el aviso Relámpago para que siguiera hasta Martín García por ser aun factible alcanzase a Lavalle en esa isla.

Desgraciadamente llegó tarde... y continuando su viaje al Uruguay, era el 12 de

septiembre cuando apareció Martínez de incógnito en el cuartel general de Gualeguaychú.

En la entrevista confidencial con Lavalle, manifestóle con franqueza que aún era tiempo de volver sobre sus pasos, pues los elementos reunidos en el Sud quedaban todos de pie, y la opinión perfectamente preparada, sólo aguardaba su presencia para alzar el poncho contra Rosas.

Lavalle convencido al parecer por las razones de Martínez, le prometió consultar a los jefes franceses a efecto de ver si era posible llevar a cabo el reembarco en el sentido indicado por el emisario. Celebrada nueva junta a la que también asistieron el coronel Chilabert, el Dr. Carril y el secretario Frías; propuesto el caso, Mr. Halley segundo comandante del convoy y uno de los oficiales navales franceses de gratísimo recuerdo en el Plata,<sup>[56]</sup> observó que su deseo como el de sus colegas de coadyuvar a la empresa, era conocido, pero que se oponía al nuevo proyecto, da falta de órdenes superiores e instrucciones; la carencia de transportes para ir a desafiar la costa procelosa del Sud, y la escasez de víveres para emprender la travesía; proposiciones que se evidenciaron en el debate que siguió, siendo forzoso someterse a tan inflexibles circunstancias.

El futuro vencedor en el Yerúa, visiblemente agitado y triste, dijo a Martínez, que como lo había presenciado, se cruzaban razones poderosas contra el proyectado reembarco, que a depender de su sola voluntad lo verificaría luego, pues que lo habían llevado allí con engaños, asegurándole que esa provincia se pronunciaría por él; siendo así que uno u otro paisano que se le presentó, fué para sacarle plata. Que ya que no le era posible por el momento ir a morir en su tierra como lo deseaba vivamente, le pedía escribiera a los amigos no precipitaran los sucesos hasta que bandeando el Paraná volase en apoyo de su levantamiento.

A esta confidencia tan franca, repuso Martínez, que era indispensable su regreso a Buenos Aires, pues tenía que llenar allí tres diligencias importantes: salvar algunos amigos comprometidos en la abortada conjuración que permanecían ocultos; comunicar de viva voz a sus compañeros la situación en que dejaba al general, y reunirle fondos; puesto que como acababa de oírle, apenas le quedaban ya sesenta onzas de oro, del corto subsidio que con ímprobos esfuerzos le había reunido la comisión argentina en Montevideo.

Lavalle ante la resolución incontestable de su interlocutor, se concretó a decirle: — «Bien: en este momento le prepararé cartas para don Bernabé Sáenz Valiente y demás amigos, y recomendaciones especiales para que el jefe del bloqueo lo ponga en tierra» —añadiendo después de una pausa: — «Si no lo degüellan al desembarcar, como temo,

diga a nuestros correligionarios de Buenos Aires, que en breve, yo por el Norte y ustedes por el Sud, les daremos la mano, ahogando en nuestros brazos al tirano que ya vacila...». <sup>1571</sup>

Los marinos franceses despedíanse poco después del general en jefe y de las autoridades del pueblo, para ir a vigilar los puntos del litoral designados en el consejo de guerra; dejando los mejores recuerdos entre sus aliados por la conducta discreta, enérgica y caballeresca con que pusieron a prueba su preparación para afrontar las situaciones excepcionales vinculadas de continuo con su peligrosa carrera.

Simultáneamente era despachado el coronel Díaz para Montevideo, con el objeto de reclutar allí un cuerpo de infantería, a favor de un enganche ventajoso que se ofrecería a los que se presentasen; pues que ya no se temía la oposición del gobierno oriental, a quien la fuerza de las circunstancias había hecho más tolerante. El señor Carril partió con él, para desempeñar otras comisiones que se le dieron.

Terminados los aprestos, el general Lavalle ya en vísperas de ponerse en movimiento con el núcleo del primer ejército libertador, escribió dos cartas. La primera a una persona querida: la otra al magistrado que con su proceder insidioso había aumentado las canas a su cabeza y los sinsabores a su espíritu.

Vamos a copiarlas.

«Gualeguaychú, 11 de septiembre de 1839.

»... Anoche de regreso de una correría para tomar caballos, me encontré aquí con Floro que se vino por la Colonia a la isla y no encontrándome allí, me siguió hasta aquí. Lo hago regresar a Montevideo con esta y otras cartas...

»El 5 desembarqué en los puertos de Ñancay y Landa, y recién anoche he podido ver toda mi columna montada. El primer movimiento de los habitantes fué huir, pero nuestra conducta y la persuasión gauchesca más bien que su inclinación a la *causa del progreso*, los han hecho volver a sus casas y mezclarse entre nosotros. El jefe de este departamento reunió unos 300 hombres contra nosotros. He conseguido que hasta anoche se le desertasen 40 y espero que perderá la mayor parte de su fuerza sin tirar un tiro.

»El hermano de Urquiza se ha retirado del Arroyo de la China para el Paraná con 200 hombres de caballería, dejando aquel pueblo guarnecido con 200 infantes y marineros de Buenos Aires. En Gualeguay están reuniendo fuerzas contra nosotros: en

fin, yo creo que me opondrán mil hombres. Mañana marchó hacia Villaguay, donde espero reunir alguna gente a nuestra columna. He entrado en todos estos pormenores para que te hagas cargo del estado de las cosas, no debiendo dudar que en Buenos Aires no nos hubieran recibido mejor.

»Por último, espero restablecer muy pronto el gobierno legítimo de Corrientes, asegurándome así un punto de apoyo, y el libre paso del Paraná por aquella provincia, en caso que no pueda practicarlo por esta. Eso será mucho mejor que ir a desembarcar en las costas de Buenos Aires.

»Anoche he recibido una carta, del general Rivera fecha 27 de agosto en las puntas del Yi, contestando a la que le dirigí de Martín García, y poniéndose de acuerdo en nuestras operaciones. Si hace lo que dice, triunfaremos de seguro.

»... Es probable que no recibas carta mía en muchos días, porque me voy a internar hacia el Norte. No podré dirigir mis cartas por tierra porque el departamento de Sandú está ocupado por el enemigo; ni por agua, porque no tengo a mi disposición un buque de guerra que dejar estacionado aquí. No lo puedo hacer con un buque indefenso y con las balleneras de Brown, porque el enemigo tiene una o dos balleneras muy bien armadas que se guarecen en los riachos a la aproximación de algún buque de guerra...».<sup>[58]</sup>

»Sr. D. Fructuoso Rivera.

»Gualeduaychú, septiembre 11 de 1839.

»GENERAL:

»He recibido su carta fecha 27 del pasado: le agradezco a Vd. sus buenas disposiciones hacia nuestra empresa, y espero que ligándonos con franqueza, lograremos destruir al enemigo común. Vd. no dude que mis deseos son siempre marchar de acuerdo, y que el éxito de nuestra empresa depende de la unidad de los dos ejércitos, oriental y argentino.

»He desembarcado sin obstáculo. La Legión está montada. Parto mañana con dirección a Villaguay, donde reuniré 300 entrerrianos, y con ellos apoyaré el restablecimiento del gobierno legal de Corrientes, y promoveré la revolución de esa provincia que se levanta poderosa y sin temer otro Pago Largo.

»Esta provincia presenta las buenas disposiciones que esperamos.

»Procuro atraerme los habitantes de ella por los medios blandos de la persuasión, sin atentar de ningún modo a su libertad ni sus propiedades, y esta conducta nos conquista todas las simpatías.

»La medida que Vd. me anuncia será de una influencia poderosa para el levantamiento completo de esta provincia contra sus déspotas Echagüe y Urquiza: una vez obtenido esto, el ejército invasor será destruido sin remedio.

»Importa que Vd. me avise sus operaciones para mi gobierno. Yo lo haré por mi parte. No olvidemos, mi amigo, que los destinos de las dos Repúblicas dependen del resultado de esta guerra; y si esta vez no triunfa, la libertad de los dos pueblos se perdería para siempre, y como Vd. lo dice, esta empresa hará la dicha de numerosas generaciones.

»Soy siempre de Vd. servidor y amigo.

»JUAN LAVALLE».

Por estos sucesos y combinaciones, quedó aislado en la provincia de Buenos Aires y sin el auxilio y dirección que esperaba, el levantamiento del Sud que vamos historiando.

## Capítulo VIII

*Impresiones que produce en los hacendados del Sud la nueva determinación de Lavalle. — La ciudad de Dolores y su fundación. — El coronel D. Narciso del Valle. — Origen de la conferencia entre D. Manuel Rico y D. Pedro Castelli en la estancia del Durazno. — Causas que precipitaron el pronunciamiento del 29 de octubre. — El retrato de Rosas es ultrajado públicamente. — Entusiasmo general.*

Por los hechos relacionados se viene en conocimiento de la manera cómo se frustró la tentativa para colocar al general Lavalle al frente de una revolución la más popular que se fraguó jamás en la campaña, y la que sin cabeza que la encaminara e imprimiese cohesión a sus elementos, no tardaría en ser sofocada por las tropas dictatoriales.

Mas no anticipemos los sucesos.

El emisario Martínez, despreciando los riesgos que corría y ayudado por D. Apolinario Barragán, cumplió religiosamente su misión; no siendo difícil imaginar el disgusto que causó a los comprometidos semejante nueva que aplazaba el movimiento pronto a estallar, y el cual sino había sido descubierto aún por el suspicaz gobernante, no tardaría en serlo a causa de sus dilatadas ramificaciones.

Los hacendados que habían procedido con prudencia, se resignaron a seguir esperando la aparición del anunciado Mesías; pero otros, menos cautos en sus opiniones y que no se creían ya seguros si eran sentidos, resolvieron pasar al norte para aproximarse al general libertador que designaba aquel punto como teatro de sus operaciones. Pertenecía a ese número el entusiasta porteño D. Matías Ramos Mejía que fué a situarse en su estancia del Tala en la costa del Arrecifes, para continuar allí la propaganda contra Rosas y para ser de los primeros en incorporarse con caballadas de refresco a los invasores apenas pisaran el territorio de la provincia, como en efecto lo hizo.

Ya conocido el temple de las masas del sud, conviene echar una mirada sobre el pueblo de Dolores, que era el foco donde fermentaba entonces el espíritu de resistencia a la dictadura, y el cual iba a convertirse luego en cuartel general de las fuerzas destinadas a asestarle los más rudos golpes.

Fundaron a Dolores D. Ramón Lara, hijo de Buenos Aires y descendiente de antiguos hacendados del *pago* de la Magdalena, y el rico propietario D. Julián Martín Carmona; ciudadanos útiles, cuyos nombres nos complacemos en salvar de las nieblas

del pasado. El primero, alejando a viva fuerza a los bárbaros hasta Kakel y Chapaleufú ( *río pantanoso*) en 1815; y el segundo donando una área considerable de su campo cinco años después, fueron los padres de la ciudad que es hoy una de las más florecientes de la campaña del sud.

Es sabido, que por este rumbo hasta 1820, la línea fronteriza no había traspasado la margen oriental del Salado, y los indios pampas diseminados en sus toldos por las costas de la laguna de Kakel y arroyos Chapaleufú, Huesos, Tandil y Tapalqué, comerciaban pacíficamente con la capital. Pero en aquel año climatérico, algunas imprudencias del gobierno ocasionaron el alejamiento de las tribus de Ancafilú, Pichuiman, Antonio Grande y Landao, que situadas en Llamoidá, avvicindaban a Miraflores en Marihuincul ( *diez lomas*); estancia de D. Francisco Ramos Mejía, quien residía allí con su familia sin temor alguno.

Pero el cacique Negro al abandonar la Mar Chiquita, se arreó de malón una cantidad de hacienda vacuna y yeguariza de Eseiza, siendo perseguido vivamente por el capitán Lara con 50 blandengues de la frontera y 200 milicianos del Tordillo, desde Monsalvo hasta las faldas de la sierra de la Tinta, donde sufrió un contraste y fue herido de lanza.<sup>[59]</sup>

Durante su convalecencia en la guardia de Kakel, proyectó fundar un pueblo fronterizo al sud del Salado, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores. Resuelta su creación en 1818 por el directorio del general Pueyrredón, se ordenó a D. Pedro Antonio Paz, juez político y militar del punto, procediese a reunir los primeros elementos. Este autorizó entonces a Lara para que pusiera manos a la obra, como lo hizo, ubicando su traza una legua al oeste del depósito de prisioneros de las Bruscas<sup>[60]</sup> o Santa Elena, en terrenos de su amigo D. Julián Carmona, quien donó en propiedad para la capilla y pobladores, tres cuartos de legua de frente al arroyo hoy de Picaza, por dos de fondo al sud; habiéndose nombrado para desempeñar el curato, al presbítero D. Franco Robles, después canónigo.

Prosperaba la nueva población, merced a los auxilios del gobierno, a lo pintoresco de la llanura y feracidad del suelo elegidos para plantearla, como a su inmediación a los montes del Tordillo y costa del Atlántico (que facilitaban los medios de procurarse maderas de construcción y buena cal), cuando en 1821, disuelto el depósito de las Bruscas y reconcentradas las fuerzas que se habían internado al sud, dejando apenas en Kakel una guardia de cien hombres y un cañón a cargo del infatigable Lara, avanzaron los indios en número de más de 1500 lanzas, guiados por el baqueano José Luis Molina, gaucho de siniestra memoria.<sup>[61]</sup> Tomada y muerta la partida descubridora el 30 de abril bajo una densa niebla, sorprendían al pueblo

después de haber pernoctado a dos leguas de distancia. Asesinaron a los vecinos, y luego de cautivar sus familias, incluso la del fundador Lara, lo saquearon y redujeron a cenizas sin que salvara ni la capilla. Los salvajes permanecieron más de una semana acampados en las cercanías de Dolores, y fraccionándose a su regreso, llevaron un botín que se calculó en ciento cincuenta mil cabezas de ganado vacuno y caballar.

Con esta y otras invasiones que se siguieron *luna por luna*, es decir, cada mes o plenilunio, alcanzando hasta la Magdalena en dirección a los Ranchos y arroyo de San Borombón (*derivado de San Bruno*), la campaña del sud quedó asolada y los paisanos poseídos de un terror pánico, huían unos de otros a la voz de *indios*, pues que no bastaban a alentarlos las pequeñas ventajas obtenidas por el jefe de la sección sud, coronel Domingo Soriano Arévalo.

En 1826, diseminada su escasa población por la costa del Salado, desde la Postrera hacia Maeedo, fué creado el partido de Dolores, siendo su primer juez de paz D. Benito Miguens; sin embargo de que el desgraciado pueblo de su nombre, permaneció en escombros hasta mediados del año siguiente, en que Lara, rescatada ya su familia y retirado por su mala salud del servicio de las armas, emprendía de nuevo su reedificación con la ayuda del teniente retirado D. Juan Sosa y varios vecinos de Chascomús y la Magdalena, sin excluirse algunos prisioneros brasileros que le fueron cedidos al efecto;<sup>[62]</sup> progresando con tal rapidez, que a la época de su fallecimiento, se habían congregado bajo sus auspicios cerca de cuatrocientas familias, que reclamaban una escuela para educar a sus hijos, y un presidio donde asegurar a los malhechores.<sup>[63]</sup>

Pero ningún año fué de tantas calamidades para los hacendados del Sud como el de 1822; época en que el gobierno de D. Martín Rodríguez, acosado por la chuzca del indígena y falta de caballería regular que oponerle, apeló al de Entre Ríos, pidiéndole con urgencia, auxilios de esta arma en cambio de cierta indemnización pecuniaria que se graduaría según el número de aquella.

Ajustóse una estipulación mediante la cual, el gobernador Mansilla envió a Buenos Aires por el término de dos años, los escuadrones de línea *Húsares de la Muerte* (tapes misioneros) y *Dragones*, a cargo de los comandantes Anacleto Medina y Andrés Morel: los que desembarcaron en la Ensenada, y acantonados en la Guardia de Kakel, tomaron parte activa en las diferentes expediciones que se hicieron sobre el Sauce Grande para ensanchar la frontera en dirección a Bahía Blanca, hasta que fueron destruidos en el encuentro de los Toldos Viejos (1826), salvando con grandes dificultades, entre otros, al sargento mayor Narciso del Valle, oficial santafecino que había sido llamado al servicio y formaba en esa fuerza auxiliar.<sup>[64]</sup>



Organizado sobre su base el regimiento de coraceros, que fué mandado sucesivamente por los coroneles D. Juan Lavalle y D. Ramón Estomba, el jefe del Valle se hizo notar como un experto escuadronista.

En febrero de 1829, quedó encargado de la comandancia del fuerte de Bahía Blanca, por disposición del teniente coronel Morel, que con el cuerpo de coraceros, la indiada del cacique Venancia Cayupan y los Borogas, se dirigió hacia el fuerte Independencia, donde se hallaba su jefe Estomba, para desde allí marchar sobre Kakel, buscando la incorporación de las fuerzas del general Lavalle. Pero los indígenas seducidos por emisarios de Rosas, se sublevaron en Napostá Grande, mataron a Morel y dispersaron su regimiento causándole más de cincuenta bajas.<sup>[65]</sup>

Este accidente precedió de poco tiempo al arribo a Bahía Blanca de los SS Maza, Wright, García Zúñiga, Bares, Chavarría y Martínez Fonte, confinados allí por atribuírseles planes hostiles al movimiento del 1.º de diciembre de 1828. Valle los trató con delicadeza, y poniéndolos en libertad con arreglo al pacto de junio, los retornó a esta ciudad.

La conducta observada con aquellos ciudadanos, le valió la protección poderosa del Dr. Maza y de los Wright, siendo a poco, relevado por el coronel D. Paulino Rojas y trasladado al Tandil con el objeto de disciplinar las milicias acantonadas en dicha guardia.

Noticioso del Valle que pensaban alzarse los caciques Cañuante y Calfiao, situados a orillas del vecino arroyo Colonquelú (*tierra colorada*) al E. de la Tinta, sorprendió sus toldos, matando injustamente a la indiada sin escapar más de seis u ocho, y entre estos, los dos primeros.<sup>[66]</sup> cuya *chusma* quedó cautiva; hecho de armas que hizo se llamase en adelante a ese arroyo, las *Calaveras*. El autor de una curiosa Memoria inédita que compulsamos, dice al respecto... «Vi cometer con aquellas desgraciadas familias en el mismo cuadro, desórdenes que ruboriza contar, por el segundo jefe de Valle, sin que éste pudiera estorbarlos...».<sup>[67]</sup>

El coronel Valle principiaba a brillar. Rosas después de llevarlo a la campaña del Desierto como jefe de una de las divisiones de vanguardia, terminada esta en 1834, lo nombró edecán y casi en seguida le encargaba la formación del nuevo cuerpo de línea denominado Escolta.

Desempeñó esa doble comisión hasta que dispuso aquel gobernante enviarle a Dolores, donde se hallaba cuando ocurrieron los sucesos que vamos narrando.

Hasta entonces, Valle, soldado más táctico que arrojado, sólo era tachado de ser adicto a Rosas, que principiaba a dispensarle confianza.

El tenía por segundo en el nuevo mando que había asumido del regimiento 5.º de milicias de campaña, a Manuel Rico, que también se distinguió en la expedición al Colorado, y al cual descontentó el gobernante, quien llamándolo con urgencia lo tuvo meses sin recibirlo, hasta que cansado de esperar, se permitió volver a Dolores después de haber expresado por escrito los perjuicios que sufría con su permanencia indefinida de la ciudad, donde le era ya imposible sostenerse.

De este incidente que el ofendido recordaba con acritud en el seno de la amistad se valieron los enemigos de Rosas para atraerlo, como se verá luego.

Precisamente en esos días (septiembre de 1839), se practicaba el enrolamiento de las milicias del partido de Dolores, el cual siendo muy dilatado, pues que comprendía el territorio entre los montes del Tordillo en el Salado; teniendo por límites la cañada de juncales del Vecino, el mar, los arroyos del Zapallar y Poronguitos y la parte del nacimiento del arroyo Azul<sup>[68]</sup> se acostumbraba fijar de antemano el punto de reunión y la fecha en que concurrirían los jefes del regimiento para desempeñar su comisión.

Tan pronto como supo D. Juan Ramón Eseiza, dueño de la estancia del Durazno, que en ella tendría lugar una de las reuniones, columbró la oportunidad de insinuársele a Rico. Al efecto, cierta noche, uno de los tertulianos más asiduos a la malilla de la trastienda de los Ortiz, en Dolores, ofrecía a aquél llevarlo en el carruaje de Eseiza al paraje designado, ahorrándole así las molestias del sol en un viaje de 30 leguas a caballo. Esta invitación aceptada por Rico, habiendo llegado a oídos de Valle, fue necesario acceder al pedido que hizo de un asiento.

Trasladados al Durazno que se hallaba sobre la margen izquierda del Arroyo Grande, principió el enrolamiento, habiendo acudido en crecido número el paisanaje de la costa del Atlántico y de los Montes Grandes, que se extienden al Sud de los del Tordillo, formándoles marco la cañada y juncales del Vecino hasta Chapaleufú, la Sierra y el Océano.

Una tarde, cuando acababan de levantarse de la mesa para continuar la revisión de papeletas y entrega de las renovadas, Valle que había observado con desabrimiento que varias de éstas contenían licencias anotadas por disposición de Rico, tomó una que carecía además de plazo fijo, siendo acordada a un antiguo sargento Espíndola que marchó como voluntario a la gran campaña de 1833, y el cual había faltado por enfermedad. Valle se enfurece, y vociferando contra Rico, hace pedazos el

papel y atropella al miliciano. Rico, cuya sangre ya hervía, sin reparar en el acto ni en los circunstancias, más veloz que el rayo, saca el puñal y acometiendo a Valle: «Cobarde», le dijo, «este es el último día de tu vida», y apretándolo por la garganta lo iba a clavar contra la pared, cuando se interpusieron Eseiza, el mayordomo de Viborotá, D. Agustín Delgado y otros; terminando aquel lance con las últimas luces del día.<sup>[69]</sup>

Valle, no bien recobrado de su espanto, fué a encerrarse en un cuarto, mientras que Rico vivamente agitado salió a pasearse por el cercano monte de duraznos que da nombre a esa propiedad.

Esta fué la coyuntura diestramente aprovechada por los hermanos D. Juan Ramón y D. Valentín Eseiza, que ya habían sido iniciados por Castelli en el plan de reacción, para convencer a Rico que la insubordinación pública, contra su jefe, unida a su vuelta repentina de Buenos Aires, lo hacían acreedor a cuatro tiros que Rosas se los mandaría dar indefectiblemente; recordando con tal motivo, que aun a su compadre el santafesino D. Pedro Burgos, fundador del Azul, sujeto acaudalado y padrino de su hija Manuela, lo tuvo más de un año *haciendo antesalas* diarias, hasta que lo despachó después de esa *amigable* penitencia. Que para salvar su vida, no quedaba otro camino que entrar en la combinación urdida con el propósito de levantar la campaña, y la cual estaba próxima a estallar encabezada por D. Pedro Castelli, según lo había decidido al general Lavalle que no tardaría en reunirles. Que la revolución era un sentimiento universal entre los paisanos del sud, empobrecidos por el servicio de frontera y guerras interminables, o cansados de soportar el yugo de crueles tiranuelos; faltando apenas combinar el anhelo de tantos, con elementos de fuerza para realizarlo. Que buscando su cooperación, como la de un soldado bravo y simpático se propusieron conducirlo allí algunos días antes que se trasladase del Valle, con el intento de blindarle un puesto digno de su valor, y en el que pudiese prestar un señalado servicio a la libertad; según lo acordado en la reunión celebrada en la *Espuela Verde* de Piedrabuena, con Crámer, Castelli, Ramos, Fornaguera y otros camaradas.

El corazón sencillo de Rico se mostró hondamente conmovido, declarando que lo que se le proponía era una defección a su credo político que fué siempre de *federación*, y que un traidor a su causa no merecía sino el desprecio de los mismos que lo incitaban a ello; agregando que ni conocía a Castelli para saber su modo de pensar, ni sus recursos para semejante empresa.

Sus confidentes trataron de calmar tales escrúpulos, asegurándole que en el cambio intentado sólo peligraba la persona, de Rosas, más el sistema explotado por él en su provecho, pues que era el único proclamado por los pueblos, y de los que se burlaba el opresor centralizando su poder, a fin de afianzarse para siempre en el

mando, después de pagar con ingratitud a los que se habían sacrificado a su lado creyendo de buena fe en las palabras de *Federación y Unidad*; frases huecas con las que alucinó a propios y extraños. Por último, que esa misma tarde habían despachado de expreso a D. Sebastián Fondevila para que citase a una entrevista a Castelli que se encontraba en la banda opuesta del arroyo, en casa de D. Rufino Fornaguera.

En efecto, poco antes de ponerse el sol, ya quedaba prevenido el último, de que por la noche sería esperado en la estancia de D. Juan Ramón Eseiza, con su huésped, el cual después de aguardar tres días inútilmente se había retirado a su establecimiento distante cinco leguas.

Sin embargo, se mandó en el acto por él, no demorando en aparecer acompañado de D. Juan Antonio Fernández Sucrez,<sup>[70]</sup> y la noche, promediaba su curso, cuando el caudillo recién llegado y sus dos compañeros, luego de ocultar sus caballos en la quinta, se abocaban con Rico en la costa de la laguna del Durazno.

Sin otro testigo que el silencio apenas interrumpido por un ambiente primaveral, mientras la luna en el cénit, rielando las mansas aguas, aclaraba las sombras, departían en voz baja aquellos seis conspiradores, acerca de los medios de afrontar el poder de Rosas. Era tanta la tranquilidad ostensible de esos hombres más pareos en palabras que en obras, que parecían un grupo de pacientes pescadores remolinados en el césped, y no la gavilla de fuego arrojada en la Pampa...

En ese pacto aceptado en el misterio y la soledad de la noche, se asentó la base, de que si alguna fuerza del gobierno se internaba en el Sud para aprisionar a cualquiera de los comprometidos, sus correligionarios más inmediatos quedaban obligados a reunir los amigos y arrebatarlo a todo trance, siendo ésta la señal del estallido general.<sup>[71]</sup>

La del alba sería, cuando Rico, completamente adherido a las nuevas ideas, partía en dirección al *Divisadero* de los Monte Grandes, con el objeto de citar su escuadrón que servía de plantel veterano al regimiento, en tanto que Castelli se encaminaba al cerro de Paulino para verse con Don Fernando Otamendi, quien garantía la adhesión de su amigo el coronel Granada.

Entre tanto, Valle preocupado de su seguridad personal, atentas las ocurrencias de la víspera, o sospechando quizá que algo grave se tramase desde que supo que Pico había desaparecido en la noche, pidió a Eseiza su carruaje para trasladarse a la estancia que tenía por la Tinta en sociedad con D. Ignacio Lara, como lo hizo luego, acompañado por su ayudante Juan Monteagudo.

Los complotados vivieron en adelante con incesantes precauciones, continuando sus trabajos en aparente inercia para no despertar sospechas a la autoridad, y dar tiempo a que el general Lavalle se pusiera en contacto con sus amigos del Sud como lo había prometido, ya que su vituperada invasión a Entre Ríos y marcha subsiguiente sobre Corrientes, dificultaban la comunicación con él, precisamente cuando era más necesario el concierto de las operaciones.

Parece averiguado, que en la conferencia del Durazno, se fijó el 6 de noviembre para lanzar el grito de insurrección; pero un acaecimiento inesperado vino a precipitarlo. D. Manuel Sánchez, juez de paz de Dolores, había recibido una nueva nota de Rosas, en contestación a otra suya motivada por lo siguiente.

Un oriental Cuello, conocido por su vida desordenada, puso en manos del expresado funcionario, cierto papel mal escrito y muy ajado, diciendo haberlo encontrado en este momento al llegar a la iglesia para oír misa (era domingo); que ignoraba su contenido por cuanto no sabía leer, pero que sospechando fuese un pasquín contra la autoridad iba a entregarlo.

Enterado Sánchez de su tenor, reducido a amenazar a los federales con un próximo cambio de situación al que los cívicos de Dolores no serían extraños, pues que ya estaban amunicionados; y que no imperaría el sosiego ni luciría la libertad, mientras no se ensartara al tirano Rosas y a sus viles aduladores en las lanzas de la pirámide de Buenos Aires;<sup>1721</sup> reprimiendo su desagrado, contestóle del mejor modo posible: *«Paisano, estos son desahogos de algunos díscolos que andan buscando como indisponer a nuestro pueblo con el Restaurador, y lo mejor es quemarlo...»* acercándose acto continuo a una vela encendida. Pero Cuello levantando la voz, repuso: *«Mire bien lo que hace señor juez, porque esta novedad puede llegar a oídos del Gobernador y comprometerlo».*

Entonces, desconfiando Sánchez que fuese alguna treta inventada por el mismo Rosas, se apresuró a manifestarle que si tal era su deseo, iba a incluir ese anónimo en la correspondencia oficial para satisfacerlo, como lo hizo; asegurando al gobierno, que sin embargo de haber aparecido aquel papel injurioso, su vecindario sólo se ocupaba de tareas pacíficas, sin pensar para nada en la política.

Algún tiempo después, el honrado juez de paz, recibía un despacho del general D. Manuel Corvalán, edecán del Dictador, acusándole recibo del oficio relativo al pasquín encontrado en una calle de ese pueblo, por el vecino federal D. Juan Cuello, con lo demás que él contenía y de que S. E. quedaba enterado.

Que el Restaurador le encargaba decir en contestación, «que cuando el río suena,

agua lleva», siendo fuera de duda que allí se conspiraba. Que en consecuencia, procediese a aprender cuatro unitarios salvajes de nota de ese partido y sindicados como enemigos de S. E., remitiéndolos incomunicados, con grillos y suficiente custodia a la cárcel de Buenos Aires; previniéndole que siempre que aparecieran pasquines de esa naturaleza, obrase de aquel modo; transcribiendo la misma orden al juez de paz de Monsalvo para su respectivo cumplimiento.

Como es de suponer, grande era el aprieto en que se ponía al pacífico funcionario; tanto más, desde que no se determinaban por sus nombres a las presuntas víctimas, significándose tácitamente que el gobierno tenía la conciencia de que le eran bien conocidas las que destinaba a sufrir un castigo ejemplar.

Alarmado Sánchez por las dificultades surgidas del malhadado pasquín, luego de leer una y más veces la comunicación del edecán, resolvió mandar citar a sus alcaldes, y a D. Hilarión Medrano que actuaba de notario y le merecía confianza, para someterles el caso, oír su opinión y aconsejarse de ellos.

A decir verdad, en el fondo, la autoridad era sabedora de que se conspiraba, porque sus agentes, como los alcaldes D. Isidro Mendiburu y D. Tiburcio Lens, fueron los principales promotores de la fermentación visible del pueblo, y hasta el mismo Sánchez participaba secretamente de sus ideas.

Reunidos a puerta cerrada en el juzgado, se discutió el modo de salir del paso; observándose con tal motivo, que ya se susurraba la aparición de dos o tres pasquines más, y que iba a ser necesario enviar paulatinamente todo el vecindario de Dolores, para que el gobernador dispusiera de su suerte, con grave compromiso del juez de paz que poco antes había garantido la lealtad y ciega, obediencia de aquellos habitantes.

Después de una larga conferencia, se arribó a un temperamento satisfactorio y prudente, a saber: que se contestara el despacho del general Corvalán, suplicando por su órgano al Restaurador, se dignase nombrar las personas que debieran serle remitidas, porque no conociéndolas la autoridad local, y ausente el comandante militar en servicio público, temíase incurrir en un error irreparable; y en tanto, se ganaba tiempo para poner lo sucedido en conocimiento del coronel Valle, como se hizo.

Rosas no demoró ya su respuesta, y seguidamente regresó el chasque con la orden perentoria de que se diera inmediato y puntual cumplimiento a lo mandado, añadiendo que si los individuos que designase el juez de paz, se enfermaran y se hallaba inconveniente su remisión, o daban trabajo en el camino por cualquier tentativa de fuga, «los hiciera fusilar», dando cuenta después de la ejecución.

Fué entonces que consternado Sánchez, adjuntó ese oficio a Valle con el expreso Lemus, mayordomo de las Chilcas, de Cobo, quien llegó al Durazno reventando caballos. Allí fué enterado por Eseiza de lo acaecido al coronel precisamente en esos días; transmitiéndole a su turno las ocurrencias de Dolores y la agitación en que dejaba los ánimos. En tal concepto, se convino, que la comunicación de que era portador la pasara a Rico que se encontraba en los Montes, en casa del capitán José Antonio López Calveti, y al que debía ser entregada en ausencia de su jefe, según prevención verbal.

Impuesto Rico de su contenido, hízole saber a Castelli, quien le pidió bajase a Dolores, se viera con los amigos, y si el juez de paz había tenido la debilidad de remitir las víctimas reclamadas, tratase de quitarlas a costa de cualquier sacrificio, alcanzándolas si posible fuera en el puente de Barracas.

Rico había recibido en el interín otros chasques con cartas y mensajes urgentes de íntimos amigos suyos, noticiándole lo sucedido; la justa alarma del vecindario, pues todos veían su seguridad personal a merced de la malevolencia, doblemente desde que se propalaba que los jóvenes Francisco Mugica, José María Guerra, Miguel Miller y su socio Francisco Silva, por indicación del comandante militar, eran los *sentenciados* en primera línea; y desconfiando de la energía del juez de paz en tan angustiosa crisis, le pedían su protección como al hombre más querido e influyente de la localidad.

Lo que antecede, unido a las afirmaciones hechas en la conferencia del Durazno, de que todo el pueblo de Dolores estaba en ebullición latente, y que estallarí a al primer síntoma, hizo que Rico creyese llegado el momento de cumplir con una de las condiciones pactadas allí, cual era, no desamparar al que Rosas mandase aprehender como unitario; y sin más preámbulo marchó a ponerlo por obra, previniéndoselo a Eseiza por un enviado de confianza, a la vez que despachaba otro para Dolores, haciéndose preceder de una carta dirigida a su amigo D. Inocencio Ortíz, avisándole que al día siguiente bien temprano estaría en su casa; que lo esperase con cincuenta mil pesos moneda corriente y ciertos artículos de uso y consumo que detallaba.<sup>[73]</sup>

En efecto, serían las cuatro de la mañana del martes 29 de octubre, cuando el comandante Rico, acompañado de D. Cosme Puyol, del teniente Francisco Romero, y de sus asistentes, después de atravesar el pueblo citado, fué a golpear la ventana de la casa de Lens, a dos cuerdas de la plaza, para decirle que había llegado el momento de la acción; que era indispensable dar el grito aquel mismo día, pues estando ya sentida la revolución, no había tiempo que perder; y que mandara citar a los amigos para la plaza como lo haría él personalmente, porque las cabezas de todos pendían de su caballo.

Conviene notar, que D. Rufino Fornaguera fué comisionado por Castelli el mes

anterior, para *hablar* a varios amigos en Dolores acerca del plan que se tramaba, pues todo se hacía de *viva voz* en precaución de cualquier descuido o infidencia; dejando apalabrados e iniciados en el secreto y listos para tomar una parte activa, al capitán D. Inocencio Ortíz, comandante de los cívicos, a su hermano D. Antonio, al inteligente capitán de línea D. Martín Arenas, y a comerciantes influyentes y jóvenes visibles del punto.<sup>[74]</sup>

Lens y Rico pasaron en seguida a verse con Ortíz, y despuntaba aquel día llamado a ser memorable en los anales de la guerra a muerte contra la dictadura, cuando el redoble solemne del tambor batiendo generala por las calles solitarias aún, despertó alarmado al vecindario. Las familias atónitas se asomaban a las puertas y ventanas para inquirir la causa de semejante alboroto; las casas de negocio permanecían cerradas y silenciosas, mientras que patronos, dependientes, artesanos, jornaleros, ricos y pobres, a pie y a caballo, con las armas que tenían o se procuraban, acudían presurosos al reclamo de la autoridad.

En las primeras horas de la mañana, ya se encontraban 170 ciudadanos formados en la plaza; mandándose sacar 70 lanzas, únicas armas halladas en casa del comisario D. Mariano Ramírez, (mayordomo de la estancia las *Vívoras*, de Anchorena), para proveer con ellas a los inermes.

Entonces el comandante Rico, cubierto aún con el polvo del camino, y seguido de los capitanes Zacarías, Márquez y Crispín Peralta, penetró en el cuadro a caballo y desmontándose habló así:

«Compañeros:

»Nos hemos reunido aquí, con el objeto de elegir para el partido de Dolores un nuevo comandante militar y otro juez de paz, que respondan y apoyen el levantamiento de campaña del Sud contra el gobernador D. Juan Manuel de Rosas, mandón inicuo que nos afrenta con sus caprichos ante el extranjero, ante nosotros mismos, y ante nuestras madres, esposas e hijas.

»¿Para qué queremos, paisanos, un gobierno absoluto que mañana o pasado nos pegará cuatro tiros injustamente?

»Este pueblo heroico, cansado de tanta humillación, y amenazado en la vida y en los intereses de sus hijos, se pone en armas. Juremos todos no dejarlas mientras no hayamos dado en tierra con el amo y el último de sus esclavos... *¡Patriotas del Sud! ¡Viva la libertad! ¡Abajo el tirano Rosas!*».



Los vítores estrepitosos de los cívicos y el aplauso de los espectadores, probaron que esas breves pero enérgicas palabras caían en un terreno bien labrado.

Se resolvió incontinenti que el joven D. Antonio Pillado, encargado de levantar el acta justificativa del pronunciamiento, la leyese en voz alta. Los conceptos patrióticos en que se declaraba que la campaña del Sud, realizando la aspiración del país, se ponía de pie como un solo hombre para recuperar a viva fuerza sus derechos hollados por un gobernante arbitrario, contribuyendo a que el entusiasmo rayara en delirio; ratificando todos el juramento de no dejar las armas hasta voltear a Rosas.<sup>[75]</sup>

Serían las 10 a. m. cuando terminada su lectura, se firmó en el juzgado de paz, haciéndolo también el cura párroco D. José Accame.

En seguida, el ciudadano D. Severo Pizarro, fué con cuatro hombres a buscar el retrato de Rosas que ocupaba en el mismo juzgado un lugar prominente. Era un cuadro al óleo de vara y media de alto representando al Restaurador de gran parada, conducido por la Fama al templo de la Inmortalidad. Llevado delante de Rico entre los gritos de *aquí va la figura*, a que hacían como los muchachos, dijo éste:

«*Compañeros; Hermanos— ¿Por quién llevamos este velillo de luto en el sombrero?*». Y arrancándose también la divisa, agregó: «*¿Y qué significa esta marca ignominiosa sobre el corazón? Pues arrojemos al suelo con desprecio el primero, clavando en él con nuestros puñales la segunda para vengamos de tantos ultrajes...*» y en el acto, dice un testigo, *la plaza quedó coloreando de cintas, y sembrada de trapos negros.*<sup>[76]</sup>

Dirigiéndose luego al retrato, prosiguió. — «Aquí está Rosas, y si fuera la persona de ese malvado haría con él, lo que hago con su figura...» y dándole un puntapié ensartó el lienzo con las espuelas que calzaba, abriéndolo a la vez por el centro con el puñal con que acababa de inutilizar la cinta punzó. Esta fué la señal para que los voluntarios José Julián Jaimes, José María Caballero, Francisco Basille (francés confitero),<sup>[77]</sup> y otros muchos corriesen a escupir aquella efigie, patearla y después de apostrofarla, herirla con sus armas; disputándose los fragmentos, que en su mayor parte fueron arrojados con su hermoso marco a una hoguera improvisada, entre la algazara del populacho, vivas, cohetes, repiques y dianas, con que se festejó un acto que iniciaba la regeneración de esa parte de la provincia de Buenos Aires, donde Rosas creía tener un altar en el corazón de cada uno de sus habitantes, persuadido como estaba de que no se levantaría una voz sino para ensalzarlo...

Nombrados por votación unánime (consignada en el acta), D. Tiburcio Lens para juez de paz, y Rico comandante general de todas las milicias del partido; se declaró el

pueblo en asamblea, y poco después de mediodía, la compañía de cívicos con su capitán Ortíz a la cabeza, abandonaba la plaza encaminándose al sud, al son de una marcha granadera y entre hurras y cohetes, haciendo alto en las inmediaciones del cementerio, donde fijó Rico su cuartel general y campo de instrucción, y donde el jefe de los cívicos dirigió a éstos una sentida proclama.

Esa misma noche, no encontrándose tela celeste para embanderar el pueblo, merced a un prodigio de actividad y abnegación, se tiñeron con añil varias piezas de bramante por las patriotas señoras Benita Sánchez de Calvento (hermana del juez de paz), Melchora Valdivieso, sus hijas Marta y Laureana, su nieta doña Isabel, joven de peregrina hermosura, y otras damas; de manera que antes de las 24 horas, ¡más de quinientas banderas con los colores del cielo flameaban al viento!

*Jacta est alea:* La suerte estaba echada...

Libertar la nación, reconquistando sus derechos inalienables, sus leyes conculcadas, era el vehemente anhelo de tantos corazones palpitantes de indignación; y aunque arduo el propósito, ellos convergían a ese foco, al sacudir el polvo infamante que cubría dos generaciones.

Hélos, la infame librea

De sangre que los afea

De pie arrojando en Dolores,

Tus rozagantes colores,

¡Oh Patria!, alegres vestir;

¡Y desplegar altanera

Tu pisoteada bandera

Tan temible a los tiranos!

Jurando heroicos y ufanos

O libertarte o morir.

Y con risueño semblante,

Con aliento de gigante,  
Voz, potencia irresistible,  
Dar a la trompa terrible  
De la santa insurrección;  
Y de su heroica bravura  
Retumbar por la llanura  
El libertador estruendo,  
Inflamando, conmoviendo  
Todo noble corazón.  
Hélos, ¡oh Patria! en Dolores,  
De pie a tus libertadores,  
Rememorando la gloria  
De los héroes de tu historia  
Para emular su virtud;  
Invocando el dogma mismo  
Que predicó su heroísmo  
Entre el humo y la metralla  
De los campos de batalla  
Por las regiones del Sud.<sup>[78]</sup>

FIN DEL VOLUMEN I, O PRIMERA PARTE DE LA OBRA<sup>[79]</sup>

## SEGUNDA PARTE

ESTOS CAPÍTULOS DE LA SEGUNDA PARTE SE  
PUBLICARON EN LA REVISTA NACIONAL

### Capítulo I

*SUMARIO — Antecedentes y carácter del revolucionario Rico. —Popularidad del pronunciamiento de Octubre. —El coronel Cramer se presenta en Dolores. —Rebusa encabezar la revolución. Marcha de la vanguardia de los Libres sobre Chascomús. —Procédese a capturar al coronel Valle, capitán Vigorena y D. Gervasio Rosas—El hacendado Alzaga encargado de atraer al comandante Olmos. —Se autoriza al capitán Ortega para abrir correspondencia con el coronel Granada. —Actividad y previsión de Rico—Llegada de Castelli al cuartel general en Dolores.— Su apatía y vacilaciones, dañan los intereses del movimiento. Ofrécese el mando al general Diez Velez. —Es compelido a desprender una fuerza para convulsionar el Tandil. —Los patriotas pónense en contacto con los marinos franceses.*

El comandante Don Manuel Leoncio Rico, fué el alma del grito revolucionario dado en el pueblo de Dolores.

Este patriota, hijo de Buenos Aires, donde nació el 12 de septiembre de 1798, siendo sus padres don Miguel, natural de Triana en el Arzobispado de Sevilla y doña Cecilia Revol, de esta ciudad, era el menor de otros cuatro hermanos, y destituido de recursos, salió a trabajar en 1823 por el pago de la Magdalena, hasta que tres años después, fomentado por sus amigos, se estableció con algunas vacas en el paraje denominado «Carancho Blanco» entre el Tordillo y Monsalvo.

Inclinado a las armas, concurrió a la grande expedición a los desiertos del Sud en 1833 y 34, haciéndose notar por su coraje y disciplina. En 1835, gozaba de general aceptación siendo habilitado de don Juan Ramón Ezeiza y poblador de la *Loma* que lleva aún su nombre sobre el Arroyo Grande. Más tarde, elegido Juez de Paz y Comandante de milicias del partido de Dolores en el que tenía fijada su residencia, ¡caso raro en aquel tiempo! mereció la confianza del gobernador Rosas y el aprecio de sus convecinos.

Considerado físicamente, era pálido el color de su tez en la que se reflejaba un cabello castaño oscuro, sedoso y ligeramente rizado; su frente despejada, servía de arranque a una nariz roma y graciosa, que en el eonflico se hinchaba como la de un

generoso corcel árabe, mientras que sus ojos negros y flamantes, doselados como los del león por largas pestañas, eran los verdaderos intérpretes de un espíritu fuerte y resuelto, cuyas manifestaciones nerviosas parecían producidas por choques eléctricos. Alto de pecho, robusto de constitución, y aunque ya amagado de esa afección al órgano más noble que debía serle funesta en San Cala, era de ágil y proporcionada figura, la que según el dicho pintoresco de sus subalternos, *crecía una pulgada* el día del peligro.<sup>[80]</sup>

Dotado de una fisonomía tan expresiva como enérgica, sometíase con impavidez a su suerte a la manera de Décio o de Régulo, con un cariño filial por la patria, un instinto pundonoroso de gloria, una aspiración vehemente a la unión y otras prendas que buscaríamos en vano entre su posteridad.

Un contemporáneo que lo trató de cerca y participó de sus fatigas, escribe de él «... don Manuel Rico, después coronel, era un vecino muy estimado en Dolores, por su carácter honrado y leal; de limitada educación, pero de juicio recto y claro; bondadoso y enérgico a la vez, tenía el buen tino de buscar y oír el consejo de los hombres conspicuos y utilizar los servicios de los más competentes».<sup>[81]</sup>

Tales eran las calidades físicas y morales que adornaban al caudillo de Dolores.

Posesionándose de la clase de responsabilidades que acababa de contraer ante el país y para con sus correligionarios políticos, se puso a la obra de redención con entera fe y constancia.

La noche del movimiento, pasóla en vela, dirigiendo chasques con gran número de cartas a los amigos de la campaña cuyas opiniones le eran conocidas, y día por día, hora tras hora, tuvo la satisfacción de verlos acudir a su llamado con los hombres, armas y caballos de que cada hacendado podía disponer. Los tres hermanos Ramos Mejía, don Martín Campos, Agustín Acosta, Rufino Fornaguera, Juan Ramón Ezeiza, sus hijos Gregorio, Pablo y Elías y su sobrino José María; don José Barragán y sus hijos Hermógenes, Pedro y Manuel; Anselmo Saenz Valiente, Ramón y Miguel Nero, Martín y Félix Alzaga; José María, Enrique, Severo y Juan Martín Pizarro; Lorenzo, Miguel y Tomás Fernández Agüero, Bernardo P. Galup, Francisco Madero, Leonardo Piedrabuena, José Manuel Nadal; Francisco Trifón, Tomás, Manuel y Marcos Mujica, Martín José de la Serna, Victorio Sotelo, Vicente Valdez, Victorino Valvidares y muchísimos otros se presentaron al nuevo caudillo, ofreciendo sus servicios e intereses sin limitación alguna.

El 30 de octubre llegó al cuartel general de los revolucionarios el teniente coronel don Ambrosio Cramer, habiendo sido requerido por medio de un expreso desde las

primeras horas del día anterior, pues se hallaba en su establecimiento de la *Postrera*, sito a diez leguas de allí, sobre la margen derecha del Salado.

Rico le manifestó que su objeto era ofrecerle la dirección de todo, principiando por ponerse a sus órdenes, como al verdadero militar capaz de darle impulso vigoroso y acertado, lo que rehusó el noble francés, observando que estaba viejo, ya dejado de la carrera y que ese honor correspondía a un hijo del país, que eran los que exclusivamente habían preparado aquel movimiento y a cuyo triunfo contribuiría como soldado haciendo cuanto se le impusiera.

Garantiendo Cramer la disposición favorable de la juventud de Chascomús para secundar el movimiento, se acordó enviar ese mismo día al capitán Márquez con una división de 400 hombres de los mejor armados, cuya organización se encomendó al expresado Cramer, para que ocupando aquel pueblo, sirviera de vanguardia a la revolución y núcleo de nuevas reuniones.

Asimismo, se resolvió en junta de guerra, montar una guardia de infantería en casa del coronel Valle, a efecto de que fuese ella respetada, despachándose acto continuo al baqueano Dionisio Olivera, para que con una partida liviana lo sorprendiera en su establecimiento a 40 leguas de allí, donde se le suponía.<sup>[82]</sup>

A don Miguel Nero se le encargó apoderarse de don Gervasio Rosas, que estaba en su estancia de la *Loma de Góngora*, caso de no haberlo hecho ya el capitán López Calveti, al que Rico dejó esa orden al salir de los *Montes*, como también la de sorprender el Tala.

Una comisión bien montada, a cargo de los vecinos Luis Córdoba y José Rosa Coria, fué desprendida sobre el Rincón del Tuyú para capturar vivo o muerto al aborrecido *cojo* Estanislao Virogena; marchando simultáneamente don Pedro Nango con otra partida, con la orden de reunir la gente, ar mas y municiones que encontrase en Camarones y demás establecimientos de Anchorena.

Con el propósito de despejar uno de sus flancos de fuerzas del Gobierno, hizo que el hacendado don Martín Alzaga valiéndose de la influencia que ejercía sobre el comandante don Juan Francisco Olmos, fuese a catequizarlo en la boca del Salado, donde se hallaba apostado con más de 300 veteranos de caballería en protección de los buques que forzaban el bloqueo francés y también a fin de impedir el desembarco de estos.

Sin embargo de que don Fernando Otamendi en los conciliábulos previos al

pronunciamiento había asegurado que el coronel Granada, quien con su magnífico escuadrón de línea. N.º 6, integraba la división de don Prudencio Rosas, acantonada en el Azul, se plegaría al movimiento así que este se hiciera, juzgó prudente que el capitán Ortega, su antiguo subalterno, le escribiese detenidamente, comunicándole que había estallado la revolución e invitándolo a la vez a que concurriese a apoyarla y ponerse a su frente.

He aquí el tenor de esa carta que se remitió bajo cubierta de Castelli, para que este se impusiera de ella antes de encaminarla a su título, o su vecino Otamendi (en San Simón) en caso de ausencia del primero.

*«Señor Coronel don Nicolás Granada*

Dolores, Noviembre 2 de 1839.

Mi querido coronel y amigo: Un sentimiento de patriotismo me hace esta vez dirigirme, asistiéndome la confianza que es usted hombre amante de la libertad, y que por su carácter y aptitudes, está destinado a ser uno de los primeros jefes de nuestra provincia. Mi objeto pues, es manifestarle con la sanidad de mi corazón, el modo de pensar que he adoptado con relación al actual gobierno; este hombre funesto para nuestro país, no ha hecho otra cosa que conducirlo de fatalidad en fatalidad hasta ponerlo al borde de un abismo, y hacer desesperar todas las clases de la sociedad que gimen bajo el yugo oprobioso de su tiránica como aborrecible administración. Hace cuatro años que mis sentimientos eran estos mismos, y por desgracia se me han malogrado cuantos resortes he tocado desde aquella época, pero jamás he perdido la esperanza de recobrar mi libertad que este monstruo me usurpa a mí y a mis compatriotas. Por suerte, desde mi llegada a Dolores, mi corazón me presajaba sucesos altamente favorables y que por instinto obraban en consonancia con mis sentimientos patrióticos.

La fortuna al fin se cansó de cruzar la causa de los libres y tengo hoy el placer de anunciarle que todo el Sud se ha levantado en masa contra el tirano que tan alevosamente nos oprime. El verdadero sistema federal es el que seguimos, no la causa particular del monstruo que nos había convertido en instrumentos viles de su tenebrosa como vacilante administración. Los libres del Sud, hemos jurado en la plaza del pueblo de Dolores morir mil veces antes que subscribirnos por más tiempo al despotismo del hombre que ha abusado del sufrimiento de toda la República; nuestro objeto es derribarlo, y no dudamos que al fin lo conseguiremos, pues si ciegamente fué colocado por nosotros, hoy que se ha descorrido el velo que cubría las desgracias de nuestra patria, tendremos la misma facilidad de hacerle desaparecer. En una palabra, no crea

Ud. que este movimiento es aislado, no lo encabeza un solo hombre, es el Sud y el Norte entero; Ud. me conoce y sabe que no me sé alucinar; estoy bien satisfecho de toda la combinación. Los caudillos que encabezan la causa de la libertad en esta parte del Sud, son los primeros hombres; llenos de opinión con los paisanos, abundantes en recursos de todo género, y no tengo inconveniente en inscribirle sus nombres. Los señores don Pedro Castelli, Ramos, Otamendi, Cramer, Rico, Piedra-Buena, Miguens, Girado; todas las autoridades desde Chascomús, Montes, la Costa, Sierras hasta Bahía están con nosotros, teniendo toda la costa libre para hacerle una guerra de exterminio al tirano.

Algunos de los sujetos que le inscribo y que se hallan con sus fuerzas en este destino al decirles que le hiba a escribir a Ud. me han encarecido que lo haga y que le manifieste los dispuestos que están para que si viene con la división que Ud. manda, dirija todas las masas que componen estas fuerzas y sea su jefe.

De cuanto le digo no tenga Ud. ninguna duda; todos lo aprecian y conocen el mérito de Ud.; me parece pues llegada la ocasión de que Ud. corresponda a la opinión pública que deposita su confianza y lo erije en uno de sus primeros caudillos. A más, se que Ud. algo sabe y si tiene algunas dudas, puede exigir todas las garantías que sea necesario para pronunciarse.

Yo me complazco y me honro en dirigirme a Ud. a nombre de estos señores. He creído innecesario que ellos le escriban, pues la amistad que media me autoriza a que así lo haga. En fin, espero se digne contestarme con el conductor, cualquiera que sea su modo de sentir, y si tengo la dicha que Ud. me vuelva a mandar, confié que si se dirige a nuestro amigo don Carmelo García, estará por nuestro pronunciamiento. Si Ud. disintiese de mi modo de pensar, le estimaré reserve este secreto por no comprometer a don Carmelo; que por mi parte no me asiste ningún temor capaz de afligirme, ántes por el contrario, reposo tranquilo en mi conciencia, y estoy enteramente resuelto a morir en los combates por la libertad y no ser arrastrado al cadalso por la calumnia como los Maza y otros.

Si Ud. está conforme con nuestro movimiento, respecto al teniente coronel Bustos lo dejo a su elección, pues es inoficioso le diga nada con relación a él, sabiendo que es decente y enemigo de la tiranía; así es que él puede persuadirse que está en la misma línea que Ud. respecto a su buen nombre.

Don Gervasio Rosas está preso; lo mismo creo de Valle según un chasque que vino de afuera: pero el primero no me cabe duda; y del segundo, solo puedo asegurarle, que él es el principal motivo que ha tenido esta campaña para hacer este movimiento, pues ha despertado a todos los hombres con aquellas antiguas costumbres de insultos,



bofetones, *etc.* y con esto, solo se ha logrado hacer el movimiento más prematuro, porque no debía estallar todavía. Hemos interceptado una comunicación de don Vicente González para el Juez de Paz de Chascomús, y entre otras cosas le dice, que ha pasado oficio a Tapalqué para descubrir en qué estado se halla aquella fuerza.

Vuelvo a repetirle, me conteste, previniéndole que los que encabezan el movimiento, ofrecen a Ud. todo género de recursos para moverse, y esto es sin límites.

Le desea el mayor acierto y felicidad, su siempre amigo, —*Rufino Ortega*».

Entre tanto, Rico, sin permitirse un momento de descanso, auxiliado eficazmente por el citado Ortega, excelente instructor y un verdadero contingente para el movimiento al que se había plegado desde las primeras horas, ocupábase en dar forma de escuadrones a aquella aglomeración de gente, que en la casi totalidad, ignoraba hasta los rudimentos más sencillos de la milicia.

Para que se pueda formar un juicio acertado acerca de este patriota, transcribimos algunas de sus comunicaciones dirigidas al Comandante de la vanguardia, que prueban cuánta era su previsión, como el tino y actividad con que iba encaminando los elementos reaccionarios. Si en ellas se manifestaba receloso de la sinceridad del comandante Olmos, cuyo silencio prolongado inquieta a todos, encarga a la vez, no se empleen las armas, antes de requerir por medios pacíficos el cumplimiento de su palabra empeñada, y no cesa de inculcar la necesidad de los consejos de Cramer, cuyas calidades superiores es el primero en reconocer, como la de que aquella columna, a la que iba engrosando sucesivamente, se mantiene reconcentrada y en la mayor vigilancia, pues que comprendía la influencia que ejerce un desastre en la moral de fuerzas bisoñas y mal armadas.

He aquí esos documentos.

*Señor don Zacarías Márquez*

Dolores, 1.º de Noviembre de 1839

Mi querido amigo: No le mando los caballos, por que puede pedir a los Alzaga y demás amigos; Cramer me dice que él le dará también caballos. Ud. ríjase por todo lo que le diga Cramer, pues reconozco que es hombre de consejo. Me parece muy propio, que en caso se encontrase con alguna gente enemiga, siempre evite tirotarse: es preferible buscar los medios de la suavidad que los de romper el fuego, porque Olmos ya sabe de nuestro movimiento; por consiguiente ha de tener algunas partidas y estas

pueden encontrarse con las nuestras; y es mejor ver si se pueden atraer. Lo mismo que Ud. debe mancar algunos hombres pero sin armas, a fin de que vayan por las casas haciendo correr la voz de la reunión que muchos han de venir. Su amigo y compañero:

*Manuel Rico.*

*Señor don Zacarías Márquez*

Dolores, 1.º de Noviembre de 1839

Estimado compañero: —En este momento me manda avisar el teniente coronel Olmos, que está pronto y decidido con toda la fuerza de su mando a venirse con nosotros. En tal virtud, le he ordenado se venga y se ponga en contacto con Ud. comunicándose para las nuevas disposiciones. Le ordeno a Ud. que en el acto de recibir esta se ponga en marcha con la gente para la estancia de Buena Vista, donde esperará que llegue. Sin embargo de la buena fe con que lo considero a Olmos, es necesario que lo observe muy de cerca, preparándose con anticipación para el caso que sea engaño.

Tan luego que llegue y se convenza Ud. de su buena fe, me lo avisará para nuestra inteligencia.

Tome Ud. un conocimiento de él y su opinión respecto a Chascomús, para que si le parece bien, marche alguna fuerza sobre ese pueblo.

Esta carta preséntela a Cramer de quien Ud. tomará siempre sus consejos y consultará todas sus medidas.

Seria conveniente que Cramer presenciase su entrevista con Olmos, y que su parecer me lo comunique en el momento.

Su compatriota y amigo—

*Manuel Rico.*

¡VIVA LA LIBERTAD!

Dolores, 3 de Noviembre de 1839.

Querido Zacarías:

En necesario no seas tan perezoso para mandarme avisos de todo lo que te

ocurra, de las noticias que sepas y de si se replegó ya Olmos a tu división o no. Por momentos debes mandarme decir lo que ocurra y si no ocurre nada, darme parte asimismo.

Por aquí todo va bien y ya don Gervasio está en nuestro poder.

Tu amigo espera que observes a Olmos y descubras si está de buena fe con nosotros, a pesar que anoche me ha mandado decir de palabra que no tenga cuidado ninguno por él.

Vigorena también ha sido preso.

Tuyo—

*Manuel Rico.*

*Señor don Zacarías Márquez*

Dolores, 3 de Noviembre de 1839.

Mi querido amigo. —Le remito las dos compañías que va mandando el capitán Toribio Islas, y me parece muy propio y arreglado cuanto dice nuestro común amigo el señor Cramer de marchar sobre Chascomús. Así mismo he visto la carta del señor Girado en que lo invita a Ud. para una entrevista, me parece muy bueno; pero al mismo tiempo le prevengo que el señor Cramer debe estar presente y consultar de acuerdo con Ud. lo que convenga para el arreglo, por si Girado, estuviese de mala fe. En caso de estar con nosotros Girado háblele a nombre de Castelli, Otamendi, Ramos y mío y demás que Ud. sabe encabezamos el movimiento, y si se presta a todo nuestro plan, es necesario pongan un Juez de Paz de toda nuestra confianza, que esté de acuerdo con Villarino y demás jefes y oficiales de prestigio. Reúnan toda la fuerza que puedan, lo mismo que organizar la compañía de cívicos del pueblo como lo está la nuestra; y con respecto a la caballería, pueden hacer se vaya reuniendo a la división que Ud. manda, fijándose siempre en ganarse los jefes y oficiales de más confianza y prestigio entre el paisanaje. Todo el armamento y municiones que hubiese en ese destino, es bueno lo ponga en seguridad mientras no se arma gente.

Toda persona sospechosa o enemiga de nuestra causa, pueden prenderla y darme cuenta. En fin, con respecto a política, déjelo a Cramer, que él, de acuerdo con nuestros partidarios en Chascomús, lo arreglará, y dígame que me parece muy arreglado cuanto él

me dice en su carta en orden a Chascomús, lo mismo que después de tomado este pueblo, el dirigirse a Ranchos y extender nuestra fuerza y vigilancia en dirección al Monte, pero de aquel lado de Ranchos, suponiéndome que esto está conseguido, pues nuestros amigos de Chascomús tienen relaciones con muchas personas de prestigio pertenecientes al partido de Ranchos e invitándolos estoy cierto que no se rehusarán a seguirnos. Aguardo hoy a Castelli, López y todos los demás amigos que vienen con grandes trozos de gentes. En este momento está cayendo mucha gauchada que no me entiendo, y de todas partes vienen los avisos de las diferentes reuniones que hay. Vigorena, anoche debe haber sido preso, y hoy estará Córdoba y Coria con la gente que pertenecía a este mulato; don Gervasio fué prendido por López y este mismo sorprendió el Tala, tomando toda la gente de esos establecimientos, así como el armamento y municiones. A Camarones he mandado a Pedro Nango con una partida para que me traiga la gente de esas estancias, municiones, armas, etc., pues en carta de ayer que recibí de Juan Décima, me ofrece cuanto hay incluso los peones, y como por medida de precaución he arrestado a Almada yerno de Morillo, hasta tanto me mande Décima cuanto me ofrece.

Esta carta muéstresela a nuestro amigo Cramer, para que él se haga cargo de dirigir la fuerza sobre Chascomús, y que la encabece a mi nombre, y según todo cuanto le digo, puede él formar su juicio y arreglar una combinación en Chascomús, en una palabra, cuanto él llaga, ha de ser acertado y ha de resultar en bien nuestro. Si Olmos se ha reunido y está de buena fé, pueden encargarlo de reunir gente, lo mismo que a Funes. Cuanto le digo es nada en comparación de lo bien que marcha nuestra causa.

Anoche llegaron los Ramos, Boado y otros sujetos de importancia con gente, en fin, Islas lo impondrá de muchos pormenores.

Salud le desea su amigo y compañero—

*Manuel Rico.*

¡VIVA LA LIBERTAD!

Querido Zacarías:

Conforme con lo que te escribí, te aviso que el amigo don Martín Alzaga ha vuelto del Salado, y asegura que Olmos está con nosotros completamente. Ha convenido con él, que mañana te va a oficiar a vos y a Girado también, y que solo espera juntar caballos para marchar, cuya marcha será pasado mañana.

Tuyo—

*Manuel Rico.*

Dolores, Noviembre 3, a las 12 de la noche.

¡VIVA LA LIBERTAD!

Dolores, 5 de Noviembre de 1839.

Al señor comandante don Zacarías Márquez.

Se ha recibido nota de ayer, en que el señor Comandante dá cuenta y consulta lo que debe hacer con relación al teniente coronel Olmos, y en contestación debo decirle que con fecha de ayer se ha recibido en esta división la nota que original adjunto en la que el teniente coronel Olmos, demuestra su decisión por nuestra causa. Creo que el motivo por el cual el teniente coronel Olmos no se ha incorporado a esa división ha sido por tener que entregar en el Salado las armas y municiones que allí se encuentran al capitán don Crispin Peralta, que ayer se tuvo noticia en esta división de habersele quebrado la carreta en que las iba a transportar. Hasta esta noticia, nosotros también estuvimos alarmados con su inmovilidad, pero ya estamos tranquilos y sin embargo, le prevengo a Ud. que si mañana no se le hubiese incorporado Olmos a la división de su mando, yo o el señor Castelli pasaremos en persona a determinar que se impela a la fuerza a cumplir sus compromisos con los libres.

Por lo que respecta al trompa, en cuanto aparezca uno, le será enviado al señor Comandante a quien me dirijo.

Dios guarde al señor comandante muchos años.

—Se me olvida anunciar a Ud. que horas más o menos a la que Ud. reciba esta nota, se le incorporará el comandante don José Antonio López con cerca de 300 hombres, de quien nada tiene Ud. que temer.

Saludo al Sr. Comanante etc.—

*Manuel Rico.*

¡VIVA LA PATRIA!

Dolores, 5 de Noviembre de 1839.

Querido Zacarías.

Es necesario trates de estar con suma vigilancia y sin desparramar tu íuerza de modo alguno. Estamos muy ocupados con la reunión de tanta gente y por esto no estrañes que no sea más largo. Te repite la unión y la vigilancia.

Tu amigo.

*Manuel Rico.*

En el campamento general ya vivaqueaban como dos mil hombres, cuando merced a chasque tras chasque se incorporó don Pedro Castelli, cuya presencia era tan necesaria después de verificar su marcha por el Durazno en vez de hacerlo por el camino más directo del Pozo del Fuego para dejar prevenido del punto de reunión al numeroso gauchaje recostado a ese rumbo. Le acompañaban don Fernando Otamendi, don Juan Ramón Ezeiza, don Saturnino Correa y algunos otros de sus vecinos y peones. Ese mismo día, regresaba de Chacabuco don Matías Ramos Mejía con el capitán Luis Ramos y su compañía incorporándose poco después el hacendado don Martín Teodoro Campos con la gente de la Sierra.

Se supo entonces, que el ex profeso conductor de correspondencia de Ortega, había seguido la víspera para el campo de Granada, llevando además las cartas que siguen.

*Señor don Nicolás Granada.*

Cerro Paulino, Noviembre 2 de 1839

Mi querido amigo: Hoy hacen cinco días que ha estallado una revolución general en todo el sud, contra el gobierno de don Juan Manuel de losas, y desde el Salado para afuera no ha quedado hombre ninguno, que sin hacerle violencia no haya corrido a incorporarse con nosotros; así es que en este momento que serán como las once de la mañana, llega un chasque que trae la noticia que pasa la reunión de 2000 hombres, y que sigue juntándose gente.

El movimiento estalló en Dolores encabezado por el honrado comandante de milicias don Manuel Rico, y al día siguiente fué secundado por nuestro amigo don Pedro Castelli y todos los hacendados del sud, quienes me sacan los ojos por que te escriba, y muy particularmente el comandante Rico, pues todos como tu amigo Fernando descansan en la mayor confianza respecto de ti.

Solo Castelli y yo somos sabedores de esta comunicación, así es que como amigo y caballero te pedimos que si es tal la fatalidad que no convengas con nuestras ideas quema esta, y que no se le siga el menor perjuicio al conductor, pues ignora su contenido.

Nada más te puedo decir por ahora, sino que vuelas a Dolores, en donde encuentras a mil amigos, y no dejes de contestar a tu verdadero amigo.

Fernando Otamendi.

*Señor don Nicolás Granada.*

Mi estimado amigo: —Después de lo que dice nuestro común amigo Otamendi, solo me queda repetirle en el lenguaje de un soldado, que no vacile Ud. en unirse a nuestras filas que llevan por lema: LIBERTAD, IGUALDAD Y JUSTICIA. Amigo Granada, recuerde Ud. nuestro tiempo, y no olvide que hemos jurado en las aras de la Patria, sostener su libertad: nada más le digo a Ud. por ahora, esperando nuestra vista. Soy su muy afectísimo amigo y compañero.

*Pedro Castelli.*

P. D. En este momento marchamos para Dolores, donde es reclamada nuestra asistencia, pero que no ha podido ser antes.

Castelli desde que asumió el mando en jefe, defraudando la expectativa general, mostró poca iniciativa, sobrada apatía y ninguna disposición para encabezar un levantamiento como aquel, haciendo que varios de sus correligionarios lo mirasen como una remora llamada a entorpecer las rápidas y acertadas disposiciones del comandante Rico, quien se desvelaba buscando la unidad de acción de los recursos revolucionarios.

Fué en tal coyuntura que le propuso éste, brindar la dirección de todo, al general de la Independencia don Eustaquio Díaz Vélez, hacendado del Tandil, indicación a que Castelli defirió en el instante.<sup>[83]</sup>

Sin embargo de sus vacilaciones, se logró, desprendiese al capitán Vicente Valdez y al teniente Victorio Sotelo para que con alguna gente fueran a hacerse sentir por el Tandil, convulsionar las poblaciones del tránsito y ver de apoderarse del coronel don Pablo Muñoz, del punto.

Otra de las providencias que urgía adoptarse y que hubo de ser aplazada hasta la incorporación del caudillo principal de los revolucionarios, era la de abrir comunicación

con el jefe francés que bloqueaba el puerto del Salado, y por su resorte, llevar a conocimiento del general Lavalle las ocurrencias del Sur, como que se hacía indispensable volara en apoyo de la revolución, porque, si bien abundaba ésta en adeptos entusiastas, carecía de hombres capaces de imprimirle acertado rumbo en la campaña decisiva que se iniciaba contra el poder de Rosas.

Por otro lado, ya se notaba la escasez de armamento, haciéndose éste de inmediata necesidad, porque la afluencia de gente era cada día mayor, y el único que se arbitró, fué distribuido a la vanguardia. No había pues, de dónde proporcionarlo, si no se iba por él a Montevideo, la más cercana, como también la sola fuente de recursos en perspectiva, y a dónde era indispensable noticiar el levantamiento de los libres.

Comprendiéndolo así Castelli, por instancias de Rico, envió con ese doble objeto a don Martín González Rivadavia y como adjunto a don Francisco Madero, jóvenes abnegados que harían toda clase de sacrificios para llevar auxilios oportunos a los, del pronunciamiento cuya situación era vidriosa.

Ellos iban munidos de la nota siguiente (redactada por el secretario de Castelli), y dirigida al almirante francés por los principales revolucionarios.

¡VIVA LA PATRIA!

Cuartel general en Dolores, Noviembre 5 de 1839.

*Señor Contraalmirante Leblanc.*

Los ciudadanos que suscriben y dos mil compatriotas que nos acompañan, impelidos de amor a la Libertad, que forma la base de los principios fundamentales de nuestras leyes, reunidos en los campos del Sud de la provincia de Buenos Aires, y armados contra el poder del tirano que pisotea nuestros derechos y compromete la dignidad de la Patria, nos dirigimos a V. E. a fin de que teniendo en consideración la afinidad que reina entre los principios de libertad que nos animan y los que abrigan los súbditos de S. M., nos permita libre tránsito o un salvoconducto y si es posible y se conciba con las atenciones del servicio de S. M., conduzca al ciudadano portador de este pliego a presencia o inmediaciones del general Lavalle, para el cual lleva comunicaciones del mayor interés para la causa de los argentinos que han jurado la destrucción del tirano Rosas.

Nos es grato anunciar al señor contraalmirante que no reconociendo los ciudadanos que formamos este cuerpo, ninguna clase de enemigo en el extranjero,



esperamos que los puertos del Salado y el Tuyú, que están en nuestro poder, abriguen cualquiera pabellón ultramarino por más enemigo que sea del tirano que domina nuestra Patria; y que este hecho hará conocer al señor contraalmirante la falsía con que Rosas ha tratado de alucinar al pueblo, diciéndole que las aspiraciones de la nación francesa no son otras que la conquista de nuestro país.

Con este motivo es satisfactorio saludar al señor contraalmirante con el respeto que se merece.

Los ciudadanos argentinos y jefes:

*Pedro Castelli — Anselmo Sáenz Valiente — Juan Ramón Eseyza — Manuel Rico — Tiburcio Lens — Francisco Ramos Mexía — José de la Quintana — Agustín Lastra — Francisco Madero — Bernardo J. Galup — Martín T. Campos — Miguel López Camelo — Juan Ivaldi — Juan A. Fernández — José Manuel Valenzuela — Enrique Bizarro — José M. Vega — Manuel Martínez — Juan José Boado — Juan Martín Bizarro — Martín de Alzaga — Fernando Otamendi — Vicente Valdez — Pedro Lacasa — Victorio Sotelo — Por don Pascual Robles, Pedro Lacasa — Antonio Pillado — Lorenzo Fernández Agüero — Indalecio Burgos — Cipriano Reinoso — Antonio Ortiz — Miguel de Alonso Martínez — José Báez — Saturnino Lara — Miguel Fernández Agüero — Tomás Fernández Agüero — Por don Victoriano Valladares, Pedro Lacasa — Enrique Vázquez — Juan Antonio Areco — Manuel Chaves — Francisco Mujica — Ignacio Ortiz — José Barragán — Francisco Castañeda — Hipólito Farias — Cayetano Lens.*

## Capítulo II

*SUMARIO — Alarma al Dictador Rosas la nueva del movimiento subversivo en los partidos de Dolores y Monsalvo. — Culpa y responsabiliza a su hermano D. Gervasio «de esa inaudita maldad sin ejemplo». — Antecedentes de este personaje. — Brindis pronunciados a su respecto por los SS. Garrigos y Mariño cuando anunciaron al pueblo de Buenos Aires la revolución del Sur. — Maldición de una madre.*

Trasladémonos ahora desde el campo de los *Libres* donde todo ilumina el entusiasmo y la esperanza en el porvenir, al círculo sombrío donde se agita el Dictador buscando los medios de conjurar la borrasca próxima a desencadenarse.

A pesar de su inmediatez relativa al teatro de los sucesos, hasta cuatro días después de producirse éstos, éranle completamente desconocidos, cuando una nota urgente del coronel don Vicente González, confirmando sus anteriores sospechas, le llevó la alarma y lo puso en las vías de hecho.

«Don Juan Manuel de Rosas», consigna el mejor informado de sus biógrafos, «dormía tranquilamente en su casa de la ciudad, cuando llegaron las primeras noticias de la Revolución. Sus oficiales de secretaría Reyes, Torcida y Rodríguez se encontraban a esa hora en el teatro Argentino. Un empleado los impuso de lo que pasaba y entonces se apresuraron a ocupar su puesto en su oficina. A medida que iban llegando los partes, Reyes se los llevaba a Rozas y éste le decía desde su cama, *que lo dejara, que estaba bien y seguía como durmiendo*. Esto se repitió con motivo de cuatro o cinco pliegos urgentes. Rosas no dejaba la cama ni tomaba disposición de ninguna especie. Recién a las diez de la mañana siguiente, empezó a transmitir órdenes a los jefes de la campaña...».

No es difícil imaginar la decepción profunda y el deseo de venganza que asaltarían su espíritu irascible y soberbio, cuando palpó el vuelco efectuado en la opinión y que su decantado prestigio sobre las masas del Sur, se evaporaba como el humo.

Sin embargo, aparentó mirarlo con desdén y como un *brote aislado* de algunos ilusos o seducidos por falsas promesas de sus enemigos encabezados por don Gervasio, hermano suyo, al que suponía «... autor y móvil de esa inaudita maldad sin ejemplo y único responsable de un baldón el más oprobioso para la causa sagrada de la América...».<sup>[84]</sup>

Mas, como se extrañara sin duda semejante lenguaje tratándose de un hermano, conviene recordar el origen de esa ojeriza, dando a la vez una idea del personaje que la

motivaba.

Don Gervasio Rosas, fué el más joven de los hermanos de don Juan Manuel. Educóse en la escuela de don Rufino Sánchez y su padre lo colocó desde temprano al lado de don Braulio Costa, que era su amigo y uno de los comerciantes de más crédito y caudal en esta plaza. Después de haberle enviado al Paraguay, por especulaciones mercantiles de la casa, a su vuelta pasó a regentear el establecimiento rural denominado *Rincón de López*, que el señor Costa, algunos años antes, había comprado al padre de aquél. Allí permaneció, hasta que sobrevenidos serios apuros a la firma social a que pertenecía, ayudado por su íntimo amigo don Gregorio Gómez Vidal, pudo recuperar esa propiedad abolenga, situada en el desembocadero del Salado y a la que siguió fomentando con sus economías.

Sofocada la revolución del 1.º de Diciembre y nombrado-comandante general de la campaña del Sur, recorriéndola en todo sentido a son de cometa, fué un verdadero preboste para los malhechores de que estaba plagada, respetando a la vez a los vecinos pacíficos cualesquiera que hubieran sido sus opiniones políticas en la lucha pasada. Esta conducta prescindente y honesta, le creó simpatías allí, pero también le atrajo el desabrimento de su hermano el Gobernador que poco entendía ni quería saber con *federales a medias*, tanto más, que don Gervasio se había resistido a aceptar los despachos de coronel que le ofrecieron entonces.

Cuando los acontecimientos de Octubre de 1833, solicitado por los *Balcarcistas* como mediador, fué al Colorado para verse con su hermano, que lo recibió con frialdad y aun con aspereza, pues avanzó hasta decirle: —*Gervasio, déjate de andar en estas cosas de política, porque vos no sabes ni cuidar un rodeo de vacas*— desaire que al regreso puso en conocimiento de sus comitentes, marchándose en seguida para su estancia, donde se mantuvo de simple espectador de los hechos que sobrevinieron, declarando antes: «que no daría en contra de su hermano, porque no era lícito, pero que aun cuando corriese la sangre por las calles hasta la altura de los postes, no tomaría parte en su defensa».

No obstante, era por carácter engreído y algo voluntarioso, revelando el ceño imperativo de su raza, y debemos confesarlo, que no fué ajeno al primer plan de los precursores de la revolución, la idea de *quitarlo del medio* en odio al apellido que llevaba.

El 5 de Noviembre, es decir, al siguiente día de divulgarse en Buenos Aires las graves noticias del Sur, tuvo lugar una función federal en la parroquia de San Nicolás de Bari, en celebridad del descubrimiento de la conspiración Maza, pues recién delegaba su turno a ese vecindario. En el acta popular que se labró en casa del Juez de Paz Marzano, ofreciéndose los firmantes salir a campaña para escarmentar y concluir

con los «miserables salvajes unitarios» amotinados en Dolores contra el *magnánimo* Rosas, en medio de la efervescencia de los que hablaban, el diputado Garrigós terminó su largo brindis con estas palabras que fueron muy aplaudidas:

«... Pues bien, señores, aun era necesario un nuevo crimen para colmar la indignación de un pueblo heroico, que idólatra de sus libertades y del honor, dignidad e independencia que han conquistado sus hijos, derramando copiosamente su sangre y haciendo todo género de sacrificios, resiste denodadamente las inicuas pretensiones de una potencia extranjera, que ha desplegado un espíritu de conquista con que no sólo amenaza nuestra libertad e independencia, sino la de todo el continente Americano: y este crimen lo ha cometido el salvaje bando unitario. Cuando la Europa aplaude la noble determinación de la República de resistir las humillantes pretensiones de los agentes de la Francia; cuando todos los Estados libres de Colón, uniforman esos sentimientos eminentemente americanos que predominan en el Jefe Ilustre del Estado, y cuyo celo por la causa de la libertad americana, le ha merecido la simpatía y admiración de todos los hombres imparciales del mundo civilizado, entonces es que un puñado de infames salvajes unitarios, vendidos cobarde e ignominiosamente al poder extranjero que intenta subyugarnos, levanta el estandarte de rebelión en un punto de la campaña del Sud. ¡Miserables! mil veces miserables, los que piensan, que la gran mayoría del pueblo libre transigirá nunca con el baldón y la ignominia. Ese despreciable motín de Dolores, será bien pronto sofocado. Para cada uno de esos viles traidores, habrán mil y más leales y valientes federales que los exterminarán, y que les harán sentir que se engañan torpemente los salvajes traidores, que creen que los pueblos libres hayan de renunciar a los sagrados derechos de su soberanía, por unas efímeras y transitorias privaciones, que nada son, comparadas con el deber y con la gloria eterna de sostener firmemente la causa de la razón y de la justicia. Entre tanto, yo he de beber por el exterminio de los traidores amotinados en Dolores; *porque sean quienes fueren* los que hayan promovido ese escandaloso motín, sufran a más de la execración universal que los perseguirá por todas partes, el justo rigor de la ley. Juremos también rodear a nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes; ofrecerle nuestras personas, nuestras fortunas y nuestro honor y fama, para defender la libertad e independencia y el orden público amagado por unos pocos infames traidores».

«¡Viva la Independencia Americana! ¡Viva la Confederación Argentina! ¡Viva nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los salvajes unitarios amotinados en Dolores, son pérfidos traidores, que mueran! ¡Mueran los piratas incendiarios franceses! ¡Muera el asesino, *por mi orden*, Juan Lavalle! ¡Muera el pardejón Rivera, unitario traidor!».

Ese mismo día, el fogoso don Nicolás Mariño, en otro refresco con que obsequió

el coronel J. G. Salomón, caudillo de la misma parroquia, a los ciudadanos que componían la guardia de honor de caballería de su mando, excitado sobremanera por el licor y por la música, dijo en alta voz delante de un numeroso concurso de ambos sexos: —Que los afeminados franceses habían seducido con engaños y falsedades a los habitantes de Dolores y Monsalvo, encabezándolo el fementido don Gervasio, no *Rosas, Señores*, (aquí hizo una pausa) y repitió no *Rosas*, porque nunca había tenido el honor de ser hermano del Ilustre Restaurador de las Leyes y estaba autorizado para asegurar a los buenos federales que lo escuchaban, que ese traidor, no era hijo del venerable patriota don León Ortiz de Rosas y Cuadra, cuyo reciente, sensible fallecimiento todos deploraban, sino injerto espúreo de un oscuro portugués Alcardo, razón por la que se había vendido cobardemente con los demás salvajes unitarios inmundos, a la tiranía extranjera y al oro despreciable de los enemigos de la libertad de los Americanos— terminando su peroración con las palabras de orden. —*Mueran una y mil veces el pérfido cabecilla Gervasio Cardo, engavillado con los salvajes asquerosos unitarios y piratas incendarios franceses.*<sup>[85]</sup>

No faltó un indiscreto o mal intencionado que hiciera llegar en el acto esas frases injuriosas a oídos de la respetable señora Agustina López Osornio de Rosas, que a la sazón se encontraba postrada en el lecho del dolor, añadiendo, que no sólo habían sido apoyadas, sino debidamente *glosadas* por uno de sus yernos. Al saber tamaña ignominia, incorporándose, prorrumpió en llanto, y no pudiendo ya reprimir la violencia de su carácter, dijo en desahogo de ofensa tan acerba —*que su hijo Juan Manuel había precipitado la muerte de su esposo, ordenando el asesinato de su íntimo amigo el Doctor Maza, que hiciera con aquél las veces de un padre. ¡Ah! exclamó, entre sollozos, no serme posible por mis achaques agarrar un puñal, para írselo a clavar ahora mismo a ese maldito que infama así las cenizas de su padre y el honor de su apiciana madre.*<sup>[86]</sup>

En efecto, sobrábale entereza a la valetudinaria viuda del descendiente del Conde de Poblaciones, y como una muestra de ella, recuérdase el hecho de haber mandado degollar a presencia suya un hermoso caballo en el patio de su casa, antes de entregarlo a la policía, durante los sucesos de diciembre.

Así, mientras que en Buenos Aires, los corifeos de la *Sociedad Popular Restauradora*, escarnecían o *befaban*, según la expresión de la época, el nombre de don Gervasio por indicación maligna de su hermano que creía columbrar aspiraciones a *desbancarlo* para sucederle, él era tomado en la cama en su estancia de la Loma de Góngora, cerca de la Mar Chiquita, donde vivía extraño a la política, y conducido en rehenes al campamento de Rico, cual queda referido. Cuéntase que al intimarle el comisionado López Calveti la orden que llevaba de prenderlo, le preguntó con sobresalto: *¿Paisano, viene Vd. a buscarme de la ciudad?* Contestándole negativamente, pareció recobrar su tranquilidad,

murmurando: *más vale así*.

No se engañaba, porque fué tratado con toda consideración en el tránsito hasta la *Esperanza*, establecimiento de don Martín Serna, donde debía aguardar órdenes de Dolores.<sup>[87]</sup>

### Capítulo III

*SUMARIO — Antecedentes del coronel D. Vicente González. — Sus servicios en la guerra de la independencia. — Origen de su fanatismo por el gobernador Rosas. — El mismo se titula «majestad Caranchísima, marqués de la Calavera» y «Federal Apostólico». — Fué también «Sumo sacerdote» en San Miguel del Monte, denominado por él «Sepulcro de los tiranos». — Su correspondencia con el gobernador Rosas sobre D. Gervasio Rosas. — Actividad del gobernador de Buenos Aires para dominar la revolución de 1839. — Falsas noticias que, por orden del mismo, hace circular en la campaña el coronel González. — Un asesinato político en San Vicente.*

Uno de esos genios maléficos que, explotando las torpes inclinaciones del gobernador Rosas, contribuyó a avivar los rencores y sensualidades del tirano, fué sin duda él coronel don Vicente González, fuerte columna de la *federación* de entonces y digno de ocupar algunas páginas de este libro.

Este personaje singular fué hijo bastardo del gallego don Roque, más conocido por el *tuerto González*, antiguo contador de las cajas reales de Montevideo donde nació don Vicente en el último tercio de la centuria pasada. La humildad de su origen hizo que se dedicara al oficio de sastre, que abandonó en 1811 para prestar sus servicios en el ejército sitiador de Montevideo. El 15 de julio del mismo año fué nombrado capitán de milicias y comandante de la compañía que formó por el general en jefe y coronel del regimiento de dragones don José Rondeau, «en atención al mérito contraído — dice ese despacho provisional, datado en el cuartel general de Arroyo Seco— en haber reunido gente para la formación de una compañía y su acreditada adhesión a la justa causa».

El Triunvirato, un año después, el 5 de julio de 1812, confirmaba el título de capitán de milicias de caballería, pero sin sueldo, «interín no estuviese empleado», permaneciendo en el sitio hasta la caída de aquella plaza fuerte, a mediados de 1814, según el testimonio del coronel don Juan Isidro Quedada. En consecuencia fué comprendido entre los premiados con el escudo y el título de benemérito de la patria.

El 16 de febrero de 1816 fué nombrado por el director provisional de las Provincias Unidas, don Ignacio Alvarez, capitán de la séptima compañía del tercer escuadrón del regimiento 5.º de caballería de milicias de la campaña de Buenos Aires. Después de haber acompañado al Norte al coronel Rondeau, pidió y obtuvo su baja en 1821.

«Yo le he conocido de particular en 1825, en la Guardia del Monte, donde era pulpero y subsistía por la protección de don Juan Manuel de Rosas, decía el jurisconsulto; don Francisco Pico, procurador de la Suprema Corte Nacional, el 15 de

julio de 1874, porque es de notoriedad pública que estos ascensos fueron el premio de servicios particulares prestados a don Juan Manuel de Rosas y no a la patria».

Sin embargo, parece indudable que González volvió al servicio en 1825, quizá por la influencia de Rosas, y que como jefe de la frontera del sur contuvo algunas invasiones de los indios. En 1829, durante la primera administración de Rosas fue nombrado comandante de milicias de caballería. En 2 de agosto de 1834 el gobernador Viamonte le concedió el grado de coronel de las mismas; pero, de nuevo Rosas en el poder, en 1835 le dio, con la efectividad del grado, los despachos de *coronel de línea*.<sup>[88]</sup> Fue reconocido como guerrero de la independencia, con motivo de la instancia gestionada por su viuda, a quien el gobierno acordó pensión íntegra el 4 de junio de 1878.

Muchos años vivió don Vicente en la Guardia del Monte, Dueño de una pulpería, pasaba como español, y habiendo aceptado el cargo de alcalde en 1821, logró esquivar así el servicio militar.

Rosas que, asociado a don Juan Nepomuceno Terrero se hallaba entonces en la antigua estancia de Dorna, denominada *Laguna de las perdices*, principiaba a ensayar su vuelo hacia las esferas administrativas y con la perspicacia que le era ingénita, descubriendo en aquel sastrecillo de aldea una pluma adaptable a sus alas, influyó poco después para que lo nombrase juez de paz el gobernador Dorrego. Don Vicente, —que era ya un hombre de edad proveya, gratisimo a un servicio tan inesperado— se transformó desde entonces en uno de sus fanáticos admiradores, y en 1833, fué su agente más activo, su hombre de confianza, quien de acuerdo con doña Encarnación Ezcurra, tenían al corriente al ambicioso Rosas, ausente a la sazón en el Colorado, de cuantas medidas tomaba el fugaz gobierno de Balcarce.

Vamos a copiar un documento curioso, típico de esa época, hallado en los papeles secretos del Dictador, para demostrar la clase de confianza que ya mediaba entre el futuro cacique de la Guardia del Monte y su poderoso protector.

DUPLICADO.

*Excelentísimo señor general federal apostólico, don Juan Manuel Rosas.*

Esta va por duplicado, y creo que V. E. habrá recibido ya la primera, sin embargo que ya no había duda de que por el conducto del señor gobernador don Juan Ramón Balcarce se ha publicado con repetición, que el rey nuestro señor se ha servido hacerme marqués de la Calavera, y majestad Caranchísima de la Guardia del Monte, prevengo



esto porque ignoro si V. E. ha hecho el debido reconocimiento en el ejército de su mando, y los honores que me corresponden.

En mi nota anterior, dije, que ese ejército no se moviera hasta que yo avisara para defender las autoridades legítimamente constituidas; pero hoy prevengo a V. E. al contrario, que debe estar ese ejército pronto para separar el gobierno y ministros del manido de la provincia, porque estoy ciertamente enterado, con documentos que lo acreditan, que se han separado de la ley, que se les había puesto en las manos, y que hacer deben ser tratados como tiranos y traidores de la patria, lo que tendrá así entendido V. E., y me avisará en contestación de estar pronto para los fines que le he indicado.

Dado en el Monte Sepulcro de los tiranos por su majestad Caranchísima, marqués de la Calavera y Federal Apostólico, etcétera, etc., etc. — *Vicente González.*

Después de esto, no es de extrañarse que mandara a sus *montaraces*, según llamaba a los habitantes de la Guardia del Monte, con las facultades de un verdadero autócrata, puesto que todo cuanto hacía en lo civil y militar era aprobado por el gobernador que lo consideraba como su *brazo derecho*, y cuyo nombre tenía siempre en la boca don Vicente para ensalzarle, siendo de orden riguroso hasta en su mesa, entre plato y plato, brindar con sus comensales en alta voz *a la salud y acierto del Restaurador y por el exterminio de sus infernales enemigos*.<sup>[89]</sup>

En apoyo de este aserto vamos a transcribir el siguiente pasaje de unos apuntes inéditos que compulsamos.

«... A principios de 1835, cierto día de función solemne en la capilla del Monte, y en que puede decirse que concurrió a ella todo su vecindario, observando el comandante don Vicente González, que hasta entonces había permanecido muy devoto, que escaseaban los fieles para velar al Santísimo Sacramento que se hallaba de manifiesto, juzgó prudente anticipar la reserva, idea que comunicó al cura don José Leanes<sup>[90]</sup> que se opuso con demostraciones propias de su carácter sacerdotal. Tuvo lugar esta diferencia cerca del altar mayor, donde repercutía la voz disonante del favorito de don Juan Manuel y uno que otro latín del exclaustro dominico en el sentido de persuadir a su arrogante interlocutor. Pero éste, que poco caso hacía del ritual y sus preceptos, sin reparar en pelillos, cortó la dificultad, diciendo en los términos más redondos —*sépalos padre, que yo soy el sumo sacerdote en San Miguel del Monte, Sepulcro de los tiranos y que mando en su iglesia como fuera de ella*— y se dispuso a reservar en persona ordenando al párroco se retirase de su vista, lo que cumplió éste arrinconándose en la sacristía en actitud contemplativa, Acto continuo se apodera don

Vicente de la sagrada custodia y santiguándose con ella, la introduce de nuevo con poca ceremonia en el tabernáculo, cierra su puerta con llave y se guarda ésta en el bolsillo. No contento todavía con semejante *jacobinada*, sube al púlpito y dirige al pueblo que llenaba el templo una especie de exhortación en la que habló del misterio de la Santísima Trinidad, del ilustre Restaurador de las leyes, del patriotismo nunca desmentido de los federales netos y que así como el angélico doctor y santo filósofo Tomás de Aquino fué el martillo de la herejía —así los montaraces dirigidos por él, lo serían de la impía logia unitaria— concluyendo por rezar y hacer rezar a todos el acto de contricción, saliéndose luego de la iglesia en medio del general asombro y muy desagradado con el cura, al que calificó de *federal tibio* y hasta de bigardo, haciendo empeños poco después para que no fuese removido, etc...».

Lo que precede es apenas un reflejo de lo que hacía y podía el tál don Vicente en sus *dominios* del Monte y aun fuera de ellos.

De él se confió Rosas el año antes de la revolución, para explorar entre convites, bailes y serenatas, el estado de la opinión en la campaña del sur, sobre el bloqueo francés, y, para desacreditar a la vez a su hermano don Gervasio, quien principiaba a inquietarlo seriamente por las simpatías que juzgaba le hubiesen cobrado algunos hacendados a causa de la franqueza con que se expresaba en política.

Parecía que su instinto anunciábale el rumbo donde cada día se iba abultando la negra y siniestra nube de cuyos flancos debía estallar el levantamiento de miles de ciudadanos con los horrores que le siguieron de cerca.

Desempeñando esa doble comisión, don Vicente, recorrió varios pueblos, acompañado de un *monitor* o espía a quien el Dictador entregó en persona, y facultó para distribuir, una cantidad de *cintas coloradas* debiendo quemar cuanto hallase *celeste* o *verde* y velar al propio tiempo y de un modo inexorable porque todo el mundo ostentara la divisa y el moño federal.

La carta que sigue, apoyará nuestro aserto.

Monte, septiembre 1.º de 1839.

*Señor don Juan Manuel de Rosas.*

Apreciado amigo: Ayer he llegado del pueblo de Chascomús, hoy parto para Lobos donde están a mi espera para la función cívica consabida, y el 9 lo será en Navarro, y el 15 en Matanza, desde donde pienso pasar a saludarlo desde lo anterior

acordado; creo haber sido muy interesante la ida mía a Chascomús, *porque he desengañado a muchos vecinos que se asocian a mí, «de quién es don Gervasio, que lo ignoraban»*, y por fin en los convites que me dieron, bailes y reuniones, y por las calles con las serenatas que dábamos de día y de noche, no se oía más que mueran los enemigos del ilustre Restaurador; en las conversaciones disputar, la justicia para oponerse al vice cónsul francés, la vileza de los argentinos que no se hallan animados para defender el honor nacional; en fin, cada uno de por sí discurría, y con entusiasmo se echaban brindis a este particular, que yo me llenaba de gloria y deseaba tenerlo a usted a mi lado porque es imposible explicar el entusiasmo que se despertó a mi llegada en conversaciones, y como todo," todo lo que se ha hecho y se haga a mi persona, creen que lo hacen con usted, tanto más era el placer con que los recibía; para no molestarlo diré mi salida, que no sólo el juez de paz y vecinos de categoría salieron a acompañarme, sino hasta señoras en silla, hasta larga distancia salieron también, y el capitán Segundo Girado, hermano del juez de paz donde yo paré, quiso hacerlo precisamente hasta Ranchos con 30 o 40 milicianos que se le ofrecieron voluntarios.

El monitor se ha portado perfectamente en todos los silencios de mesa, bailes, paseos en las calles públicas, nunca pasaba un cuarto de hora que no levantase la bandera y gritaba *viva el Restaurador, mueran sus enemigos, mueran los unitarios*; todos con energía. Ha perseguido a los de la V, que había unos cuantos y abochornados han tenido que cortarse la barba. Hacía sus paseos en los bailes a ver las señoras si tenían la divisa como debían tenerla. El último baile que se dió, se presentó una señorita sin el moño punzó, y él se había empeñado que se lo había de poner o saliera afuera; yo estaba con el juez de paz en la cabeza de la sala, entre la multitud de señoras que estaban acomodándose; no habíamos reparado, en una salida que hice yo, había venido la madre a ver al juez de paz, que aquel hombre estaba insultando a su hija; el juez de paz le contestó que el monitor hacía bien, que *tenía órdenes para ello* y que cumplía con su obligación. Cuando volví yo, no supe esta jugada; volvió la madre a verme a mí, y suplicándome que contuviera al monitor que estaba abochornando a su hija, que no lo hacía por desprecio, que no tenía pelo, que se le había caído de la escarlatina y tenía la divisa en el pecho. Efectivamente, me levanté y fui a ver al monitor que estaba porfiando con la niña que se saliera afuera o se pusiera la divisa, y la niña me dijo: Señor: véame la cabeza que no tengo pelo, pero la divisa aquí la tengo en el pecho; entonces lo hice retirar al monitor y él porfiaba y no quería. En el volatín quitó dos pañuelos de seda porque tenían mucho verde, y pedía unas cargas de leña para quemarlos allí públicamente; por súplicas los entregó a otras señoras, y mandaron traer otros pañuelos para ponerse. *Las cintas se le acabaron y sería bueno para que cumplierse puntualmente «lo que usted le ha ordenado» mandase algunas más para estos pueblos que tenemos que andar*. La carta de usted en que me dice que tome una copa de vino y me manda un abrazo se leyó allí, y todos querían su repetición de la lectura, señoras y todo;

había disputas quién debía darme el abrazo a nombre del Restaurador; pero entre ellos convinieron que debía de ser Villariño quien me lo dió a presencia de ellos. La copa de vino se repetía tanto cuantos convites había, y se repetía la firmeza y valor nacional con que defiende usted los derechos de la República Argentina, y se cantaban canciones. En fin, conviene que en cada punto donde esté, me mande una carta de esas enérgicas. En fin nada más que salud, y más salud le desea este su amigo, *Vicente González*.

*P. D.* — Diré, por si acaso si usted comprende algo sobre el particular, se corrió una voz con la ida mía a Chascomús, que iban unos al propósito de asesinarme allá, que puso en consternación al pueblo y a los amigos; adelantando más, que si no lo hacían ahí lo harían en Matanza. Este movimiento se corrió hasta Ranchos, les obligó a los montaraces a mandar una comisión a prevenirme, y si era preciso, salir cincuenta hombres de aquí, que ya estaban preparados. El juez de paz no ha podido averiguar de donde salió esto; que los más dicen, que lo contó uno que vino de afuera de los lados del Monte y Chascomús y que pasó. Yo no encuentro otro toque en que pueda formar idea que algo hay, por lo que dijo al médico Montes de Oca, cuando el de aquí (Patrón) le dijo que había mucho entusiasmo en la campaña, y él dijo *estamos mal*; por lo demás no adivino, solo por darle un golpe a usted que quieran emporcar sus manos en acortar los pocos días que me quedan de vida. Ahora llevo a Soto con algunos carabineros, *etc.*

Tales eran los méritos que blasonaba don Vicente a los ojos de su amigo el gobernador, a quien decía en nota oficial de 3 de noviembre de 1839, al incluirle un oficio del jefe de la división del sud: «lo hago en razón de lo mucho que han dicho los unitarios y aun dicen que esta división está con ellos; arma favorita con que los *doctores como don Gervasio Rosas*, darán sus lecciones a sus satélites, como *plan* que debe seguir para contar con mucho no teniendo nada...». Con fecha 4, agregaba entre otras cosas «... *se sabe por personas de verdad que el entecado y espirituado don Gervasio Rosas*, por la voz general que se corre entre ellos, es el que manda esas divisiones...».<sup>[91]</sup>

Como se ve, don Vicente González, era un instrumento ciego en manos del gobernante, quien a ningún otro dispensaba mayores licencias, porque existía cierto límite o valla que nadie se atrevía a salvar, ni su mismo compadre el recordado don Pedro Burgos, sujeto de su particular aprecio y con el que tenía intimidades como esta: «... Le mando esos impresos, querido amigo y compadre, para que los lea con cuidado, y que abra bien los ojos, *porque tienen veneno*. Lo mismo digo respecto de los que después le iré mandando. Me parece que al fin los han de fusilar a ciertos pobres federales a cañón los unitarios, como lo hizo Estomba con Segura. A mí no me tocará de la quema porque ya tengo bien liado el petate para dejar la tierra... *Ya sabe usted que no debe fiarse ni creer en ningún hombre de casaca y corbata almidonada...*».<sup>[92]</sup>

Por eso es que Rosas, depositó en él toda su confianza desde los primeros anuncios del movimiento que historiamos.

Conocía a fondo su sincera devoción al sistema, la actividad que desplegaría porque ninguno le pusiera el pie adelante en dar pruebas de *buen federal* y también porque haciendo todo esto contribuía a su propia seguridad igualmente amagada, puesto que se le consideraba en la campaña con *vara alta* y como la segunda persona del gobernador.

Este, dejando una parte del sur a su cuidado, sabiendo por él que debía contar siempre con la división del Azul se contrajo a reconcentrar las fuerzas del norte y oeste, en expectativa de las ulterioridades de ese pronunciamiento, que calificó de *brote aislado, que no era de extrañar en un pueblito como el de Dolores, plagado de unitarios salvajes desde su fundación.*<sup>[93]</sup>

En la tarde del 1.º de noviembre despachó un chasque al coronel graduado don Juan Aguilera, que se hallaba en San Vicente, para que a la mayor brevedad citase al 2.º escuadrón del regimiento de milicias de caballería y esperara órdenes en dicho pueblo.

Al mismo tiempo, ofició al general don Angel Pacheco comandante del departamento del norte para que dejando el Salto donde se hallaba, fuese a acantonarse sobre el río de Arrecifes con 700 hombres de línea y milicias hasta nueva resolución.

He aquí la nota que dirigía al general Pacheco y que se conserva entre sus papeles:

Buenos Aires, noviembre, 1839.

*Al señor comandante en jefe del departamento del norte, general don Angel Pacheco.*

El infrascripto ha recibido orden de vuestro ilustre Restaurador don Juan Manuel de Rosas para decir a V. S., que habiendo aparecido una insurrección en el partido de Dolores, con toda precaución y por cualquiera ulterioridad que pudiese acontecer, se sitúe con setecientos hombres de línea y milicia de la fuerza del departamento de su mando, sobre el río Arrecifes y espere órdenes.

Dios guarde a V. S.

*Manuel Corvalán.*

El 2 dispuso que el coronel don Antonio Ramírez, jefe del regimiento núm. 2 de

milicias de campaña, reuniendo éste y la división de su mando, se situase en las inmediaciones del pueblo de Morón de la Concepción.

El 3 se dirigió al coronel graduado don Isidro Quesada, jefe de las fuerzas que guarnecían el cantón fronterizo de las Mulitas (hoy 25 de Mayo), para que hiciera marchar incontinenti sobre la Guardia del Monte la compañía de dragones a disposición del coronel González y con el resto de la tropa aguardase nuevas instrucciones.

Finalmente, el 5, se previno a don Fabián Rosas, comandante del primer escuadrón del núm. 6, que lo tuviera listo en Barracas al Sur para moverse a la primera orden que se le impartiera.

Sin embargo, no creyó superfluo sino de efecto oportuno, hacer circular, con todo sigilo, por medio del satélite depositario de su entera confianza, y en el centro mismo de los *sublevados*, ciertas noticias forjadas en su gabinete y que tendían a desconcertar sus operaciones, apercibiéndolos de que no sólo la ciudad y la campaña se disponían a dar contra las ideas que proclamaban, sino también el ejército en masa con sus jefes a la cabeza.

He aquí ese raro documento escrito de puño y letra de don Juan Manuel:

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

Buenos Aires, noviembre 4 de 1839 — Año 30 de la libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina.

El General Edecán de S. E.

*Al comandante en jefe del núm. 3, coronel don Vicente González.*

Reservada.

El infrascripto ha recibido orden del Excmo. señor Gobernador de la provincia nuestro ilustre restaurador de las leyes, don Juan Manuel de Rosas, *para decir a V. S. que es conveniente haga correr V. S. en carta particular como aviso privado de V. S. a quienes le parezca conveniente, y con especialidad hacia la parte sud, las noticias siguientes:*

*Primero: Que nuestro ilustre restaurador sin embargo de que cree que la insurrección de Dolores no es más que un brote aislado con que han engañado a algunos paisanos varios salvajes unitarios vestidos con máscaras de federales, y vendidos al inmundo oro francés, ha dispuesto, en*

*toda precaución de cualquiera resultado ulterior, que el comandante en jefe del departamento del norte, general don Angel Pacheco, se sitúe con mil quinientos hombres de las tres armas, de línea y milicia de aquel departamento sobre el rio de Luján, y espere órdenes. Que el coronel don Antonio Ramirez con otros mil quinientos de las tres armas y también de línea y milicia, incluso la división de la Barrancosa, se sitúe sobre el río de la Matanza. Que otra división también de línea y milicia, y de mil hombres del núm. 1.º se sitúe sobre los Tapiales, chacara de Ramos; y que la tropa de línea y milicia de las tres armas que comanda el teniente coronel don Jerónimo Costa, con la que comanda el mayor don Miguel Valle, y escuadrones de la Magdalena y Ensenada, formando una división fuerte y a la cabeza de ella el mencionado jefe, marche hacia San Vicente. Que a esta división debe incorporarse el teniente coronel graduado don Francisco Olmos con la fuerza de su mando que estaba en la boca del Salado. Que el escuadrón de este punto, San Vicente y el de Quilmes reunidos, esperen órdenes sus jefes para incorporarse donde se les ordene.*

*Que el regimiento núm. 3, se reúna en el Monte al que se ha agregado un escuadrón de línea con otras más disposiciones que admiran la prontitud con que se han desenvuelto, y el entusiasmo ardoroso con que se han reunido estas fuerzas indignadas contra los asquerosos enemigos de nuestra libertad que han cometido la inmundicia de venderse al oro vil de los piratas tiranos franceses. QUE UNA DIVISIÓN MUY RESPETABLE QUE NO SE MENCIONA PORQUE CONVIENE LA RESERVA, MARCHA A TOMARLES A LOS SUBLEVADOS LA RETAGUARDIA Y ATACARLOS DE MUERTE.*

*Que en esta ciudad y en toda la campaña se ha recibido con una universal extraordinaria indignación semejante sublevación salvaje que sólo cabe en la cabeza de hombres los mayores enemigos feroces de la causa de la libertad del continente americano.*

*Esta es lo que por ahora debe V. S. hacer correr según queda prevenido. POR LO DEMÁS, DICE S. E. QUE YA DEBE V. S. HACERSE CARGO DEL ORIGEN Y DEL AUTOR Y MÓVIL DE ESTA INAUDITA MALDAD SIN EJEMPLO, QUE NO DEBE SER OTRO QUE DON GERVASIO ROSAS, ÚNICO RESPONSABLE DE UN BALDÓN, EL MÁS OPROBOSO PARA LA CAUSA SAGRADA DE LA AMÉRICA EN CIRCUNSTANCIAS QUE ESTÁN LOS ARGENTINOS REPORTANDO TANTA GLORIA ANTE TODOS LOS HOMBRES LIBRES DEL MUNDO, y cuando los franceses han confesado que nuestra causa se ha hecho la causa general de la América; que no pueden ni tienen elementos para combatir contra toda ella, y que les es mejor ocurrir a las vías de conciliación y de paz; y en circunstancias por último, en que por los sucesos graves del Oriente, se ven en la forzosa necesidad de atenderlos, lo que les imposibilita no sólo de reforzar esta escuadra, sino también de distraer a día más fondos.*

*Dios guarde a V. S. muchos años.*

Entre tanto el *rengo Aguilera*, no sólo cumplió con puntualidad lo que se le prescribía, sino que haciendo gala de un celo que acusaba instintos feroces, mandó prender espontáneamente al honrado y pacífico vecino don Gregorio Vidal, en su establecimiento próximo a los Tronquitos, tres leguas al Este de San Vicente, y lo puso a disposición de Rosas, sin más delito imputable que *la desconfianza que le inspiraba su persona*, y el cual, 24 horas después era mandado pasar por las armas, en San Vicente, muriendo con admirable entereza, pues que protestó hasta el último su completa inocencia.

El cruel Aguilera, que sacrificaba esa víctima inofensiva, comunicaba al *Restaurador* a propósito de aquel verdadero asesinato: «... A las cuatro de la tarde de este día (6 de noviembre) fué ejecutado el unitario feroz, Gregorio Vidal, y más que feroz, pues que hasta el momento de estar sentado en el banquillo hizo alarde de su ferocidad...».<sup>[95]</sup>

Así era el poder de Rosas, el que rebosaba sin más extensión que su voluntad, sin otro límite que el cadalso... ¡Qué dramas, qué escenas las de aquella época delirante!



## Capítulo IV

*SUMARIO — Actitud del juez de paz de Chascomús para contrarrestar el grito de Dolores.—Sus antecedentes. —Invita a una conferencia al comandante Márquez. —Alarmas de Rico al respecto. —El patriota Villarino. —Decisión del capitán Mendiola. —Pronunciase Chascomús el 2 de noviembre. — Arresto de Girado. Arcabuceamiento del retrato de Rosas en la plaza pública.— Disposiciones que se toman.*

Al primer rumor de conmoción en Dolores, el juez de paz del pueblo de Chascomús, don Felipe Girado, presa de la mayor ansiedad y temeroso de una sorpresa, mandó citar la milicia del partido y que se fuese reuniendo, mientras se despejaba la incógnita o se le impartían órdenes por el gobierno.

Los Girado pertenecían a una familia numerosa, rica en bienes de fortuna, y la cual, como las de Marín, Izurieta, Avalos, Carmona y Fernández, fue pobladora de la Guardia de Chascomús, previa merced otorgada por el segundo virrey de Buenos Aires, general don Juan José de Vértiz y Salcedo en 28 de julio de 1779 al capitán Besbezé, de la 13 compañía de Blandengues, denominada *Valerosa*, para sacar aquella desde el zanjón, sobre la margen del arroyo San Borombón, donde se ubicó su primera planta.<sup>[96]</sup>

Don Felipe descendiente de una de las dos ramas de su familia, nació en Chascomús el 26 de mayo de 1785, de don Eugenio.

Como la mayor parte de los hacendados de su época carecía de cultura intelectual, pero no de ese barniz o tintura de urbanidad en el trato que imprime la educación por limitada que sea, y sirve a menudo para refrenar las pasiones. Dotado de una imaginación bastante viva y de una mirada profunda, era hombre de consejo que sin más escuela que su experiencia tenía lo bastante para sobresalir en el escenario de un pueblo de campo, como lo probó en más de una ocasión.

A principios de 1829, acababa de regresar de su establecimiento de Vichahuel, cuando a consecuencia de la acefalía en que se hallaba el juzgado de paz de Chascomús por el trastorno general de la campaña en esos días luctuosos de la guerra civil, recordando los principales vecinos el acierto con que había desempeñado sus funciones dos años antes, mientras reemplazó a don Gregorio Marín, hasta que lo fue a su vez por don Ramón Amoroso, acordaron elegirlo espontáneamente, honor que aceptó don Felipe a condición de que sería ayudado con eficacia en las providencias que adoptas para restablecer el orden y la seguridad en el partido, a que deseaba consagrarse con entera decisión. Pronto se le presentó la oportunidad de mostrar la fibra de su espíritu.

En efecto, capturado un malevo que tenía aterrado al vecindario con sus fechorías, dispuso su inmediata ejecución para escarmiento de sus iguales. Pero la pequeña guardia de la prisión, compuesta de ancianos y hombres valetudinarios, únicos que habían dejado las arreadas de la montonera, no parecía inclinada a secundar las órdenes ejecutivas del juez de paz, cuando le mandó preparar sus armas, atemorizada quizá con los gritos desaforados del malevo que la amenazaba con la venganza de sus compañeros, si fusilaba a uno de los más fieles servidores de don Juan Manuel de Rosas, a un federal neto, etc., — como era él. — A lo que contestó Girado con energía: *Yo también soy federal, pero los federales no matan, no violan ni roban. Date vuelta y reza un credo porque vas a morir ahora mismo, tú que eres el autor de estas iniquidades.* Mas como siguiera aquél dando voces y envalentonado con la impunidad de que había gozado hasta entonces, perdiendo Girado la paciencia, arrebató la carabina, a uno de los apocados milicianos y apuntando con ella al malévolo, al martillarla dijóle tranquilamente: *Bien, pues, no quieres encomendarte a Dios, que él tenga piedad ampare y perdone tu alma,* y disparándole un tiro lo dejó exánime con gran satisfacción de todos y del gobierno, que más tarde aprobó esa justicia que fué seguida de otras, aunque menos rigurosas, que contuvieron allí al desborde de las pasiones brotadas al calor de los trastornos políticos.

Cuando al día siguiente pasó por el pueblo de Chascomús la fuerza que acaudillaba *Pancho el Ñato*, y le mandó pedir que aliviara las prisiones de aquel paisano quien a pesar de sus extravíos era un buen confederal, respondió secamente al emisario: *Dígale a su jefe, que está bien, que ayer le fueron aliviados.*

Este era don Felipe Girado, quien desgraciadamente no estuvo exento de graves errores, como se verá luego, pues que colocado en la necesidad de acreditar su ciega devoción a la *santa causa federal*, se contrajo en cuerpo y alma a ser dócil con el gobernante, que temía como el último de sus enemigos políticos.

Ajustando su marcha a las exigencias de la época, hizo que Rosas al afirmarse en el mando se fijara en él para llamarlo de nuevo al juzgado de paz, reeligiéndolo en diciembre de 1838; se hallaba a su frente cuando tuvo lugar la revolución del sur.

Como sucede siempre, una fracción de la gente decente de su distrito, no le era devota, y en especial la juventud ocupada en el comercio, que hostilizaba secretamente sus providencias siempre que podía.<sup>[97]</sup>

Don Felipe no había sido invitado a tomar parte en la revolución, por creérsele enteramente adicto a Rosas, por lo que el comandante Rico, la mañana del 29, se limitó a mandar prevenir de palabra, desde la plaza de Dolores, con el chileno don Manuel Cerda, vecino de Chascomús.

En el acto de ser enterado, se encerró en la oficina con su amanuense don José Antonio Linera Melián (de Gualeguaychú) y como magistrado y correligionario, por conducto de dos hombres de confianza que despachó ganando horas, transmitía esa novedad al gobernador y al coronel González en la Guardia del Monte, asegurando que en el interior tomaba sus medidas para no ser sorprendido y mantener el orden.

Empero, al día siguiente le anunciaban sus *bomberos* o espías, que una fuerza de Dolores que debía ser numerosa a juzgar por la polvareda que levantaba, se iba aproximando al Salado por el camino carretero.

Girado en la impotencia para resistirla escribe entonces a su jefe pidiéndole una entrevista según lo revela la carta de Rico a Márquez de 3 de noviembre ya transcrita.

¿Era que vacilaba su fe en la estrella de Rosas, o simplemente que con su sagacidad innata buscaba ganar tiempo mientras veía más claro el horizonte?

Los sucesos posteriores afirman la segunda hipótesis, como lo presumía Rico al prevenir al comandante Márquez que a esa conferencia debía asistir también el señor Cramer, al que reputaba hombre de consejo «*por si Girado estuviese de mala fe*».

Entre tanto, el comandante Cramer que se había adelantado a la vanguardia para irle preparando caballos en la estancia de Alzaga, denominada Bella Vista, y en la suya de la Postrera, cuando ya no dudó de la buena fe de Olmos sin cuidarse de Girado, al que creía en desprestigio, remitió desde la última, los pliegos de que era portador para el comandante de los cívicos don Francisco Villarino, sujeto respetable bajo todo sentido y bien visto en la localidad por sus opiniones liberales.

Villarino, natural de esta capital, donde nació el 17 de septiembre de 1787, independiente, por su posición de fortuna, pues, que además de su casa en aquel pueblo, tenía una estancia en la Magdalena a la margen occidental del San Borombón y otra en el Azul, fué *decembrista* exaltado en 1828, preso y a punto de ser azotado por el odioso comandante montonero Juan Gregorio Castro. Nombrado juez de paz en 1832, al año siguiente de la revolución a Balcarce ayudó cuanto pudo a sus sostenedores que eran los dorreguistas y federales moderados a los que denominaban *Lomos Negros*.<sup>[98]</sup> Su rectitud y buena conducta, hizo que a pesar de sus anteriores pecados, que no eran pocos, contra el *santo sistema*, desempeñara, en la fecha a que nos referimos, el cargo de comandante accidental de infantería con el grado de sargento mayor que se le había extendido recientemente.<sup>[99]</sup>

Los revolucionarios sabían de antemano, que Villarino conservaba su círculo o

logía de amigos íntimos, desde cuyo foco se hacía una oposición a sordas pero tenaz a la gente de *chiripá y bota de potro* que bregaba por mantenerse en la superficie.

Villarino, en el acto de enterarse de la nota predicha que le llenó de sobresalto, mandó buscar al vecino don Wenceslao Posse, sobrino de su esposa, a quien por sus extensas relaciones comerciales y su afinidad de ideas, creía sabedor de lo que él no acertaba a darse cuenta. ¡Tan de sopetón le tomaba la cosa!

—*¿Sabe Vd. algo de Dolores, mi amigo don Wenceslao?*, preguntó a éste con curiosidad evidente no bien entraba a su habitación. Como su respuesta fuese negativa, continuó: «*Asómbrese Vd., hace dos días ha estallado allí una revolución y esta es la primera noticia que me llega*» alcanzándole la comunicación enviada por Cramer. Esta se reducía a comunicarle el pronunciamiento contra Rosas que, encabezado por el comandante de milicias don Manuel Rico, había tenido lugar en Dolores el 29, en medio del mayor entusiasmo y que ese día (el 30) marchaba el comandante don Zacarías Márquez con una fuerte división a fin de apoyar el movimiento de Chascomús o tomarlo a fuerza de armas si no respondían a los principios aclamados de *libertad, constitución o muerte*, que componían la divisa de los libres del sur. Villarino, animado del mejor deseo, manifestó a Posse que no veía elementos con que secundar la actitud patriótica del pueblo hermano de Dolores, a menos que el prestigioso icomandante don José Mendiola se pronunciara con la gente que había reunido por disposición del juez de paz Girado. Su interlocutor encontrando prudente esa observación, la apoyó desde luego, pues que le constaba mejor que otro alguno, que era el jefe más acreditado con las milicias del partido y el único capaz de encabezar allí un movimiento. Añadiendo, que creía tener bastante influencia con él para imponerle un asunto tan delicado, porque además de la estrecha amistad hacía poco tiempo le había prestado importantes servicios pecuniarios, diciéndole Mendiola más de una vez y en reserva, que así que el general Lavalie pisara el territorio de la provincia, sería el primero en plegársele con los hombres que reuniese, porque tales eran sus sentimientos.

—Pues bien, mi amigo —repuso Villarino apretándole la mano con efusión— estamos perfectamente de acuerdo —véalo ahora mismo a Hendióla pero repare que nos sentamos desde este momento sobre un cuñete de pólvora, y mi edad me autoriza a encarecerle tino y discreción porque pende de ello la vida de algunos padres de familia.

Empero un joven como Posse, que a la temprana edad de 21 años, tomaba sobre sí aquel compromiso tan serio, cuando al frente de valiosos intereses le sonreía la fortuna — no era ciertamente un espíritu vulgar. Hijo digno de la *benemérita* ciudad de San Miguel del Tucumán, donde nació el 28 de septiembre de 1818, entroncaba en una de sus principales familias y había recibido una regular educación que unida a su

natural despejo, hacían amable su trato. Vecindado en Chascomús desde el 16 de enero de 1834, y manejando a la sazón una fuerte casa de tienda y almacén en sociedad con su tío, don Ramón Posse, del comercio de esta ciudad, se lanzaba deliberadamente en las corrientes agitadoras de una revolución, sin otro móvil que salvar al país con las tradiciones de su partido o sacrificarle no sólo sus intereses sino también la existencia si así lo decretaba la suerte. ¿Podrá acaso exigirse mayor abnegación a un ciudadano pacífico y laborioso?

Mas no bien llegaba a casa de Mendiola, enajenado y sin importársele de las prevenciones de Villarino ni de los que lo escuchaban dió suelta a su entusiasmo y después de leer a sus amigos el oficio de Rico con transportes de alborozo —se echó en sus brazos exclamando con los ojos arrasados en lágrimas—. *¡Ahora somos ya libres mi amigo Mendiola!* — *¿Y cómo no?*— contestó éste con ingenua viveza — *si le han boleado el pingo al gaucho Rosas.*

La causa de la libertad, contaba desde aquel instante con un adalid más, pronto a inmolarsse en sus aras...

Pocas horas de buena voluntad fueron menester para cambiar la faz de la situación, y el sol ardiente del 2 de noviembre no llegaba aun al meridiano cuando el bizarro Mendiola, participando los impulsos generosos de su amigo y protector, se disponía a dar el grito en la plaza de Chascomús con una decisión heroica.

En efecto, llama al sargento don Victoriano Centurión (paraguayo) y le ordena hiciera ensillar al escuadrón con alguna fuerza más, que en número de cerca de 130 hombres, ocupaban un corralón sito a tres cuadras de la plaza y poco después, montado él mismo a caballo acompañado de Posse, fué a ponerse al frente de aquélla que ya estaba formada en la calle en el mayor silencio. De allí, marchó a ocupar la plaza, desde donde desprendió una partida de ocho hombres y un oficial que dirigiéndose al juzgado de paz, intimase arresto a Girado, hasta ese momento ajeno a lo que sucedía, y le pusiera centinela de vista.

En seguida del toque de atención, y de la voz firme avanzando Hendióla de la línea de jinetes, manifestó que el pueblo hermano de Dolores acababa de pronunciarse en masa contra el gobierno tirano de don Juan Manuel Rosas y sus lanzas numerosas ya se aproximaban para hacer causa común con los hijos de Chascomús.

—«Nosotros también, valientes milicianos del 6.º de campaña», dijo esforzando la voz y agitando la espada que empuñaba, «libres hemos nacido, libres queremos vivir, y si la suerte nos traiciona, quedaremos tendidos en el campo del honor con la muerte

más linda que es la que se sufre por la patria», y dando vivas a la libertad y a los heroicos patriotas de Dolores, concluyó con el grito de ¡*abajo el tirano Rosas!* que fué también repetido por toda fuerza, entre el repique de campanas y el estruendo de cohetes voladores y de la india que anunciaban al pacífico vecindario que ocurría algo de extraordinario.

Muy luego acudieron a solemnizar el pronunciamiento otros muchos ciudadanos, todos rebotando en contenido y entusiasmo.

De entre ellos se nombró una comisión que penetrando en la iglesia se apoderase del retrato del *Restaurador Rosas*, que tenía su colocación en el altar mayor al lado del Sagrario y el mismo que el provisor suplente don Ramón González Gorostegui (*federal acreditado*), hasta pocas noches antes, según acostumbraba, había sacado en procesión solemne por las calles revestido de sobrepelliz y haciéndolo preceder del guión parroquial y los ciriales, como si llevara bajo varas de palio la hostia consagrada, o imagen o reliquias de un santo para darle culto e implorar su auxilio...

Pero esta vez, no era el objeto de nuevas y pomposas rogativas pidiendo a Dios alguna gracia, con el que iban al templo los patriotas de Chascomús, sino para arrancar de su tabernáculo aquel ídolo con que lo profanaban sus indignos ministros.

Sacado a la plaza dicho retrato, fué arcabuceado con grande aparato y entre los aplausos y la gritería de la multitud de ¡*abajo el tirano Rosas!* destrozándose igualmente varios bustos en yeso, representando al Restaurador, que por ese tiempo habían sido importados de Bélgica y desparramados en la ciudad y campaña.

Se contestó el oficio de Rico, detallando lo sucedido y que si la fuerza de Dolores estacionada por el camino, apresurase mi marcha para consolidar el movimiento, pues que el contenido y la confianza se juntaban en todos los semblantes y se hacían preparativos para recibirla dignamente.

## Capítulo V

*SUMARIO — Llegada a Chascomús de la división de vanguardia.— Palabras del patriota Márquez al pueblo congregado en la plaza.— Se elige nueva autoridad.— Deposición del juez de paz.— Despáchanse dos comisiones.— Refuerzos de Dolores y de los Montes Grandes.— Las milicias de la Magdalena.— El patriota Gándara.— Se incorporan las fuerzas del comandante Olmos.— Rasgos biográficos de este jefe.*

La mañana del 3 de noviembre, es decir, al día siguiente del pronunciamiento de Chascomús, entraba en aquel pueblo la vanguardia de los *Libres* con su joven comandante al frente.

Zacarías Márquez era hijo de Santa Fe, pero antiguo vecino de Dolores y muy estimado por la bondad de su carácter como por la acreditada energía de su ánimo.

El alborozo de la víspera volvió a repetirse con igual entusiasmo, y el recibimiento no pudo ser más satisfactorio para los recién llegados.

Formada dicha fuerza en la plaza, hablóle su jefe, con palabras llenas de fuego patriótico, asegurando que si allí eran cientos, más adelante serían *miles*, porque era uniforme como lo presenciaban el sentimiento de repulsión contra Rosas, lo que hacía creer que la campaña iniciada sería apenas un paseo militar en el que ni tendrían necesidad de ensillar los caballos de pelea, porque la gran ciudad de Buenos Aires los aguardaba con los brazos abiertos para estrechar a sus libertadores, terminando entre *vivas* a la patria y a su regeneración con la próxima caída del opresor de los argentinos.

Asistía a solemnizar aquel acto una parte considerable del vecindario y comercio, notándose los señores Francisco Villarino, doctor Francisco G. de Eguren, José Galán, José Cruz y Laureano Dehesa, Felipe Miguens, Rafael Sánchez Cabello, José Gándara Lemus, Vicente José María y Juan de Basavilbaso, Marcos y José María Agrelo, José Ferrari, José Toledo, Gregorio Oriosolo, Eustaquio del Castillo Aldao, Gabriel Martínez, Ramón Castro, Eustoquio Larrosa, Evaristo Alfaro, Mariano Piedra Cueva, Teodoro Bonfi, Ezequiel Ortiz, Carlos Mathon, Juan José Ayala, Francisco y Pedro Roca, Antonio Lareu, Pedro Capdevila, Jacinto y Mariano Machado, Juan Milani (italiano), Juan Libaros (francés), Simón Santillán, Fermín Pizarro, Gabriel Revoredo, Saturnino Narvaja, Manuel Jacinto Castañón, Manuel J. Aurrecochea, Lucas Balán, José Luis Lorenzo, doctor Bonifacio Díaz y otros muchos entre los cuales hubo algunos como el señor Villarino que usaron de la palabra para condenar la administración de Rosas proclamando la santidad de la cruzada de los *Libres*.

Enseguida se declaró caduca la autoridad puesta por aquél, procediéndose a nombrar la que debiera subrogarla, y el respetable vecino doto Jacinto Machado, obtuvo el voto unánime de sus convencinos. Pero excusándose éste con su falta de aptitudes para desempeñarse en momentos tan críticos, el ciudadano Cabello y otros disiparon sus dudas, prometiendo en alta voz ayudarle con entera consagración.

Acto continuo, se hizo comparecer en la plaza al juez de paz Girado, que permanecía en arresto desde la víspera, para intimársele hiciera entrega del puesto. Mas, revestido éste de su acostumbrada serenidad, contestó que estándolo sirviendo por mandato de autoridad constituida cedería únicamente a la fuerza. *Sí, sí, — prorrumpieron varios a la vez — a la fuerza irresistible de la revolución de los Libres — agregando que se quite el luto federal, arránquenle ese trapo colorado, etc.*

Notando Girado la actitud tumultuosa de los que le rodeaban, sin proferir una palabra, pero sin inmutarse, se sacó ambas cosas y doblándolas con calma las guardó en el bolsillo.

Márquez lo mandó entonces retirar, dándole su casa por cárcel a indicación de varias personas de carácter generoso.

Ya en posesión del cargo la nueva autoridad del pueblo, el jefe de la vanguardia y la pequeña fuerza de Mendiola, volvieron a salir de la plaza, yendo a acampar entre el arroyo de los Toldos y San Felipe.

Se acordó también nombrar dos comisiones compuestas la una de los señores Villarino, Mendiola, Agrelo, Posse y Gabriel Martínez que se encaminó luego a la embocadura del Salado con el objeto de apresurar la incorporación del comandante Olmos con la fuerza que la guarnecía, y la segunda integrada por el señor Milani y otros vecinos, en dirección a Ranchos a fin de negociar un cambio pacífico de sus autoridades en el sentido de las ideas proclamadas.

En el transcurso del día siguiente, se incorporó a Márquez, el capitán don Camilo (?) Islas con dos compañías organizadas en Dolores, y el 5 se puso en alarma el campamento, mientras avanzaba el porta Espinosa a reconocer una fuerza que, por el rumbo en que se avistó, podía creerse enemiga, resultando ser el comandante José Antonio López Calveti, con cerca de 300 hombres bien armados de la gente de los Montes Grandes, refuerzos ya anunciados y que iba despachando el activo Rico en precaución de las eventualidades.

Casi simultáneamente se presentaba un escuadrón de milicias de la Magdalena



compuesto de más de 100 hombres, el que seguido por su jefe el sargento mayor don Miguel Valle, iba a alistarse en las filas revolucionarias de un modo espontáneo. Sumando estas diferentes fracciones un total de más de mil soldados animados del mejor espíritu.

Entre tanto, notábase cierto malestar a causa de la demora de Olmos, por lo que se dió la mayor importancia a la comisión que partió en la madrugada del 4 a conferenciar con él, que como se ha dicho, estaba guardando la boca del Salado, de cualquier desembarco que intentasen los bloqueadores, con dos piezas de calibre servidas por un piquete de la brigada de artillería de mar a cargo del mayor graduado don Pedro Pérez Navarro y más de 150 hombres de caballería que recorrían el litoral con los oficiales, mayor graduado José María Ansorena, tenientes Francisco Javier Funes, José Quiroga, Julián Larrosa (a) *Cielito*, Juan Palacio, Juan Eusebio Guerrero, alféreces Rafael Mendoza y Ramón Juárez.

Desde que supo por el capitán Ansorena que había estallado la revolución en Dolores, ya se preparó a secundarla, en cumplimiento de sus anteriores promesas hechas al señor Gándara, respetable hacendado de la costa de Vitel.

Efectivamente, Gándara era no sólo uno de los precursores, sino también uno de los prohombres de la revolución del Sur, por su educación, su carácter circunspecto y pundonoroso, y la severidad de sus costumbres, haciéndose digno de algunas pinceladas que lo hagan conocer del lector.

Don Leonardo Domingo de la Gándara, hijo de don Julián y de doña Manuela Sota, nació en Buenos Aires, el 7 de noviembre de 1785. Educado por los recoletos franciscanos, pasó más tarde a practicar con el doctor don Pedro Sometiera, pues que se le destinaba a la abogacía, y en 1806 fué uno de los reconquistadores de su ciudad natal.

Poco después fallecía su padre, pérdida que unida a la de un litigio malhadado, amenguó los recursos de su familia, la cual tuvo que retirarse a su chacra (hoy de Castex) en el partido de Morón, del que fué nombrado juez de paz, y síndico de su parroquia en 22 de enero de 1822.

Contraído con preferencia a la educación pública, como el único obstáculo capaz de oponer con suceso a la barbarie que se desbordaba, tuvo que luchar a brazo partido con la preocupación y la ignorancia, siendo una de sus primeras medidas la cortadura a cercén de la trenza en los niños de escuela, sacrificio al progreso, que causó una verdadera conmoción en las familias, teniendo que vencer nuevas resistencias cuando ocupó bajo inventario y por encargo del gobierno, las pertenencias del rico santuario ele

Luján. Su conducta escrupulosa en aquellos tiempos calamitosos, hizo que cierto día exclamara el ministro Rivadavia:

«¡Qué no tener a mi disposición una docena de hombres del temple de Gándara, para organizar este país!».

Fijada de nuevo su residencia en la capital, continuó prestando servicios gratuitos, hasta el año de 1825, en que fué electo representante a la legislatura por los partidos de Morón, Conchas y San Fernando. Dos años después era vicepresidente del crédito público, y el 25 de febrero de 1828, sucedía a don Eustaquio Díaz Vélez en el juzgado de paz de Chascomús, desempeñando esos puestos con su acostumbrada rectitud.

El 7 de mayo de 1829 fué miembro de la comisión de abastos y provisión de esta ciudad, asediada por las montoneras de López y Rosas. En Junio de 1831, se le entregó la patente de capitán de la guardia de honor de la provincia y dos años más tarde integraba la Comisión de Hacendados contribuyendo a salvar la vida del coronel Paulino Rojas.

Sus compromisos políticos, y las aflicciones terribles que le acarrió el fatal desenlace de la revolución del Sud, que le tomó en su estancia de Vitel, hizo incurrir al padre de familia en una gran debilidad, de que él mismo se acusaba, y contribuyó quizá a amargar el resto de sus días. Ligado codo con codo, hubo de ser fusilado, y para salvarse tuvo que firmar un documento ignominioso, que lleva la fecha del 30 de noviembre de 1839, y el cual se registrará en su lugar. Ni aun así, eludió la saña de Rosas, que le embargó sus bienes en 1840, y por su orden, se estuvieron sacando tropas de ganado vacuno del establecimiento de Vitel, para el consumo de las fuerzas en Chascomús y Campamento de Santos Lugares.

Empobrecido y amargada su vida emigró para Montevideo cuando el segundo degüello en 1842, pasando de allí a Río de Janeiro, en donde estrechó en sus brazos a Rivadavia, por el que conservaba una especie de culto.

Cuando en el año siguiente, merced a la intercesión de algunos de sus amigos que secundaban el empeño eficaz de la señorita Mañuela Rosas, se significó a su esposa, la señora Francisca Benigna Moreno, que serían desembargadas sus propiedades si Gándara se presentaba en Palermo, no se hizo esperar éste, y al entregar su memorial al sargento mayor don Antonino Reyes añadió estas palabras: *Sírvase Vd. decir al señor Gobernador, que aquí está Leonardo Domingo Gándara, que no tiene mancha ni en la frente, ni en la espailda y viene a pedir justicia y no favor.*

Es posible que el edecán Reyes silenciara ese justo desahogo o que Rosas gustase de la franqueza, lo cierto es que aquel mismo día se giró la orden levantando el secuestro.<sup>[100]</sup>

El terreno preparado por este modesto patriota y explorado más tarde por Aliaga que se condujo con abnegación, dió sus frutos.

Olmos recibió con agrado a la comisión encabezada por su amigo Mendiola, a la que después de escuchar con interés, le manifestó que el día antes había partido Alzaga para Dolores conduciendo pliegos para Rico y que en ese momento, acababa de despachar un chasque previniendo al mismo que iba a oficiar al jefe de la vanguardia y a la autoridad civil de Chascomús, disculpando su demora ocasionada por la escasez de caballos y en especial por haber sufrido un contratiempo el vehículo enviado por Rico en busca de armamento y municiones.

Observando el señor Villarino que era urgente su presencia en el centro de los sucesos por más de un motivo, se resolvió anticipar la marcha fijada para el 5 y ese mismo día, antes de entrarse el sol, dispuso Olmos que la fuerza que se hallaba en el Albardón se replegase sobre el establecimiento vecino de Juancho (de Pepe Miguens) donde él estaba. Practicado ese movimiento, después de permanecer la tropa un rato sin echar pie a tierra, se emprendió la marcha de trasnochada, haciendo alto al ser de día en el Paso de las Piedras (costa del Salado) a una legua del Callejón. Allí fué suplido de tabaco, yerba y otros efectos pedidos a Dolores. El 5 a puestas de sol, se movió de nuevo hacia Chascomús y fué a amanecer por la laguna de Yalca, a legua y media del pueblo, acampando enseguida a inmediaciones de la chacra de Herrera.

Este suceso era de buen augurio para la revolución por la robustez moral que le imprimía la conquista pacífica de un contingente bien armado y disciplinado, teniendo a su frente oficiales de línea de que tanto se carecía.

Veamos ahora los méritos de su comandante que cumplió con religiosidad la palabra empeñada a Gándara y cuyos movimientos habían preocupado tanto a Rico y a sus allegados.

*Don Juan Francisco Olmos*, hijo de don Domingo, y de doña Isidora Liendro, nació en San Nicolás de los Arroyos, a principios del siglo.

No tenía aun 20 años, cuando en clase de soldado con los paisanos del Tordillo, y a las órdenes del comisario nacional, teniente coronel Navarro († en Cepeda 1820), principió a servir en los destacamentos que se daban para custodiar los prisioneros de la

guerra de la independencia en el depósito de las Bruscas.

En el desgraciado encuentro que tuvo lugar por esos años con el cacique Negro, cuando el capitán Lara le dió alcance por las sierras de la Tinta, fué del número de los heridos.

En 1821, siendo ya sargento del piquete de Blandengues del expresado Lara, integraba la partida descubridora que se retiró hasta el Tordillo con motivo de la gran invasión de indios que en el mes de abril arrasó el pueblo de Dolores.

Relevado Lara por el capitán Eusebio Góngora en la partida de Kakel, continuó Olmos prestando allí sus servicios hasta 1824, que agregado al cuerpo de voluntarios del capitán don Benito Miguens, concurrió a la entrada que hizo al desierto el general don Martín Rodríguez, siendo herido de lanza por la segunda vez, en una de las fuertes guerrillas de vanguardia en las faldas de Pillahuincó.

Concluida esa campaña laboriosa y fundada la guardia del Tandil, Olmos como baqueano de la división del coronel Arévalo, contribuyó a dar un golpe a la indiada que invadió las costas del Salado, asistiendo entre las milicias del Tordillo que operaban con los Blandengues y los escuadrones de Entre Ríos, a la decisiva jomada de la laguna del Arazá (noviembre de 1823) donde quedó vencido y muerto el cacique Ancafilú, 50 indios más y rescatadas sobre 80 000 cabezas de ganado, etc., (v. *Gaveta*).

El coronel don Angel Salvadores al organizar en 1827 el regimiento 5.º de milicias de campaña, nombró oficial a Olmos, que algunos años después, tomaba parte en la sorpresa de Colonguellú a las órdenes del comandante Valle, pasando de allí a Bahía Blanca con el mayor don Francisco Sosa. Durante su permanencia en dicho punto, concurrió a otros combates al mando del bien reputado comandante don Martiniano Rodríguez, los que dieron por resultado la captura sucesiva de Maule, Toriano, Cabeza Blanca, Lomo Colorado y otros caciques temibles de la Pampa.

En 1828, tomó servicio contra los Decembristas, y en 1833 y 34 marchó al desierto con el general Rosas.

El año de 1835, fué nombrado comandante de las milicias del partido de Chascomús, y a la época del pronunciamiento era ya sargento mayor de línea graduado de teniente coronel y comandante del 5.º escuadrón del regimiento N.º 5 de milicias de caballería de campaña encargado accidentalmente del cantón de la boca del Salado, poseyendo un pequeño establecimiento en el paraje denominado la Limpia, fruto de sus economías y conducta intachable.

Tal era el jefe que ingresaba entre los *Libres*, y el que no defraudaría las esperanzas que depositaron éstos en su lealtad y coraje.<sup>[101]</sup>

## Capítulo VI

*SUMARIO — El veterano de la Independencia don Ambrosio Cramer principia a organizar el ejército de Los Libres. —Es reclamada la presencia de Castelli por el vecindario de Chascomús. —Recibimiento entusiasta que se le hace. —Proclama de éste. —Una heroína en el campamento patriota.*

Entre tanto, el bemérito comandante Cramer, trataba de dar organización a aquellas masas de jinetes que todo lo esperaban de su patriotismo y anteriores servicios en la guerra de la independencia.

Don Ambrosio Cramer, hijo de don José Antonio, natural de la ciudad de Ginebra, en Suiza, y gentil hombre del conde de Artois (Carlos X) y de doña Genoveva Duroc, era francés de origen, habiendo nacido en París el 7 de febrero de 1792. A mediados de 1808, abandonaba la escuela militar donde cursó cerca de tres años, para tomar servicio en el regimiento 5.º de infantería ligera del ejército imperial, y en julio de 1813 por rápidos ascensos, llegaba a capitán de Voltijeros. Hizo la campaña de la Península, y asistió a varios encuentros, siendo herido de bala en la retirada de Pamplona, hasta que en el mes de enero de 1814, fué premiada su conducta militar con la cruz de caballero de la Legión de Honor.

El desastre de Waterloo, hizo que Cramer como Brandzen, los Bruis, Viel y otros proscritos de la Santa Alianza, halagados por el hábil comisionado de las Provincias Unidas don Bernardino Rivadavia, pasaran al Nuevo Mundo que, luchando por su emancipación política, ofrecía risueña perspectiva de refugio y de gloria, negadas por la paz de la Europa a los hijos desheredados de Belona.

Cramer no sólo fué reconocido en su graduación, sino que el director Pueyrredón, en 19 de octubre de 1816, lo nombraba sargento mayor de ejército con destino al que alistaba en Mendoza el general Bao Martín, pasando de allí a Can Juan para levantar el batallón núm. 1 de cazadores. Promovido a teniente coronel (11 de enero 1817) y encargado de la creación del núm. 8, al frente de dicho cuerpo trasmontó la cordillera en diciembre de ese año, participando de la memorable jornada de Chacabuco que restauró a Chile del poder español, y por la que fué premiado con la medalla de oro correspondiente a su clase, concedida a los vencedores por el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En mayo de 1818, regresó Cramer a Buenos Aires, trasladándose incontinenti a Tucumán en clase de ayudante de campo del general Belgrano. En 1821, hizo la campaña contra el caudillo Ramírez como edecán del general don Martín Rodríguez,

hasta que el gobernador provisorio don Marcos Balcarce le confirió el empleo de su grado. El 17 de octubre del propio año, se embarcó en el bergantín inglés *Exeter* para el establecimiento de Patagones, donde llegó el 2 de noviembre inmediato. Cramer que en Europa había hecho estudios para oficial de estado mayor, iba en comisión del gobierno de Buenos Aires, con el objeto de examinar y reparar el puerto del Carmen, situado en la margen izquierda del Río Negro y reconocer a la vez el litoral patagónico en el sentido de su posible defensa. A fines de diciembre se trasladó a la bahía de Todos los Santos, fondeadero habitual de los buques de pesca y la recorrió como la de Brettman y San José, navegando el Colorado hasta que transcurridos seis meses de labor incesante y peligrosa, volvió a esta ciudad con cuatro planos en que revelaba el fruto de sus exploraciones, explicadas en el informe que el 15 de abril de 1822 elevó al ministerio de la Guerra.<sup>[102]</sup> En 1823, hizo la campaña del Tandil como jefe de ingenieros y delineó dicho pueblo. En 30 de noviembre del mismo, fué nombrado oficial de la legión de mérito de Chile, instituida por el director O'Higgins durante su permanencia en Concepción, el 1.º de junio de 1817, para premiar la virtud eminente del patriotismo. En la segunda expedición que en 1824, dirigió el general Rodríguez hasta Bahía Blanca y Sauce Grande, el comandante Cramer hizo las veces de jefe del Detall, siendo licenciado en 1825 con goce y uso de uniforme, por haberlo así solicitado. En febrero de 1826, previo examen, fué recibido de agrimensor por la comisión topográfica presidida por don Felipe Senillosa. Cuando en el último tercio de ese año, merced al estado de guerra en que se hallaba el país, volvieron los indios a asolar la campaña con sus depredaciones; se incorporó voluntariamente al activo coronel don Federico Rauch, acompañándolo en una de sus excursiones por la Pampa.<sup>[103]</sup>

Posteriormente se estableció en el fortín de Chascomús, sobre la derecha del Salado, para contraerse a mejorar la raza ovina en cuya explotación preveía una de las principales fuentes de riqueza de su patria adoptiva.

Este jefe de valor demostrado, de aplicación conocida, de capacidad bastante y de honrada conducta desde su retiro, contempló que se afirmaba el poder de Rosas, ese vestigio de la anarquía y aunque cansado del servicio y vinculado por completo a los goces domésticos, abandona todo, incluso su teodolito, para alistarse en las filas de los que inspirados por ideas liberales, tomaron una resolución en su mente y una arma en sus manos de ciudadanos para combatir al opresor de la patria.

Mientras que el patriota Cramer cooperaba así al mejor éxito de la revolución, varios vecinos de Chascomús, deseosos de conocer a Castelli y creyendo por otra parte que convendría mucho su presencia en aquel pueblo para disipar cualquiera duda, se valieron de don José Ferrari, hacendado de posición en el partido, para que éste escribiera a Rico, a fin de que se empeñase con el primero en el sentido indicado, a lo

que accedió Castelli, no sin haber opuesto algunas dificultades, que fueron allanadas por los ciudadanos que lo rodeaban.

En la tarde del 5 de noviembre salía de Dolores con su secretario don Antonio Pillado, la escolta a cargo de don Pedro Lacasa y el lujoso escuadrón de hacendados de reciente creación al mando de don Martín Teodoro Campos.

A eso de mediodía del siguiente, fué recibido el jefe de la revolución, cerca de los *Dos Ombúes*, es decir, a más de una legua de Chascomús por sus autoridades y vecindario, precedidos de una hermosa bandera celeste y blanca, llevada por el joven don Evaristo Alfaro y en cuyo centro se había pintado un sol alumbrando estas palabras: «¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano!». Las manifestaciones más entusiastas tuvieron lugar allí, y a su paso por las calles embanderadas entre los vivas a la regeneración de la patria, manos delicadas derramaban flores sobre la cabeza de los atrevidos cruzados que llenos de contento correspondían con graciosos saludos.

Jóvenes ágiles, cabalgando fogosos corceles con sus arneses y demás arreos cubiertos de rico metal, y luciendo el *chiripá* nacional de brocatel azul ajustado a la cintura con el *tirador* cuajado de monedas de plata y oro, el escuadrón de estancieros era admirado de todos por su porte distinguido, acusando a primera vista el buen origen de los que lo componían, como la desahogada posición social que trocaban voluntariamente por los azares de una campaña militar.

Poco después, circulaba la siguiente proclama que era leída en el campamento y en la población con el interés que ella despierta.

¡VIVA LA LIBERTAD!

COMPATRIOTAS:

El día grande de la libertad ha llegado: ya no hay tiranos, ya no hay esclavos. El MONSTRUO que abortó el suelo argentino temblará al oír el ruido de nuestras sueltas cadenas. Todos somos iguales, todos somos argentinos: ya no existen los bandos sangrientos que nos despedazaron, y que el bárbaro aprovechó para envilecernos. Las diferentes opiniones, los resentimientos particulares, todo ha desaparecido, ya nada se recuerda más que los males que el feroz despotismo de un MALVADO nos ha hecho padecer ¡quién no tendrá que contar y llorar! ¿Puede el tiempo cicatrizar las heridas que conmueve recordar?

COMPATRIOTAS: A las armas, y que el grito uniforme de toda la provincia,



haga morir de espanto al CARIBE.

VALIENTES SOLDADOS, dignos descendientes de los hijos de Mayo, vuestros hermanos os saludan ¡vuestros hermanos han deplorado en silencio los males que habéis sufrido y no han podido prodigaros otro obsequio que las lánguidas miradas del moribundo. Mas hoy se han levantado en masa a recobrar sus derechos, y os convidan y os ofrecen en sus filas LIBERTAD, INDEPENDENCIA Y HONOR!

¡SOLDADOS: Un antiguo veterano que ha combatido con vosotros por la Independencia, os habla! ¿Podréis acaso ser indiferente a su llamado? ¿No correrá en nuestras venas la sangre de los Libres? ¿Habréis mancillado vuestro nombre siendo insensibles a un movimiento popular? No, los valientes que dieron días de gloria a su patria, no vacilarán en seguir la senda del honor que nosotros les mostramos: ¡no cargarán con el desprecio y las maldiciones de sus hermanos!

VALIENTES: ¡A las armas, ya no hay tiranos!

MILICIANOS: Ya se oye el clarín de reunión. A sus puestos valientes paisanos ¡libertad o morir con honor! Que el TIRANO a quien vosotros elevásteis a la cumbre del poder ¡MUERA! y que su sangre lave las ofensas que se os ha hecho. ¿No os conmueve, ver entrelazados en nuestras filas a los hombres de más fortuna y saber? ¿No dejan como vosotros sus familias y sus comodidades y marchan a la guerra a participar de sus males? Imitad este ejemplo y ocuparéis en la historia un lugar eminente, y en el afecto de nuestros compatriotas su reconocimiento sin límites. Al volver a vuestros hogares seréis premiados, y a la sombra de los laureles que váis a conquistar, descansaréis tranquilos, sin que os insulten ni os hagan servir a la fuerza. ORDEN Y UNIÓN será nuestra divisa, para que nuestros hermanos de la capital al abrazarnos, de nada tengan que avergonzarse al mirar nuestra bandera.

¡BUENOS AIRES, SALUD! Salve, oh patria de los héroes; tus hijos han jurado empuñar la lanza hasta morir o libertarte. El sangriento TIRANO, el que te ha humillado, no ultrajará más tu dignidad. Ya el BÁRBARO se guardará de atormentar a tus hijos. El COBARDE era cruel, atrevido y perverso cuando nos miraba indefensos. Hoy aterrado mira las nubes que del Sud se mueven a fulminar rayos sobre su cabeza.

¡COMPATRIOTAS! ¡SALUD! Pronto depondremos nuestras armas al pie de la pirámide que nuestros padres nos legaron como recuerdo de nuestro deber, y que el TIRANO no se atrevió a demoler...

PEDRO CASTELLI.

Mientras se terminaban los preparativos para obsequiar como era debido a los nuevos huéspedes, quienes pasaron por medio de la gente de Olmos, que, llegada horas antes, había echado pie a tierra y formado con sus armas en pabellón, dispuso Castelli que, corriéndose rumores de la aproximación de algunas fuerzas de los lados de Ranchos, se reconcentrasen las suyas al campamento general que se estableció hacia el norte y oeste del pueblo, observándose de paso, que Márquez para evitar una sorpresa y ciñéndose a las instrucciones de Rico, los días que estuvo al frente de la vanguardia, a cierta hora de la noche cambiaba de campo, y a veces hasta dos ocasiones en el curso de ésta, en resguardo de los *bomberos* que pudiera desprender el enemigo que se esperaba.

Entre los visitantes y curiosos que afluyeron entonces al campo de los patriotas, se distinguió una hija de Chascomús, la señora Carmen Machado, esposa del comerciante don José Cruz Dehesa, hermano del general de ese apellido. Era una joven de 16 años, de gallarda figura, tez pálida, ojos y cabellos negros y la que dotada de vivísima imaginación no carecía de un espíritu fuerte y fué ella la que desbordando en entusiasmo, al distinguir el estandarte de los libres tremolado por el intrépido joven Lastra, le había entrelazado una hermosa guirnalda tejida por sus manos.

Pero nada más interesante que los Recuerdos de aquella patriota en los que describe dicho episodio del modo siguiente:

«... Mi esposo, como he referido antes, era hijo de Córdoba, y fué uno de los más entusiastas el día del pronunciamiento en Chascomús, inspirándome sus mismas ideas. Así es que cuando entró allí Castelli, su casa de negocio como la de mi hermano el nuevo juez de paz, se engalanaron con banderas improvisadas de pañuelos de espumilla celeste y blanca, conservados por mí contra lo dispuesto por la autoridad, pues que en ese tiempo, cuando un comerciante compraba un cajón de géneros o una caja de cintas, todo lo que era *celeste o verde* se apartaba prolijamente para enseguida ser entregado a las llamas, so pena de comprometerse si exhibía esos colores declarados unitarios oficialmente. Mas eran tan lindos que me daba lástima arrojarlos al fuego, y esta es la razón por que existían ellos en mi poder».

«Entre las alegrías de una victoria fácil, porque nadie pensaba en otra cosa, llegó ese día 6 de noviembre, y Dehesa interesado en que yo visitara el campamento donde él tenía muchos amigos y conocidos, me invitó a que lo acompañase, sabiendo por otra parte que deseaba distribuir en persona una cantidad de escarapelas y divisas que había aprontado. Recuerdo que en lugar de un caballo *doradillo* en el que acostumbraba salir, mandó se ensillara para mí un brioso overo negro, al que le trenzaron la crin con cintas celestes, mientras me ponía mi vestido de muselina color cielo. Muy luego partimos, llevando en nuestra compañía al patriota italiano don Juan Milani, que era uno de los

habilitados de la casa».

«Era una tarde de primavera, serena y deliciosa, y apenas nos alejamos un poco de la población hacia el Norte, exclamó Dehesa, señalando el campamento: *¡Allí están los libres!* ¡Qué cuadro tan pintoresco! La hermosa laguna a nuestra izquierda, mientras que teníamos al frente y galopábamos sobre una alfombra de verdura y fragantes florecidas, en cuyo centro se agitaban multitud de hombres y de caballos, muchos de ellos haciendo ejercicio al toque de clarín».

«Noté que a medida que nos íbamos acercando, principiaron a desprenderse grupos de jinetes de varios fogones, a los gritos repetidos de *¡Viva la patriota chascomusera!* No tardando en rodearnos así que llegamos donde estaba acampado el escuadrón de hacendados de Dolores. Mis acompañantes se apearon para saborear algunos *mates*, en tanto que yo a caballo me entretenía en repartir escarapelas de mostacilla celeste y blanca a los oficiales, y cintas del primer color a los que no eran, diciéndoles que ésas divisas no tenían otro mérito que ser preparadas por mí, y que con aquella pequeña muestra de buena voluntad les quería atestiguar los votos del bello sexo de mi pueblo por el triunfo de los que protegían sus leyes sosteniendo la libertad. Ellos las tomaban presurosos y con tal entusiasmo, que no pocos las besaron al ponerlas en el sombrero o sobre el corazón, vivamente impresionados al contemplar un color que hacía tiempo había desaparecido».

«Concluida mi agradable tarea, y después de permanecer Dehesa conversando un rato más con los jefes y oficiales sobre los generosos objetos de aquel movimiento en que había tomado parte toda la campaña hasta Tapalqué, nos despedimos de tan amables caballeros, saludándome de nuevo con vítores estrepitosos, que apenas podía devolver con el pañuelo, porque con el tumulto mi ágil caballo, que como he dicho, era fogoso y también nuevo, iba escarceando y poniendo a prueba mi destreza en manejarlo como verdadera hija de las pampas del Sur».

«Se había ya ocultado el sol cuando volvimos a casa, y antes de perderse de vista en el horizonte aquellos grupos alegres, asaltada por ciertas ideas, exclamé con tristeza: ¡Qué juventud tan llena de vida y de valor! ¡Cuántos de esos pobrecitos que nos han dado el adiós rebosando en contento y a los que en este paseo acabo de distribuir mis humildes divisas, no existirán después del combate que se espera, resueltos como están a vencer o morir peleando contra la tiranía y viendo desaparecer como espirales de humo sus planes ilusorios!... Mis compañeros trataron de disuadirme... Pero, ¡oh, presentimiento funesto!...».

¡Desgraciadamente, el amargo vaticinio de la heroína del Sur no tardaría en

cumplirse, y ella misma salvando a duras penas de los seides del dictador, iría a llorar en el extranjero la destrucción de aquella juventud lozana, que se hundía en la eternidad del sepulcro con el edificio que levantara a la libertad y a la gloria!...<sup>[104]</sup>

## Capítulo VII

*SUMARIO: El coronel D. Nicolás Granada, vindicado ante la historia. — Nadie le reveló el alzamiento que se preparaba. — Actitud de D. Prudencio Rosas. — Disposiciones que toma para conjurar la revolución de Dolores. — Se pone en marcha con los carabineros sobre Chascomús. — Actividad desplegada por D. Vicente González, que acusa a D. Gervasio Rosas y pide un «barato» para lancear y acuchillar a los unitarios «infernales afrancesados».— Contestación autógrafa del gobernador Rosas. — Granada con la división de Tapalqué se incorpora a D. Prudencio, en la Posta de Génova. — Altercado entre ambos jefes con motivo de la captura del chasque de Castelli.*

Pero de las figuras más prominentes en la revolución que historiamos, fue sin disputa el coronel don Nicolás Granada.

Hijo de Montevideo, donde nació el 6 de diciembre de 1795, siendo sus padres don Miguel (andaluz) y doña María Francisca Veracierta, era ya subteniente del cuerpo de *Voluntarios de Madrid*, ¡mandado por el comandante don José Sanllet, cuando fué hecho prisionero por las armas de la patria que regidas por el general Alvear ocuparon aquella plaza fuerte el 23 de junio de 1814.<sup>[105]</sup>

En el mes de mayo de 1819, se le dió de alta en los cuadros del ejército con destino al servicio de fronteras. Diez años después, es decir, el 7 de febrero de 1829, aparece tomando una parte distinguida en el encuentro de las Palmitas (cerca de Pergamino) como teniente coronel del regimiento de Húsares, mandado por Acha<sup>[106]</sup> y donde quedó aniquilada la montonera, pseudo federal, acaudillada por el famoso Molina, del que nos hemos ocupado en otro lugar. En 1839 Granada que había tomado parte en la célebre al desierto y siempre en servicio activo contra los indios era ya coronel, y tenía a sus órdenes un excelente cuerpo veterano denominado «Coraceros de la Escolta» con el que guarnecía la línea de la frontera Sur más avanzada sobre el desierto. Vengamos ahora al punto capital.

Se ha dicho y repetido hasta el cansancio por los enemigos de Rosas que el coronel Granada había engañado a los revolucionarios de octubre. Hasta el inspirado Echevarría que con frente de águila glorificó aquel grito heroico, tiznó sus galones llamándole:

... Granada, el traidor villano,

Cuyo vil nombre quisiera

Dejar la musa olvidado

En el abismo de infamia

Del precito o del esclavo

Para no manchar con él

La pureza de su canto...

Pero nada más contrario a la verdad histórica, que cuarenta años después, cuando ya no existen los protagonistas y se han acallado las pasiones del momento, pone el sello imparcial del juicio contemporáneo, para que sirva de faro a las generaciones futuras en las tinieblas del pasado!

Después de escuchar a los actores, y de haber estudiado con atención los sucesos del tiempo, levantamos satisfechos esas imputaciones desautorizadas que amargaron injustamente los días de un soldado de honor, quien prefirió encerrarse en el mutismo, cuando tenía otras vallas que oponer a sus gratuitos detractores, porque repetimos bien alto y vamos a demostrarlo, que el coronel Granada no fué abordado por nadie en tal sentido.

Veamos lo que sucedió:

Cuando se supo la noticia de la muerte violenta dada a los Maza, en el lejano distrito de la Sierra del Volcán, el comandante Castelli en la campaña de Buenos Aires, como el general Lavalle en Montevideo, creyó llegado el caso de tomar las armas contra el gobernante a quien se culpaba desde el primer momento de aquel doble asesinato público.

¡En consecuencia, don Pedro Lacasa, sobrino de don Martín Campos, joven de viveza natural, recibió el encargo de trasladarse al campamento de Granada situado sobre el arroyo Tapalqué, con el objeto de explorar la opinión de éste que era amigo personal de Castelli y ver si podía ganarse algunos oficiales y subalternos! por intermedio de los tenientes D. Pastor y D. Mariano Lacasa, hermanos del agente y a quienes distinguía su jefe.

Está ya averiguado que las instrucciones dadas a Lacasa por el que debía colocarse al frente de la insurrección que se preparaba, iban hasta prevenirle que evitasen poner al coronel Granada en el secreto de ella.

En su inteligencia partió aquel emisario desde el Cerro de Paulino, establecimiento de Castelli, hacia fines de agosto de 1839, dirigiéndose al campo militar de Tapalqué con la excusa aparente de visitar a sus hermanos y felicitar a su coronel por el triunfo que pocos días antes había obtenido sobre los bárbaros.

Ocho días después, volvía de su comisión el joven Lacasa, dejando ya iniciados en el plan revolucionario a los oficiales de coraceros, tenientes Guillermo Superi, Benigno Villanueva, Crisóstomo Alvarez, Camilo Ugarte, León Gómez, Pastor y Mariano Lacasa, todos los que prometieron coadyuvar en su esfera al éxito de la empresa, siempre que no se interpusieren obstáculos que ellos como subalternos no pudieran prever ni evitar.

«... El comisionado en cumplimiento de sus instrucciones», escribe un biógrafo apasionado de Lavalle, «no dijo al coronel Granada una sola palabra que pudiera haberle hecho comprender el motivo ostensible de su viaje y regresó a Paulino para poner a Castelli al corriente de lo que dejaba preparado...».<sup>[107]</sup>

Por lo expuesto, se ve a las claras que dicho jefe ignoraba completamente el movimiento proyectado, y a pesar de que D. Fernando Otamendi, que era entonces su amigo íntimo y fué más tarde su compadre, garantizó con reprochable ligereza en las reuniones secretas que precedieron, la entera decisión de Granada, mantuvo a su respecto una reserva inexplicable, sin embargo de constarle como le constaba el carácter caballeresco de ese jefe, que si pudo rehusarse a faltar a lo que él consideraba su deber como militar, le habría guardado siempre una leal reserva.

Departiendo largamente con ambos sobre estos sucesos en 1864, nos ratificó el señor Otamendi, que no dió paso alguno decisivo cerca del coronel hasta después de la revolución, porque *lo creía estéril*, conociendo su adhesión a Posas, no obstante de explotar en beneficio de ella el nombre de Granada para que ninguno de los comprometidos se echase atrás o decayera el entusiasmo general, sabiéndose que nada había que temer por la retaguardia, cuando se contaba con un jefe del prestigio y de la bizarría de aquél.

Tal fué el origen de la falsa apreciación que dejamos destruida con el testimonio mismo de los que fueron sus adversarios en opiniones políticas.

Pero avancemos.

El coronel Granada que por ausencia de su jefe, se hallaba de comandante accidental de la división del Sur, de la que era el alma, contraído a la vigilancia de

aquella parte extrema de la frontera constantemente amagada por los indígenas, y a la que no podía desatender un solo instante, ni aún para asistir a uno de los actos más solemnes de la vida privada,<sup>[108]</sup> ignoraba, como se ha dicho, los graves sucesos que se desenvolvían a su espalda, hasta que una comunicación urgente del coronel González, fechada en la Guardia del Monte el 1.º de noviembre, adjuntando en copia otra del ex juez de paz de Chascomus, fue a llevarle la alarma.

Exacto en su servicio, no perdía tiempo en transmitir esa novedad al coronel don Prudencio Rosas, que lo era del regimiento número 6, y a la vez de toda la división y el cual se encontraba en el Azul o sus inmediaciones, circunstancia que previno con el mismo chasque al coronel González, incluyéndole también una nota del comandante del cantón de Tapalqué.

He aquí el tenor de ambos documentos:

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL COMANDANTE ACCIDENTAL DE LA DIVISIÓN DEL SUR *Tapalqué*, noviembre 2 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. *Al señor coronel comandante en jefe del regimiento número 3, don Vicente González.*

El infrascrito ha recibido hoy la comunicación de V. S. de fecha de ayer a que acompaña copia de la del juez de paz de Chascomús, el cual pone en conocimiento de V. S., la sublevación que ha estallado en el pueblo de Dolores en contra de nuestro ilustre restaurador de las leyes y por consiguiente en contra la libertad e independencia y sistema sacrosanto de la federación.

El que firma debe decir a V. S. que en el acto ha comunicado esto mismo al señor don Prudencio de Rosas que se halla en el Azul para ponernos de acuerdo por la fuerza que él tiene, y creo que me moveré mañana, o en dirección a ese pueblo o a Camarones, a pesar de la atención de esta parte de la frontera. V. S. se servirá comunicarme todo lo que tenga por conveniente, contando con que esta benemérita división acudirá con prontitud y decisión a donde convenga.

Dios guarde a V. S. muchos años. — *Nicolás Granada.*

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CAPITÁN ENCARGADO DE ESTE CANTÓN *Tapalqué*, noviembre 2 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación



Argentina. *Al señor coronel comandante en jefe del regimiento número 3, don Vicente González.*

El que firma, señor coronel, tiene el placer de comunicar a V. S. que los caciques, capitanejos y demás indios amigos que en este punto se hallan, en el momento de saber la sublevación ocasionada por hombres enteramente y desnaturalizados enemigos declarados de nuestro sistema federal, se agolparon ante mí pidiéndome les hiciera saber lo que había y de consiguiente ofreciéndose a servir en un todo como asimismo obligaron al vecino don Isidro Jurado que les vendiese cañas para armar lanzas, lo que ha tenido don Isidro el cederles todas las que ellos han necesitado.

En una palabra, señor coronel, todos están prontos a la primera voz que se les llame, siendo en auxilio y protección de nuestro ilustre restaurador y sagrada causa, habiendo tomado el infrascrito las medidas que le han parecido más convenientes.

Dios guarde a V. S. muchos años. — *Luis Gómez.*

Don Prudencio Rosas, en cuyo poder no había caído aún el expreso conductor de las comunicaciones de Castelli para Granada, tan luego como se enteró del aviso desde su estancia de Santa Catalina, ordenó a éste a incorporársele con su fuerza para marchar reunidos sobre Chascomús o sus cercanías a fin de obtener mejores datos de la *sublevación* y obrar según lo reclamasen las circunstancias, como lo hizo saber a su hermano el gobernador.

Estos son los documentos de la referencia.

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL DEL 6.º REGIMIENTO *Santa Catalina*, noviembre 2 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. *Al señor coronel don Nicolás Granada.*

En consecuencia cié la sublevación que ha estallado en el pueblo de Dolores, el que firma se pone en marcha en este momento para el Azul a ponerse a la cabeza de los carabineros de su regimiento, por lo que cree el que suscribe que V. S. con la división de fu mando debe marchar a incorporarse al que suscribe que va a tomar el camino de Chascomús; el que firma está persuadido que V. S. hará volar si posible tueste la división.

Dios guarde a V. S. muchos años — *Prudencio O. de Rosas.*

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL JEFE DEL REGIMIENTO NÚM. 6 DE MILICIAS PATRICIAS *Fuerte Azul*, noviembre 2 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. (*Transcribe una nota del señor coronel jefe de la División del Sur. D. Nicolás Granada, y da cuenta de moverse mañana por la mañana con el escuadrón de línea del regimiento núm 6, a Chascomús o sus inmediaciones*). Al señor general don Manuel Corvalán, edecán del excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia, nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier don Juan Manuel de Rosas.

El señor coronel don Nicolás Granada en comunicación de esta fecha como a las siete de la noche, dice al coronel que firma, lo siguiente:

«El infrascrito se dirige a V. S. adjuntándole originales los oficios que acaba de recibir del señor coronel don Vicente González; por ellos se impondrá V. S. de la sublevación que ha habido en el pueblo de Dolores y los resultados que hasta la fecha de dichas comunicaciones habían habido. En su consecuencia el infrascrito espera que V. S. se dignará decirle en contestación lo que crea conveniente en estas circunstancias por si V. S. cree conveniente incorporar ese escuadrón a esta fuerza y darle la dirección que V. S. crea conveniente poniéndose en tal caso a la cabeza, pues cree el que firma, que no obstante de no haber más datos de los que manifiestan estas notas, es de necesidad ponerse en movimiento “por lo que puede ocurrir. V. S. se servirá decir, al que firma lo que juzgue conveniente, pues esta benemérita división está dispuesta a sostener a todo trance a nuestro ilustre restaurador de las leyes”.

»El infrascrito coronel, contestó a esta nota, que creía que debía moverse con su división y unirse al escuadrón del número 6, en cuyo sentido mañana por la mañana sale de este punto el infrascrito con el expresado escuadrón en dirección de Chascomús o sus inmediaciones, en donde con mejores datos de la sublevación y conocimiento del lugar de los sublevados, obrará según se le presenten las circunstancias, esperando siempre las órdenes superiores.

»Lo que se dignará V. S. poner en conocimiento del excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia, nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier general, don Juan Manuel de Rosas».

Dios guarde a V. S. muchos años. — *Prudencio O. de Rosas*.

*Adición.*—Teniendo noticias que algunos de los sublevados se dirigían al Tandil, a prevenirlo el coronel suscripto al coronel Muñoz, y ha tomado otras medidas que ha creído justas en las circunstancias. — *Rosas*.

Granada al abandonar su campo en cumplimiento de órdenes superiores y terminantes cuidó ponerlo en noticia del coronel González quien a su turno lo anunciaba al gobernador, haciendo de paso serias inculpaciones a su hermano don Gervasio Rosas, que había sido capturado por los revolucionarios de Dolores.

Nos permitimos transcribir igualmente esos documentos que juzgamos de importancia histórica:

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL COMANDANTE EN JEFE DEL REGIMIENTO NÚM. 3 *Monte*, noviembre 3 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. (Acompaña a V. E. una nota del coronel Granada, y otra de D. Pascual Peredo). *Al excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier general, don Juan Manuel de Rosas.*

Excelentísimo señor: Tengo el honor de acompañar a V. E. una nota del jefe de la división del Sur, coronel don Nicolás Granada, en razón de lo mucho que han dicho los unitarios, y aún dicen, que esta división, está con ellos, arma favorita con que los doctores como don Gervasio Rosas, dará sus lecciones a sus satélites, como plan que debe seguir para contar con mucho no teniendo nada.

También acompaño esta nota de don Pascual Peredo para los fines que pueda valer a V. E. sobre la insurrección encabezada por esos hombres sin cabeza con menos instinto que los caballos, pues; no ven que la opinión general de los habitantes de la campaña es la adhesión a defender la ilustre persona del gran Rosas, y la causa sacrosanta de la federación.

Dios guarde a V. S. muchos años. — Excelentísimo señor. — *Vicente González.*

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL COMANDANTE ACCIDENTAL DE LA DIVISIÓN DEL SUR *Tapalqué*, noviembre 3 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. *Al señor coronel comandante en jefe del regimiento número 3, don, Vicente González.*

El infrascrito acompaña a V. S. la nota que ha recibido del señor coronel, comandante en jefe del regimiento número 6 de campaña don Prudencio Rosas, que ha dirigido en contestación a lo que el que firma comunicó al expresado señor coronel, en virtud de la sublevación que ha estallado en el pueblo de Dolores poniéndose en su

consecuencia en marcha esta división en dirección a Chascomús por el camino indicado, para ponerse a las órdenes del citado jefe y espera que V. S. se servirá transmitir al superior conocimiento del excelentísimo señor gobernador, nuestro ilustre restaurador de las leyes, este movimiento, a los fines que son consiguientes.

El que firma dará a V. S. los avisos que son convenientes.

Dios guarde a V. S. muchos años. — *Nicolás Granada.*

*Constitución, noviembre 3 de 1839.*

Señor don Juan Manuel de Rosas.

Mi afectísimo patrón: Después de saludar a V. E. con el respeto que debo y puedo, paso a decirle que el señor don Vicente González me ha dado orden que cite toda la gente y espere orden de él; ya tengo alguna junta en el otro lado del Salado, sin tocar ningún peón de los establecimientos a mi cargo. ¡Yo, señor, es tanto el gusto que tengo de servir a mi patria, que espero de su bondad no me aparte de la reunión por ningún modo hasta no ver que ya no queda ningún unitario por estos campos; favor que espera de la bondad! de V. S. este su servidor que le desea la mejor salud. — *Pascual Peredo.*

Pero el famoso don. Vicente González quería mostrar a sus confederares, como lo hizo ya en 1833, que su devoción al dictador y al *sistema*, iba hasta el fanatismo, haciéndose digno de representar su persona en la campaña del Sur, que la cruzó en todas direcciones de chasques y espías, para dar la voz de alerta a los correligionarios políticos, o descubrir las maniobras de los que no lo eran.

Rosas que lo conocía a fondo por haberlo formado en su escuela, descansaba plenamente en su lealtad probada, y las piezas copiadas transparentan que en efecto él era el eje, el resorte principal, si no el único que lo tenía al corriente de los acontecimientos que se desarrollaban imponentes hasta la víspera del combate en Chascomús.

Así es que, a la correspondencia ya transcrita, tomada en parte del archivo privado del vencido de Caseros, agregaremos alguna más para completar el cuadro que bosquejamos.

El 4 de noviembre, con diferencia de horas, le dirigía dos notas. En la primera, a la que incluye un oficio de don Prudencio Rosas, datado en marcha, se contrae a encarecer la actitud resuelta de sus *montaraces* contra los unitarios *infernales*, y la

adhesión de la fuerza de su mando a la *benemérita persona del gran ciudadano y de la santa causa federal*. La segunda ratifica el movimiento de Granada hacia el centro de la campaña, ridiculizando a la vez a don Gervasio Rosas al que insiste en hacer falsas imputaciones.

He aquí esos despachos, como también la contestación recaída en el último, que es no menos original, y el borrador casi en su totalidad de letra del *restaurador*.

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL COMANDANTE EN JEFE DEL REGIMIENTO NÚM. 3 *Monte*, noviembre 4 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. (*Acompaña a V. E. una nota del coronel D. Prudencio Rosas*). *Al excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier general, don Juan Manuel de Rosas.*

Excelentísimo señor: Tengo el honor de adjuntar a V. E. una nota oficial que el coronel don Prudencio Rosas desde la posta de Génova le dirige, con los demás pormenores que V. E. verá. También pongo en el conocimiento de V. E. que hoy ya se hallan reunidos en este punto el escuadrón del Monte, Lobos, Capilla Nueva, Matanza y Ranchos, y la compañía de don Pascual Peredo en sus respectivos puntos que ocupan sobre su posición, los que han sido armados hoy, y en la disposición de éstos y todos los escuadrones que anuncio a V. E, se advierte en sus disposiciones y semblantes un deseo vehemente porque los lleven donde están los unitarios infernales, a vengar el ultraje que hacen a la causa santa de la federación, en haber gritos en los pueblos que báta entrado, ¡*Viva Lavalle!* ¡*Muera don Juan Manuel de Rosas!* Los federales decididos montaraces a la benemérita persona de V. E. y de la santa causa de la federación, si esto por fortuna durase algunos días, dejando en seguridad el Monte, piden la venia para salir un par de divisiones guerrerillas a tener el gusto de gritar en los pueblos, ¡*Viva el gran Rosas!* ¡*Muera Lavalle!* y ¡*Mueran los unitarios!* y hacerles una visita donde quiera que estén; nada de ponderación excelentísimo señor, todas las divisiones que han llegado, que tengo dicho han vitoreado en esta plaza con los sentimientos del corazón y del alma que se les conocía en los semblantes, ¡*Viva el gran ciudadano don Juan Manuel Rosas!* ¡*Muera Lavalle!* ¡*Mueran los asquerosos franceses!* y ¡*Mueran los salvajes unitarios!*

Dios guarde a V. E. muchos años. — Excelentísimo señor. — *Vicente González.*

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL JEFE DEL REGIMIENTO NÚM. 6 *Posta de Génova*, noviembre 4 de

1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. *Al señor coronel del regimiento número 3, don Vicente González.*

Después de lo que escribí a V. S. en mi carta confidencial fecha de ayer, es necesidad instruir a V. S. para ulteriores disposiciones, que he llegado a esta, posta con el escuadrón de línea del regimiento número 6 de mi mando, donde espero la división del señor coronel don Nicolás Granada que salió esta mañana de Tapalqué e inmediatamente que se reúna emprenderé la marcha nuevamente en dirección a Villanueva, Milagros o el Venado, desde donde con más conocimientos arreglaré mis operaciones; esperando que V. S. pondrá el contenido de esta nota en el conocimiento superior.

Dios guarde a V. S. muchos años. — *Prudencio O. de Rosas.*

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL CORONEL COMANDANTE EN JEFE DEL REGIMIENTO NÚM. 3 *Monte*, noviembre 4 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. (*Acompaña a V. E. una nota del coronel D. Nicolás Granada*). *Al excelentísimo señor gobernador y capitán general de la provincia nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier general, don Juan Manuel de Rosas.*

Tengo el honor de adjuntar a V. E. una nota del coronel don Nicolás Granada<sup>[109]</sup> en la que se avisa se pone en marcha con dirección a Chascomús; el juez de paz de Ranchos acaba de llegar a este punto, y me dice que sabe por personas de verdad que el entecado y espirituado don Gervasio Rosas, por la voz general que corre entre ellos, es quien manda esas divisiones, y me ha entregado esa cartita de uno que mandó a Chascomús a ver si era cierto; no respondo de la verdad de esto porque los más que van a tomar noticias antes de entrar al punto de la novedad, ya escriben diciendo que es cierto; porque unos salteadores como esos, es vergüenza que tengan asustada media campaña, pero el Monte, excelentísimo señor, firme y constante defensor de la importante persona de V. E. y de la federación, a más de las pruebas que tiene dadas, espera ratificarlas lanceando y acuchillando a esos salvajes unitarios afrancesados. El juez de paz de Ranchos dice que se le ha desaparecido el sargento de la partida y el famoso don Luís Andrés Recalde que se halla en Ranchos también.

Dios guarde a V. E. muchos años. — Excelentísimo señor. — *Vicente González.*

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

EL GENERAL EDECÁN DE S. E. *Buenos Aires*, noviembre 4 de 1839, año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia de la y 10 de la Confederación Argentina. *Al señor coronel del regimiento número 3, don Vicente González.*

El infrascrito ha recibido orden del excelentísimo gobernador nuestro ilustre restaurador de las leyes, brigadier don Juan Manuel de Rosas, para avisar a V. S. el recibo de su nota fechada hoy, cuya suma es adjuntar una nota del coronel don Nicolás Granada, en la que avisa que se pone en marcha con dirección a Chascomús, y que el juez de paz de Ranchos acaba de llegar a ese punto y le había comunicado a V. E. algunas noticias con referencia a los salvajes unitarios revoltosos, can todo lo demás que expresa en su referida nota, y que S. E. queda enterado.

*S. E. también ha recibido hoy comunicaciones del coronel don Prudencio de Rosas, en que avisa lo mismo que comunica a V. E. el coronel don Nicolás Granada, y de que bajaba también con el escuadrón de línea del número 6, y la dicha división del Sur, ambas fueran reunidas, después de haber tomado otras providencias convenientes.*

*Por estas noticias y las demás que recoje S. E. de toda la ciudad y campaña, resulta comprobado que la sublevación que ha aparecido es un hecho aislado en Dolores y Monsalvo, y que los salvajes unitarios que la encabezan, como viles miserables esclavos de la tiranía extranjera, se han engañado contando con la cooperación que pensaban tener en la ciudad y campaña, según así la habían creído en sus aturcidas cabezas, dislocadas por disposición del cielo para el castigo de un traición sin ejemplo en la historia de las libertades del mundo americano.*

*En esta ciudad, los federales justamente indignados se presentan hoy en porciones a S. E. agolpándose a rogarle los mande a campaña a concluir con hombres tan pérfidos a la sagrada causa de la libertad.*

*El general don Angel Pacheco ha campado ya con la grande división del departamento del Norte sobre el río de Lujan.*

*El coronel don Antonio Ramírez se halla ya situado con la respetable división de su mando sobre la chacra de Ramos en el río Matanza, esperando orden, y a las demás divisiones y escuadrones mandados reunir, corren los paisanos y los soldados licenciados a incorporárseles diariamente.*

*S. E. previene a V. S. que de las copias que le mandó con el teniente coronel Echevarría en que se registran las importantes honrosas noticias recibidas de Europa últimamente, pase V. S. copias a los jueces de paz de Lobos, Navarro, Cañuelas y Ranchos, lo mismo que de la presente nota.*

*Dios guarde a V. S. muchos años.* — MANUEL CORVALÁN.<sup>[110]</sup>

A todo esto, don Prudencio Rosas, se movía del Azul en la madrugada del 3 de noviembre con el escuadrón de carabineros de línea del regimiento número 6, que formaba su escolta, acampando ese mismo día en la posta de Génova en espera de la División del Sur, que con arreglo a sus órdenes abandonaba simultáneamente el campo de Tapalqué para buscar su incorporación en aquel punto, como se verificó poco después.

Su entrevista con Granada, no fué cordial.

Las partidas exploradoras de don Prudencio, a pocas leguas del Azul, detuvieron a un santiagueño por creerlo sospechoso. En el registro de su persona, halláronle aseguradas a raíz de las canjes, unas comunicaciones, confesando entonces llamarse Santiago Salto y que se dirigía al campamento del coronel Granada, mandado desde el Cerro de Paulino, por don Fernando Otamendi, su patrón.<sup>[111]</sup>

Don Prudencio, desvelado por la idea de alguna traición, apenas hizo alto la fuerza que conducía Granada y llenadas que fueron las prescripciones de ordenanza, encerrándose con él en su coche le enseñó esas comunicaciones. Pero éste sin inmutarse, increpóle con energía que bajo ningún pretexto hubiese violado su correspondencia particular, cuando debió aguardar a que él se la mostrara si lo juzgaba lícito, puesto que su lealtad al gobierno legal la había acreditado constantemente. Don Prudencio, testigo de la exaltación de su confidente, quien fué hasta amenazarle con dejar allí mismo el segundo puesto que servía, para marchar en las filas como soldado raso; persuadido por otra parte, de su importancia, trató de apaciguarlo disculpándose del mejor modo posible y antes de retirarse Granada a su campo había recibido del mismo, todo género de satisfacciones.

Conjurando así un descubrimiento que pudo no ser pasajero, aseguraba don Prudencio su fortuna en el ya cercano conflicto que vamos a presenciar.



## Capítulo VIII

*SUMARIO: Avanza D. Prudencio hasta el paso del Venado. — Sus bomberos. — Los revolucionarios se reconcentran en el campo de Vallejos. — Aturdimiento de Castelli. — Sorpresa del 7 de noviembre. — Conducta recomendable del capitán Ansorena. — Mueren los comandantes Márquez y Mendiola. — Pronunciase la dispersión en ambos bandos. — Juan Crisóstomo Alvarez. — Fuga de D. Prudencio Rosas. — El coronel Granada queda dueño del campo de batalla por la traición del oficial Francisco Javier Funes.*

Don Prudencio Rosas luego de forzar sus jornadas alcanzó el 6 de noviembre a la margen occidental del río Salado, acampando en el paso del Venado, distante unas ocho leguas de Chascomús, donde se le reunió el capitán Segundo Giraldo. Desde allí y en tanto daba resuello a sus fatigados caballos, desprendió algunos espías para que, *bombeando* al enemigo, le avisaran su situación precisa, pues que concertaba el plan de atacarlo en la madrugada, recomendando con especialidad al paisano Justo (a) *Ratón*, que le merecía confianza por su destreza en tales comisiones, que tratase de penetrar en aquel pueblo, y cerciorado de hallarse, entre los sublevados la gente de Olmos, se viera en su nombre con el oficial Funes que mandaba una de las compañías.<sup>[112]</sup>

Pero, mientras esto tenía lugar en el campo federal, Castelli recibía un chasque del comandante Rico<sup>[113]</sup> indicándole que si aún no había obtenido el armamento esperado de Montevideo, no comprometiese acción alguna caso de ser atacado, sino que retrogradara en orden, buscando su incorporación, lo que no sería difícil desde que contaba con numerosa caballada y la *flor* de las del Sur.

Mas, descansando aquel jefe en los infundados asertos de don Fernando Otamendi, persistió en que el coronel Granada conceptuado con razón como la verdadera columna del enemigo, se le uniría sin quemar un cartucho, alucinación que presidió en todas sus medidas ulteriores.

Como se ha dicho, el jefe de la revolución instaló su cuartel general en la costa de la laguna pintoresca que da nombre al pueblo de Chascomús, ocupando con sus tropas una parte del campo perteneciente entonces a don Juan Dámaso Vallejo y el cual principiaba a pocas cuadras del ejido de aquél en dirección al Norte.

Allí tendió su línea la tarde del 6 de noviembre, dando frente al oriente y con el gran lago a retaguardia.<sup>[114]</sup> Apoyó su izquierda en el arroyuelo de Valdez, vadeable por do quiera, colocando en esa ala las milicias de la Magdalena y Atalaya con su jefe el mayor Miguel Valle. Al centro formó la división del *pueblo libre* encabezada por Márquez, la escolta del general en jefe bajo las órdenes de don Pedro Lacasa, el

escuadrón *sagrado* compuesto de los hacendados del Sur al mando de don Martín Campos y la fuerza de Chascomús con el 5.º escuadrón del número 6 de cantón en la boca del Salado a cargo del comandante Olmos, desplegando sobre la derecha hasta dar con la chacra del portugués Carlos Salda, la gente de los Montes Grandes, regida por López Calveti, sumándose un total aproximado a 1300 hombres de caballería.

Empero, hay de verdaderamente extraño que Castelli y su consejero Cramer, que era así mismo el jefe de la vanguardia, militares ambos de línea y hombres de experiencia en la guerra, creyeron sin duda supérfluo asegurar su frente y flancos extremos, destacando partidas exploradoras que recorriesen a menudo el cercano arroyo de Yitel que podía dar paso fácil a las fuerzas de Ranchos y Monte cuya aproximación se sospechaba, o hacia la posta de Ramón Figueroa situada en la bifurcación del arroyo Valdez, en el camino que conducía a la ciudad y cuya quinta de durazneros se prestaba a una emboscada, y por último sobre el arroyo Girado apenas distante legua y media al Sur de aquel pueblo y por donde aparecería, como sucedió, la vanguardia de don Prudencio.

Sin embargo, Castelli en su censurable aturdimiento, limitándose a establecer su línea en un campo sin accidentes y notablemente horizontal, descuidó todo lo demás, y como, si lo dominasen en su impresión los genios de la fatalidad, dió por única avanzada a su ejército, si merece tal nombre esa aglomeración de hombres desarmados y bisoños, la pequeña guardia confiada a un sargento que situó por lo de Gregorio Marín, es decir, en la conjunción de los caminos a Ranchos, y otra igual de cívicos de Chascomús a cargo del vecino Laureano Dehesa, que a su arribo ya encontró apostada en la pulpería de Pedro Sánchez, para vigilar el paso principal del arroyo o cañada de los Toldos, la misma que en la noche del 6 al 7 de noviembre fue mandada retirar por un orden atribuida al capitán Lucas Balan.

Así, los *Libres del Sur*, por la impericia de su jefe quedaron descubiertos y a merced de uno de esos golpes de mano que preceden casi siempre al desastre.

Don Prudencio *arriando* a todo individuo de armas llevar, que descubrieron sus partidas en el tránsito, logró reunir 1300 hombres veteranos, en su totalidad perfectamente armados como municionados; y el 6 de noviembre al anochecer, levantando su campo de la costa del Salado, avanzó con lentitud con las precauciones del caso, luego de bandear aquel río por el recordado paso del Venado, con la idea de amanecer sobre los revolucionarios.

Al ser de día, prevenido por sus batidores que aquéllos habían removido su campamento hacia el Norte de la población, que ya columbraban, hizo alto entre la

posta de Izurieta y el arroyo de San Felipe para mandar ensillasen los caballos de pelea, escalonando su fuerza en el orden siguiente:

Abría la marcha con el coronel Granada al frente el escuadrón de coraceros de la *escolta nueva*, armado de tercerola y lanza que, disciplinado en forma, era el plantel de línea del regimiento número 6, que lo apoyaba al mando accidental de su segundo el teniente coronel Ramón Bustos. Seguíanle los carabineros del número 5 (también veteranos) a las órdenes del coronel graduado Manuel del Carmen García sostenido a su vez por 200 lanzas indígenas a cargo del lenguaráz Ventura Miñana, que con un cañón de campaña de a 4 cerraban la retaguardia, el todo bajo la dirección (ostensible) del coronel don Prudencio Ortíz Rozas, jefe de los regimientos 5.º y 6.º de caballería, y el cual saltó allí de su coche, en que había acompañado a la columna para resguardarse con mejor comodidad del rigor de la estación.

Con los primeros rayos del sol, el vigilante Zariás Márquez, fué de los primeros en avistar la polvareda del regimiento del enemigo que se acercaba, y como habían pasado la noche con el caballo de la rienda, al eco instantáneo del clarín se abandonaron los fogones y cada uno ocupó luego el puesto que se le designara de antemano.

Según dejamos expuesto, Castelli dando fe a cierto rumor cambió su posición, creyendo ser atacado la víspera por el coronel don Vicente González, que hacía reuniones en el Monte y el que lo verificaría en tal caso por el valle de Santa Ana, que se dilatava a la extrema izquierda desde la orilla occidental del arroyo de Vitel. De manera que al aparecer aquella nueva fuerza en los rumbos del Sur, es decir, por el lado opuesto, bastaba el brillo de sus corazas de acero que lucían como las escamas sobre la tierra y su uniforme especial<sup>[115]</sup> aunque no hubiera asumido el aire de carga, como lo hizo, para que en el acto fuese tomada por la de don Prudencio.

... Cuyos bultos encarnados

Moviéndose al horizonte

Como nubarrón infausto

Que luz rojiza destella

Parecen al observarlos

O sayones del infierno

O verdugos de un tirano...

El comandante José Antonio López Calveti, que cubría la derecha y cuya gente era la mejor armada, recibió orden de salir a reconocer un adversario que incautamente suponía pasado; desprendiendo al efecto una guerrilla de tiradores con el oficial Juan Prudent, que al avanzar al trote, dió un viva a la patria y otro a *Granada* según lo convenido en la falsa suposición de que éste no haría armas contra los *Libres*, gritos que fueron contestados con una descarga del primer escalón de coraceros que hizo retroceder aquélla en desorden. Entonces, el capitán José María Ansorena, mendocino, cabalgando un ágil picazo, desnuda su espada para ordenar al trompa Reinoso, tocara a la carga y a degüello, y poniéndose al frente de la primera compañía del escuadrón Olmos, le dirige algunas palabras enérgicas y parte con ella formada como *tabla* para ir a estrellarse con los acometedores, cuyas mitades logra conmovier llevándose por delante, como el ariete de bronce que abre una brecha, a los carabineros de García, quienes abandonaron el campo en dispersión.<sup>[116]</sup>

Al secundar ese atrevido movimiento el resto de la caballería de los *Libres*, caen de los primeros y casi simultáneamente los comandantes Márquez y Mendiola, y la muerte de esos caudillos esforzados en momentos tan críticos, introduce la confusión en el centro de su línea, al propio tiempo que el ala izquierda compuesta de milicias colecticias principió a remolinear desgranándose luego en la dirección del Este.

... La tierra se estremece

Bajo los duros callos

De dos mil agilísimos caballos,

Y su temblor retumba

Como trueno lejano

Azorando a los brutos por el llano,

De los sables y lanzas el crujido...

En semejante conflicto, el escuadrón de hacendados descubierto ya y en peligro de ser flanqueado, tanto peor, cuando en su mayoría estaba escaso de armas, se corrió a su derecha, merced a la actitud enérgica de su jefe Campos y del ciudadano Lorenzo Gómez, que fué lanceado poco después por el oficial enemigo Sosa<sup>[117]</sup> con motivo de ser envuelto aquél por la fuerza de López Calveti, que falta de denuedo se azotó en la laguna, acuchillada por un pelotón de coraceros dirigido por el teniente Juan Crisóstomo Alvarez, joven de coraje romancesco, y el que a *en pelo*, con la cabeza

amarrada con un pañuelo, al estilo *pampa*, con llamas en los ojos, espuma en los labios y los puños de la camisa vueltos atrás hasta más arriba del codo, desfigurado por el sudor, el polvo y la fiebre sangrienta del combate, blandiendo su terrible lanza al frente de ese grupo de desalmados, o más bien titanes de rostro humano, exhibía como una visión fantástica y verdaderamente siniestra... ¡Ah! era el mismo que doce años más tarde, expiaría aquella hora menguada de su vida en el cadalso levantado por el despotismo que inconsciente contribuía a afianzar entonces...

Entre tanto, el desbande era general en ambas filas, visiblemente acéfalas de sus jefes principales, cuya acción no se manifestaba con energía capaz de poner coto al tumulto producido y que por instantes fue adquiriendo proporciones increíbles.

«... La derrota empieza; ginetes, caballos

Por el verde llano cruzan en tropel,

Caen unos, caen otros, tras ellos relucen

Los sables y lanzas que no dan cuartel...».

Ya casi desalojado el campo de batalla, aún se mantenía firme en su puesto una corta fuerza a la que un oficial de color, montado en un caballo blanco, después de haber arrojado su poncho y su sombrero, revoloteando el sable, trataba de contener con la palabra y la acción galopando de un extremo a otro de su frente. ¡Ese oficial, era el teniente habilitado de capitán, Francisco Javier Funes (cordobés) y esa fuerza que parecía haber echado raíces en el fúnebre campo, la segunda compañía, del escuadrón Olmos, con la que pudo conquistar todavía la victoria si la infidencia no hubiera sobrevenido a tizar el nombre del que verdaderamente *funesto* la estaba sujetando para entregarla como presa de su infamia al mismo que lo había martirizado el año antes! Vueltas misteriosas del destino...<sup>[118]</sup>

Don Prudencio olvidó su coche desde los primeros choques y

«... digno hermano

del cobarde tirano».

juzgó *prudente* poner distancia entre su persona y el campo de batalla, saliendo de él con varios ayudantes en dirección al Norte, mientras que su ala derecha, engolosinada en la persecución de los *magdalenistas* que poco hicieron aquel día en obsequio a su causa, había abandonado sus posiciones a la vez que el centro,

entreverándose con el de los *Libres*, no tuvo tiempo de jugar su cañón y confundidos en una sola masa salían del campo entre la erupción del humo, para cernerse en opuestas direcciones. Quedaban apenas algunos grupos de su izquierda cerca de los ranchos del chileno Manuel Cerda, los que organizados rápidamente por Granada y Bustos que estaban allí al amagar una carga decisiva a la compañía de Funes que tenían por el frente, levanta éste un pañuelo blanco en la punta de su espada, arrima espuela a los hijares del caballo y *vivando* a don Prudencio Rosas va a presentarse al primero de aquellos jefes. ¡Las dianas saludaron entonces a la victoria que había fluctuado, personificada ahora en ese tráfuga que desertando las filas de su partido iba a unirse con sus armas a los enemigos de la libertad!

El despedido Arnold, que marchitó para siempre sus lauros de Quebec, Bchmus y Seratoga, negociando secretamente con el general Clinton la entrega de West Point en 1780, si consuma su perfidia, no hubiese hecho tanto daño a la revolución Norte Americana, como el que causó Funes a la insurrección del Sur pasándose con los suyos al coronel Granada en 1839. En el primer caso, ninguna utilidad reportaron los ingleses, todo fue problemático, mientras que

«Funes el gaucho astuto, de nefanda

Triste recordación...»

¡como le llama el poeta al fulminar anatemas contra su memoria, entregaba deliberadamente un triunfo ya asegurado, contribuyendo a galvanizar una situación que había sido enterrada aquel mismo día y con ella los abominables degüellos de 1840 y 42, amén del cortejo de excesos que trajo aparejados el descalabro del 7 de noviembre y de nos ruborizamos los presentes y sin duda parecerán increíbles a los venideros...!

APÉNDICE  
DE LA  
PRIMERA PARTE

**AMPLIACIONES AL CAPITULO II**

(RECTIFICACIÓN A UN HISTORIADOR)

Señores Redactores de LA NACIÓN

Ruego a Vds. tengan la bondad de publicar las siguientes líneas:

El señor don A. J. Carranza, autor de la obra que debe aparecer bajo el título de *La Revolución del Sud* en 1839, comete, en el Cap. 2.º que ha publicado LA NACIÓN, graves errores de apreciación en la parte que se refiere a mi abuelo el señor don Francisco Joaquín Muñoz.

El señor Carranza se ha permitido, con una ligereza injustificable, atribuir a Muñoz el rol deprimente de *confidente* del general Rivera, y en conciliábulos con éste para pactar con el tirano Rosas.

Desconociendo la verdad histórica, tergiversando los hechos y haciendo comentarios que importan una ofensa a la memoria de un hombre que no trepidó jamás en el cumplimiento austero de sus deberes, el señor Carranza recoge, no sé de dónde, y quizá de ninguna parte, un rumor calumnioso que estampa en una nota puesta al texto del capítulo.

Dice esa nota así:

«Don Francisco Joaquín Muñoz, su *confidente* y a la sazón Ministro de Hacienda, del que *se ha dicho* con tal motivo que hizo entender a Rivera que un arreglo con Buenos Aires haría florecer las rentas de aduana, y entonces abundaría la *plata* con que alimentar las necesidades infinitas del caudillo, que si bien se le reconocía la virtud de ser *humano* en aquella época de sangre, en cambio era el compendio de todos los vicios y desórdenes imaginables, practicando el principio comunista, de *no pagar ni cobrar a nadie*».

Para los que hayan leído esta nota tan oficiosa como desautorizada, puesto que se funda en rumores e inventivas, escribo estas líneas como una protesta y entretanto no recibo una rectificación en forma y de origen fehaciente.

Entonces comprenderá el señor Carranza toda la ligereza e inexactitud de sus apreciaciones, y sobre todo verá que no conocía la vida, el carácter y los servicios de Francisco Joaquín Muñoz.

Sepa entre tanto el señor Carranza, para que pueda apreciar qué relaciones políticas mantenía Muñoz, que la casa de éste *era el punto de reunión* de Florencio Varela, Julián Agüero, Valentín Alsina, Juan Nepomuseno Madero, Jacobo Varela, Juan Lavalle, general Iriarte, Andrés Sometiera, Gervasio Posadas, general Rodríguez y tantos otros esclarecidos patriotas.

Todos ellos pertenecían a una causa común y Lavalle tuvo el concurso eficaz de ese grupo para su empresa. Mal podrá pues Muñoz, intentar o favorecer pactos con Rosas, él, que tuvo siempre odio al tirano y culto por la libertad, sin ahorrar, como sus hijos, sacrificio alguno en pro de la buena causa.

Sepa más el señor Carranza y vaya este recuerdo de familia a destruir por completo su atrevido comentario: el día antes de embarcarse Lavalle para la expedición, en presencia de la familia y en el patio de la casa de Muñoz, la esposa de éste, doña Cipriana Herrera entregaba a Lavalle *una corbata celeste* —Lavalle abrazando a la esposa de Muñoz le dijo estas palabras: «PRIMA, ME PONDRÉ ESTA CORBATA EN LA PLAZA DE LA VICTORIA».

Sé más que todo esto por las narraciones de familia; sé por el testimonio de los contemporáneos de Francisco Joaquín Muñoz, que tratándose de sus actos de hombre público o privado, no hay dos opiniones distintas. Apelo, sin distinción alguna, a los que le conocieron, trataron y viven hoy en Buenos Aires.

Cualquiera de ellos le dirá al señor Carranza que fué aquél un hombre de convicciones profundas, inquebrantables, y que nadie hasta hoy ha cometido la torpe injusticia o la incalificable ligereza de atribuirle trabajos o esfuerzos en pro de Rosas y sus hombres.

El que diciéndose historiador falsea los hechos, no los conoce o los aprecia arbitrariamente, debe ser desautorizado para que el error no cunda, y el que ha cometido el señor Carranza será evidenciado en breve.



Lo siento por el historiador, pero me felicito por la memoria del hombre que consagró su vida entera a la patria y a la causa de la libertad, y cuyos actos no tuvieron otro móvil que el deber cumplido en sus más austeras manifestaciones.

En esa vida intachable habría un punto negro, si quedara subsistente esa nota del señor Carranza, transmitiéndose sin contradicción a las generaciones futuras.

Habría existido una deslealtad y una traición a Lavalle, al correligionario y al amigo; habría una defección política, y sólo un hombre que no conozca los antecedentes de Francisco Joaquín Muñoz, ha podido cometer por medio de una nota informal, tan grande injusticia.

Saludo a los Sres. Redactores de LA NACIÓN.

JOSÉ MARÍA CANTILO.

C. de Vds., noviembre 12 de 1879.

## CONTESTACIÓN

### OBERTURAS PACIFICAS ENTRE RIVERA Y ROSAS

«Muchas veces», dice un publicista peruano, «he tenido presente el consejo de Tácito de lo muy peligroso que es escribir la historia del siglo que corre y del que ha poco pasó, por estar aún vivos los descendientes de las personas de quienes se trata; más he reflexionado que yo no me propongo injuriar a unos ni ser el panegirista de otros; procedo con mi espíritu libre de las preocupaciones de amor u odio; nada espero ni nada temo, porque mi ánimo lo conducen la buena fe y el patriotismo...».

Profesando ideas análogas, vamos a ocuparnos de la *rectificación* que pretende hacer un deudo de D. Francisco Joaquín Muñoz, negando de *memoria* la parte, conspicua que tuvo este personaje en las *oberturas* de paz que el general Rivera hizo a Rosas en 1839.

Afortunadamente para la verdad histórica se han salvado los comprobantes que como otras veces vamos a poner a la luz, vamos a esgrimir, a hacer hablar para enfrenar las pretensiones lastimadas de los que desearían que la historia lisonjeara vanidades o jactancias pueriles, repudiadas por la crítica y hasta por el pudor del sentido común, pues que en sus tranquilas esferas no tienen entrada el sofisma ni la apología infundada.

Conocemos mejor quizá que el caballero que tan duramente nos ha agredido, la vida pública del señor D. Francisco Joaquín Muñoz, y nos asociamos a sus biógrafos el general Melchor Pacheco Obes y D. Francisco Agustín Wright para reconocer sus dotes de hombre de Estado y sus antiguos y relevantes servicios a la independencia y a la libertad del Río de la Plata.

En la época de la revolución de Mayo, Muñoz fué patriota: en la guerra contra el Brasil, prestó servicios distinguidos: y los rindió también en la lucha con Rosas, redimiendo noblemente el *error* de apreciación de los intereses de su país, en que incurrió como CONFIDENTE Y COOPERADOR ACTIVO DE LA NEGOCIACIÓN DE LA PAZ a que nos liemos referido. Pero él será más adelante uno de los organizadores y de los mantenedores decididos de la defensa de Montevideo, y su nombre asociado al de sus compañeros de 1843: Suárez, Paz. Vázquez, Lamas y Pacheco Obes, pasará a la posteridad remata como el de uno de los patriotas más eminentes.

La aureola que circunda ese nombre en aquella defensa homérica, lo purifica hasta del error.

Entre los pliegues del manto inmortal que visten las grandes personalidades históricas, desaparecen todos los desfallecimientos, todas las alucinaciones inherentes a la naturaleza humana.

Así como no hay luz sin sombra, no hay hombre sin flaqueza y sin error.

El deudo del señor Muñoz se equivoca si cree que la fragilidad de 1839 es una mancha indeleble.

Aquel engaño, no fué una infidencia; y los documentos que poseemos nos permiten explicarlo.

La guerra con Rosas y la alianza con los franceses y los enemigos de éste, imponían al Estado Oriental el deber de concurrir a hacer efectivo el bloqueo del litoral argentino; pero el cumplimiento de ese compromiso arruinaba su hacienda pública y privábale de grandes beneficios materiales.

Muñoz era ministro de Hacienda, y luchaba directamente con las dificultades de una verdadera penuria que acrecería sin límites si a las cargas de la guerra se añadía la cesación del tráfico con las costas argentinas.

El ministro Muñoz era sincero enemigo de Rosas; pero creía, y ESTE FUÉ EL ORIGEN DE SU ERROR, que la Francia lo derribaría, porque tan grande y pundonorosa

nación en lucha con aquel sangriento tirano, no podía retroceder y no retrocedería.

En esta convicción, agobiado por las exigencias del erario y seducido por la posibilidad de los ingresos y de los provechos que vendrían a su país *colocándose en situación pacífica*, mientras los franceses y argentinos emigrados guerreaban al déspota que infaliblemente derrocarían, *el egoísmo del financista optó por la paz...*

Esa y no otra fué la causa de su error; y esto lo patentiza el hecho de que apenas rotos por el embarque público del general Lavalle los hilos de la trama en que tan deplorablemente se había comprometido, volvió a las filas de los amigos políticos con quienes estuviera en divergencia momentánea, y fué uno de los obreros más abnegados e inteligentes de la resistencia contra Rosas: lo fué hasta su último instante. Y como Agüero y Echeverría, cuando ya se dibujaba en el horizonte el astro de Caseros, expiró dentro de los muros de la nueva Troya que él concurrió a levantar *altísimos como los cielos*, según la expresión del poeta, después de haber luchado incansable, de haberle sacrificado su tranquilidad y su fortuna; de haberle dado la vida de su hijo Francisco y la gloria indisputable de su hijo José María.

Hecha queda con verdadera satisfacción personal, la justicia que a nuestra imparcialidad cumple discernir a la memoria del benemérito don Francisco Joaquín Muñoz.

Pero el *error* existió, y la historia no puede silenciarlo, porque no debe ocultar la verdad y porque produjo graves consecuencias que su omisión convertiría en un enigma inexplicable.

El deudo del señor Muñoz se arroja a contradecir lo que afirmamos, apoyado en recuerdos de familia acerca de las relaciones que él cultivaba con el general Lavalle, con el doctor Agüero, Varela y otros argentinos que cita.

En esas reminiscencias puede existir confusión de fechas pero es verdad sabida que el señor Muñoz tenía vínculos de amistad y de recíproca estima con aquellos caballeros, sin que esos vínculos fueran siempre políticos.

En 1837, por ejemplo, esos lazos de amistad personal no estaban relajados, y el señor Muñoz era ministro del Presidente Oribe que había declarado al general Lavalle FUERA DE LA LEY, y que por complacer a Rosas, expulsaba de Montevideo y conservó desterrados en el Brasil durante su gobierno, a los asilados argentinos Bernardino Rivadavia, Agüero, Alvarez Thomas, Gallardo, Pico, Angel Navarro, Miguel Valencia, Luis José de la Peña, Daniel Torres, comandante P. J. Argüero, Alsina, Carril, Juan Cruz

Varela, etc., etc...

Descansando la pretenciosa *rectificación* del deudo del señor Muñoz en base inconsistente, ni la habríamos tomado en cuenta, si los términos en que está concebida, debidos a la inexperiencia de la juventud o a la ignorancia de ciertos hechos de su propio país, no nos impusiesen la obligación de probar en servicio de la historia nacional, que detrás de cualquiera de nuestras aserciones, se encontrará siempre el documento que la justifica.

Los que poseemos en este caso son numerosos, y de entre ellos elegiremos los de las mismas autoridades enunciados en la *rectificación*.

Si esos testimonios que reservábamos se hacen públicos, la culpa sea exclusivamente del *rectificante*.

Después del aserto del Presidente Rivera ya publicado, acordamos la prioridad a la carta de D. Blás Despouy, escrita por encargo de los agentes diplomáticos de Francia, por su fecha y porque ella corrobora la explicación que dimos de la *conducta equívoca* del señor Muñoz.

Esto de tener o no tener PLATA era decisivo para el general Rivera: era el *to be, or not to be* de Shakespeare.

En seguida van las que prueban mas de lo que aseveramos.

El señor Muñoz fué más que *confidente* de Rivera en la tentativa de hacer una paz lamentable con Rosas: fué PROMOTOR, según el Dr. Agüero, cuyo nombre venerado se invoca para impugnarnos.

Ellas ponen también de relieve que el embarco del general Lavalle, a la luz del sol y bajo la bandera oriental como se realizó, dió una posición definida a la emigración argentina, imposibilitó todo acomodamiento ulterior con Rosas y precipitó la invasión del Estado Oriental.<sup>[119]</sup>

Ahora, dejamos la palabra a los documentos originales que tan luego como termine nuestra réplica, depositaremos por tres días en la redacción de este diario a fin de que puedan ser examinados con calma por los que se interesen.

## CONFIDENCIAL

«Exmo. Sr. D. Fructuoso Rivera.

Montevideo, 15 de abril de 1839.

Mi venerado amigo:

La adjunta carta la he escrito “a solicitud de los agentes franceses y con su conocimiento”, sirva esto de gobierno para su contestación que tendré que manifestarles también.

He podido conseguir que se demore el viaje de Mr. Roger a Francia que se debía verificar en esta semana, a fuerza de súplicas y de observaciones fuertes y justas. Considero esto como un pequeño triunfo, por las razones que le manifestaba en mis anteriores y los funestos resultados que hubiera podido provocar respecto al bloqueo, la ida de Mr. Roger en estas circunstancias.

Por Buenos Aires estamos informados del pésimo resultado que han tenido los corrientos en su primer ensayo.

Esto varía y oscurece mucho el horizonte político, y pone a V. E. en una posición diferente de la que ocupaba y mucho más difícil. Pero cualquiera que ella sea, V. E. cuente con mi débil e insignificante cooperación para todo lo que le pueda ser agradable hasta la muerte.

Es cuanto ocurre a su atento y apasionado amigo.

(f.) BLAS DESPOUY».

Exmo. Señor Presidente, General D. Fructuoso Rivera. — (Donde se halle).

## II

«Exmo. Sr. Presidente General D. Fructuoso Rivera

Montevideo, 14 de abril de 1839.

Muy respetable Sr. mío y venerado amigo.

Ayer tuvimos el primer aviso de grandes novedades, ocurridas entre el ejército

Entreterriano y el Correntino;<sup>1201</sup> pero sin ningún detalle oficial que pudiera hacernos valorar su verdadera importancia, y lo mismo sucedió respecto al paso del Uruguay de un trozo de tropa oriental, que se nos anunció de oficio, que al mando del coronel Núñez había tenido orden de V. E. de apoderarse del Arroyo de la China.

Sin embargo, con este solo aviso creí conveniente el hacer presente a los agentes franceses, que consideraba Regado el momento de probar a V. E. que no era en vano lo que había ofrecido por mi intermedio a V. E. Mr. Martigny, respecto a las fuerzas francesas del Paraná; y me contestaron del modo más satisfactorio y me autorizaron de ir a prevenir al Sr. ministro Ellauri, que pidiese inmediatamente de oficio que la escuadra francesa fuese a ocupar su primera posición en el Paraná, en atención de haberse lanzado ya las tropas orientales en la provincia de Entre Ríos, y que su pretensión sería bien acogida y cumplida, y sobre esto puede V. E. quedar tranquilo.

Ahora “ya que el Sr. ministro Muñoz se halla inmediato a V. E.” he creído muy conveniente tomarme la libertad de hacerle unas prevenciones, que han sido muy poco apreciadas por este señor cuando se las he indicado a él mismo, y como son de una importancia y de una trascendencia suma para V. E. y el gobierno que preside, yo no debo trepidar en manifestárselo directamente, y prescindir del mal humor que esto pueda causar al Sr. ministro Muñoz a quien podrá V. E. manifestar mi carta si lo estima conveniente.

EL SR. MINISTRO MUÑOZ NO QUIERE TOMAR MEDIDAS EFICACES Y RADICALES, PARA EVITAR QUE LOS BUQUES DEL CABOTAJE DE MONTEVIDEO, PASEN CON EFECTOS A LA BANDA OCCIDENTAL, NO OBSTANTE DE HALLARSE ESTO SOLEMNEMENTE PROHIBIDO POR LA DECLARACION DE GUERRA.

Los agentes franceses sufrían este tráfico encubierto con expediciones simuladas de la aduana de Montevideo, antes de la declaración de guerra, con alto dolor. Pero lo que se hace y se tolera por la misma hoy día, “lo consideran como una traición a los principios de comunicación” (vedados solemnemente) por la declaración de guerra, y esto es lo que afecta y es imposible que toleren los agentes franceses.

El señor ministro Muñoz está persuadido que él ha podido hacer todo esto sin ser comprendido; pero yo le he prevenido que estos señores estaban al cabo de todo, “y que estaban también muy irritados contra él, de verle observar una conducta tan poco análoga al estado actual de cosas”, (dije esto) porque considero que cualquiera medida estrepitosa que llegase a tomar el almirante con respecto a los buques del cabotaje oriental, sería una verdadera fatalidad, particularmente en la posición grave que hoy se

halla V. E. y la política de estos países; y sin embargo de haberse hecho poco aprecio de mis avisos, puedo asegurar a V. E., que he logrado con mis súplicas a los agentes franceses, contener hasta ahora, el que se tomasen medidas que hubieran mortificado mucho a V. E., que hubieran arruinado ya a algunos comerciantes orientales y que hubieran hecho reír a nuestros enemigos comunes.

Todo esto lo puede evitar el señor Muñoz, con solo una medida racional (cual es), que ningún buque del cabotaje salga de este puerto, sin dejar afianzado por sujetos a la satisfacción del consulado de Francia, que no se desviará del destino para donde vaya despachado y que se sujetará a las reglas que se establezcan al efecto.

De este modo, la escuadra francesa y sus equipajes, quedarán más francos para atender a todos los objetos que digan relación a hostilizar al enemigo común; Y QUE PARECE QUE EL SEÑOR MUÑOZ TIENE EMPEÑO EN DISTRAER, CON EL MEZQUINO OBJETO DE HACER REPORTAR MAYORES DERECHOS A LA ADUANA MOMENTANEAMENTE, Y SIN PRECAVER LOS INCIDENTES FUNESTOS QUE ESTO PUEDE ACARREAR. Si esta medida no se toma, puede V. E. estar seguro de que no volverán a subir los buques, porque tampoco es justo que mientras están defendiendo los intereses comunes, el gobierno oriental permita y haga que se viole el bloqueo que están encargados de hacer efectivo.

V. E. extrañará ciertamente, que después de haberle yo felicitado de la elección de un ministro tan generalmente estimado como lo es el señor Muñoz, y particularmente por los agentes franceses, “sea hoy día la única persona de quien estos señores tengan que quejarse. Me parece pues muy importante que V. E. confiese al señor Muñoz, hasta convertirle completamente por sus pecados pasados, presentes y futuros”.

Concluyo mi carta, por no molestar más su atención. Yo recelo que ella le será un poco desagradable; pero nunca me arrepentiré de haberle escrito; pues no he consultado en eso mi gusto, sino en hacer un bien a una persona que aprecio sobremanera, que es V. E. como igualmente el gobierno que preside. Es cuanto ocurre por hoy a su atento amigo y S. S. Q. S. M. B.

BLAS DESPOUY».

### III

EXTRACTO DE CARTAS DEL DR. D. JULIÁN SEGUNDO DE AGÜERO, AL GENERAL LAVALLE.

«Montevideo, 11 de julio de 1839.

Mi general y amigo... Voy a hablar a usted de un asunto grave, de que le instruirá más por extenso Frías. El ministro Ellauri, entró en negociaciones con Mr. Baradére, ofreciendo que el gobierno daría a usted alguna gente, si los franceses hacían otro tanto. Con la respuesta que se le dió, hubieron varias conferencias siendo la última la de anoche, a la que a más del Presidente y ministros, concurrieron Enrique Martínez, don Gabriel Pereira, don Santiago Vázquez, don Julián Alvarez, Chucarro y Bejar.

MUÑOZ FUE EL PRIMERO QUE HABLÓ, HACIENDO PRESENTE LA IMPOSIBILIDAD DE HACER LA GUERRA, LA NECESIDAD Y POSIBILIDAD DE TRANSIGIR CON ROSAS, ETC.

Vázquez lo combatió, hablando de la probabilidad de buen resultado que debía esperarse de la empresa de usted, sobre todo, si el gobierno la auxiliaba como convenía en su opinión hacerlo. El Presidente lo interrumpió bruscamente, declarando que no pondría un solo hombre a las órdenes de usted, y la conferencia concluyó...

Día 12.—Ayer dejé aquí esta carta, por si había que comunicarle algo más.

EN EFECTO, MUY LUEGO SUPE QUE MUÑOZ HABÍA SIDO AUTORIZADO POR EL PRESIDENTE PARA ENTENDERSE CON EL MINISTRO INGLÉS AMBOS HAN TENIDO EN LA MAÑANA DE AYER, UNA LARGUÍSIMA CONFERENCIA, Y ME CONSTA, NO ME QUEDA DUDA, QUE SU OBJETO HA SIDO EXCLUSIVAMENTE LA PAZ: Y ANOCHE ME HAN ASEGURADO, QUE HAN QUEDADO YA DEFINITIVAMENTE ARREGLADAS LAS CONDICIONES.

En medio de esto, el Presidente se ha comprometido a no hostilizar nuestra empresa; solo quiere que no se entienda que la protege, "porque esto cruzaría sus negociaciones". Yo solo quiero que nos deje obrar con libertad, y negocie cuanto quiera, que espero sacará lo que el negro del sermón. Frías instruirá a usted más por extenso, de otros pormenores. Solo añadiré, que hoy creo tenemos una nueva garantía en el joven Lamas a quien Rivera ha nombrado secretario, en lugar de Enrique Martínez, que sale muy luego para Casapava.

(f.) —JULIÁN S. DE AGÜERO».

#### IV

«Montevideo, julio 17 de 1839.



... Mi carta, y lo que por encargo mío debe haberle dicho el amigo Frías, lo habrá convencido que por parte de don Frutos, nada hay que esperar, sino una obstinada hostilidad. Hoy sobre todo, que no *piensa sino componerse con Rosas*, es necesario que hostilice de todos modos la empresa. Importa pues, que tome las medidas convenientes para reunir a *todo trapo* los elementos. Lo que más importa, es la celeridad; el último paquete ha traído la noticia de que la Francia ha admitido la mediación de la Inglaterra con respecto al bloqueo: yo dudo de la exactitud de la noticia, pero usted advertirá el conflicto en que nos pondría si tal cosa sucedía antes que Vd. se hubiese puesto en acción...

(f.) —JULIÁN S. DE AGÜERO».

## V

«Montevideo, julio 27 de 1839.

Cuando recibí su última, ya *Suso se había ido para Buenos Aires*, lo que me priva de una bella oportunidad de hacer uso de la carta que me escribió *ad hoc*; puede ser sin embargo que % se presente modo de hacer este gancho...

... Ya dije a usted en mi anterior, que Frutos había salido en la noche del 20 muy asustado, a consecuencia de las montoneras que han aparecido en varios puntos. Otro de los amigos se encargó de instruirle de la negociación que dejó encargada a su agente Despouy, ofreciéndose ayudar a la empresa argentina, con una fuerza de 1200 a 1500 hombres. Como nadie hizo caso de la tal propuésa, todo quedó, como debía quedar en nada. Después ha ocurrido una cosa notable.

Hace tres días que llegó de Buenos Aires la corbeta inglesa Acteón, trayendo la respuesta del ministro inglés, CON QUIEN D. JOAQUÍN MUÑOZ HABÍA ENTABLADO LA NEGOCIACIÓN DE PAZ CON ROSAS.

Le dice el ministro que no ha podido hablar con Rosas, pero que Arana le había declarado categóricamente que aquel gobierno no reconoce a Rivera como presidente de este Estado, y que jamás tratará con él.

ESTE HA SIDO UN GOLPE MORTAL PARA MUÑOZ. Los demás hombres de alguna influencia, a quiénes es preciso hacerles la justicia de que *han desaprobado aquella negociación*, se han pronunciado abiertamente por la necesidad de auxiliar la empresa argentina. Han escrito a Frutos, que no se sabe donde está, y que se ausentó sin dejar aquí gobierno; más, sin esperar su respuesta, han empezado por abrir la comisaría y

franquear los artículos de que hablé en el principio de esta carta. Si tuvieran más, lo darían, pero no tienen, ni medios de obtenerlo. Me han insinuado que piensan mandar a Vd. el batallón que tienen en ésta, aumentado con vascos que se proponen enganchar. Aunque creo que esto quedará en nada, sobre todo desde que Frutos lo sepa, sin embargo, yo les he hecho decir, que antes convendría ponerse de acuerdo con Vd. porque puede suceder que, según el plan que adopte, la infantería no le sea útil, y desde que no la necesite, le será muy gravosa: que el motivo que tengo para exigir previamente este acuerdo, es para que Frutos no atribuya a un desaire, si acaso Vd. no admite la infantería. Que por lo demás, si le mandan gente de caballería, estoy seguro que la aceptará con mucho gusto. En este estado está este negociado, y es probable que en él se quede. El joven Lamas y su padre son los que con más interés han promovido esto. El joven a más ha abierto una suscripción para auxiliar la legión libertadora, a cuya cabeza figura el ministro Ellauri. Se lisonjea hacer *también tomar parte en ella a Muñoz*: no sé lo que ella dará...<sup>[121]</sup>

(f.) JULIÁN S. DE AGÜERO».

## VI

«Montevideo, 6 de agosto de 1839.

... En cuanto al nuevo plan que los últimos sucesos le han sugerido, no puedo decirle sino que Vd. exclusivamente Vd. es el que ha de resolver, contando con los elementos que tiene. Es necesario que Vd. sepa que, a pesar de lo que llevó Reinafé no debe esperar de aquí un solo hombre. El señor Pereira ha encargado a Lamas que le escriba a Vd. que mientras él mande, tendrá de este gobierno todos los auxilios que le sea posible dar, menos dinero, porque no lo hay, ni crédito para buscarlo: que tampoco podrá dar hombres, porque el país tiene que defenderse de los enemigos que lo han invadido: esta invasión los llena de cuidados.

Por otra parte, LAS PROPOSICIONES QUE LLEVÓ REINAFÉ SON HIJAS DE LA MALA FE DE MUÑOZ QUE EN ESTE PUNTO ES PEOR QUE RIVERA.

Es necesario también que Vd. sepa, que Reinafé apremiado por varios para que tome parte en la empresa, ha contestado que él no irá sino a Córdoba; que Rosas a pesar de haber asesinado a sus hermanos, no es su enemigo; que *su enemigo es Buenos Aires*.

PROPIO AGENTE DE RIVERA Y DE MUÑOZ.

Por último, a pesar de todo lo que dice Pirán, no es seguro, ni yo creo que hayan

pasado Echagüe y Urquiza. Digo esto para que Vd. no forme combinación bajo supuestos equivocados o incidentes. En cualquier caso, le repito, Vd. no debe contar sino con los elementos que le son propios...

... Florencio debe hablar a Vd. sobre las últimas noticias recibidas con relación a la mediación inglesa. Me refiero a él. Las noticias no son de despreciarse...

Día 7.—... MUÑOZ HA HECHO RENUNCIA DEL MINISTERIO QUE LE FUE ADMITIDA EN EL ACTO. En su lugar, ha sido nombrado el señor Chucarro que aún no sé si admitirá...

Día 8.— El viento aún no es bueno: sin embargo en este momento me dicen que la *Bordelaise* va a cargar los sables, monturas, etc., y voy a cerrar esta carta para que vaya en ella.

Anoche estuve con el joven Lamas que me mostró una carta de Rivera del 2, concebida en estos términos precisos: "Ya no es posible que Aguiar vaya a *ponerse al frente de la expedición contra Rosas*: Ustedes vean si encuentran otro que mandar, o entiéndanse con el general Lavalle *puesto que está en juego*". Vd. vé por estas pocas palabras, cuales eran las intenciones de Rivera *en el consabido plan*. Sin embargo, me aproveché de esta oportunidad para exigir de Lamas, qué fuerza podría dar a Vd. el gobierno. Me contestó que en orden a caballería no creía que Frutos se desprendiese de un hombre; que de aquí, acaso podría enviársele algunos hombres de infantería, pero no los que en un principio se había creído que podrían enganchar, pues esto no era posible desde que los franceses se han negado a dar dinero.

... Don Luis Lamas ha sido nombrado ayer ministro de gobierno. Esta elección es para nosotros favorable... Cierro de prisa ésta para que no deje de ir en la *Borderlaise*.

Su afectísimo amigo.

(f.) JULIÁN S. DE AGÜERO».

## VII

EL DOCTOR PORTELA AL GENERAL LAVALLE.

«Montevideo, julio 11 de 1839.

Muy señor mío y amigo: cada día que pasa nos dá motivo para escribirle en un tono más halagüeño, más lleno de fundadas esperanzas. Ya casi no puedo dudar que

todo el mundo, orientales y argentinos, todos quieren hacerse cómplices de *su fuga*. ¿Quién nos había de decir, que un *jaque doble* dado por un salto de la tierra al agua había de venir a componer un juego casi perdido? El caballo en el ajedrez suele hacer muy frecuentemente estas diabluras. No extrañe que embrome un poco porque después de tantas aflicciones recién tengo un poco de humor alegre.

Son las once de la noche, y el estado de las cosas y de la política es a esta hora como le voy a decir a Vd.

Dos noches se han reunido los notables en consejo y ha sido el *parto de los montes*. Han convenido en proponer la paz a Rosas por el ministro Mandeville y bajo su garantía.

EL MINISTRO MUÑOZ ESTÁ BAJO UNA MONOMANÍA PACÍFICA.

Ya se habrá Vd. apercibido de algo de esto, pero no tema nada; lo que importa es la prontitud y rapidez de las operaciones suyas y nuestras, para que se reúna gente en Martín García.

*Ésta paz no es más que una miseria ocasionada por el miedo, o el despecho a que han podido dar lugar los últimos sucesos.*

Pero no hay que precipitarse. Nuestra posición es mejor. El *hombre* se presta a manejarse por debajo de cuerda, sino protegiéndonos en algo, al menos dejándonos obrar libremente. El debe salir dentro de cuatro o cinco días a la campaña. Si sus intenciones son viciadas, no nos importa. Si lo proyectado en el campo no se realiza, *aquí* quedará de vicepresidente Pereira, y mi *amigo* que Vd. sabe entra al ministerio. Aquí hemos de enganchar con plata que no nos faltará, mucha gente aún. Mándeme decir que armas puede necesitar, que las he de conseguir. Hoy este amigo me ha dicho, que la tolerancia de su parte, es decir, de don Frutos, ha sido acordada. Esto nos basta. Nosotros nos hemos de proporcionar recursos suficientes. Esté Vd. seguro. No se ha de aventurar un golpe tan grave por sus consecuencias. Todo tenemos de nuestra parte. Si sabemos aprovechar del tiempo, el triunfo es seguro...

Le incluyo ese papelito que es una clave simple, por si Vd. o nosotros queremos escribir algo muy importante. Escribiendo de modo que cada letra deje un intervalo para dos, ya Lace no inteligible lo escrito.

En fin, general, aquí concluye mi larga carta, bendiciendo la inspiración que lo arrancó de aquí para tener a Rosas en un *jaque* constante. Mi actividad para secundar

esta denodada resolución, no disminuirá un instante. Todos estamos en igual caso... De cualquier modo que Vd. ponga a prueba nuestro patriotismo, de cualquier modo estamos dispuestos a servirle. Entre tanto, cuente Vd. para todo con su decidido y fiel amigo.

(f.) IRENEO PORTELA».

## VIII

«Montevideo, julio 13 de 1839.

Compatriota querido: Otra fecha, otros cosas, otros sucesos. Cada día, cada hora, es un siglo para nuestra revolución, para nuestras simpatías y para los amigos del tirano. Un cuarto de hora que se pierda, puede hacer caer bajo el hacha del verdugo, 50 cabezas de argentinos que se conservan decididos a sostenernos en medio de inmensos peligros. Los sucesos nos amenazan sin cesar.

*“Acaba de partir el ministro Mandeville a proponer la paz al gobierno de Buenos Aires. Dicen que él servirá de garantía y mediador a falta de la buena fe conocida de las partes contratantes”.*

No importa. Todo lo dicho con fecha anterior queda en pie. La única fatalidad que podríamos temer, sería una orden de levantamiento de *bloqueo* originada en el ministerio francés, por informes falsos que hubieran dado una idea equivocada de los intereses verdaderos de la Francia. De aquí, la necesidad de comprometer cuanto antes más y más a los franceses, en medidas de guerra que no los dejen retroceder. De aquí la necesidad de una acción rapidísima en el desarrollo del plan que debe adoptarse, sea cual fuere. La revolución abortó en los desgraciados Maza; es preciso sostenerla o perecer del todo...

... Ansiosos estamos por noticias tuyas. Satisfaga con algunas, al menos a sus amigos entusiastas.

No pasarán cinco días sin saber de cierto, si se reúne Olazábal. No tengo duda que lo hará inmediatamente que reciba las noticias últimas del estado de las cosas *y de la marcha del torcido gabinete de Montevideo*. Es decir, su marcha natural, porque a la verdad, lo derecho del cuerno os ser torcido. Creo que he hecho cuanto estaba en la esfera de lo posible para secundar su patriotismo.

Vuelvo a saludarlo con todo el entusiasmo de mi patriotismo y la ingenuidad Vd.

su leal amigo.

(f.) IRENEO PORTELA».

## IX

«Montevideo, julio 22 de 1839.

Muy señor mío y amigo:

... Sea lo que fuese lo que le haya informado a Vd. respecto a D. Frutos, y sus nuevas supuestas intenciones, nada se puede creer, nada sino es que él se propone con nuevos embustes oponer nuevos obstáculos.

Con motivo de unas montoneras que aparecen en el campo, (se dice que en la Florida), salió el sábado a la noche dejando una carta al zonzo pícaro Despouy, en que le dice, que si los franceses le dan doscientos mil patacones, él dará quince mil hombres muy pronto; claro es, que todo es embrollo y nada más. Su pérfido objeto se apercibe muy bien. Distraer a todos de nuestro plan. Pero si él redobla las mentiras, es preciso redoblar nuestros esfuerzos...

... Volviendo a Rivera, nada se sacará de él sino el partido que las mentiras saquen de las mentiras. En este sentido se marcha.

Todo el mundo sigue aquí trabajando con el mismo *empeño*. El entusiasmo y las simpatías por nuestra causa y su persona, son para Rivera obstáculos que hacen fermentar en él un inagotable y loco mentidero.

Si me cree susceptible de secreto, no deje de decirme cuando partirá para atacar a los enemigos. Conozco los tropiezos en que puede tocar, pero la necesidad de precipitar su acción es indispensable. Nuestra posición en tanto que no salgamos de la isla, es horrible, porque (si lo que yo no espero) viene algo de Europa relativo al bloqueo que pueda halagar a Rosas, la cooperación faltará en todo sentido, y somos perdidos. Algo es preciso sacrificar a la exigencia de circunstancias tan azarosas.

Dispéñeme la libertad que me tomo porque es hija de mi patriotismo, y de la singular estimación de su verdadero amigo y compatriota.

(f.) IRENEO PORTELA».

## X

«Montevideo, agosto 20 de 1839.

Muy señor mío y amigo... Nuestros amigos los agentes, continúan portándose como siempre; no bien le dije a Mr. Martigny lo que Frías acababa de comunicarme sobre la necesidad de recursos pecuniarios, se prestaron a lo que se habían comprometido en el momento.

Mr. Martigny, me dice que no tema que se levante el bloqueo; no solo por los acontecimientos que han tenido lugar en Francia, de que usted se impondrá por los diarios, sino por que su correspondencia particular así se lo hace creer. Esto nos es muy importante en los momentos de obrar contra Rosas.

Por último, me permitirá observarle lo que otros de nuestros amigos observan también. Ciertos hombres enemigos nuestros, tienen aquí noticias detalladas del estado de la isla. Hacer las comunicaciones menos francas, sería muy interesante, porqué aunque hasta ahora nada nos perjudica lo que se ha dicho, pero pudiera del mismo modo domarse, y llegar a oídos del mismo Rosas, lo que convendría ocultar...

Su verdadero amigo.

(f.) IRENEO PORTELA».

## XI

### EL DR. ALBERDI AL GENERAL LAVALLE

«Montevideo, 3 de julio de 1839».

Mi querido general. Rivera está hecho un león (si el zorro puede hacerse león alguna vez). Dice que el paso de ayer<sup>[122]</sup> ha sido un atentado, un motín, un ultraje a las prerrogativas del Estado Oriental. Dice que tiene que hacer grandes cargos, que pedir fuertes explicaciones a los franceses, porqué han aparecido como promotores y autorizantes del hecho. Que va a dar órdenes para que la escuadra oriental persiga y eche a pique la goleta que lleva los argentinos.

Todo esto es bulla, ridiculez, farsa. No hará nada: será el primero en respetar a usted y a los argentinos en adelante.

Todos convienen en que el paso dado ayer por usted, es un golpe maestro y supremo. Adelante, mi general, adelante. Usted está en la cima de la época: las Repúblicas del Plata, caminan a colocarse bajo su influencia.

Soy de parecer, hoy más que nunca, que usted arrastre a su lado a todo bicho, sin ver edad, condición ni clase. La ocasión es bella y puede no volver. Hay un entusiasmo desmedido. Arrastre a su lado a Chilavert, que aquí sirve de mal ejemplo; que no quede nadie aquí: es mucho el decir que *todos, todos han salido al combate*. No sería malo que Vd. enviase una carta poder o una especie de proclama (aunque pareciese revolucionaria), invitando a todos sus compatriotas que están en este lado del Plata a seguirlo. De este modo, nadie podría decir: yo no he sido invitado, como dice hoy Iriarte, p. e. Esta proclama podría difundirse en todo el Estado Oriental.

Por los recursos, por los medios, por el tiempo, por la situación de todo lo que le rodea, señor, creo que el rasgo prominente de su plan en este instante, debe ser la rapidez del rayo. Un instante de pausa, sería aciago.

Perdón mi general, por esta mi manía de advertencias. Usted debe armarse de paciencia, debe oírnos a todos como a sus hermanos, como a sus hijos.

Rivera ha visitado hoy al cónsul inglés. *A buen puerto va por lana.*

Se dice que ha llegado Vázquez.

Mr. Martigny ha dado explicaciones a Rivera sobre lo de ayer, que deben haberle dejado muerto. *Dice Rivera que todo su plan de él, ha sido desconcertado por usted;* y yo lo creo, y es nuestra fortuna y la fortuna de todos.

Van ahí más ejemplares de la *proclama*.

¡Qué magnífico aspecto, mi general, el que ofrecen hoy las cosas! Pobreza, escasez, dificultades, obstáculos, todo ello es nada y debe servirle más bien de estímulo. El gran resorte hoy para dar en tierra con todo, es el arrojo, el calor, la prontitud, los rasgos maravillosos; una conducta en fin, adecuada al general Lavalle; tal como la concibe el pueblo y su amigo y atento S. S.

JUAN BAUTISTA ALBERDI.

P. D. —No me olvide. Ansó por acompañarle. No voy sin llamamiento suyo, por no imponerle una compañía que talvez Vd. desdeña por inútil».

## XII

«Montevideo, julio 6 de 1839».



Mi bravo general. Como lo previo Vd., apareció un artículo contra su partida que todo el mundo *atribuyó al Ministerio*, y no sin fundamento según ciertos datos de que se nos informó. Cumpliendo sus órdenes y un deber de mi gusto y de mi conciencia, lo contesté del modo que lo verá Vd. en la Revista que le adjunto.

No usé de más calor y franqueza porque no fué menester. Si en adelante vuelve a ser vulnerado su nombre, yo le prometo que no habrá riesgo ni consideración que me haga callar.

*Todo el mundo reprobó el tal articulejo.* Ha sido un bello signo del pronunciamiento general en favor de la conducta de usted. Continuamos siendo tratados por la oposición con mil caricias. Pero esto, poco importa: ésta oposición BLANQUILLA no vale un cigarro. Más útil nos será el mismo Frutos en adelante, no ya por gusto, sino por necesidad, por fuerza. Es el solo medio, señor, de tratarle al buen terreno y el miedo: los amagos. Que Vd. acumule todo el poder posible y en el menor tiempo imaginable, será el medio eficacísimo de tener en D. Frutos un aliado generoso, activo y decidido. El gran instrumento de la paz, es la fuerza.

Chilavert ha dado excelentes pasos, y ha dejado las cosas en buen punto. Ni un instante, me parece, ha trepidado en marchar al lado de Vd. a pesar de los resabios instantáneos que de repente lo acometen, y esta vez por un solo momento. Eleva entusiasmo, decisión. Sé que por Vd. ha hecho muchísimo cerca de estos hombres.

Diariamente rae ven hombres que quieren ir a su lado: los induzco a Madero. Tengo ya muchísimos hombres de pelea, soldados *comme il faut*, que se los iré mandando sucesivamente. Sigue el entusiasmo, sigue el ardor por moverse. Hasta este debate por la prenda, nos va a ser útil para el prestigio de la empresa. Nada se hace en contra de Vd. que no sea para su fama.

... Creo que sería posible con el auxilio de los franceses, extraer una porción de hombres de la costa argentina para enriquecer sus filas. Esto será más posible y más fácil, luego que en Buenos Aires se sepa la llegada suya a Martín García. Entonces todos querrán lanzarse.

No se desaliente un instante mi querido general. Pecho ancho a la calumnia, a la ingratitud, a todos los obstáculos del mundo. Victoria nos dé Dios, y entonces todo abundará. La victoria como la mujer, cede a la fuerza y a la tenacidad: (perdón mi querido general por el símil). Los movimientos de Vd. tienen hoy suspensa la expectación general.

Por Ascasubi le envié 600 proclamas. Hoy van 200 más, y son las últimas, por el coronel Chilavert.

Déme órdenes sin cesar.

Un abrazo, mi noble general.

(f.) ALBERDI."

Nota: Cumpliré a la letra las advertencias de su carta. LA INDICACIÓN DE VD. SOBRE LA PAZ DE ÉSTE CON ROSAS, PARECE CONFIRMADA POR DOCUMENTOS ENCONTRADOS A SUSO QUE HA SIDO TOMADO EN TRAJE DE MUJER, SEGÚN SE AFIRMA.<sup>[123]</sup>

### XIII

«Montevideo 22 de julio de 1839.

Acaban de decirme, mi querido General, que Rivera ha escrito anoche a Despouy para que vea a los agentes franceses con el fin de que medien ellos entre Vd. y él con el objeto de formar una liga cuyas condiciones más o menos, son: que el general Rivera permitirá el reclutaje de fuerzas argentinas en este suelo; dará 1500 hombres suyos, la escuadrilla y dinero para llevar la guerra adelante y a todo trance.

Lo dudo, señor. Puede ser cierta la carta; él jamás se para en prometer. Pero es incapaz de realizar nada de esto. Hoy sabremos que hay sobre esto y le escribiremos inmediatamente.

Esto es un caos: nadie se entiende. Son los frutos de la política chicanera de Rivera. Lo que le ha dado un golpe mortal, es la partida de Vd. Recién comienzan a aparecer los resultados de este suceso. No dudo que Frutos se asuste y vea que nada le queda que hacer sino entregarse a Vd. Al menos esto es evidente. Lamas espera mucho de esto.

Parecen frustradas todas las operaciones de ministerio que se meditaban días pasados, tanto interiores como exteriores. Todo era pobreza y miseria. ¡Qué ridículos, qué tristes y pequeños hombres!

¿Ya sabe Vd. que José Mariano de Mattos está de ministro de la guerra de Piratini? He visto una carta de él: está indignado atrocemente contra Rivera a quien reputa caído ya. Encarga que por influjos de Vd. y del coronel Chilavert, vean de traerle

a un cambio de política más consecuente y recto hacia los ríograndenses. ¡Sé que viene un agente de allí que trae, a más de otra misión, la de tener una entrevista especial con Vd. Cómo se alegrarán cuando sepan su nueva posición! Bueno es que Vd. escriba a Mattos; yo le remitiré con seguridad la carta Importa poseer aquella palanca para el manejo de esta república, ahora y en lo futuro.

Estamos esperando resultados del general O... (*Olazábal*) Termos natos para creer que la propuesta le ha de caer como del cielo.

Diez días más y Vd. tendrá un aumento admirable de hombres. Esta semana debe traer cosas notables.

Se dice que Rivera ya no vuelve al pueblo.

Martínez ha suspendido su viaje al Piratiní.

Por conducto fidedigno se sabe que el ejército de Entre Ríos está en disolución, y todo deja creer que Rosas repite la misma operación de Rivera. La deserción es casi pública, y no puede ser sino autorizada.

Las fuerzas realizables hoy de Rivera no llegan a 800 hombres. He visto estados exactos.<sup>[124]</sup>

Bueno es, señor, que sin olvidar del todo a este gobierno y a este Estado, se encare completamente a nuestro país: allí está todo a la orden de usted. Organizar con rapidez el modo de poner un pie en nuestra playa es lo único y es todo. Creo en el suceso como en la libertad. Pero siempre creeré que algunos centenares de hombres de más no compensarán el mal de la demora. La oportunidad es un ejército. Y la oportunidad es completa. No hay ojos para ver el cuadro que se nos hace de Buenos Aires. Mañana le mandaré noticias recibidas de allí. Por los ingleses se supo al instante su partida de usted.

De la polémica emprendida por la salida de usted he sido arrastrado a otra casi personal. Se ha tenido interés en hacer me pagar a mí la acción de los argentinos, como yo hice pagar al "Constitucional" la conducta de Rivera. Se ha llegado hasta acusarnos: juicio ridículo en el que nosotros pensamos enviar un negro por defensor. En el calor nos hemos olvidado de la prudencia y les hemos dicho verdades amargas tanto para D. Frutos como para...

*(Aquí suprimimos un párrafo que puede leerlo en el original el deudo imprudente del Sr. Muñoz, pues que no nos atrevemos a transcribirlo).*

... No tenga cuidado por el juicio de imprenta. Si nos mandan callar, cambiaremos el título del papel: pero seguiremos siempre firmes, siempre claros, siempre... Nuestra conducta será la imitación de la de usted en todo: denodada, aventurosa y clara.

Mi noble general: le abrazo con entusiasmo.

Su amigo, aliado, servidor, *etc.*

(f.) ALBERDI».

## XIV

«Montevideo, 25 de julio de 1839.

Mi noble general: En una de las gacetas de Buenos Aires que le envió, están las comunicaciones de Rivera a Servando y a Lavalleja ofreciéndoles la paz. Por lo visto pues, la tal paz ha fallado para Rivera, y hoy se vé burlado, solo, débil; lo tenemos a nuestros pies. Rivera lo merece. Usted queda en actitud de sacar el partido que quiera.

Con todo, no se puede proponer partido ninguno de este calavera que de nada se cura. Sin abandonarlo del todo, sin cerrarle los oídos, es menester caminar siempre adelante como si tal cosa hubiese. Lo único que hay en suma, es que él no hace la paz con Rosas; para nosotros es de sobra.

Es grave nuestra situación, mi querido general, no hay que dudarle; es menester tener presente esto a cada hora del día. Importa acelerar las operaciones cuanto sea posible: los momentos no corren hoy sino para hacer fuerte a Rosas, al paso que bajo otros aspectos le debilitan. La sola permanencia de él en el poder después de todo lo que ha precedido, después de tanto tiempo de crisis, después de tanta profecía de que su caída era inminente, es una especie de desmentido, una cierta protesta viva contra las acusaciones de sus adversarios. Esto le rehabilita en cierto modo a la distancia. Por otra parte, los ingleses comienzan a pronunciarse con bastante franqueza en favor de Rosas; y si este pronunciamiento llega a tener la menor autenticidad, la menor manifestación solemne y formal, el prestigio de Rosas se hace inmenso en el acto. Además: él comienza a valerse de sofismas brillantes. Acaba de nombrar ministro plenipotenciario cerca del gobierno del Perú, al general D. José de San Martín. No vendrá el general San Martín, o vendrá tal vez, ¿quién sabe? pero que no venga, que sea todo una farsa, es indudable que es una de esas brillantes farsas que suelen tener más poder que la realidad. Ha tomado también por su cuenta el nombre de usted, y aun cuando él es más

capaz de realzarlo que de empalidecerlo con sus dicitos honorables, no es bueno, sin embargo, dejarle el tiempo de resolver y agitar los recuerdos pasados, y las pasiones adormidas y muertas.

Todos estos son motivos, señor, que deben hacerle ver la necesidad de apresurar las operaciones todo cuanto sea posible. Por acá, la empresa de usted cada día cobra más prestigios. No hay uno que no la aplauda, que no la salude con respeto. Hasta los enemigos de ella temen abrir su boca para tildarla. Todos esperan de ella grandes resultados. ¡Jamás el rol de usted fué más grande, más espléndido y más bello. Dos repúblicas han colocado sus destinos en la balanza de su espada! ¡Cien cuestiones árdidas y trascendentes van a ser resueltas por un sablazo de su mano!

Su aparición en *Martín García* ha dado golpe en Buenos Aires. Las cosas le esperan en un estado maravilloso, según todas las cartas.

Por el tono que nosotros continuamos empleando en la prensa aquí, verá usted hasta dónde nos asiste la conciencia de nuestra fuerte posición, debida a la excelente resolución tomada por usted. ¡En medio de este laberinto de pequeñas entidades, en que todo esto está fraccionado, los argentinos componemos la más grande, admírese usted general! Nuestros compatriotas ancianos, han tenido a mal la altanería de nuestro tono, el arrojo con que hemos defendido la partida de usted y nuestras mismas personas, cuando con ocasión de dicha defensa han sido atacadas. Es una afectación a nuestro ver. Hemos creído que ya no era tiempo de gastar miserables y pobres adulaciones con un poder que casi no es poder, y que tal vez y sin tal vez, es menos poder que nosotros. Los argentinos deben gastar un tomo digno, hasta en la desgracia. Pensamos secundar la conducta denodada de que usted nos ha dado el brillante ejemplo, hasta el último instante, digan lo quieran nuestros buenos *ancianos*.

He recibido las dos visitas que ha tenido la fineza de enviarme por los señores Escribano y Manterola. Sus atenciones tienen un poder irresistible en mi alma. Cada día soy más apegado, más amigo de usted, mi noble general, a quien abrazo con entusiasmo.

(f.) *J. B. Alberdi*».

Dígnese saludarme al coronel Chilavert.

Nada sabemos todavía del resultado de aquella negociación...

Montevideo, julio 29 de 1839.

¡Mi bravo y glorioso general. — Su posición es sublime: se embellece por instantes. Todo es débil hoy respecto a los argentinos. Ellos son hoy el eje de la cuestión: sin ellos todo está perdido. Lo que se ha ganado con la jornada del 2 de Julio!

¡Si usted viese hoy a los hombrees que ahora doce días nos miraban con lástima!

¡MUÑOZ, EL JESUÍTA, EL FLOJO, EL EMBROLLON MUÑOZ, ES HOY EL PRIMER ENCOMIASTA DE USTED DESPUÉS DE HABER HECHO ESCRIBIR EN UN PAPEL QUE USTED ERA UN PRÓFUGO!<sup>[125]</sup>

Bien pues: ya esto pasó: la espalda a todo ello, tengan los que quieran. Los que lo necesiten que lo llamen a usted de atrás. Pero, señor, su frente siempre adelante, ¡adelante!

Olazabal está aquí...

En Buenos Aires no se habla más que de la empresa de usted. Es increíble el mal que en un instante hizo allí la voz maldita, ida de aquí, de que la salida de usted ha sido una fuga. Pero nuestras cartas llegaron a tiempo y neutralizaron mucho aquel efecto, debido a estos caballeros del gobierno.

Los que nos llamaron a juicio, han desistido ellos mismos... Espero una carta de usted. Consuélenos, engríanos más, mi querido general, y admita mis abrazos entusiastas.

Su atento, su leal.

*J. B. Alberdi.*

P. D. —El sábado hay una función de teatro a beneficio de la Libertad... Será también la ocasión de probar la adhesión de todos a la empresa argentina.

## XVI

«Montevideo, 7 de agosto de 1839.

Mi noble general: Creo deberle dos respuestas, o me debe usted una; no sé; entre ambos no cabe cuenta corriente epistolar. ¡Usted hace tanto, y yo tan poco!

Aún está en mis manos la carta para el presidente del Piratiní. Nos ha faltado una ocasión: pero creo que saldrá antes de días. ¡Está lindísima, noble, pintoresca, completa. Vd. sabe que la redacción epistolar es elocuente y superior, señor! En vano tiene Vd. muchos años: Vd. es joven en el alma y hombre nuevo en el espíritu. Vd. es nuestro, señor, es decir, de nuestra generación. Y la juventud actual necesitaba de un hombre como usted, y usted de una generación como la nueva; ambos calorosos y emprendedores, ambos adecuados a la revolución que está, de Mayo aquí, recién en principios. Es menester, señor, en los momentos que van a suceder, poner 500 ruedas al carro de la revolución y hacerlo volar por los espacios del progreso y de la reforma con tanta celeridad, como hasta aquí ha caminado con calma. Seamos antes dichosos en este primer paso, y después nos vendrán días de movimiento y de vida.

Mucho tengo que decirle de nuestro general O.....

¡No puedo pintarle el prestigio que gana aquí de día en día la empresa comandada por usted, señor! Jamás las esperanzas han sido ni más grandes ni más fundadas.

Hemos convenido con el general Rodríguez, en que, apenas usted se mueva para Buenos Aires, vamos a pasar a la escuadra que está en frente de aquella ciudad, para de allí, hacer todo lo posible por secundar sus pasos, ya sea desembarcando inmediatamente si la cosa es posible, ya sea proclamando desde a bordo a todo el mundo. ¿Le parece bien, señor? sino, no lo haremos.

Los franceses por acá, más contentos que nunca; todos silos cada día más partidarios de usted.

Un abrazo, mi querido general de su fiel amigo, *etc.*

(f.) *J. B. Alberdi*».

## XVII

D. FÉLIX FRÍAS AL GENERAL LAVALLE

«Junio 30 de 1839.

*En el camino del bloqueo para la Colonia.*

URGENTÍSIMO.

Señor general: Por si no encuentro a usted en la Colonia, le aviso que los hechos que me han comunicado mis amigos de Buenos Aires, son estos. El 27 a las 6 de la mañana, fué fusilado en la cárcel el bravo coronel Maza. Todo se ha descubierto por dos traidores. Maza no quiso decir nada.

Su padre, el presidente de la Sala, fué asesinado en la misma Sala de Representantes, por los de la *Mazorca* que han recorrido las calles tirando tiros. Tejedor está preso, y un Albarracín hermano nuestro, y muchos otros.

Ayer dijeron los marineros de la *Eufrasia*, que Victorica se había escondido.

A gritos le llaman a usted. Y esta es la mejor, la más bella oportunidad para usted.

De la Colonia haré a usted un chasque, por si este lanehón se demora.

Con la noticia de la prisión de Maza, se dice que hay movimientos en la campaña.

El pueblo está irritado hasta el extremo. Al pueblo, señor, con 500 argentinos. Ahí está Rosas; ahí están los asesinos de Maza. Allí hay dos mil brazos que lo esperan. Al pueblo, y sobre todo, pronto. Uno de mis amigos, nos culpa ya de estas desgracias. Evitemos nuevos asesinatos.

Espero las órdenes de usted y creo que ahora no perderá usted un minuto.

Su compatriota.

(f.) FRÍAS».

Son las 9.30. — Acabo de llegar a la Colonia.

Sé que ayer ha partido un chasque con una carta que escribí a usted desde el bloqueo. Espero aquí la contestación de usted y volveré al bloqueo a saber lo que haya en Buenos Aires.

El comandante del bloqueo manda un chasque.

El almirante debe venir con todos sus buques y usted al momento aquí a la Colonia. Pronto, señor, antes que todos los amigos de usted sean asesinados. Con la escuadrilla y todos los hombres de usted. Nos acusan en Buenos Aires, nos culpan de estas desgracias. Venga usted a reparar este mal.



Espero sus órdenes.

(f.) F. G. FRÍAS

## XVIII

«A bordo de la SAPHO, julio 19 de 1839.

Señor general: Hoy ha recibido el comandante una carta del señor Picolet, cónsul de la Cerdeña en Buenos Aires, incluyéndole esa que adjunto a usted, que según dice, se le había" dejado en su casa para que la remitiera a usted por conducto del comandante. La he abierto, porque dudaba el comandante si sería de tal importancia, que conviniera enviarla a usted inmediatamente. Creo que es de Lozano, por cuyo conducto se envió la de usted a Castelli, de quien según veo se habla en esa carta. Si no es Lozano el que escribe a usted esa carta y usted la contesta, es preciso que usted me avise su nombre, para que señalándolo por medio de la clave llegue a sus manos por conducto de Peña.

Usted resolverá si se han de enviar esas armas a Castelli y si conviene que usted se una a él con sus fuerzas. De todos modos, el comandante desea que usted le avise su resolución para auxiliarlo con sus buques. Me dice que no escribe a usted porque sabe las disposiciones de usted hacia él; pero que cree que usted le avisará con anticipación sus intenciones, porque necesita muchos días para reunir en este punto a cualquier otro, los buques que desean apoyar su empresa. Quizá convendría que usted le escribiera una cartita porque está muy dispuesto en su favor y ocupa el primer puesto después del almirante, como usted sabe.

El comandante teme mucho que por el paquete inglés que debe llegar en los primeros días del mes entrante, se reciba la orden de levantar el bloqueo, pues no duda que la cuestión haya terminado en Europa, aceptada en Francia la mediación inglesa. Y cree por lo mismo que conviene a usted la mayor actividad.

El comandante de la corbeta norteamericana (*Fairfield*, teniente *Alexander Slidell Mackenzie*) no ha permitido que sus oficiales se encarguen de entregar mis cartas. Hoy las he entregado en la corbeta brasilera (*Regeneração*), y creo que mañana las llevarán a tierra. Envíeme usted todos los diarios de Montevideo que haya allí. Pues enviando las cartas entre los impresos, los oficiales no tienen repugnancia en conducirlos. A Rocha puede usted pedir muchos números del *Nacional* que traje de Montevideo.

Ayer se ha celebrado recién la fiesta del 9 de Julio. Hubo cinco o seis salvas en el Fuerte, que contestaba el bergantín *Eloisa* desde la Boca del Riachuelo. Hoy han hecho

ejercicio de cañón en el bajo del Retiro, mudándolos con prontitud a diversos lugares. Esta mañana ha llegado una ballenera sin carga; marchaba con mucha velocidad y no la han podido alcanzar. Cree el comandante que viene de las Vacas con COMUNICACIONES PARA ROSAS.

Ayer estuvo a visitar al Sr. Thibaut, que es el comandante del bloqueo, el capitán de la corbeta inglesa *Calliope* (*Sir Thomas Herbert*), y le ha dicho que no duda de las NEGOCIACIONES DE PAZ ENTRE ROSAS Y RIVERA, PUES EL MISMO HA VISTO LAS NOTAS OFICIALES.

Sin embargo, Vd. verá en una de las gacetas que le remito, publicadas las notas de Rivera a Lavalleja y Servando Gómez.

Las lanchas salieron al Tigre para recibir las cartas de Peña, tenían la orden de llevárselas inmediatamente a Martín García. Si Vd. ha recibido alguna carta, espero me la enviará diciéndome lo que deba contestar.

Si Vd. escribe a Castelli, sería conveniente también escribir a Granada, que es el que manda las fuerzas del desgraciado Maza, y estaba decidido a servirlo para que antes se pongan de acuerdo.

Espera las órdenes de Vd. su atento y obediente servidor.

(f.) FÉLIX GREGORIO FRÍAS».

«Supongo que Vd. escribirá de modo que lo entiendan las personas a quienes Vd. se dirija, sin nombrarlas diciéndome cuáles son esas personas para hacerle entregar sus cartas.

El lanchón *Atrevido*, lleva la orden de esperar la contestación de Vd. Creo que esa carta alegrará a Vd. mucho, general, y que la revolución está salvada. Hay la ventaja de que en la campaña del Sur puede Vd. desembarcar sin ser sentido por Rosas, y el comandante podría, como me ha dicho, reunir aquí todos sus buques, para amenazar un falso desembarco. Si me es permitido decir a Vd. lo que pienso, los trescientos hombres que Vd. tiene, bastan para que Vd. pueda pisar el territorio argentino. Puesto Vd. en cualquier punto de la campaña, tendrá Vd. a su disposición todos los elementos de la revolución, que no necesitan sino una cabeza para combinarse y triunfar. Además, yo no creo que Vd. pueda reunir mucha más gente; RIVERA NO DEJARÁ DE SER RIVERA, y perdiendo quince días, nos exponemos a perder la protección de la Francia, sin la que la revolución está perdida. Un jefe pide el pueblo y la campaña para

levantarse contra el tirano; preséntese Vd. cuanto antes y el tirano está en el suelo».

## XIX

EL COMANDANTE MILITAR DE LA COLONIA AL GENERAL LAVALLE.

«Colonia, 23 de julio de 1839.

Querido general: Acabo de llegar a consecuencia de un movimiento hecho por los *blancos*; yo voy a reunir la fuerza que pueda y entonces aquellos y yo estaremos prontos, *bajo la mayor reserva posible*. El general Medina debe moverse muy pronto hacia el Perdido y entonces quedará el campo limpio para obrar.

Espero sobre todo que Vd. me conteste y lo que quiere. El 21 dejó Rivera una carta a Despouy para que viesse a los agentes franceses para que le diesen 200 000 pesos y él daría 1500 hombres a Vd. El señor Martigny le contestó que pusiese los 1500 hombres a disposición de Vd. y estaba pronta la suma que pedía. Pero el Sr. Lamas dijo: QUE TENÍA DATOS PARA SUPONER QUE RIVERA TENÍA POR OBJETIVO ENTORPECER LO MÁS POSIBLE LA REVOLUCIÓN DE VD. Por anoche debía terminar este negocio, y de cualquier modo que sea tendrá Vd. aviso muy pronto, pues estaban por despachar la ballenera que Vd. mandó. El almirante, el Sr. Martigny y demás compatriotas, mil afectos...

Por Dios, general, encargo la reserva en mis trabajos que debo hacer, pues de lo contrario me inutilizan...

Encargo al general mucho cuidado con Víctor Dessin, pues recibió de Rivera 3000 \$ en letras, y fué a descontarlas a casa del Sr. Duplessis, hará como ocho días o más. Por otra parte, se sabe que es un pícaro, que por plata se vende al diablo. Mucho cuidado con esta pieza y otros que pueden mandarle.

SE DICE EN MONTEVIDEO, QUE FRUTOS QUERÍA O HABÍA CONVENIDO CON MANDEVILLE LA PAZ CON ROSAS, PONIÉNDOSE EL PRIMERO BAJO LA PROTECCIÓN DEL GOBIERNO INGLÉS, RAZÓN PORQUE SE DICE HA RENUNCIADO EL VICEPRESIDENTE PEREIRA. AQUELLO ESTÁ QUE NO SE ENTIENDE. EL SEÑOR MARTIGNY ME HA DICHO QUE DEL PÍCARO RIVERA NADA HAY QUE ESPERAR.

No puedo ser más largo porque sale en este momento la *Vigilante*.

Su affmo.

(f.) JOAQUÍN BALTAR».

## XX

EL DOCTOR ALSINA AL GENERAL LAVALLE.

«Montevideo, julio 27 de 1839.

Mi querido general — De intento no he querido escribir a Vd., porque habría sido para escribirle lo que le decían los encargados especialmente de hacerlo por extenso: y esto era quitar a Vd. sin provecho un tiempo que necesita para emplearle en cosas más útiles, que leer cartas mías. Hoy mismo seguiría yo en este sistema, a no ser por las instancias de Antonia, a fin de que manifieste a Vd. cuanto agradece el nombre que se asegura haber dado Vd. al primer escuadrón. Esto la ha consolado mucho.

Por lo demás, los encargados de escribir a Vd. le instruirán por menor de los aperos y demás artículos que ahora se envían por el *Relámpago*; de los pasos y medios empleados; de los objetos dados por el gobierno a virtud de las diligencias del recomendable D. Andrés Lamas, quien merece cuatro letras de Vd.; de la mutación de miras acerca de la empresa, que ha sobrevenido en el gobierno; de la suscripción promovida por el mismo Lamas, y encabezada por el ministro de gobierno: DEL RECHAZO DESPRECIATIVO HECHO POR ROSAS AL PROYECTO DE PACES; del nuevo dato que hay para creer que lo de la mediación en la cuestión francesa, es cuento y nada más, *etc.* Yo solo añadiré, que aunque por ahora quedamos acá escuetos de dinero, y debiendo, nada importa; hemos de salir de todo. En estos días se ha conocido más la decisión y buena disposición de los ánimos. Figúrese Vd. que yo solo y en sólo tres días, he obtenido de a puchos, 432 patacones; con más, una pieza de buen paño azul y otra de excelente bayta de pellón, que ahí van ya en el *Relámpago* convertidas en excelentes ponchos. En fin, creo que no tendrá Vd. el disgusto de recibir por el *Relámpago* noticia alguna desagradable, sino al contrario. Mientras más se formalice y más prometa la empresa, más fácil nos ha de ser, no lo dude Vd., el hacernos aquí de recursos. Lo demás de la obra, queda ya en manos de Vd.; y lo esperamos todo, desde que las noticias que tenemos de esa isla memorable son todas halagüeñas...

Ya sabrá Vd. la prisión o detención en Sandú de D. Mariano Camelino, y consiguiente paralización o trastorno de sus operaciones...

Con Frías mandé decir a Vd. que me parecía útil que Vd. escribiese a los que

*trataban* a Ramón; y también, aunque en otro estilo a los que *no le trataban*. Si las cartas para estos últimos les llegan, algo pueden producir; pues muchas veces los hombres *quieren* ser tocados, impidiéndoles su posición el franquearse sin serlo: más si Rosas las *pilla*, también es bueno: de la redacción pende que sospeche de ellos, y esto ya es mucho.

Advierto a Vd. que en las Vaeas (en el pueblo), tengo un primo hermano, Lucio Alsina, que tal vez pueda ser útil a Vd. en alguna comisión: ya le he escrito a él sobre esto. El me avisó de la llegada allí desde Corrientes del Sr. Leiva, categoría de Santa Fe, y prófugo. Me decía Lucio, que el señor Leiva deseaba vivamente hablar con el jefe argentino. Supongo, pues, que habrá pasado a esa isla; tanto más, cuanto que no ha parecido por acá, a pesar de que me consta que el presidente le hizo escribir que se viniera aquí donde le necesitaba.

He oído, más no sé si es cierto, que el señor Perichón, edecán de gobierno, salía por agua, llevando órdenes para que se impida en las costas las reuniones de argentinos.

Deseo ardientemente que Vd. haya recibido respuestas de los señores don Olegario Giménez y don Facundo Olaguer.

Siempre de Vd. su amigo y servidor Q. B. S. M.

(f.) VALENTÍN ALSINA».

Julio 28. — Ya no es el *Relámpago* que vá sino el apresado *Caiman*, ex pirata de Rosas.

El tan esperado paquete inglés, llegó ayer tarde de Buenos Aires. Nada de particular. Ya sabrá Vd. de cierta alarma que hubo en Buenos Aires el 17, por decirse que desembarcaba Vd. «La Gaceta» publica notas de varios puntos de la campaña, felicitando a Rosas por haber salvado su importante vida, *etc.* Entre los felicitantes están Pacheco y Quesada (Isidro). Este último se particulariza contra los Maza...

Sigue entendiéndose el interés que aquí inspira la empresa de Vd. Se espera que la señora doña Bernardina y don Enrique Martínez contribuirán también.

Es recomendable Benavidez que vá ahora con su botiquín. Lo es también el señor Giménez, que dá su buque, que saldrá el 31 con víveres, y en el que irá él también.

En el negocio de los aperos, se han portado bien los franceses.

Adiós, general. — (Rúbrica).

## XXI

D JUAN NEPOMUCENO MADERO AL GENERAL LAVALLE.

«Montevideo, julio 21 de 1839.

Queridísimo general... He hablado mucho con Baltar; estoy al cabo de todo; el ha salido anoche a las 2 para la Colonia en la goleta de guerra oriental *General Aguiar*. Hasta la una de la noche estuve con él. Me encarga le diga, que todo le ha salido perfectamente: que Rivera se ha asustado mucho con la noticia de esas partidas de *blancos* que han entrado en la Florida; que ha tenido noticias que Manuel Lavalleja anda por Olimar. En fin, que le llamó en el acto y le rogó fuese al momento a ponerse a la cabeza del departamento de la Colonia, dándole facultades omnímodas todas: el armamento, municiones, dinero; en fin, cuanto le pidió Baltar; que todo esto lo pone en la mejor actitud para lo que Vd. sabe convino con Vd. Que Vd. le escriba por medio de los comandantes franceses de *Expeditiva*, que él hará lo mismo; pero que sobre todo le encarga el más profundo secreto y precaución. Que no permita que los hombres que él envíe a Vd., comuniquen con los buquesitos de los ríos, que tocan en esa isla. Yo estoy muy contento con esto, y él marchó lo mismo. Aquí se ha manejado con habilidad.

Ayer se le mandó orden a Medina para que marchase hacia los Porongos.

Anoche a las 7 salió Frutos con su escolta. Lamas me ha dicho que a organizar algunas fuerzas aquí afuera para marchar a campaña, pero que vuelve al pueblo antes.

Agüero y Florencio le escriben sobre otras cosas pues yo ni tengo tiempo ni se las explicaré tan bien.

... No puedo ser más largo. Hasta otro día, mi querido avísame si le soy útil ahí, y me voy al momento... Vd. ya sabe que soy su mejor amigo.

(f.) NEPOMUCENO».

... Mr. Martigny me asegura que él está dispuesto a servir a Vd. en todo...

## XXII

«Montevideo, julio 28 de 1839.

Querido tocayo: Recibí de Vd. una, fecha 20, y me alegro que esté bueno y contento; creo que lo estará más, cuando se haya impuesto del contenido de nuestras cartas. Agüero me ha mostrado las que Vd. le ha escrito, y le agradezco la confianza que Vd. deposita en mí, y le respondo que jamás se arrepentirá de haberlo hecho; Vd. sabe que estoy resuelto a correr la suerte que Vd. corra, y en su triunfo esponer cuanto tengo...

... Con el médico Serrano vá un tal Caviedes, joven porteño y practicante de medicina; este joven que es un infeliz, es muy acreedor a que Vd. le considere, pues vendió cuanto tenía, renunció su empleito aquí, compró un botiquín, y se presentó a mí y a Serrano para ir con Ud. y allá vá de ayudante de Serrano.

La que remitió para Baltar, le remito por Baradére al comandante de la *Camita* para que la pase a José Joaquín, pues él ya no estaba aquí. Supongo a Vd. ya en correspondencia con él.

... Mil recuerdos de todos los míos. Vd. ya sabe lo que vale para su tocayo y amigo.

(f.) NEPOMUCENO».

## XXVI

EL DR. VARELA AL GENERAL LAVALLE.

«Montevideo, julio 29 de 1839.

Fácilmente comprendo, mi querido amigo, la satisfacción que debe Vd. experimentar, al ver cómo los sucesos justifican su conducta de Vd., engrandecen su posición, aumentan su fuerza material, y su influencia moral, y le preparan un seguro camino de triunfos y de glorias.

Hoy es digno do verse lo que pasa en Montevideo: Martín García ha venido a ser una palabra de esperanzas, y de respeto: a pesar de todas las contrariedades que Vd. sabe —y que empiezan a cesar— ni se habla de otra cosa que de Vd. y su expedición, ni nos ocupamos todos los compatriotas y amigos del país, en más que en ayudar desde aquí, por todos nuestros medios. El entusiasmo cunde prontamente: nosotros buscamos dinero y recursos de toda persona, en toda clase de artículos, por todos los medios: bromas súplicas, promesas, y —aunque Vd. se ría— amenazas; todo empleamos para aumentar nuestros recursos, y así vamos haciendo frente, mi querido general. Desde sus

ultimas cartas, hemos hecho mucho; y Juanito y el Sr. Agüero le dirán todo lo que se remite ahora, y lo que pronto remitiremos.

Mientras en esto se ocupan los hombres, nuestras damas trabajan sin cesar en costuras para la división, en hacer hilas y vendas para el hospital; de modo que Montevideo, ofrece hoy el espectáculo noble de que no hay una familia argentina que no se ocupe en algo útil o necesario para los libertadores de Martín García. Las señoras comprometen a sus amigos y visitas; y Vd. reiría, general, de ver gravísimos ingleses y festivos franceses, sentados haciendo hilas, o pegando cintas a las banderolas de las lanzas al lado de las señoras. Creo que pronto habremos hecho de la empresa de Vd. el único asunto de esta sociedad.

Todo esto le muestra a Vd. que las simpatías se aumentan mucho, especialmente entre los extranjeros. Su nombre de Vd. se pronuncia con entusiasmo, y todos esperan con asombrosa confianza no solo su triunfo de ahora, sino la garantía de un régimen racional, libre y permanente para en adelante. En fin, Manterola y Serrano le darán los permeneros que Vd. desea sobre todo esto.

*Entre tanto, los sucesos confunden a nuestros ilusos antagonistas: resultó lo que todos preveían: CARGARON CON EL DESHONOR DE OFRECER A ROSAS LA PAZ, Y ROSAS LES HA DADO UN BOFETÓN, EL MINISTRO MANDEVILLE HA CONTESTADO A MUÑOZ QUE ROSAS NO QUIERE OÍR HABLAR DE PAZ: QUE JAMAS RECONOCERÁ CARACTER NINGUNO EN EL GENERAL RIVERA, Y QUE NO TRATARA SINO BAJA EL INMEDIATAMENTE. ESTO LOS HA DESCONCERTADO: MUÑOZ SE HA CONVERTIDO EN ACALORADO PANEGIRISTA DE LA EMPRESA DE VD.: el gobierno se empeña en protegerla, y los que hace 20 días eran prófugos perseguidos, hoy se miran y se llaman, la única esperanza de salud y de victoria. ERA IMPOSIBLE UNA JUSTIFICACIÓN MÁS SOLEMNE DE NUESTRA CONDUCTA.*

Luego que advertimos esa disposición, apuré la negociación que dije a Vd. que tenía pendiente con el noble Andrés Lamas, para obtener de los almacenes públicos algo de lo necesario. En efecto, antes de ayer conseguimos por medio de este amigo, 125 sables con cananas y tiros; 109 ponchos, 150 chiripáes, igual número de camisas y calzoncillos: 50 tercerolas y 1000 cartuchos. Todo esto lo hemos recibido, no como del gobierno, sino de Andrés Lamas, a quien se ha dado el recibo; porque la orden ministerial decía que se entregasen a él.

Poco después el gobierno ha ofrecido toda su cooperación; pero hasta ahora, nada hay de arreglado ni positivo. Entiendo que tienen intención de mandar a Andrés a



hablar con Vd. y a combinar algo; pero no tenemos garantía ninguna de que no se repitan las anteriores escenas; y estamos persuadidos de que Vd. no demorará sus operaciones ni un sólo día. Parece cierto que han enviado sus órdenes para que permitan y faciliten las reuniones de argentinos: al menos, ellos lo aseguran así. No he podido preguntarlo a Andrés para saberlo más de cierto. MUÑOZ QUE NO HALLA MEDIOS DE PONDERAR ESA ESPEDICIÓN, aseguraba anoche que sólo esperaba respuestas del Presidente para poner la escuadrilla a disposición de Vd. En fin, ahora manifiestan tanto interés por nosotros, cuanto antes nos hostilizaron. No importa: recibiremos lo que nos den, sin orgullo y sin rencor; pero no nos fiaremos en promesas tantas veces quebrantadas.

Con este buque recibirá Vd. toda la factura de monturas que los franceses apresaron; los señores Martigny y Baradére se han conducido en este negocio, con la amistad y empeño, que en todo lo que interesa a Vd. y su expedición. Toda la factura nos cuesta apenas 1350 pesos, que no es un tercio de lo que aquí hubiera costado. Vd. vé lo que eso importa para un erario como el nuestro.

Como el pedir plata y artículos para la expedición ha entrado en moda, Andrés Lamas ha abierto una suscripción, y lo curioso es que la encabeza el señor ministro Ellauri con 200 duros y *creo que figurarán en ella* AUN LOS PATACONES DEL MISMO MUÑOZ. Esperamos también algunos de mi señora Da. Bernardina.

Por supuesto, que el desatino de la intervención inglesa *ha quedado como la paz con Rosas* —en nada. Hay noticias de París hasta 30 de abril, que tan lejos de mencionar semejante cosa, manifiestan que el gobierno francés está resuelto a no tratar jamás con Rosas. Esto debe tranquilizar a Vd. completamente sobre ese punto.

Llegó ayer con viaje de cuatro días, el paquete inglés de Buenos Aires: nada adelantamos que yo sepa; talvez algún otro amigo sepa y comunique a Vd. algo; sólo he visto una carta que afirma haber aparecido por tres días consecutivos, un cadáver diario, de persona decente en el cementerio, degollado y con la cara mutilada, para no ser conocido. El que esto escribe, persona de mi conocimiento y de toda probidad, asegura que lo sabe por el capellán del cementerio. ¡A qué punto hemos llegado!

Desearía cambiar el nombre de la isla por otro que algo represente... para consagrar la memoria de ella y de la empresa colosal y atrevida a que Vd. se ha lanzado.

... Los negocios de este país presentan aún un carácter indefinido: las montonerillas de la Florida se extienden a San Carlos, y otros puntos de los departamentos del este. Una de las principales, fue disuelta y perseguida por el coronel

Faustino López. Sin embargo, el presidente permanece en campaña; y aquí estamos literalmente sin gobierno. Aquel se fué sin delegar el mando: el vicepresidente Pereira no quiere absolutamente retirar la renuncia que hizo con carácter de irrevocable, y hasta hoy mandan los ministros solos, sin que haya quien firme ni una patente de buque por el presidente. ¿Lo entiende usted? Pues yo tampoco. El hecho es que la autoridad más eficaz que aquí tenemos hoy, es D. Luis Lamas que trabaja como acostumbra.

Desde que el gobierno ha cambiado de conducta respecto de usted y nuestros negocios, y se ha determinado a auxiliar; la empresa los amigos del señor Pereira esperan que le reducirán a tomar de nuevo el mando, bajo la base de hacer la guerra activamente; y por supuesto fomentando a los libertadores de Martín García. Santiago Vázquez, trabaja mucho en eso, y creo que nos convendría tener en el mando al señor Pereira, porque lo que él prometiese lo cumpliría, y está dispuesto a prometer y cumplir no poco. Como particular, ha prometido auxiliarnos con algunos patacones.

Sé que esperan por momentos respuestas de Rivera sobre los negocios de esta isla: tal vez por esperarlas no han dado todavía paso ninguno oficial respecto de los franceses, con quienes quieren entenderse: han anunciado repetidas veces que lo harán; pero hasta ahora no lo hacen. En fin, general querido, cada día cambian de sistema y de camino, mientras que nosotros seguimos invariable el nuestro.

... Ya usted vé qué cartas le escribo: le repito que no exijo que pierda su tiempo en contestaciones inútiles; hágame avisar que las recibe, y nada más; comuníqueme sus órdenes y las cumpliré gustoso.

... Adiós, mi querido y noble amigo: su nombre de usted, envanece hoy a los que le tratan: pronto le veremos adornado de nuevas glorias.

Su muy amigo. —

(f) FLORENCIO VARELA».

... Ruego a usted que encamine pronto la adjunta para Félix Frías.

## XXVII

«Montevideo, agosto 1.º de 1839.

A las 4 de la tarde.

... Todo va muy bien por aquí: por ahí creemos lo mismo. Nos animan grandes

esperanzas de libertad y patria.

Su amigo sincerísimo.—

FLORENCIO».

## XXVIII

«Montevideo, agosto 6 de 1839.

Las 12 del día.

Con Sinclair que salió esta mañana temprano, escribí a usted pocos renglones, anunciándole la inmediata salida de sus trasportes, y de los demás objetos que remitimos, cuyo pormenor dirá Juanito y Agüero. — Yo le instruiré ahora de lo que en esa carta le indico.

D. Samuel Lafone, negociante inglés amigo nuestro, ha recibido hace tres días dos cartas de Liverpool, fechadas el 19 y 20 de mayo; es decir, las más modernas que tenemos en esta plaza. La primera es escrita por su hermano D. Alejandro, que acaba de llegar de Londres a Liverpool; y la segunda por un negociante de esa última plaza.

D. Alejandro dice: "*Se corre* que la Francia ha admitido la mediación inglesa: que las instrucciones han ido por vía de Estados Unidos, y que los duplicados irán por el paquete de Junio". *Yo creo* que es cierto. El otro corresponsal asegura redondamente el hecho; y en el mercado de Liverpool la noticia tenía bastante crédito para haber producido alguna suspensión en los negocios referentes al Río de la Plata.

Eso es lo que se saca de las cartas. Lafone tiene fe en la circunspección de su hermano: pero me dice que conociendo sus relaciones con Delisle cónsul de este país, que fué quien comunicó la primera noticia, sospecha que su hermano sea solamente un eco de Delisle. En cuanto al otro corresponsal, Lafone no le dá fe, por que dice que es un hombre sumamente ligero.

Motivos mercantiles hace que Lafone quiera tener reservadas sus cartas; pero a petición mía, me autorizó expresamente para comunicarlas a usted y al señor Martigny. Este no cree la noticia, y mucho menos desde que se habla de la vía de Estados Unidos, pues usted vé que es algo desatinado enviar allá las comunicaciones, cuando salen buques directamente para nuestro río. El señor Martigny tiene a más, cartas aunque no oficiales, hasta el 4 de mayo y nada dicen.

Sin embargo, ha llegado una persona del conocimiento del mismo señor Lafone venida de Buenos Aires en un buque de guerra, y afirma que Moreno ha escrito a Rosas con fecha 2 de mayo, anunciándole que la mediación está admitida; aunque no ha conseguido que la Francia consienta en arreglar allí el negocio, sino sólo en autorizar a sus agentes para arreglarle aquí.

Todo esto, mi buen amigo, nos tiene en confusión, sin poder reposar en convencimiento ninguno. He querido dar a usted todos los datos, para que usted forme su juicio por sí mismo. El de los agentes franceses, del señor Agüero lo general de los amigos, y el mió, es que no hay tal mediación: pero tememos muchísimo equivocarnos y que usted se equivoque; porque en tal caso, aunque usted se lanzara sin la menor demora sobre el tirano, su empresa aparecería desesperada; forzada por la noticia de la cesación del bloqueo, perdería su fuerza moral, y aumentaría prodigiosamente el prestigio mortal de aquel malvado. Pese, pues, y determínese.

La noche del 3, hemos tenido un testimonio muy claro de las simpatías con que aquí contamos: nuestra función teatral fué mas concurrida que todas las que se han dado aquí; y sólo en la puerta de la entrada recogimos más de 1500 \$. Advierta usted que digo *recogimos*, porque los cobradores a la puerta eran D. Manuel Herrera y Obes, alcalde ordinario de esta capital, el joven Lamas, Pórtela y su seguro servidor de usted, que besa su mano. Nuestras excelentes y bellas compatriotas, con algunas damas orientales, embellecieron la noche y aumentaron los patacones, cantando una canción de circunstancias. Muchas demostraciones de aprecio, de simpatía.

Hice al señor Chaves, Encargado de Negocios del Brasil, la visita que usted me encargó y que ha agradecido cordialmente.

Es un sincero amigo de usted y de su empresa; marcha pasado mañana para Estados Unidos, y me encarga asegure a usted que allí y en todas partes tiene usted en él una persona que le aprecia y distingue.

No hay más; cuente usted siempre con la amistad sincera y desinteresada de su

—

FLORENCIO».

P. D. — Lafone desea que reserve su nombre en las noticias de Liverpool. En este momento sé que Félix Frías se ha embarcado, y no le he visto: él le dirá todo lo que desee saber sobre el modo como aquí trabajamos, y sobre las pocas noticias que tenemos de la campaña.

Es muy curioso ver cómo los dos partidos tienen clavados los ojos en Martín García: ambos esperan y temen de ese poder, tan pequeño al nacer, y que ahora aparece tan robusto.

Remito un bulto de impresos para Frías, destinados para donde él sabe.

## XXIX

«Montevideo, agosto 6 de 1839.

Son las ocho de la mañana, mi querido general, y Sinclair viene a decirme que se embarca ahora mismo con el general Pueyrredón, por un aviso de usted que recibieron anoche; me agrega que no puede ver ni avisar a Agüero, ni a Juan; y en este apuro sólo me dá tiempo para escribir dos líneas.

Hoy deben salir precisamente los dos buques de guerra y dos trasportes que el gobierno pone a disposición de usted. En ellos mandamos 500 onzas de oro, las monturas, armas, víveres y demás que usted nos pidió. Frías irá en ellos. Andrés Lamas debía ir; pero él mismo ha dicho al gobierno que su viaje es inútil; que el gobierno no puede dar un hombre a usted teniendo como tiene en el territorio 1500 hombres venidos de Entre Ríos; que usted no puede esperar ya ni un día; y que en consecuencia no hay más que hacer, que dar a usted todos los posibles auxilios. El señor Pereira que por fortuna está en el gobierno, ha autorizado a Lamas para escribir a usted que mientras él mande, pondrá a disposición de usted todo lo que tenga el Estado, y en efecto así empieza a hacerlo.

No hay tiempo para más: en los buques escribiré Lamas, Agüero, Juan, los amigos todos, y yo también, avisándole algo sobre la mediación inglesa que, aunque muy incierto merece atención. Le incluyo los diarios de ayer para que se imponga de nuestra gran función de teatro en beneficio de Martín García.

Adiós general, me quitan las cartas. — Su amigo y servidor. —

FLORENCIO».

## XXX

«Montevideo, agosto 8 de 1839.

Son las de la mañana, y escribo muy de prisa, porque andamos muy apurados

embarcando todo en la *Bordelaise*.

... Tenemos hoy un gobierno completamente amigo: vicepresidente Pereira; renunció Muñoz empujado por aquél, y se nombró a A. Chucarro, hombre honrado y honesto.

Renunció Ellauri, y se nombró nada menos que al viejo Lamas hombre nuestro de corazón, como usted sabe. Anoche le vi en casa de Andrés: ¿qué papel, me preguntó, le parece a usted que puedo hacer yo de ministro? —¿Qué papel? —le dije —el de un hombre honrado, activo y patriota; no necesitamos más. Eso sí, repuso el viejo; y ayudar la expedición a Martín García, hasta caerse muerto: por supuesto, hasta... le dije yo, y nos despedimos. Por ahí, pues, estamos bien. El señor Agüero escribe a usted muchos pormenores que no puedo yo, porque estoy ocupado con el embarque.

Siempre su amigo sincero. —

FLORENCIO».

(Las cartas XXXI, XXXII y XXXIII se transcribieron en las páginas 92, 76, 77 y 78).

## XXXIV

### D. ANDRÉS LAMAS AL GENERAL LAVALLE

«Montevideo, agosto 2 de 1839.

¡Mi querido amigo — Ayer recibí su apreciable del 30; muy contente quedé de su contenido; ojalá pudiera usted estarlo tanto con esta contestación! Pero no será así por desgracia, porque las noticias de la invasión de nuestro territorio, que el Presidente cree de seguro, y las dificultades que nos han puesto los agentes franceses, hacen que nuestra negociación marche con una lentitud fatal.

Sobre este punto de la cooperación de hombres, para la que encontramos siempre en el gobierno la mejor disposición a lo que parece, hablaré a usted decididamente luego que obtenga algunos resultados que espero por momentos.

Consecuentes siempre en nuestra idea de que usted no pierda un día, hemos adelantado en las otras clases de cooperación que a fe, son las que nos han ofrecido mejores resultados: juzgo a la fecha habrá usted recibido el material que condujo el *Caimán*, ahora recibirá usted algunos más y muy en breve tendrá a sus órdenes dos buques de guerra orientales, dos trasportes fletados por el gobierno y un poco de dinero

de algunas suscripciones que todavía nos ocupan.

Espero conseguir que vayan por los buques de guerra, órdenes para las costas, a pesar de que se nos escudan con que el Presidente ya las ha impartido. Considero estas órdenes muy importantes para fiarme demasiado de que S. E. las haya dado y no pedir que el gobierno las dé también. El señor Pereira acaba de recibirse del P. E. y me prometo no poco de sus sentimientos.

Sin embargo, creo que ni usted ni nosotros, debemos dar un sólo instante a las ilusiones, y que debemos perseverar en nuestros esfuerzos como en los días más amargos.

Mañana saldrán los buques y por ellos escribiré a usted. El coronel Pueyrredón que lleva ésta, está desesperado por marchar al primer viento.

Mi madre abraza a usted y mi Teléfora le envía mil afectuosos recuerdos.

Adiós amigo, lo es suyo affmo.

(f.) ANDRÉS LAMAS».

### XXXV

«Montevideo, agosto 4 de 1839.

Mi amigo querido. — El coronel Pueyrredón dirá a usted cuán de prisa escribo ésta: no lo extrañe. Daré resultados: nada más.

El plan de la cooperación de los 1500 hombres se ha abandonado por ahora, a consecuencia de la anunciada invasión y de la inconcebible tacañería de los agentes franceses.

He creído que no debían ocuparnos las ideas de Reinafé.

Ayer recibí la carta de usted que él condujo, y ayer y hoy he tenido varias sesiones con él y con el gobierno. Esto me autorizaba ampliamente; yo creí que nuestra verdadera misión era la de proporcionar a usted todo lo que pudiésemos.

Yo con su carta del 30 en la mano, me parecía ver lo que nos estaba trazado en el verdadero camino.

... “De una hora a otra, puedo recibir un aviso que me obligue a lanzarme con cualquier cosa, etc.”.

Empeñarse en que esa lo encuentre a Vd. en el mejor estado posible, creí que era lo que teníamos que hacer. Manifesté esta opinión, la sostuve, la hice triunfar, y hubo de veras buques de guerra, trasportes y monturas en este solo día.

El señor Pereira está en el gobierno y ha sido mi poderoso auxiliar. De él recibo eso, y la autorización para decir a Vd. que la autoridad suprema de mi país, está dispuesta a prestarle la más franca y leal cooperación hasta donde se lo permitan sus apuradas circunstancias. Quiera Vd. a Pereira, lo merece.

Usted debe en consecuencia hablarme franca y directamente ¿qué necesita Vd. que este gobierno pueda darle en sus actuales circunstancias?

Dígame Vd. francamente si he hecho bien en DESBARATAR EL PLAN INICIADO POR REINAFÉ. Yo creo que los intereses argentinos en esta lucha son los orientales: yo no veo divergencia: lo que a aquellos les conviene en estos momentos no puede perjudicarles a estos: luego yo no veo más conciliación, ni necesidad de ninguna otra, que la de la uniformidad de acción, la de recíproco apoyo.

Si Vd. cree que con las actuales disposiciones de mi gobierno le es más útil variar de punto de ataque, etc., etc.

A. LAMAS». [126]

## XXXVI

«Montevideo, agosto 17 de 1339.

Mi amigo querido. — Su apreciable del 10 estuvo en mis manos el día 13. Me tomó en momentos de salir de casa para la de Pereira; de manera que este señor estuvo instruido al instante de su importante contenido, que lo mismo a él que a mí nos dió un buen día.

Convenidos, pues, en proporcionar a Vd. lo que nos pide para la empresa, no hemos dejado nada que hacer y puedo asegurarle que dentro de muy pocos (tres o cuatro días) se embarcará la infantería, las dos piezas, etc. El estado de penuria en que nos han dejado, lo dificulta todo.

Por esos buques escribiré a Vd. detenidamente. Estoy ocupado como nunca;



porque me tiene Vd. interinamente de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores.

Nuestras notabilidades desertaron este puesto; yo lo he ocupado porque me resigno a todo, menos a volverle la espalda a mi patria en los días de sus conflictos. Espero la primera hora apacible para que me releven de este inmenso peso.

Soy, mi querido general, su siempre.

(f.) ANDRÉS LAMAS».

EL GENERAL LAVALLE A SU SEÑORA DOÑA DOLORES CORREA DE LARREA

«Fragata *Minerva*, 8 de julio de 1839.

Mi Dolores. — Acaba de salir Frías de aquí y no te escribí porque no tenía en ese momento como hacerlo.

Nada hay de nuevo. Estoy esperando viento para salir en el *Relámpago* (goleta de guerra).

... Voy mi vida a una grande empresa con un puñado de hombres, y no desconfío enteramente del éxito. Si derribo al tirano... entonces te juro prepararte días felices, y una vida dulce y apasible.

... Vos y la patria ocupan mi memoria siempre.

Tu — J. LAVALLE».

### XXXVIII

«*Minerva*, 8 de julio de 1839.

Mi Dolores: Hoy te escribí y ahora vuelvo a hacerlo para contestar tu cartita de ayer. De todas las opiniones que he oído sobre D. Frutos, ninguna me parece más exacta que la tuya. No debes tener cuidado, porque yo marché bajo el concepto de la eterna perfidia de ese infame. Si él cambiase de buena fe, sería como una cosa que me habría hallado en el camino.

Suso no me ha engañado a mí, a pesar de sus esfuerzos a bordo del *Alerta*. Las credenciales que traía no han hecho más que persuadirme que él engañó a algunos; no dudo que también a Agüero. Sean ellos los engañados o nosotros, yo haría prender a

Suso 30 veces si otras tantas lo ponen en libertad.<sup>[127]</sup>

Recibe un tierno abrazo de tu.

(f.) JUAN LAVALLE».

### XXXIX

«Julio 12 de 1839.

Mi Dolores: Acaba de caer nuestra ancla en Martín García, donde encuentro mi fuerza aumentada con 80 hombres que salieron (lo mismo que yo) de diferentes puntes. Vidala, Montoro y Maciel están aquí.

Ayer tocamos en la Colonia. Baltar, Evaristo Larravide, Fernández, el inglés Juan Lebas, Estéban Nin, etc., etc., estuvieron al momento a bordo. Me dijeron que medio pueblo quería venir a visitarme, pero dimos la vela al instante para no ser interrumpidos. Estoy grato a esta demostración...

Baltar será el conductor de esta. Va resuelto a pedir enérgicamente su baja, que le niegan hace tiempo, y a mi aviso se vendrá con ella o sin ella. Escribo a Agüero para que me diga la última resolución de Frutos, que a mi salida de Montevideo me dijeron parecía ceder. Deseo una contestación positiva, sí o no, para emplear medios conformes en la reunión de los argentinos.

He visto las órdenes de Frutos de fecha 3, a los jefes de la costa. Dice... es verdad que Baltar la llevará y te la mostrará bajo la confianza de la reserva. Verás el espíritu diabólico con que están concebidas.

... Adiós, mi adorada; entrégale a Baltar tu contestación para que me la remita por el almirante. Todos los oficiales franceses se han portado de un modo tal, que estoy lleno de gratitud.

Tu fiel, *etc.*

(f.) JUAN LAVALLE.

He pensado mucho en mi pobrecito Augusto...

El día que me embarqué no quería despedirme de él por no enternecerme en presencia de tanta gente, pero él me gritó de atrás: *adiós tata*, que me penetró el alma...».

## XL

Martín García, 18 de julio de 1839.

Mi Dolores. — Desde ayer a las 6.30 de la mañana no dejo la pluma sino para comer un momento y para dormir. No sé si la ballenera conductora me dará tiempo para escribir a mi viejito el general Rodríguez. Dile que me ha resentido que te haya dicho que soy un ingrato, sólo porque no le he escrito, lo que prueba que todavía no me conoce. Mejor será que le mandes esta, por si acaso no le escribo esta vez.

Ayer recibí muchas cartas de Montevideo. Los amigos me dicen que D. Frutos había prometido no cruzar la empresa, pero las órdenes que remite a la campaña son horribles. En la capital es más moderado porque tiene que contemporizar con la opinión. Las últimas órdenes que ha dada son para que internen en la costa a los argentinos, y con este motivo han empezado a prenderlos. Lo sé por cuatro hombres que llegan en este instante de Mercedes, y como a los amigos les escribí ayer, bueno es que les avises esta circunstancia. El capitán Acuña, los oficiales Sánchez y varios soldados han sido presos en Mercedes. Avísale a Alberdi y a Miguel Irigoyen, que como escritores no deben ignorarlo...

Tu siempre fiel.

(f.) J. LAVALLE.

## XLI

«Martín García, julio 21 de 1839.

Mi Dolores. — Siempre de prisa mi vida; ya no puedo de las espaldas, porque escribo sobre las rodillas; y el brazo *estropeado* no sé donde ponerlo.

Estoy muy contento mi vida: te ruego que no llores. Ten confianza en mí. ¡Ojalá pudiera comunicarte mis proyectos y mis esperanzas! Pero aunque tuviera tiempo, no sería prudente escribirlos.

Uno de mis escuadrones se llama *escuadrón Maza*. Visita mucho a María Antonia; consuela a esa desgraciada; sé amiga suya. Da mis expresiones a Alsina.

Sólo a Montevideo acabo de escribir cuatro cartas, dos de ellas muy largas. Trabajo todo el día con la pluma, con la lengua, con la imaginación. Ya no puedo más

mi vida. — Voy a descansar una hora si me dejan.

Siempre, siempre tu.

J. LAVALLE.

Cada día es peor la situación de D. Frutos, y cada día ese hombre más rabioso contra mí...

... El público me consideraría un hombre extraordinario si leyera en mi corazón y supiese, que el cénit de mi ambición es vivir tranquilo con vos y mis adoradas criaturas. Pero es preciso apartar los sentimientos tiernos...».

## XLII

Mi Dolores... No tengas cuidado por lo que me pueda perjudicar Frutos con sus comisionados, si los manda. Todavía sueña la esperanza de retenerme o perjudicarme, y de eso nacen sus nuevos embrollos. Pero como recién ve lo horrible de su posición, puede ser que si no puede hacer la paz con Rosas y Lavalleja,<sup>[128]</sup> el miedo lo haga proponer algo de buena fe; más ya es tarde, no lo necesito para nada, y tal vez nos perjudicaría hasta el escucharlo. *Todo el mal que podía hacernos lo hemos recibido ya*, y él mismo no puede remediarlo. En la situación en que él está, nada me puede dar, y aunque pudiera, yo no debo detenerme a esperar sus recursos. Aquí vamos bien, creo que reuniremos 600 hombres; pero aunque algo falte, con 500 se puede emprender... He de estar aquí muy poco tiempo...

... Adiós mi vida, ¡qué sacrificios no haría para que estuvieras tranquila! Me parece que Rosas no me ha de hacer nada, a pesar que las apariencias son imponentes. Todo el día pienso en vos, y sólo me inquieta tu inquietud.

Recibe mil besos de tu fiel.

J. LAVALLE.

## XLIII

«Martín García, 30 de julio.

Mi Dolores. — Pueyrredón conduce esta... Ya tendrás la que llevó Frías que salió antes de ayer... Anoche recibí carta de Lamas sobre las últimas proposiciones de D. Frutos. Él cree que son sinceras en las circunstancias en que Rivera se encuentra, pero

yo creo que no. Ofrece 1500 hombres que no puede dar, por 200 mil patacones que desea recibir. Si hubiese algo de positivo sobre esto, te avisaré. Aquí seguimos perfectamente y cada día más y más contentos.

Adiós mi adorada, no tengas cuidado. Memorias a Concepción y mil besos a mis angelitos.

Tuyo. — J. LAVALLE».

## XLIV

«Martín García, agosto 2 de 1839.

Mi Dolores. — Apenas tengo cinco minutos. Mañana contestaré la correspondencia que he recibido por el *Relámpago* y *Caimán*. Todos los efectos han llegado, menos unos tercios de yerba que me anuncia Hornos.

Llama al señor Agüero para que lea la carta siguiente que dirijo a Andrés Lamas».

«Martín García, agosto 2 de 1839. — Señor don Andrés Lamas. —

Querido amigo:

Aquí llegó ayer el coronel Reinafé (que regresa hoy) con una carta del señor Muñoz para Chilavert, en que *como opiniones de gobierno*, me propone una operación ventajosa para los *intereses comunes*. Nunca he dejado de considerar así los de los dos pueblos.

Muy bien; caiga sobre mí un eterno oprobio, si sacrifico un átomo de los intereses públicos a individualidades.

Demasiado desprecio me inspiran los que se dejan conducir por pasiones de lodo, para que yo quiera caer en la misma desgracia. Pero querido, en la posición inaudita en que esos señores me habían dejado, había tomado un camino en el cual estoy muy avanzado. Deseo sinceramente conciliar todos los intereses, pero es posible que ya sea tarde.

No habiendo por otra parte en las propuestas escritas y verbales que trae el coronel Reinafé, nada de positivo, yo sigo el camino de mi plan independiente. Estoy en situación de contar, no ya los días sino las horas que he de permanecer en Martín

García. Deseando, sin embargo, hacer los esfuerzos posibles para conciliarlo todo, pido que se le autorice a Vd. para venir a tratar de un asunto tan grave. Usted vé que esto no se puede resolver por cartas.

El coronel Reinafé lleva también algo verbal para el *señor Muñoz*. No tengo un momento más; el almirante se va.

Su siempre.

JUAN LAVALLE.

Mi vida mañana te escribiré. Tu J. L.».

### XLIII

«Martín García, agosto 5 de 1839.

Mi Dolores. — Anteayer y ayer te escribí con gran prisa.

... No sé si habrá aflojado el DURO *pero han aflojado todos sus amigos* y con razón, pues que yo soy la única tabla de salvación que les queda. Me han ofrecido proposiciones que yo admitiré si son racionales y convenientes para todos. Pero temo que hayan mudado de parecer, con motivo de la invasión que ha hecho Lavallega por el Salto. Antes de este suceso se trataba de proteger mi empresa, y ahora pedirán tal vez que yo les vaya a ayudar, por lo cual no paso aunque se hunda el mundo. Estoy desesperado por meterme en Entre Ríos, si el ejército invasor permanece en la Banda Oriental. Pero no lo digas, ya porque no será bueno que Rosas lo sepa tan pronto, ya porque si el gobierno de Montevideo conoce esta intención, no dará nada. Eso es lo que a ellos les conviene, pero es preciso hacerse rogar para sacarles algo. Opino que el ejército invasor será destruido si se obstina en penetrar en el país, sin que se deba nada, nada a D. Frutos, sino a la población del departamento de Sandú. Yo debo lanzarme al Entre Ríos sin dudar, no sólo por el presente sino también por el porvenir.

No es mal preboste el ministro Mandeville. La sangre que va a correr no le duele por humanidad, sino por el resultado, que si es funesto a Rosas, lo supone contrario a sus viles intereses. No tengas cuidado por asesinos. En ninguna parte estoy más seguro que aquí, rodeado de la *lealtad*.

... A mis angelitos los abrazo y los beso con la imaginación. Adiós mi dulce vida.

(f.) JUAN LAVALLE».

(Las cartas números XLVI y XLVII dirigidas al señor Lamas, se reprodujeron en las páginas 77 y 79 del texto).

## XLVIII

EL GENERAL LAVALLE AL DR. VARELA

«Martín García, julio 17 de 1839.

Mi querido Florencio: NADA EXTRAÑO EL ABANDONO QUE HACEN DE NOSOTROS NUESTROS ANTIGUOS HERMANOS: no he contado jamás con ellos y espero que nuestros solos esfuerzos bastarán al triunfo de la libertad, triunfo que como Vd. dice, será tanto más glorioso para los argentinos.

Desde que he tomado sobre mi la empresa de derrocar al tirano de nuestra patria, es porque no he dudado de la protección de todos mis compatriotas y la de todos los hombres de cualquier nación, amantes de los principios y de la civilización. Espero, pues, que ustedes me ayuden con celo infatigable y sobre todo con la mayor actividad, facilitando todos los medios de engrosar nuestras fuerzas, y allanando con tiempo todos los obstáculos que pudieran estorbarla.

El joven Andrés Lamas se ha hecho acreedor a mi gratitud, y nuestra patria le contará entre uno de sus más generosos protectores. No dudo que su noble decisión nos será muy favorable.

Hasta otra vez. Siempre de usted, querido compatriota, amigo y servidor.

(f.) JUAN LAVALLE».

Hemos hecho desfilar ante el deudo del señor Muñoz, al general Rivera, a Despauy, Agüero, Portela, Alberdi, Frías, Baltar, Alsina, Madero, Varela, Lamas, Lavalle, y hasta al mismo Rosas; todos personajes contemporáneos que debieron estar mejor informados en el momento histórico a que se refiere su titulada *rectificación*; resultando demostrado bajo diversas formas:

1.º Que el Presidente Rivera decía verdad al comunicar a su esposa en las cartas que dejamos publicadas y corresponden al capítulo II de nuestra obra, hoy en prensa, LA REVOLUCIÓN DEL SUR EN 1839; *que él negociaba la paz con Rosas, y que su ministro Muñoz estaba conforme con sus vistas políticas.*

2.º Que en efecto, el señor Muñoz fué parte en ellas y PARTE PRINCIPALÍSIMA,

no solo como CONFIDENTE, según dijimos, sino lo que es mucho más, como COOPERADOR ACTIVO, COMO NEGOCIADOR, atrayéndose por esa conducta, los reproches y las calificaciones severas de caballeros tan circunspectos como el Dr. Agüero, por ejemplo, amigo suyo personal, y el nombre del cual se invocaba en primera línea para desautorizarnos.

Pensamos pues, que los documentos autógrafos que exhibimos, hacen prueba plena, excesiva, en nuestro favor. Pero si el deudo del señor Muñoz quiere más, tendrá más todavía...

Quedan en nuestro archivo, considerable número de otros justificativos que ratifican la malaventurada negociación con Rosas y el papel inconcebible que representó en ella el ministro Muñoz. Los omitimos por parecemos innecesarios en el caso ya comprobado con superabundancia; pero repetimos, verán la luz pública, si lo que no es presumible, se insistiera en rectificarnos de *memoria*.

Hablarán entonces los generales Rodríguez e Iriarte; los coroneles Olavarría, Pueyrredón, Elías; los doctores Carril y Derqui; los señores Rivera Indarte,<sup>[129]</sup> Miguel Irigoyen, Manuel Leiva, Ascasubi, Cavenago, Pino, Buchet, Martigny, (comandante de la línea del bloqueo en esta rada) y otros, sin excluir a los espías de Rosas en Montevideo, cuyas cartas arrojan siniestra luz sobre estos sucesos y en las que anda *quizá estropeado* el nombre del señor Muñoz. Quedan todavía inéditos *más documentos* de Lavalle, Agüero, Alberdi, Madero, etcétera, *etc.*

Empero, los publicados al paso que revelan la desairada negociación entablada con Rosas por los señores Rivera y Muñoz; contienen, aclaran y fijan definitivamente algunos tópicos de marcado interés histórico, razón que nos ha impulsado a dar a los extractos ya conocidos, mayor amplitud que la que merecía la intempestiva *rectificación* que nos ocupa.

Frutos Rivera estaba resuelto a impedir la expedición libertadora del general Lavalle, y a fin de lograr su sombrío designio, no retrocedía ni ante el escándalo de detener o capturar las personas de los emigrados argentinos.

¡Las órdenes que principiaron a ejecutar las autoridades militares de la costa del Uruguay, y de que dan noticia las cartas de Lavalle, fueron las mismas que transmitió aquel caudillo, directa y personalmente al intendente general de policía D. Luis Lamas el 1.º de julio; y si ellas se hubieran acatado en Montevideo, el mismo general Lavalle habría sido detenido; porque nada era más fácil desde que no se podía sospechar que hasta ahí llegase el alucinamiento y la malevolencia!



El embarco público de Lavalle en contravención y dejando burladas aquellas órdenes, efectuado bajo la bandera oriental, por el arrojo patriótico de un joven que tan prominente lugar tuvo años después en la defensa de Montevideo, cortó según ya dijimos el nudo gordiano, rompiendo los hilos de la negociación con Rosas; dando una posición definida a los emigrados argentinos; abriendo nuevos horizontes a la revolución y a la guerra contra aquel gobernante, y conservando al versátil Rivera y a los que con él se extraviaron, en la senda que les señalaban sus bien entendidos intereses, que no eran otros que los de la causa liberal a la vez que los de la honra y la salvación de su patria.

¡Verdad es que ese paso resuelto atrajo sobre el Estado Uruguayo el ejército de Rosas al mando de Echagüe; pero el general Lavalle arrebató al invasor su base de operaciones que era el Entre Ríos; y los mismos orientales que estorbaron a Rivera *darse las manos* con el tirano, le procuraron con la cooperación francesa y con el apoyo de la opinión, un asiento firme en Montevideo y una fuente de recursos inagotables que le permitió librar, mejor dicho, que le conquistó la victoria decisiva de Cagancha!

Suprímase el embarque del general Lavalle, y déjesele arrestado, preso en Montevideo... Solo Dios sabe cuales habrían sido los destinos del Río de Plata.

Ese embarco era la guerra franca contra Rosas, la lucha entre la libertad y la tiranía, así como su detención equivalía a pretender conciliar lo inconciliable; la confusión, el caos, el no saber que hacer, ni adonde ir.

Otra observación nos sugieren los hechos que con las cartas publicadas quedan establecidos.

La opinión de la sociedad montevideana fue favorable a Lavalle y a su empresa. ¡Ella se trasparenta, y los pueblos tienen mirajes esplendorosos que en las horas de prueba suelen valer más que la ciencia especulativa de los hombres de Estado!

Estos formulan cálculos, como los hacía el ministro Muñoz, quien no teniendo dinero en las arcas, ni armas en el parque, sentíase impotente para la guerra y optaba por la paz que evitaría la invasión inminente de las huestes de Rosas.<sup>[130]</sup>

Pero aquel pueblo concebía que la causa de los argentinos liberales, era la suya propia y que sacrificados éstos, él mismo se inmolaba.

Como se ha visto al verificarse la temida invasión, no había en el tesoro oriental ni con que costear un expreso, y el general Rivera apenas revistaba seiscientos

hombres... Sin embargo, el nuevo ministerio lo tuvo todo; haciendo inexpugnable a Montevideo, armando batallones cívicos, y enviando al Presidente, dinero, pertrechos, equipos, infantería, artillería y hasta caballería, lo cual importó asegurarle la victoria del 29 de diciembre.

Otro ejemplo de este orden, pero incomparablemente más tocante, nos ofrece la guerra con Rosas en el mismo Estado Uruguayo, y con los mismos hombres.

Al celebrarse el tratado del 29 de octubre de 1840 entre los gobiernos argentino y francés, los mismos estadistas de 1839, REINCIDIARON en el deseo de evitar los peligros de quedarse solos en pugna contra el poder de Rosas que tanto había crecido ya, y que tanto se agrandara aun por el abandono inesperado en que dejaba a sus aliados la política del gabinete Guizot, como lo *probaremos* al historiar la última campaña de Lavalle.

No obstante, esa nueva *tentativa pacífica*, fué ahogada en las conferencias que tuvieron lugar en el puerto de Buenos Aires el 11 de noviembre de dicho año 40 a bordo de *l'Eclair*, y el Estado Oriental se quedó aislado; fueron vencidos los ejércitos libertadores; Rivera perdió el suyo en la jornada del Arroyo Grande, y no quedó libre desde el Plata a los Andes, sino la estrecha lengua de tierra que ocupa la ciudad de Montevideo...

En ese pequeño ángulo, no había ni elementos bélicos ni plata. Para los estadistas, la resistencia era un delirio; para los representantes del sentimiento popular, ella significaba el deber, pues iba a lidiarse por la vida y por el honor. Allí se resolvió la resistencia el 3 de febrero de 1843, la cual duró *nueve años*, y en su último aniversario, el 3 de febrero de 1852, ¡terminaba esa lucha troyana en los campos de Monte Coseros!

Así, la ciencia meticulosa de los estadistas fué vencida en 1843, como lo había sido en 1839, por los que encarnaron el instinto y la acción de los pueblos.

Si como dice Cicerón, la historia es la maestra de la vida, la de la lucha con Rosas debe ser eminentemente instructiva. Esta es la razón que nos induce a salvar en cuanto nos es dado, sus páginas más auténticas hasta ahora desconocidas y dispersas.

Existe en París un lienzo de Gérôme, pintor laureado, representando al gladiador caído en la arena del circo romano al lado de las piras. Otro atleta con el *tridente* alzado sobre él, solo aguarda el signo que hacían los espectadores con el dedo, para enviarlo al reino de las sombras...

Pero nosotros no le imitaremos en presencia del escudo ya roto sobre un brazo inerme y juvenil. Preferiremos siempre levantar al adversario, esperando que quien se ufana de blasones, tendrá también la nobleza de confesar la injusticia de su agresión, pues que nuestros estudios solo buscan la VERDAD; y nos avergonzaríamos, como ha dicho un noble escritor francés, que la historia sirviese para calumniar a los muertos.

A. J. C.<sup>[131]</sup>

«Al Señor general D. Juan Lavalle.

Montevideo, 5 de marzo de 1839.

Mi glorioso general:

Aunque no tengo el gusto de conocerle personalmente, conozco sin embargo una parte de la historia de mi patria, y conservo en la memoria las páginas que hablan de *San Lorenzo, Maipo, Junín, Ituzaingó, etc., etc.*

Yo soy pues, uno de los muchos jóvenes que hemos aprendido a venerar el nombre de Lavalle en la historia de las glorias y de los prodigios de los argentinos. Extranjera la juventud a todas las dolorosas divisiones de la generación benemérita que la ha precedido; limpia de prevenciones de antipatías de partido intestino, ella no conoce más causa que la de la revolución, más glorias que las que fueron conquistadas en su desarrollo, ya por la pluma, ya por la espada. Y desde luego entre estas glorias, ella ha debido conocer la de usted como una de las más puras y bellas. Decidida como está, por vocación, por simpatía, por deber y por religión, si es posible decirlo, a abrazar de nuevo la causa adormecida de la revolución americana, ella se ha acordado de los héroes de esta causa, y por tanto de usted. Ella pues tiene el honor de dirigirse a usted por mi conducto, y yo de llenar esta misión tan grata y tan superior a mi mérito, en la ocasión más solemne y más grave.

Yo seré lacónico, mi general; yo sé que usted ama el laconismo.

Se trata de una cosa, y es, que usted acepte una gloria que le espera, y una gran misión que le llama. Porque es usted señor y sus gloriosos amigos, a la cabeza de los cuales figura el coronel Chilabert, los que están llamados a dar la solución a esta inmensa cuestión, que bien pudiera considerarse como una segunda faz de la revolución de Mayo. Los laureles de Moreno y Castelli, buscan unirse en las sienes de ustedes a los laureles de *Maipo* y de *Junín*. La obra inmortal de ustedes sufre hoy las infames hostilidades de un bárbaro. Usted más que nadie, tiene la obligación y la

competencia a derrocarlo. ¿De qué modo?, ¿por qué operación? He aquí la necesidad de una cosa importante, y es, que usted venga a Montevideo con toda la celeridad posible, porque el momento es bello, y no es de malograrlo. No tiene que ver el objeto con que es usted llamado, con el de las distintas insinuaciones y solicitudes que le han sido ya dirigidas. Tal vez solo el coronel Chilabert y yo, conocemos a fondo toda la necesidad de que usted se venga, estén como estén las negociaciones de los otros acerca de la cooperación de usted, creo conocer la posición de usted, sus deseos, sus obstáculos.

No hay uno solo que no será salvado en la operación que busca la dirección de usted.

Le incluyo desde luego esos documentos, por los cuales usted y sus amigos, conseguirán una convicción mayor que la que les supongo, del desinterés de la Francia en cuanto a nuestros altos intereses nacionales, y de la posibilidad de obtener su cooperación, en provecho de nuestra nacionalidad y nuestra gloria.

Es en este respecto también que la presencia de usted en este pueblo, sería de la más alta importancia para nuestro país. Es enteramente, señor, en el interés y a nombre del honor de nuestra patria, por la cual lleva usted hechos tan inmensos sacrificios, que es llamado por esta vez. Estoy persuadido de que sus oídos nunca fueron tardos, cuando sonó la voz del interés y del honor de la REPÚBLICA ARGENTINA.

Yo le abrazo, mi querido general, aprovechando de esta ocasión, con todo mi corazón entusiasta por el nombre y la gloria de usted.

Hasta de aquí a diez días pues, ¿no es esto?

Soy señor, etc., etc.

JUAN B. ALBERDI».

Montevideo, marzo 20 de 1839.

«*Al Señor General D. Juan Lavalle.*

Mi noble general:

En la cima de una crisis, con un militar, y espíritu penetrante, me creo dispensado de las formas pesadas de la etiqueta común. Yo seré breve y desordenado.

La revolución se pierde. Nuestro mal ejército se disemina. El enemigo se vigoriza

por horas. ¿Se considera usted poco obligado en la ocasión actual?

¿Le será fácil satisfacer a nuestro país, cuando mañana, desde el fondo de la opresión triunfante, le pida cuenta de los sacrificios hechos por su salvación? Yo veo señor, hundirse de nuevo nuestro país y de esta vez para siempre. Su situación y la nuestra es horrible; no hay ojos con qué mirar el porvenir. Y no miro las cosas por el prisma del miedo; soy independiente y puedo viajar. Pero solo, sin patria, me creería cadáver. Temo pues más por nuestro país que por mí. Y este temor me precipita a llamarle volando.

Señor: tengo que ser claro; cuento con su indulgencia. No vaya usted al ejército; son justos, justísimos sus temores; allí es usted un hombre eterogèneo; allí todo le rechaza, no se le desea. Otro rol le llama a usted; véngase aquí a conocerlo, a organizarlo, a ocuparle; él no está en el ejército, persuádase señor. Los que le dicen lo contrario, están equivocados con toda su presunción de certidumbre; no conocen el terreno, no son propios para conocerlo; se desconfía de ellos, lo diré de una vez, se huye de ellos, justa o injustamente. Sírvase hacer más caso de cien hombres que de diez; véngase aquí y lo verá todo con sus ojos. No se limite a escribir, a enviar a otro en su lugar; el tiempo vuela, la crisis sube, véngase usted mismo, nada se pierde en todo caso. No buscamos la anarquía, no, ¡por Dios! ni de fin, ni de medios; buscamos la adopción de todos los medios, y su dependencia y subordinación recíproca. No queremos su centralización, su consolidación, es cierto, porque vemos que esto es imposible, inútil y perjudicial. Queremos sí, su independencia relativa, subordinada, por decirlo así. Y esto es posible, y esto es una demanda de las cosas y de los hombres. La guerra no podrá ser ya central y según el arte común.

Será recursiva y por tanto, diversa, descentralizada de conspiración, revolucionaria enteramente. ¿No lo concibe usted así? Y si no, ¿dónde el ejército, su idisciplina?; ¿en qué hora estamos para proceder de otro modo?

Los medios para la guerra posible, son fértiles a mi ver y numerosos. Organizados con tacto, darían un producto supremo.

Pero no pueden ser confiados a la distancia, piden la confidencia más íntima. ¿Se organiza una revolución por cartas?

Tengo cartas, Señor, tengo datos, revelaciones íntimas, que autorizan mis temores y mis consejos, respecto de su ida al ejército. El general Olazábal acaba de ser nombrado por decreto del general Rivera, jefe propietario de la legión argentina que milita bajo sus órdenes inmediatas. Este es el mejor dato.

Se han solicitado todas las autorizaciones que el general Rivera no podrá menos que conceder para la organización de nuestras ruinas.

Entre tanto, bueno es que sus respuestas le tomen a usted aquí, señor.

Mucho se habrá hecho ya. Ellas no pueden ser sino afirmativas.

Atienda usted al imperio de las cosas al cual obedecerá, no hay que dudar, la voluntad del general Rivera, si es verdad que es enemigo y no aliado de Rosas, como no debemos ni tenemos porque dudar.

Los franceses se fatigan, se desesperan de aburrimiento y de inacción. En Buenos Aires se pierde toda esperanza. La pertinacia y firmeza de Rosas, conquistan prosélitos y simpatías en las masas que buscan más la fuerza que los principios. Guido ha salido a negociar la paz, y quien sabe que más, con Bolivia. La Madrid ha partido para el Norte. Cada día muere un prestigio; cada hora se marchita una esperanza. Hemos retrocedido inmensamente. ¡Estamos casi en vísperas de un fin desastroso. Señor, quiera usted volar al medio de nosotros, por su honor, señor, y por el honor de nuestra patria!

Yo le abrazo, mi buen general, con amor y con entusiasmo.

J. B. ALBERDI».

P. D. — Ojalá no adoptase, señor, más consejero que su prudencia personal. Las confidencias más secretas, se difunden en esta época.

«Señor general D. Juan Lavalle.

*Mercedes, marzo 10 de 1839.*

Mi querido general — Varela partió hoy para Montevideo, y usted no habiendo hecho el viaje con él, me parece que ha perdido la ocasión de dar un golpe de grande efecto. Se habría aparecido repentinamente en medio del gran foco; en el centro de todos los círculos que le disputan su influencia, en el vértice mismo de las grandes agitaciones que se dá la pobre emigración para cavar su sepulcro y su ruina final. Allí, apoyado de los hombres de respeto y sensatez, usted podría haber aventado todas las intrigas, haber lisonjeado todas las aspiraciones y dado estímulo a las esperanzas menos fundadas; se habría hecho dueño del secreto de todos y puesto en un buen crisol, se habría calculado su importancia o insensatez.

En el progreso de esta operación rápida y viva, cuanto es corto el tiempo de que

podiera disponerse, usted mismo se habría calculado su importancia o insensatez.

1.º Con el prestigio y favor de haber impedido con juicio, con prudencia y dignidad, una locura.

2.º Con la unánime y enérgica cooperación de todos, tanto más ardientes en la senda que usted les mostrase, cuanto más expuestos estaban a caer en el precipicio en que usted los había detenido.

3.º Con los recursos que esa misma situación daría y que no puede calcularse por razonamientos ordinarios. Yo he formado este juicio de las cosas que se le comunican por los datos que diré, y las consecuencias, por mi inspiración propia.

Desde luego el primer paso, que ha sido la reunión de emigrados para leer la contestación de Baradére, viene mal recomendado, pues que se sabe que a ella no asistieron los SS. Agüero, Agrelo, Gallardo, Cernadas y no sé si otro.

2.º Se habla en los términos más violentos y desconfiados de la alianza oriental y de sus auxilios y se libra entera y exclusiva confianza en los franceses y su fuerza; se proyecta *pisar en una mano de la Francia para saltar a colocar la bandera argentina en la pirámide de la Victoria*. Expedición de emigrados y combinación en Buenos Aires; el cañón y tropas de la Francia para el desembarco; todo esto supongo que quiere decir aquello.

3.º Baradére tan íntimo de Varela, ha ocultado a éste la carta de Alberdi y a la disposición a contestarla en los mismos momentos en que él debía hacer una digna publicación de las miras de la Francia que acompañase y fortificase el manifiesto del general Rivera, Esto importa tal vez separación o tibieza en la alianza oriental y favor a los hombres sin misión como Alberdi, a los desterrados.

4.º Los franceses tienen instante necesidad de concluir y salir de una situación en que imprudentemente se han comprometido. Harán muchas otras y la primera es tratar de apoyar la impaciencia de los emigrados, de su orgullo y dignidad ofendidos por la situación humillada y dependiente en que están, para lanzarlos contra Rosas.

No se cuidarán del éxito, ni se detendrán en considerar que nuestro asilo queda comprometido y que una retirada es imposible.

Usted calculará que estamos en una situación gravemente delicada. El general Rivera bastante nos dice, cuando le manda a Varela la circular diciéndole que no sabe lo que es eso. El que se la mandó seguramente le ha mandado decir lo que sabe y no es

difícil saber las cosas que se tratan entre tantos señores más o menos discretos. Por lo tanto, yo pensaba que era conveniente haber sofocado eso en su origen y haberle mostrado al general Rivera la verdadera situación de las cosas, situación tan peligrosa para él como para nosotros. Difícil era que él hubiese resistido a reconocer en Vd. el mérito de haber procedido con elevación y franqueza en tal crisis.

Atienda Vd. por el sentido de la carta, cuantas sospechas tiene.

Varela que conviene en todo esto ha tenido recelo de que Vd. lo acompañase. Cree que el general Rivera está prevenido, y que su marcha a Montevideo le confirmaría sus avisos, y que entonces extendería a él y aun a mí las sospechas de ser partes en el tal complot. Se ha ido, promete avisar inmediatamente, trabajar y desbaratar todas estas majaderías y poner todo en buena dirección; pero la juventud tiene mucha confianza en sí misma y no se... siete días dice que hay que esperar.

Es inútil asegurarle a Vd. que él me ha prometido no abusar de su nombre. Por todo y para todo importa que se venga a Mercedes. La casa la desocuparán dentro de ocho días según le han ofrecido a Peña; mas el mismo Peña me ha dicho, que en su casa hay dos piezas en donde pudiera bajarse con la familia por los cuatro o seis días que tendría que aguardar hasta que se desocupase la casa.

Adiós mi querido general. — B. S. M. su affmo.

SALVADOR MA. DEL CARRIL».

Todo esto es peligroso escribir, y no le escribo todo. — Quémelo y hablemos.



## AMPLIACIONES AL CAPITULO IV

A

### BANDO

«Montevideo, marzo 10 de 1839.

Habiendo S. E. el general en jefe del ejército constitucional, en uso de las altas facultades que investía, aceptado en el día 21 de febrero último la guerra que le declaró de hecho a la República el gobernador actual de Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas, declarándola a la vez contra el gobierno de éste y sus sostenedores, por los graves motivos con el objeto y términos señalados en el manifiesto respectivo. — El Poder Ejecutivo:

#### DECLARA:

1.º La República Oriental del Uruguay, está en estado de perfecta guerra con el gobierno actual de la provincia de Buenos Aires y con todos los que lo sostengan.

2.º No siendo la guerra contra la República Argentina, su bandera, sus pueblos y ciudadanos que se hayan sustraído o se sustrajeran en adelante al poder del tirano, serán considerados, tratados, y admitidos, como hermanos, amigos y aliados contra el enemigo común.

3.º Por los ministerios respectivos, se tomarán todas las medidas necesarias para que quede cerrada toda comunicación entre este Estado y el territorio o territorios en que se obedezca al gobernador actual de Buenos Aires, en la forma y bajo las penas que designa el derecho público.

4.º Comuníquese a quienes corresponda, publíquese por bando e insértese en el Registro Nacional.

PEREYRA

José Ellauri.

José Rondeau.

Francisco J. Muñoz».

## B

### ATALAYA

#### ¡VIVA LA FEDERACIÓN!

El Mayor graduado encargado de la subdelegación del puerto de la Atalaya. «*Atalaya*, mayo 9 de 1839— A los 30 de la Libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina. *Al Señor Capitán del Puerto, Coronel Don Francisco Crespo.*

El infrascripto tiene el honor de dirigirse a V. S. para poner en su conocimiento el horrible atentado que acaban de ejecutar las tropas francesas en este puerto, en número de más de quinientos hombres, en diez y siete lanchas y seis buques mayores, pegando fuego a doce de los veintidós buques mercantes que había en este puerto, de los que solo se incendiaron ocho, escapándose trece de dichos buques porque cuatro logró apagar nuestra gente, luego que llegaron cuarenta y cinco hombres de auxilio de los veinticinco milicianos de caballería que había en este punto para el celo del contrabando en esta costa. De manera que a este puñado de setenta milicianos valientes, es debida la salvación y defensa de los trece referidos buques que han quedado en este punto.

Los detalles de este famoso atentado, ignominioso para las armas francesas, son los siguientes:

El domingo 5 del corriente se presentó en este puerto un bergantín francés de guerra al parecer la “Bordelaise”, que se mantuvo en observación todo ese día y el siguiente hasta el martes 7 del mismo, en que dos lanchas de este mismo buque incendiaron la goleta “Pintoresca” varada en el Sauce, tres leguas de este punto. Al amanecer de ese mismo día apareció a la popa del bergantín dicho, una goleta apresada.

El miércoles 8, de 9 a 10 Me la mañana, se avistaron los buques de guerra franceses, bergantín “Badine” goletas “Ana” y “Firmeza”, falucho “Atrevido” y un bergantín goleta; los que anclaron en la boca de la Atalaya como a las once de la mañana de ese mismo día. A las doce, desprendieron de dichos buques diez y siete lanchas, las que reunidas a las dos goletas y faluchos expresados, se dirigieron a tierra adonde no pudieron llegar por falta de agua. El bergantín “Badine” de la una a las dos de la tarde, se acercó a la costa cuanto pudo hasta que varó, y empezó a hacer fuego, continuándolo hasta ponerse el sol.

A la noche creció el río, y como desvararon se dirigieron a su fondeadero, desde

donde al día siguiente, jueves nueve del corriente, entre las nueve y diez de la mañana, volvió el mismo bergantín, y fondeando en la boca del puerto, repitió el fuego para tierra. Bajo de él, habiéndose colocado para adentro de la boca de la Atalaya el falucho y las dos goletas, se desprendieron las mismas lanchas que el día anterior, dirigiéndose a tierra, haciendo fuego la lancha que venía a la cabeza, el que secundaron las demás, lo que divisaron el piquete de los veinte y cinco milicianos que los observaba y tiroteaba. Así las tropas francesas en número de más de quinientos hombres, protegidos por la artillería de las lanchas y buques, efectuaron su desembarco a distancia de dos cuadras de la Boca. Divididos en dos alas, una a cada costado del arroyo, y las lanchas por el río haciendo fuego a los espinales que aquí abundan, dirigieron su marcha hacia los buques que están en el puerto. Durante esta marcha, el bergantín "Badine" continuaba el fuego que hacía desde la boca del puerto, que cesó a las 12 luego que izaron la bandera francesa en la zumaca "Restaurador" a la que abordaron sin que hubiese persona alguna en ella.

Las lanchas francesas dieron principio al brutal incendio de los buques abandonados por sus marineros; y la fuerza de tierra de los mismos franceses, empezó a practicar igual barbarie en los efectos que había, destrozando a fuerza de hacha las pipas de bebidas, rompiendo las bolsas y barricas de azúcar y los tercios de yerba, y derramando todo en el suelo para inutilizarlo.

En estas circunstancias, habiendo aparecido los cuarenta y cinco hombres mencionados a las órdenes del mayor D. José Antonio Martínez, en auxilio de los veinticinco milicianos, a gran prisa bajaron entonces la bandera de la zumaca "Restaurador", y habiéndole prendido fuego, que felizmente pudo apagar nuestra gente, se reembarcaron en las lanchas, y regresaron adonde estaba el resto de la fuerza francesa.

Tal ha sido esta jornada ignominiosa para la Francia. Sus tropas han cometido en este día un acto de barbarie sin ejemplo, y han fugado a la presencia de setenta argentinos fieles hijos de la libertad, dejando dos muertos, llevando otros y bastantes heridos.

Dios guarde a V. S. muchos años.

AVELINO GARMENDIA».

C

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

El Sargento Mayor graduado del cuarto escuadrón del Regimiento número 6 de campaña. *Magdalena*, mayo 9 de 1839. — Año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina. Da parte del incendio de ocho buques, hecho por los franceses en el puerto de la Atalaya y demás que espresa. *Al Señor Comandante en Jefe del Regimiento núm. 6 de Campaña, Coronel D. Prudencio De Rosas.*

Tengo el honor de dirigirme a V. S. para manifestarle que en el día de la fecha, de nueve a diez de la mañana, han atacado los franceses el puerto de la Atalaya, habiendo desembarcado las enemigos una fuerza como de seiscientos hombres, que hacían fuego de artillería e infantería, el que fué contestado por el piquete a mi mando y últimamente por el auxilio de los cuarenta y cinco infantes de que di cuenta a V. E.

Los franceses han cometido la misma infame barbarie, incendiando ocho buques de los veinte y uno que estaban en el puerto, y destruyendo los efectos que había a bordo y en tierra; pero al llegar el referido auxilio de los cuarenta y cinco hombres unidos al piquete que tenía, a mis órdenes para el celo de esta costa, abandonaron su obra de destrucción y barbarie, y se retiraron.

Al elevar V. E. este parte al conocimiento de S. E. Nuestro Ilustre Restaurador, díguese V. S. recomendarle al mayor graduado D. José Antonio Martínez y a todos los demás valientes enunciados.

Dios guarde a V. S. muchos años.

MIGUEL VALLE». <sup>[132]</sup>

D

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

*Departamento de Relaciones Exteriores.*

El Gobierno de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, para los fines que se reserva, ha acordado y decreta:

Artículo 1.º Los comerciantes y propietarios de buques así nacionales como extranjeros, cuyas propiedades han sido incendiadas, inutilizadas o depredadas por los soldados de la marina francesa en el puerto de la Atalaya el día 9 del corriente, presentarán en la colecturía general dentro de treinta días, una relación legalmente comprobada, y jurarla de los intereses que han perdido con motivo de aquella feroz agresión, y sus valores según el corriente de plaza.

Art. 2.º El colector general vencidos los treinta días las elevará al gobierno.

Art. 3.º Comuníquese, publíquese e insértese en el Registro Oficial.

ROSAS.

FELIPE ARANA.

E

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

El Sargento Mayor, Comandante accidental del 4.º escuadrón del Rejimiento N.º 6 de campaña. Arroyo de Villoldo, septiembre 1.º de 1839 — Año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina. Dá parte a V. E. de haberse batido con los inmundos asquerosos franceses, y hécholes conocer la imposibilidad que hay en ellos para vencer a los hombres libres de la América, tierra clásica de la libertad. *Al Exmo. Sr. Gobernador ele la Provincia, Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes Brigadier General de la Nación D. Juan Manuel de Rosas.*

Exmo Señor:

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que hoy, como a las once del día, tuve aviso de que se hallaba como a legua y media de este punto un bote de los tiranos, a lo que inmediatamente mandé montar diez hombres, y me dirigí al indicado destino, poniéndome yo a la cabeza de esta tropa, deseoso de encontrarme con estos tiranos, como sucedió: pero son tan cobardes, Exmo. Señor, que al momento que me distinguieron, sólo pensaron en la fuga; y con el deseo de hacerles conocer que los americanos conocen sus derechos, di los *vivas* que creía dar, y dije: «seguidme, soldados»; me obedecieron y los perseguí por el agua como dos cuabras, hasta que los caballos perdieron pie, y regresé a mi destino, donde me encontré que se dirigía a tierra el falucho «Ana» con dos lanchones, y como cien hombres a su bordo, y un bote. Inmediatamente ordené se retirara, mi tropa al monte hasta que ellos tomasen posesión de los buques; en efecto la que se pusieron en el destino que yo deseaba, mandé cargar, y resultó de esta carga quedar en mi poder un bote con dos remos, tres fusiles, cuatro sables de abordaje, cuatro bayonetas, cinco hachas de abordaje, una cartuchera con granadas de mano, cuatro pistolas, una máquina de incendio, varias camisetos de idem, y una bolsa con herramientas de echar a pique.

Si me pusiera, Exmo. Señor, a nombrar a cada uno de los oficiales de mi mando, por su buena conducta en este encuentro, no concluiría; pero sí puedo asegurar a V. E. que tanto ellos como el piquete que tengo el honor de mandar, han cumplido con su deber, disputándose cuál haría brillar su espada más bizarría contra los usurpadores.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Exmo. Señor.

MIGUEL VALLE.

F

*«A los Señores Editores de El Nacional.»*

Cuando los diarios publicados en Buenos Aires ocupan a sus lectores, ya de las desavenencias existentes entre la Francia y el gobierno de aquella provincia, ya de la conducta de los agentes franceses encargados de defender aquí los intereses y la dignidad de su país, tienen la costumbre de hacerlo con tantos miramientos por la verdad, como saben emplear la moderación y la cultura en su lenguaje y en la elección de sus palabras.

El único sentimiento que esas descomedidas y ridículas declamaciones nos ha inspirado, ha sido inducirnos a guardar un silencio, cuya causa nadie puede desconocer. Sin embargo, es indispensable dar el desmentido que merecen las acusaciones con que acompañan la publicación del parte relativo a la expedición dirigida sobre el arroyo de la Atalaya, contra los buques infractores del bloqueo que han sido destruidos en aquel punto.

Ellos pretenden que la Atalaya ha sido atacada por más de 500 hombres trasportados en 17 embarcaciones. Parece que los SS. jefes argentinos que los contaron se hallaban con el espíritu demasiado dispuesto a abultar y exagerar los objetos, pues con alguna más tranquilidad y atención hubieran podido cerciorarse que sólo tenían en su presencia 15 embarcaciones con doscientos hombres en vez de 500; y con más veneración por la verdad y estima hacia la infantería, los mayores Valle y Garmendia no hubieran dejado de hacer una honrosa mención de los 200 infantes que estaban formados en línea detrás de su caballería, a la que únicamente atribuyen todos los honores de la jornada. Esta omisión contiene una parcialidad ofensiva para la infantería, que no puede menos que serle muy desagradable.

En cuanto a la fuga de las fuerzas francesas a la aproximación de los 70 *argentinos*

*hijos fieles de la Libertad*, no ha existido sino en la brillante imaginación de los SS. mayores Valle y Garmendia, que parecen haber pasado el día 9 de mayo bajo la influencia de las más lisonjeras ilusiones. Por el contrario, se sabe como lo han presenciado extranjeros ajenos a la cuestión, que la infantería y la caballería maniobraron con una admirable destreza para aumentar la distancia que los separaba de los bravos franceses marineros desembarcados para proteger a sus compañeros ocupados en la destrucción de los buques infractores, y que la dirección de los fuegos de la “Bordelaise” trazó constantemente una línea que sirvió de límite al ardor *de los hijos de la Libertad*. También se sabe, que los marineros franceses se retiraron pacíficamente después de haber llenado su comisión, saliendo del arroyo de la Atalaya sin ser ni ligeramente incomodados por sus temibles adversarios.

Es preciso también privarlos del trofeo con que pretenden coronar su denuedo, asegurando que ningún marinero francés ha sido muerto ni en las lanchas ni en tierra, y que el número de los heridos no pasa de uno que lo fué ligeramente en la lancha de la “Sapho” por una bala de fusil.<sup>[133]</sup>

Creería faltar a la dignidad y al carácter honorable que muestran en todas ocasiones los oficiales y los marineros franceses, respondiendo a la odiosa y calumniosa imputación que se les hace, de haberse apoderado de los objetos o mercaderías de los buques destruidos. Yo abandono esta acusación a sus autores que sólo ellos podrían merecer.

Las largas y difusas reflexiones contenidas en ese artículo de los diarios de Buenos Aires, asemejándose a las que llenan de costumbre esas mismas columnas, no merecen refutación alguna. No son sino una palabrería forzada para llenar páginas que francamente quedarían vacías, si fueran destinadas a la manifestación de hechos verdaderos o a la propagación de ideas racionales.

(f.) El Contralmirante — L. LEBLANC».

Montevideo. 16 de junio de 1839.

## AMPLIACIONES AL CAPITULO V

*Leemos en los Apuntes del coronel Pueyrredón;*

«... El general Lavalle, me dijo un día: — Varela me ha presentado tres hombres que según él tienen mucho prestigio en Buenos Aires. — Estos tres hombres eran los mismos que no habían querido seguirme en mi plan de ir al sur a buscar a Baigorria. Yo le contesté que no se equivocase que en Buenos Aires no había más que un prestigio, que era el de D. Juan Manuel Rosas, que todo lo absorbía; que yo mismo que había figurado estaba seguro que nada valía como individuo separado; que se atuviese a las cosas, antes que a los hombres. El general se manifestó sorprendido de esta declaración, y me dijo que él había contado con mis relaciones.

»Pues no tiene usted mucho que contar», le contesté, «porque un hombre a quien Rosas le pone la mano encima, como me la puso a mí, queda inutilizado; porque Rosas sabe abatir y destruir a sus enemigos a fuerza de calumnias que todo el mundo está obligado a creer, porque sería un crimen dudarlos». Pero que sin embargo, podríamos echar mano de un recurso. Que en el año 33, hubo un plan organizado para oponerse a que Rosas viniera a gobernar con facultades extraordinarias. Que la mayor parte de los jefes principales estaban en él. Que como yo era el principal agente y estaban juramentados, ese secreto estaba en mi poder; que podríamos tocar a esos jefes, recordándoles su compromiso de entonces, a ver si se prestaban ahora.

El general aceptó la idea, y quedó convenido que luego que llegásemos a Martín García se tocaría a esos jefes.

Fué, pues, en virtud de este acuerdo, que a principios de agosto, luego que se recibió del mando, me embarqué en unas balleneras francesas, para ir a abrir comunicaciones con esos jefes, llevando cartas escritas con la mayor reserva por Billinghamurst, el mismo general y por mí. Este joven era el único que estaba en parte del secreto: esta combinación ya estaba iniciada; fui a continuarla con la más grande reserva.

Llevaba dos hombres prácticos y de confianza.

Doce días estuve en la confluencia de los ríos que entran al canal que pasa por el Tigre y San Fernando, hasta recibir las contestaciones de los jefes de Rosas, que en su mayor parte se prestaban a cooperar; pero de los cuales, tres, que sin duda se habían puesto de acuerdo, los generales Vidal, Pinedo y Rolón, decían: *«que no se nos exija empezar; que se cuente con nosotros cuando la legión desembarque; pero la persona del general*



*Lavalle no es suficiente garantía para nosotros: haga usted de modo que venga el general Rodríguez, etc».*

De todas las cartas que se distribuyeron entonces, tan sólo una fué a poder de Rosas, que se publicó en la *Gaceta Mercantil*. El único traidor fué un comandante Bernardo González, que para hacerse un mérito con Rosas, se la presentó a Pinedo, el cual le aconsejó de entregársela a Rosas. ¡Qué lejos estaría este hombre de pensar que ese mismo Pinedo que le daba tal consejo, era uno de los que acababan de ponerse de acuerdo!

Algunos otros no contestaron, pero al menos no traicionaron».<sup>[134]</sup>

He aquí esos documentos

¡VIVA LA FEDERACIÓN!

El Coronel que suscribe. Buenos Aires, julio 27 de 1839— Año 30 de la Libertad, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina. Eleva adjunto el asqueroso papel que ha tenido la infamia de dirigirle el renegado foragido, inicuo unitario salvaje Manuel Pueyrredón, vendido al oro inmundo de los piratas asquerosos franceses. *Al Señor Inspector y Comandante General de Armas, general D. Agustín de Pinedo.*

El que suscribe tiene el honor de dirigirse a V. S. para manifestarle la profunda indignación que le ha causado el asqueroso papel que adjunta, y le ha sido dirigido por el salvaje unitario e infame renegado Manuel Pueyrredón, atreviéndose a ofender el honor del infrascrito, con una infame propuesta, propia solamente de esos bandidos vendidos a los inmundos franceses; forajidos sin ejemplo, que vienen arrastrados por sus crímenes a ser escarmentados por los libres Federales defensores de la Libertad Americana, y a hundirse en la tumba cuya fosa está ya bien abierta en Navarro, y bien cavada por los mismos salvajes unitarios para el bárbaro asesino unitario *por mi orden* Juan Lavalle, donde con los demás forajidos de su clase, será hundido para siempre en su misma asquerosa sangre traidora a la Libertad del Continente Americano.

Dios guarde a V. S. muchos años.

(f.) BERNARDO GONZÁLEZ.

«Mi Bernardo:

¡¡Por fin se acerca el tiempo de ver la patria libre de todos los males que la afligen; que caiga ese monstruo y habrá paz con todo el mundo; ya todo está convenido y tu

fortuna y carrera aseguradas si respondes al llamamiento del patriotismo!!

¿Serás indiferente a tantos males? no, no lo creo; tanta sangre derramada por ese hombre clama venganza; tú mismo estás expuesto como todos; mira al Dr. Maza qué pago le ha dado; mírame a mí que siempre le fui fiel; basta ya de sangre; unite, pues, con los libertadores; el dador es de confianza; contéstame, pero si no quieres estar con nosotros retírate al menos, pronto, vamos, dime, pues, si debo contar contigo. Lavalle es otro hombre ahora; lo amarás cuando lo veas. Todos los argentinos vamos; no son los unitarios, no, entre nosotros no hay partidos, somos los de todos los partidos reunidos; Lavalle es más federal que todos, y le acusa a Rosas de ser unitario. Dime, pues, si siempre eres mi amigo. Bernardo por Dios, alza los ojos, no te pierdas; pero si no quieres ser nuestro, cuenta en todo con tu amigo.

(f.) MANUEL PUEYRREDÓN».

Bernardo, escoje; a un lado el patriotismo, al otro la ignominia, y por premio ser fusilado.

Julio 24 de 1839.

## AMPLIACIONES AL CAPITULO VII

### A

Vamos a transcribir el curioso *Aviso* publicado el 16 de agosto de 1839 y al que se refiere el Dr. V. Alsina en su carta a f. 140 del texto. El fue registrado en el número 25 de *El Periódico* de Montevideo, diario redactado por D. Manuel de Araucho, quien en el número inmediato, manifestó que había sido sorprendido con la remisión de semejante aviso puesto en el buzón de su imprenta e inserto en tercer lugar en la parte de avisos nuevos, declarando que la mano que lo había escrito, era *aleve, vil, pérfida y traidora* y que iba a tomar las medidas del caso para evitar en lo sucesivo que la buena fe de los EE. estuviera a merced de la *infamia de los maldicientes*.

### «MUY NOTABLE»

«Generosamente será recompensado cualquiera que dé noticia de un caballo que ha desaparecido el 19 o 20 del próximo pasado julio, de un pesebre de esta capital. Fue de los que trabajaron en el circo de pruebas, y da vuelta al nombre de ARVIRE;<sup>[135]</sup> su pelo tostado, petizo y es orejano de marca; hoy está rabón, sin crines y en buenas carnes; su querencia es en el Durazno, donde no ha llegado, y se cree que en este movimiento de campaña haya sido agarrado. Esta pérdida sirve de excusa al dueño para no pagar la mantención del animal al encargado de ella; y para hacerse efectivo este cobro, se desea la aparición de aquél. El que dé razón de su paradero, en la fonda del finado Himonet, será bien gratificado».

### B

Señor General D. Juan Lavalle.

«Mercedes, 13 de agosto 1839.

Mi distinguido compatriota:

He recibido el 10 del presente, por conducto del señor Sánchez, una nota de Vd. y en cumplimiento a lo que en ella me recomienda tengo la satisfacción de contestar. El 11 pasé a verme con el señor Coe, quien me impuso de lo siguiente: (siendo esto el resultado de sus indagaciones personales, como lo que públicamente aseguran los paisanos de Entre Ríos).

El ejército entrerriano pasó el 29 de julio en el mismo pueblo de Salto, habiendo el 27 pasado la división de Lavalleja algunas leguas más arriba de este punto y

sorprendídole, lo que con el auxilio del buque que mandaba Paulín y dos lanchas más, pudo sin el menor obstáculo efectuar su paso todo el ejército.

El general en jefe del ejército entrerriano y oriental, es D. Pascual Echagüe; D. J. A. Lavalleja jefe del cuerpo de orientales y jefe de vanguardia. D. J. Urquiza, general del tercer cuerpo del ejército.

La división, bajo del mando inmediato de Echagüe, consta cuando más de 600 hombres, incluyendo en éstos 130 guaycurúes; se compone lo restante de las milicias del Oeste de Gualeguay; los jefes que hemos podido saber venían mandando, son Regalado y Conteras, si algunos otros hay no los conocemos; se sabe que sólo 600 hombres pueden ser, por las caballadas que han mudado en su tránsito de la frontera a la Concordia y las reses que consumían, a más de lo que los paisanos mismos dicen. El señor Garzón acompaña a Echagüe, pero sin que se sepa, tenga el mando de ninguna fuerza.

La división de Urquiza se compone: del escuadrón de Galarza con 280 hombres; los dragones 60 hombres, al mando de Apolinario Aliñada; la escolta 90 hombres, al mando de Crispín Velázquez; el escuadrón de Palavecino con 200 hombres; y 100 hombres mandados por Jerónimo Quinteros; el batallón de infantería al mando de D. Miguel Galán, con 400 hombres escasos y 5 piezas de artillería del más pequeño calibre.

La división de Lavalleja, se compone de 800 hombres, formados con toda la oficialidad oriental emigrada; algunos soldados orientales; hombres enganchados en Buenos Aires; algunos presidiarios de aquel lugar, y otros pocos hombres que pudo reunir Raña en Entre Ríos. Bajo las órdenes de Lavalleja han puesto los entrerrianos, los indios de Mandisoví, mandados por el capitán Pablo (el indio), en número de 200 hombres.

En las divisiones de Echagüe y Urquiza se hallan algunos oficiales orientales en servicio.

Las fuerzas que han quedado en Entre Ríos consisten en las siguientes. En el departamento del Uruguay 150 hombres, entre éstos la fuerza de marina argentina al mando del griego Nicola; y los demás milicianos, mandados por Manuel González, (la mayor parte de estos hombres son inútiles). Es ta fuerza de 150 hombres está bajo las órdenes de D. Cipriano Urquiza, como comandante de toda la costa. El Norte de toda esta costa del Uruguay hasta la Concordia, está vigilada por pequeñas guardias formadas de los vecinos y capataces, únicos hombres que han quedado sin marchar con el ejército.

El departamento de Gualeguaychú está bajo las órdenes del comandante Villagra a la cabeza de 200 hombres, incluso en éstos, 100 de Gualeguay, que llegaron el 3 de este mes; asegurándose hay orden de reunir los que se puedan en aquel destino, para ser agregados a esta fuerza, la que debe permanecer en este departamento de Gualeguaychú.

Más es de creer no tendrá buen resultado esta nueva reunión, por el descontento de la gente de Gualeguay, que no queriendo señor ha ganado los montes, donde también se hallan los desertores del ejército; todos o la mayor parte en los montes de Gualeguay y Montiel al Norte. No se puede asegurar el número a que ascienden, pero se asegura deben ser muchos, aunque en pequeños grupos.

Las costas del Paraná son vigiladas como las del Uruguay. En el Ibicuí hay una partida de 30 hombres sobre la costa en observación, y una menor en uno de los puestos de ese establecimiento.

Las caballadas que han sido destruidas son únicamente las de la costa del Uruguay, por ser las que han estado en servicio. Del departamento de Gualeguaychú sólo 600 se han sacado, así es que tiene muchas y muy buenas, como también en los demás departamentos.

El comandante Villagra tiene orden, de en caso ser atacado por fuerzas superiores, replegarse sobre el Arroyo de la China. La conducta de este jefe parece demostrar no grande fidelidad hacia el poder que los manda; pues, sin embargo, de dos órdenes fuertísimas para que retirase las caballadas y las remitiese al ejército, se contentó con mandar los 600 que tengo dicho y contestar que los que quedaban eran pocos y podía necesitarlos, cuando es abundante y buena la que se halla en ese departamento. A más, cuando la pasada de Núñez, recibió una fuerte reconvención y aun se asegura hubieron de fusilarlo, porque habiendo escrito a Alagón que estaba dispuesto a capitular con el enemigo si se presentaba con fuerza por no tener él la suficiente para batirse, el señor Alagón mandó esta carta al señor Urquiza. Esto y otras pequeñeces que omito referirlas, nos hacen creer no sea un enemigo, sino un amigo que no se declara por no tener un apoyo.

Por el mismo D. Cipriano Urquiza, se sabe que la lentitud en las marchas del ejército invasor en la Banda Oriental, depende del mal estado de sus caballadas, debiendo según él remitirse algunas de refresco, lo que hasta la fecha no ha tenido lugar.

La moral del ejército entrerriano, no es según lo ha demostrado, nada favorable a

sus caudillos; éstos no pudieron ejecutar su invasión un mes antes, por la sublevación del escuadrón de Regalado; la amotinación de los indios de Mandisoví y de los Guaicurues, sin contar el descontento que demostraba el resto de los entrerrianos. A los de Regalado los persiguieron, fusilaron muchos, trajeron muy pocos y los restantes ganaron los montes de Montiel. A los indios los apaciguaron, vistiéndolos y pagándoles; sirviendo en seguida estos mismos, así como la fuerza de Lavalleja, para que el resto del ejército pasase sin murmurar. La deserción era continua, sin embargo de no cesar de fusilar con el mayor rigor, y a no haber sido la fuerza oriental, es de creer que Echagüe y Urquiza hubiesen quedado sin fuerza ninguna. Tal ha sido el estado de miseria en que los han tenido y el rigor con que los han tratado.

Entre los oficiales orientales y entrerrianos hay grandes desavenencias, que sólo las ha acallado la necesidad que tienen los primeros de los segundos; y aun los mismos jefes participan de estos disgustos, siendo cierto que Lavalleja y Urquiza se miran con mucha prevención.

La opinión del señor coronel sobre el estado del país, es que nunca más favorable se presenta para ser invadido, tanto por hallarse sin ninguna fuerza capaz de resistir y sin ningún jefe de aptitudes sobresalientes, como por la buena disposición que siempre ha habido en el país para sacudir el yugo pesado de tiranos tan déspotas. Está cierto que el comercio con garantías, franqueará el dinero que tenga, porque han sido y son hoy día aún más hollados por el poder que los trata sin la menor consideración, y se hallan por tanta maldad que les han hecho, cansados de sufrir y dispuestos a facilitar lo que les sea posible.

Una porción de hechos pequeños y algunas conversaciones privadas de algunos de ellos, comprueban esta buena disposición. Por otra parte, Corrientes subyugada por el terror, sólo espera una fuerza que la sostenga para sacudir el yugo; el gobierno que allí existe puesto por Echagüe, tiene que obedecerle: pero en el momento que el poder que le oprime esté vacilante, no trepidará en unirse a sus conciudadanos que arden por vengar sus hermanos asesinados en la Laguna Larga. (Pago Largo).

El señor Coe cree poder asegurar que las filas del señor general pueden ser aumentadas de mil hombres más, toda vez que se use de una política sabia en estas circunstancias; con lo que se puede contar con un completo triunfo, sobre las fuerzas invasoras del Estado Oriental, si es que se pueda creer que éstas pudiesen hoy día repasar el Uruguay sin que se dislocasen completamente de por sí. No cree poner en duda que la invasión al Entre Ríos en estas circunstancias, pueda asegurar en su resultado un completo triunfo, porque no ve nada que se halle capaz de hacer la menor resistencia a una fuerza como la que manda el general Lavalle, siendo así que este sólo

nombre infunde terror a los soldados enemigos y alienta a sus amigos.

Los pequeños grupos que han quedado en Entre Ríos sólo hablan de irse a sus casas y nada de pelear si son atacados; motivo más para no temerles; y aún conocemos oficiales subalternos, que unos por amistad y otros por prudencia dejarán sus puestos.

Es cuanto tengo que decirle señor general sobre lo que Vd. ha tenido a bien hacerme el honor de encargarme; y me alegraría infinito se hallase Vd. satisfecho con mi exactitud en servil de algún modo en la causa más noble que puede abrazar el corazón de un verdadero argentino, que tiene el honor de saludar a Vd. con la franqueza y respeto debido al señor general, asegurándole estoy siempre dispuesto a hacer cuanto esté en mis alcances por tan justa causa, y entretanto se dignará Vd. ocuparme como compatriota y amigo Q. S. M. B.

(f.) MÁXIMO F. DE ELÍA».

P. D. Nicanor agradece a Vd. sus recuerdos y se los retorna con el mayor afecto.

NÓMINA de los jefes, oficiales y tropa que formaron la «Legión Libertadora» reunida en Martín García a las órdenes del general D. Juan Lavalle, y partiendo de allí el lunes 2 de septiembre de 1839, sirvieron de plantel al ejército que combatió contra el dictador de Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas.<sup>[136]</sup>

#### GENERAL EN JEFE

Lavalle, (Juan); Elias, (Juan), teniente coronel y primer edecán; Mansilla, (Leonardo) teniente coronel segundo edecán y ayudante; Toro, (Celedonio) sargento-asistente.

#### CUARTEL GENERAL

Olavarría, (José) coronel y jefe; † Chenaut, (Indalecio) teniente coronel; Aquino, (Ciríaco) asistente; Aquino, Pedro León (capitán); † Orbegoso, (a) *Palomino* (José) ayudante; y Quiroz, (Gerónimo) ayudante; † Siburu, (José Antonio) ayudante; Monsalvo, (Juan) sargento; Ponce, (Eduardo) sargento; Acosta, (Gregorio); Arias, (Miguel); Cortinas, (José); Espíndola, (Mateo); Juárez, (Miguel); Juárez, (Santos); Maldonado, (Joaquín); Rosales, (Félix).

#### ESTADO MAYOR GENERAL

Chilabert, (Martiniano) coronel y jefe; Rodríguez, (Dr. Antonio) auditor de

guerra; † Serrano, (Dr. Juan Pedro) sargento mayor y cirujano; Caviedes, (José Dionisio) ciudadano-boticario; † Bisarbe, (Emilio) teniente; † Hubac, (Matías) capitán; † Luna, (Eduardo) teniente coronel; † Lira, (Luciano) capitán; † Manteróla, (Luis) sargento mayor; † Paz, (Carlos); † Pérez, (Juan José) capitán; † Pellegrín, (Juan Antonio) ciudadano; † Ricardo, (Federico) teniente; † Torres, (Manuel) teniente coronel; † Torrada, (Servando) alférez.

#### ESCUADRÓN DE JEFES Y OFICIALES

Vega, (Niceto) coronel y jefe; † Artayeta, (Cayetano) teniente coronel; † Anzoátegui, (Canos) sargento mayor; † Arrascaeta, (Pedro); † Adaro, (Rufino Crisóstomo) capitán con grado de teniente coronel; † Rivas, (Ramón) capitán; † Benavente, (José María) teniente coronel; † Bejarano, (Alejandro) sargento mayor; Baigorri, (Saturnino) sargento mayor graduado; † Báez, (Andrés) teniente; Bearerce, (Juan Ramón) ciudadano sargento; † Casanova, (Rafael) capitán; † Corvera, (Antonio); Oapdevila, (Francisco) ayudante mayor; † Cañete, (Cipriano) teniente; Ceballos, (Atanacio) ciudadano-sargento; Colodrero, (Gumersindo) ciudadano-sargento; † Danell, (Alejandro) teniente coronel graduado, † Elias, (José) sargento mayor; † Escobar, (José María) sargento mayor; † Fernández, (Ramón) capitán con grado de teniente coronel; Fernández, (Tiburcio) asistente; † García, (José) capitán; † Jiménez, (Tomás) teniente; Jiménez, (José) ciudadano-sargento; Goyena, (Francisco) ciudadano-sargento; Gutiérrez, (Saturnino) asistente; Herrera, (Bartolomé) sargento mayor graduado; † Luque, (Tomás) teniente; † Milleres, (Manuel Cayetano) sargento mayor; † Méndez, (Pedro) alférez; † Molina, (Manuel,) alférez; Mesa (Domingo) asistente; † Pacheco, (Manuel) teniente coronel graduado; † Patrón, (Pedro Pablo) teniente; Robles, (Vicente) sargento mayor graduado; † Rivadavia, (Joaquín) capitán; † Rivero, (Miguel) teniente; Rodríguez, (José) asistente; † Segovia, (Manuel) teniente coronel; † Soto, (Felipe) teniente coronel graduado; † Souza, (Leonardo) teniente; Soto, (Agustín) asistente; † Torres, (Prudencio) coronel; † Velazco, (Faustino) coronel graduado; † Villoldo, (José) teniente coronel; † Vega, (Manuel) sargento mayor; Viera, (Juan Pablo) ciudadano-sargento.

#### ESCUADRÓN LIBERTAD

Montero, (Jaime) teniente coronel y jefe; † Saavedra, (Manuel) teniente coronel graduado; † Basaldua, (Cayetano) ayudante; † Silva, (Luis) ayudante; Barragán, (Mariano) porta; Chacón, (Mariano) sargento; Gutiérrez, (Saturnino) sargento.

#### PRIMERA COMPAÑÍA DE TIRADORES

† Reinoso, (Francisco A.) capitán; † Torquero, (Jinés) teniente; Villegas, (José



Benjamín) alférez; García, (Joaquín) sargento primero; Martínez, (Juan) sargento primero; † Ramírez, (Pantaleón) sargento segundo; † Reinoso, (Agustín) sargento segundo; Rodríguez, (Ramón) sargento segundo; Vázquez, (Francisco) cabo itrompa; † Arias, (José) cabo; † Cabrera, (Jacinto) cabo; Quintana (Mariano) cabo; † Quintana, (Mariano) cabo; † Rosas, (Estéban) cabo; † Sáenz, (Isidoro) cabo; † Salvatierra, (Juan) cabo; † Seoane, (Feliciano) cabo; Al varado, (Floro); Arel, (Simón); Ballestero, (Mariano); Barú, (Agustín); Bogado, (Ignacio); Celada, (Bautista); Coria, (Hilario); Díaz, (Anastasio); Díaz, (Dionisio); Díaz, (José); Duarte, (Manuel); Fernández, (José); Ferreira, (Tomás); Funes, (Manuel); García, (Bernabé); García, (Melchor); Gutiérrez, (Manuel); Gutiérrez, (Rafael); Ibáñez, (Plácido); Martíne, (Ramón); Meléndez, (Francisco); Melo, (Pedro); Mendoza, (José); Monsalvo, (León); Montemar, (Francisco); Morera, (José); Nuñez, (Lorenzo); Olmos, (Juan Manuel); Orellano, (Pedro); Ortiz, (Wenceslao); Paz, (Francisco); Pereira, (Juan de la Cruz); Pinto, (Celestino); Pinto, (Joaquín); Puch, (Valentín); Ramayo, (Lorenzo); Reinoso, (Alejo); Ríos, (José); Rodríguez, (Ignacio); † Romero, (Benedicto); Rosas, (Carlos); Sánchez, (José); Soto, (Juan Pedro); Sousa, (Jacinto); Tornado, (Benito); Vargas, (Sebastián); Vera, (Melchor); Zaragoza, (Felipe).

#### SEGUNDA COMPAÑÍA DE LANCEROS

† Alcáraz, (Justo) capitán; Escobar, (Simón) teniente primero; Almeida, (Manuel) teniente segundo; † Quiñones, (Marco) alférez primero; † Alvarez, (Eduardo) alférez segundo; García, (Juan Antonio,) sargento primero; Carrizo, (Ildefonso) sargento segundo; Celis, (Nicolás) sargento segundo; Fonseca, (Cirilo) sargento segundo; Martínez, (Juan); Ortiz, (Juan de Dios) cabo primero; Ayala, (Francisco) cabo segundo; Bueno, (José) cabo segundo; Díaz, (Ciríaco) cabo segundo; Herrería, (Manuel) cabo segundo; Lernus, (Manuel) cabo segundo; Nuñez, (José María) cabo segundo; Lizárraga, (Dionisio) cabo segundo; Tomás, (Juan); Acuña, (Gregorio); Albornoz, (Benito); Antonio, (Manuel); Arias, (Pedro); Arballo, (José María); Arballo, (Ventura); Avalos, (Donato); Avalos, (Martín); Balmaceda, (Juan Martín); Cáceres, (Manuel); Díaz, (José Antonio); Díaz, (Manuel); Díaz, (Weseeslao); Ferreira, (Luis); Fidel, (José); Fleitas, (Clímaco); Flores, (Juan); Francisco, (José); Gallegos, (Eustaquio); Gaona, (José Luis); Jiménez, (Manuel); Giralt, (Anastacio); Godoy, (Julián); Gómez, (José María); Gutiérrez, (Benito); Gutiérrez, (José María); Jara, (Manuel); Frutos, (Domingo) Lima, (Pedro); López, (Felipe); Manuel, (Antonio); Márquez, (Ramón); Moreira, (Pío); Ramón, (Cecilio); Rodríguez, (Marcos); Rojas, (Pablo); Rojas, (Plácido); Roldán, (Marcelino); Rosas, (Adrián); Salvatierra, (Pedro); Santana, (Francisco); Silveira, (Juan Elías); Suárez, (Manuel); Vallejo, (Tomás); Vera, (Segundo); Zapata, (Alejandro).

#### ESCUADRÓN MAZA

† Pueyrredón, (Manuel Alejandro) coronel y jefe; † Sotelo, (Baldomero) teniente coronel; † Dumonced, (Víctor) ayudante; † Gutiérrez, (Doroteo); † Gallardo, (Caupolicán) porta; † Muslera, (Joaquín) mayor graduada; † Baldovino, (Miguel) mayor graduado; † Martínez, (Federico) teniente primero; † Videla, (Juan de Dios) teniente primero; † Anzoátegui, (Silverio) teniente segundo; † Oyuela, (José) alférez; † Rodríguez, (Fermín) alférez; † Sosa, y (José Petricio) alférez; † Baigorri, (José María) sargento trompa; Ramírez, (Manuel) sargento trompa; † Alvarez, (José María) sargento; † Ardiles, (Martín) sargento; † Bortón, (Olegario) sargento; † Coronel, (Domingo) sargento; † Corvarán, (José María) sargento; † Espeleta, (Felipe) sargento; † Gamboa, (Luis) sargento, (Luis) sargento; López, (Valentín) sargento; Marquesi, (Andrés) sargento; † Pérez, (Pedro Román) sargento; † Quintana, (Luciano) sargento; Sosa, (Lázaro) sargento; † Trinidad, (José de la) sargento; Macedonio, (José) cabo trompa; † Adermini, (José Jerónimo) cabo; † Cortinas, (Serafín) cabo; † Díaz Vélez, (Gregorio) cabo; Fabián, (Ramón) cabo; † Fernández (Manuel Antonio) cabo; † Leiva, (José) cabo; † Maidana, (Joaquín) cabo; Martínez, (Isidoro) cabo; † Navarro, (Bartolomé) cabo; † O'Germán, (Federico) cabo; † Porley, (José María) cabo; † Primero, (Manuel) cabo; † Gutiérrez (Juan) distinguido ciudadano; † López, (Saturnino) distinguido ciudadano; † Martínez, (Florencio) distinguido ciudadano; † Rubira, (Francisco) distinguido ciudadano; Aguirre, (Francisco); Alderete, (Manuel); Alvarez, (Francisco); † Antivero, (Basilo); Aráoz, (Agustín); Arrióla, (Pedro); Ayala, (Prudencio); Benites, (Isidoro); Bores, (Juan); Brizuela, (Pedro); Cabral, (Tomás); Cáceres, (Pedro); Cano, (Manuel); Carrizo, (Tomás); Díaz, (José María); Duarte, (Mariano); Duran, (Faustino); Echagüe, (Ramón), Echevarría, (Pedro); Espíndola, (José Antonio); Esquiél, (Pablo); Fernando, (Amaro); Fernández, (Antonio); Ferreira, (Juan); Frutos, (Gabino); Jiménez, (José); Gómez, (José María); Gómez, (Manuel); Gutiérrez, (Domingo); Gutiérrez, (Fernando); Gutiérrez, (Julián); Gutiérrez, (Manuel); † Gutiérrez, (Martiniano); † Gutiérrez, (Honorato); Yupes, (Santiago); Juárez, (Gregorio); Latorre, (Jerónimo); Lorenzo, (Antonio); Luna, (José Hilario); Maidana, (José Antonio); fMartínez, (Pedro); Mata, (Juan); Medrano, (Antonio); Méndez, (Manuel); Miranda, (Domingo); Monsalvo, (José); Navarro, (Gaspar); Ojeda (Manuel); Patria, (Antonio); Pina, (Luciano); Ramírez, (Pablo); Ramírez, (Vicente); Ravana, (Silvestre); Ríos, (Miguel); Ríos, (Pedro); † Rivas, (José); † Rivas Agüero, (Manuel); Rivero, (Tomás); † Rodríguez, (Ángel Estéban); Rodríguez, (Dionisio); Rodríguez, (Justo); Rodríguez, (Manuel); Rosas, (Juan Francisco); Sánchez, (José); Santana, (Nicasio); Saráchaga, (José Dolores); Segovia, (Ramón); Valdéz, (Desiderio); Vargas, (Faustino); Vergara, (José Antonio); Villalba, (Juan Antonio); Villaroel, (José María).

#### ESCUADRÓN CULLEN

Videla, (José María); coronel y jefe; † Casas, (Luis) sargento mayor; † Sánchez,

(Julián) sargento mayor; † Ramayo, (Pío) ayudante; García, (Domingo) porta.

### PRIMERA COMPAÑÍA

† Rodríguez, (Mariano) capitán; † Navarro, (Lucas) teniente; † Levante, (Eugenio) alférez; † García, (Esteban) ciudadano; Rodríguez, (Domingo) ciudadano; Lucero, (José) sargento; † Quijano, (José) sargento; † Valenzuela, (Jacinto) sargento; Guerrero, (José María) cabo; Gutiérrez, (Pedro) cabo; Alarcón, (Martiniano); Alvarez, (Manuel); Cardoso, (Antonio); Daniel, (Felipe); Galiano, (Manuel); González, (Pedro); Martínez, (Francisco); Moreira, (Elias); Peralta, (Manuel); Pereira, (Santiago); Ramírez, (Rufino); Rodríguez, (Victorino); Roldán, (José María); Ruíz Díaz, (Toribio); Tagle, (Juan José); Valencia, (Manuel); Villanueva, (Mateo); Vivas, (Juan de Dios).

### SEGUNDA COMPAÑÍA

† Albariño, (Saturnino) sargento mayor graduado; Peralta, (Mariano) teniente; † Molina, (Francisco) alférez; Añorada, (Bernardo) ciudadano; Cordido, (Santiago) ciudadano; Méndez, (Manuel) ciudadano; Sanabria, (Manuel) ciudadano; Vera, (Mariano) sargento 1.º; Páez, (Wenceslao) sargento 2.º; Arteaga, (Cipriano) cabo 1.º; Páez, (Julián) cabo 2.º; Orcero, (Trinitario) distinguido; Amarillo, (José Elías); Andrade, (Estéban); Arellano, (Cayetano); Blanco, (Pedro) Domínguez, (Doroteo); Guardia, (José); Gutiérrez, (Juan) † Maldonado, (Buenaventura); † Morales, (José María); † Ochoa, (León); † Páez, (Manuel); † Pelayo, (Laureano); Romero, (Benito); † Sanabria, (Juan); † Silva, (Antonio); Soraire, (Domingo); Sosa, (Hopólito).

### ESCOLTA

Maciel, (Patricio) teniente coronel y jefe; Hornos, (Pedro) ayudante; Ríos, (Pedro) capitán agregado; † Cardassy (Jorge) teniente agregado; † Cárdenas, (Manuel) ciudadano agregado; † Pieres, (Pedro) sargento primero; Eloisa, (Pedro) sargento segundo; † Lescano, (Manuel) sargento segundo; † Rubio, (José) sargento segundo; Benitez, (Hermógenes) cabo 1.º; Cristaldo, (Remigio) cabo 1.º; Díaz, (Mariano) cabo 1.º; Magallanes, (Trifón) cabo 1.º; Almeida, (Miguel); Aguirre, (Manuel); Arroyer, (Nicolás); Brasch, (Braulio) Benitez, (Jacinto); Britos, (Lorenzo); Cabrera, (Lucas); Contreras (Pascual); Díaz, (Hilario); Gómez, (Lorenzo); Gómez, (Serafín); González, (Mariano); Monzón, (José); Morales, (Gregorio); Pereira, (José María); Rondeau, (Crisóstomo); Salcedo, (Pedro Manuel); Sosa, (Felipe); Villavicencio, (Feliciano); Tapia, (Juan José).

### GUÍAS

Baltár, (José Joaquín) teniente coronel y jefe; Arroyo, (José); alférez; Ires, (José); alférez; Anzó, (Miguel) sargento; Rodríguez, (Cornelio) sargento; Ruíz, (León) sargento; Farías, (Ruperto) cabo; Taboada, (Eugenio); cabo; Almeida, (Leonardo); Artan, (Marcos); Arrióla, (Toribio); Caraballo, (José Antonio); Espíndola, (Miguel); Espíndola, (Vicente); Fernández, (Justo); Ferreira, (Eustaquio); García, (José); Gutiérrez, (Teodoro); Lorenzo, (Antonio); Luis, (José); Melián, (Francisco); Montero, (Juan Manuel); Nuñez, (Atanasio); Ojeda, (Cirilo); Ortíz, (Luciano); Ríos, (Clemente); Tejeda, (Reinaldo); Vanegas, (Francisco); Varangot, (Pedro); Valrela, (Mariano); Villalba, (Francisco); Zamora, (Gregorio).

#### COMPAÑÍA DE EMIGRADOS ENTRERRIANOS

Hornos, (Manuel) sargento mayor y jefe; Aguirre, (Manuel); Almeida, (Miguel); Araya, (Nicolás); Astaide, (Remigio); Benitez, (Jacinto); Benitez, (Domingo); Brame, (Braulio); Britos, (Lorenzo); Cabrera, (Luis); Contreras, (Pascual); Coronel, (Sandalio); Eloisa, (Pedro); Gómez, (Serafín); Gutiérrez, (Mariano); Herrera, (Pascual); José, (Segundo); Magallanes, (Trifón); Moran, (José); Morales, (Gregorio); Pereira, (José María); Peri, (Pedro); Salcedo, (Pedro Manuel); Tapia, (Juan J.); Villavicencio, (Feliciano); Zárate (Nicolás).

#### COMPAÑÍA DE INFANTERÍA

† Salvadores (Angel), coronel y jefe; † Rico (Pedro José), teniente coronel; † Fernández (Bartolomé), teniente coronel graduado; † Malter (Juan Manuel), teniente coronel graduado; † Navarro (Saturnino), sargento mayor; † Fernández (Hilario), sargento mayor graduado; † Martínez (José María), capitán; † Ortiz (Severo), capitán; † Oviedo (Juan), capitán; † San Juan (Nicolás), capitán; † Latorre (Víctor), capitán graduado; † Pereira (Joaquín), teniente primero; † Bosi (Luis), teniente primero; † Ugarte (José), teniente primero; † Jardón (Francisco), teniente segundo; Campo (Juan Andrés del), alférez; Espinosa (José), alférez; † Lezica (Juan Antonio), alférez; Alexander (Miguel), ciudadano; Almeida (Juan), ciudadano; † Blanco (Nicolás), ciudadano; Calveras (José), ciudadano; † Córdoba (Manuel), ciudadano; Giménez (Roberto), ciudadano; † Mañay (Vicente), ciudadano; Antonio (Luis), cabo; Carrión (Félix), cabo; Chavarría (Pedro), cabo; Cuenca (Juan), cabo; Fuentes (Manuel), cabo; Pintos (José A.), cabo; Rivero (José A.), cabo; Villanueva (José); Villar (Guillermo).

#### COMPAÑÍA DE MARINA

† Scaillet (Felipe), teniente coronel y jefe; † Sinclair (Enrique), sargento mayor; † Dandreys (Francisco Victorio), capitán; † Demaría y Escalada (José Antonio), teniente

primero; † Martínez (Lorenzo), teniente segundo; y Hurley (David), teniente segundo; Berce (Juan Bautista), ciudadano; Benoit (Pedro), contramaestre; Radwin (Silvestre), condestable; Becket (Pedro); Brown (Tomás); Cabrera (Antonio); Crown (Samuel); Deen (Antonio); Esteban (Francisco); Evans (Roberto); Martínez (Juan); Planes (José); Teresa (Juan).

## AMPLIACIONES AL CAPITULO VIII

A

Buenos Aires, 4 de julio de 1826.

Sin embargo de los crímenes y excesos que han caracterizado la conducta de José Luis Molina,<sup>[137]</sup> y de que ella ha producido a la campaña males inmensos, haciéndose sus inmediatos autores dignos del más severo castigo: el Gobierno Nacional teniendo en consideración que dicho Molina se ha presentado voluntariamente queriendo que él y su familia sean restituidos a la vida social: y deseando dar a los salvajes esta nueva prueba práctica de la buena fe con que procede, viene en conceder al citado José Luis Molina un completo indulto por su conducta y excesos pasados, sin que por ello se le infiera jamás el menor daño ni castigo, y pudiendo por lo tanto pasar con su familia a establecerse en el punto de la ciudad o campaña que más le acomode, y ocuparse en lo que le agradase; pero con la precisa obligación de que antes de fijarse en parte alguna, lo primero que debe hacer es presentarse a la Policía a dar los conocimientos y noticias que se le exijan, y a avisarle del lugar en que va a situarse y ocupación que piensa emprender. En consecuencia, pásase esta resolución en copia autorizada al comisionado D. Juan Andrés Gelly para su conocimiento y demás que corresponda; al Departamento de Policía como también al Ministerio de Guerra y Marina previniendo al Jefe de Policía de cuenta del resaltado.

B. RIVADAVIA. — JULIÁN S. DE AGÜERO.

Buenos Aires, julio 5 de 1826.

A los efectos que expresa la resolución adjunta, se pasa en copia al Departamento de Policía encargándosele instruya oportunamente al gobierno de lo que resultase sobre este particular.

JULIÁN S. DE AGÜERO

B

Buenos Aires, diciembre de 1825.

*Exmo. Señor:*

D. Ramón Lara, capitán licenciado del antiguo extinguido cuerpo de Blandengues de Frontera a V. E. como corresponde hago presente: Que el 6 de septiembre del año 21,

obtuve mi licencia y separación absoluta del servicio por el estado de total quebrantamiento de mi salud, de resultas de heridas graves que recibí en una acción empeñada con los bárbaros en las inmediaciones de la sierra de la Tinta. Desde aquella época hasta el día, recién he logrado restablecer mi salud. Con este motivo he pasado a recorrer la campaña del Sud, en solicitud de alguna hacienda de mi propiedad que hubiese podido haber quedado extraviada cuando los bárbaros me saquearon e incendiaron una estancia en Monsalvo, y un puesto también con haciendas en las inmediaciones de Dolores, y una casa dentro del mismo pueblo, de donde llevaron cautivas diez y siete personas de mi familia (*incluso una ciega*).

En esta diligencia he andado, cuando por todas partes se me han presentado los antiguos vecinos de aquel desgraciado pueblo, animándome a que me encargue de nuevo de su reedificación, de que por orden superior me hallé encargado la primera vez en asociación con el cura del punto D. Francisco Robles.

Yo como había quedado destruido, he tratado de levantar mi antigua casa para volver a fundar nuevas crías de ganados, y con sólo este paso se me han incorporado los 21 hombres que demuestra la relación adjunta, los más de ellos con familias, y ya tienen sus posesiones principiadas los unos, y concluidas los otros: aún deben incorporarse muchos más, persuadidos que mi comisión en consorcio del cura Robles subsiste hasta el día.

El concurso de estas gentes y sus súplicas, me ponen en la necesidad de pedir a V. E., se sirva revalidar aquella autorización con que antes estaba, para fundar el pueblo de Dolores, comprometiéndome a hacerlo sin ningún otro más gasto, que aquel que llegue a demandar la construcción de la capilla, en que tendrá intervención el mencionado cura Robles.

Es indudable, Exmo. Señor, que la reedificación del destruido pueblo de Dolores es ventajosa a la provincia, por ser un punto de apoyo para el fomento de todas las nuevas Guardias del Sud, y de custodia a gran parte de aquella campaña, y de costas marítimas, cuya conservación es tan interesante.

El pueblo de Dolores después de levantado serviría para descanso de los convoyes que el gobierno destinase a la Guardia del Tandil y demás que van a crearse; para que los piquetes de tropas y chasques o correspondencias dirigidas a dichos establecimientos tuviesen los mismos recursos: para estacionar si se quiere una partida como de observación, que recorriendo el campo, a poca diligencia por la situación del territorio, pueda descubrir y dar parte con anticipación de cualquier avance repentino de los salvajes: para que el comercio que ha de llevar el fomento a las nuevas Guardias

encuentre en el tránsito de una dilatada campaña, un pueblo donde pudiendo hacer descanso, le infunda más confianza de seguridad a sus intereses; no siendo muchos los que fijarían su industria en las Guardias que van a crearse, si tienen que atravesar una larga distancia como desierta que es la que hay desde el Salado hasta Kakel.

El pueblo de Dolores dista de la costa de la mar, cinco a seis leguas en dirección a las Víboras, y de la del Tuyú como diez leguas; de las puntas del Monte del Tordillo una legua, y como cuatro a cinco al centro de ellos de donde se saca leña para consumo y madera para ranchos y corrales, que hace esta circunstancia fácil la construcción y adelanto de toda población. Aquellos campos son propios para labranza; también los hay buenos para ganados. Las aguas de pozo son tan potables que no hay diferencia de las del río.

Las ventajas de poblar este territorio están manifestadas en la anterior exposición hecha por un militar lleno de experiencia: por un militar que arrojó de toda aquella campaña a los salvajes que la poseían con no pocas tolderías; que esta empresa la principió en 1814, con un piquete de cincuenta hombres costeados por los hacendados; y el gobierno dictatorial por orden del 17 de julio de 1815, se dignó poner bajo mis órdenes un piquete de 25 hombres, que después fué elevado a compañía, y posteriormente sobre ella se creó el extinguido cuerpo de Blandengues; pero cuando llegó este caso ya los indios habían sido tan castigados, que habían dejado abandonada una inmensa campaña donde se fundaron las estancias más lejanas que en el día se encuentran. Kakel fué igualmente fundado por mí, bajo la dirección del Sr. general D. Juan Ramón Balcarce.

El terreno donde estaba fijado el pueblo de Dolores era de la propiedad de D. Julián Carmena, y lo donó para ese exclusivo objeto; más como su extensión es tan solamente de tres cuartos de legua de frente y dos de fondo — en el caso que V. E. se digne decretar la reedificación de Dolores, espero se servirá señalarme por agregado otro más terreno para la designación de quintas y chacras, autorizando al director de la población para la distribución de suertes a los pobladores.

No puedo llevar en esta solicitud otro interés, que el de cumplir con el empeño de tanto infeliz que desea ver restituida su feligresía, y con el de continuar mis trabajos en una campaña por cuya seguridad consagré los más grandes sacrificios, y por ellos tuve el honor de ser distinguido con el título de comandante político y militar.

Exmo. Señor.

RAMÓN LARA.



C

Ministerio de Gobierno.

Buenos Aires, 9 de julio de 1827.

Quedan aprobadas las propuestas que en 7 del corriente, elevó al Jefe de Policía para alcalde y teniente del cuartel número 3 de Monsalvo, en las personas de D. Eugenio Quinteros y Marcelino S. Román y nombrados igualmente D. Rumualdo Núñez, D. Teodoro Funes y D. Ambrosio Montes; el primero en clase de alcalde, y los segundos de tenientes del pueblo de Dolores, en conformidad a la enmienda propuesta.

JULIÁN S. DE AGÜERO.

D

*Al Jefe de Policía.*

*Exmo. Señor.*

D. Ramón Lara, capitán del ejército, y encargado de la reedificación del pueblo nuevo nombrado Dolores, situado al sur del Salado, departamento de Monsalvo, ante V. E. con el más profundo respeto y debido acatamiento me presento y digo: Que hallándome próximo a marchar para aquel destino con el señor cura que está nombrado para aquella misma D. Ramón González, y hallándome sin brazos para poder dar principio a la obra, de la capilla, que es lo más esencial a toda nueva población, en estas circunstancias ocurro a la justificación de V. E. a fin de que tenga a bien ordenar se me franqueen diez individuos de los prisioneros portugueses que se hallan en esta ciudad, e igualmente sean conducidos a aquel destino para los fines arriba expresados, haciendo presente también a V. E. quedan de mi cuenta el cuidado y vigilancia sobre dichos individuos: en cuya virtud y por tanto:

A V. E. pido y suplico, que habiéndome por presentado, se sirva mandar según solicito y dejo expuesto, que es gracia que espero recibir, y para ello, *etc.*

*Ramón Lara.*

Buenos Aires, 17 de julio de 1827.

Informe el Jefe de Policía.

BALCARCE.

*Exmo. Señor.*

El infrascripto en cumplimiento del superior decreto marginal que antecede, dice que al cargo de este departamento existen diez y seis prisioneros de guerra sin destino, incluso dos que se hallan en el hospital.

Buenos Aires, Julio 18 de 1827.

*Hipólito Videla.*

Buenos Aires, 20 de julio de 1827.

Entregúense los prisioneros que se solicitan bajo las seguridades de estilo.

BALCARCE.

Buenos Aires, julio 21 de 1827

Respecto a que los prisioneros que se mandan entregar por el adjunto decreto, deben existir bajo la inmediata inspección del comisario de Monsalvo y custodiados por el capitán D. Ramón Lara, siendo además destinados a trabajos públicos, no parece regular exigir al dicho Lara las fianzas de estilo. Sin embargo, el Superior Gobierno resolverá lo que tenga por conveniente.

El infrascripto repite a V. E. las consideraciones de su mayor respeto.

*Hipólito Videla.*

Buenos Aires, 21 de julio de 1827.

Como dice el Jefe de Policía: al efecto vuelva a él.

BALCARCE.

*Exmo. Señor Ministro de Estado en el Departamento de Guerra y Marina.*

E

*Exmo. Señor.*

En representación que a fines del año 25 elevé a esa superioridad, y con sus antecedentes deben obrar en el Ministerio de Gobierno, manifesté los motivos que me impulsaron a pedir la competente autorización para levantar por segunda vez el pueblo de Dolores, arrasado por los bárbaros el 30 de abril de 1821; y por las ventajas que probé resultarían a toda la provincia en general de la ejecución de la obra, que me fué encomendada por la superioridad. Ella sin ningún gravámen del Estado se principió, se ha seguido, y hoy se halla ya presentando el ser casi de una población antigua.

Todo se ha hecho con mi sola invitación, y el deseo de algunos por volver a un lugar que había sido el depósito de sus familias e intereses.

Tocios aquellos grandes gastos que demanda el establecimiento de una población, y que siempre se han impedido, ofrecí serían reducidos tan solamente a auxilios que se me franqueasen para la construcción de la capilla; y como el gobierno se había allanado a ello, cuando llegó el caso de levantarla, que fué en julio del año próximo anterior, solicité diez prisioneros de guerra para los trabajos: se mandaron poner a mi disposición, pero por falta de trasportes no me fueron remitidos, según instruyó el señor jefe de policía al comisario del mismo departamento en Dolores, y el gobierno los destinó a otros objetos que creyó de suma importancia, quedando sin hacerse una obra tan necesaria por carecer de brazos. Pero en el justo empeño de llevarla a cabo, solicito ahora de nuevo se me entregue el indicado número de prisioneros, bien de los que haya en esta capital, en el fuerte de la Independencia, o de los que existen en el mismo pueblo de Dolores a cargo del coronel D. Angel Salvadores, y son cabalmente los mismos diez: ellos estaban empleados en la construcción de cuarteles, más habiéndose éstos concluido, creo que aquel jefe no los necesitará.

Con estos brazos que espero se me entreguen y estén bajo mi sola dependencia beneficiaré material cocido para formar un templo decente y de duración. Si posible fuese se hará un horno que después servirá de gran beneficio a la misma población.

Con ellos y algunos vecinos levantaré el edificio para el cual espero que V. E. se servirá mandar se construyan cinco puertas: una principal, para el frente de la iglesia; dos para los costados, una para la sacristía a la parte interior, y otra para la exterior, asimismo, dos ventanas.

Estos son sólo los costos que anuncié tendría en su nueva formación el pueblo de Dolores. Ellos son ningunos, Exmo. Señor, para los que se invierten en una población, y mucho más limitados se encuentran si se comparan con las ventajas que por esta población reporta la Provincia.

Con el justo deseo de poner todos los medios que faciliten el progresivo alimento de Dolores, debo igualmente rogar a V. E. se digne dispensar las consideraciones que sean dables a los legítimos pobladores en el servicio activo de la milicia; que el alistamiento de ellos sea en una compañía, bien de infantería o caballería, destinada exclusivamente a la defensa del punto, porque si se enrolan en un cuerpo activo, teniendo que hacer las fatigas que como a tal le corresponden, a veces serán empleados en chasques, en acantonamientos particulares, y lo que es más, en alguna entrada o movimiento sobre los indios, quedando ya abandonado e indefenso el pueblo, o paralizados los primeros trabajos que tiene que emprender un poblador para adquirir su subsistencia, y formar sus establecimientos. De este modo también no habría necesidad de que una fuerza que podría operar fuera, en oposición o persecución del enemigo, quedase dentro del pueblo, por guarnecerlo, cuando sus propios vecinos podían defenderlo, y con el doble empeño los estimularía el peligro de sus intereses.

Si los dos puntos de mi presente solicitud los hiciese dignos de la aceptación de V. E., la exposición que acabo de hacer, poco ya me faltaría para pensar en presentar a V. E. un pueblo formado, detallando cuanto demostrase el número de sus vecinos, casas, y demás noticias, que en tal caso deba dar para dejar terminada una comisión a que me he consagrado sin otro interés que el de restituir el primer ser que tuvo el pueblo de Dolores; también en fuerza de mis fatigas, y por propender al fomento de una campaña, en cuya defensa de las continuas irrupciones de los bárbaros, nunca omití arrastrar sacrificio alguno. — Buenos Aires, enero 19 de 1828.

*Exmo. Señor.*

RAMON LARA.

F

*Al Juez de Paz de Chascomús. —*

En este momento, que son las 11 de la mañana, acabo de recibir la nota de usted fecha 2 del corriente, y en su contesto digo: que en este pueblo no se hallan más vecinos que D. Manuel Sánchez, D. José María Imbaldi, D. Iieón Argañaraz y D. Santiago Maldonado; habiendo emigrado el resto del vecindario, unos para la ciudad y otros para ese destino; y algunos de estos que nombro por haber concluido ya de expender los restos de su negocio, piensan retirarse a sus establecimientos de campo; de modo que en el estado que se halla este pueblo es imposible dar el debido cumplimiento a su nota.

Con este motivo, el que suscribe saluda a Vd. con toda \$u consideración y respeto. — Dolores, abril 3 de 1829.

RAMON LARA.

## G

*Señor D. Felipe Girado.*

Dolores, abril 3 de 1829.

Muy señor mió: En virtud de que usted se halla comisionado por los jefes de la División Federal, puede tomarse la molestia de reunir los vecinos que se hallan en ese destino de los que han emigrado de aquí, y proceder al nombramiento del Juez de Paz que debe sustituirme a mí, y lo mismo a los Alcaldes, pues aquí no han quedado absolutamente vecinos, como se impondrá por el adjunto oficio.

Expresiones a la familia de Bullinós y a la de usted y mande en lo que guste a su servidor. — Q. B. S. M.

RAMON LARA.

## H

*Señor Editor:—*

No pretendo comenzar una historia en lo que voy a decir: no es tampoco mi objeto halagar el amor propio de nadie con una biografía lisonjera: ninguna pretención tengo, ningún interés me mueve. Solamente quiero, tenga usted la bondad de hacerme un lugar en sus columnas, para producirme en obsequio al servicio que han prestado al país dos viejos patriotas, D. Ramón Lara y D. Juan Sosa, quienes han tenido la filantropía de reedificar el pueblo de Dolores, destruido por los indios el año veintiuno.

Muy pocos serán los que estén en sus antecedentes, y por lo mismo me es necesario tomar las cosas desde su principio. Mi método no será el de un escritor, porque a la verdad, yo no lo entiendo; pero sí, el de un observador que sabe hacer justicia al mérito.

En el año 18, estando a la cabeza del gobierno D. Juan Martín de Pueyrredón, se determinó la creación de un pueblo al sur del Salado. El prestigioso juez político y militar, D. Pedro Antonio Paz (santiagueño) tuvo órdenes para ello, y reunió los

primeros elementos. El capellán D. Francisco Robles fué nombrado para desempeñar el curato; y con los auxilios del gobierno y los que le prestó el comandante de milicias (en aquel tiempo) D. Ramón Lara, construyó una capilla en un terreno que D. Julián Carmona cedió en donación.

Lo hermoso de la llanura, la fecundidad de la tierra, la cercanía a los montes, y la proporción de hacerse de buena cal trayendo los materiales de la costa del mar; todas estas conveniencias facilitaron los medios a muchas familias para edificar sus ranchos en muy pocos meses. El cura se esmeraba mucho; y el pueblo había progresado; pero una incursión repentina de los indios, mató y cautivó todos sus habitantes, y arrasó con el fuego sus casas, y cuanto habían trabajado.

Largo tiempo estuvo asolada la llanura, porque una serie de invasiones, casi no interrumpidas, dejó poco menos que desierta nuestra campaña; y sólo un pequeño reducto en las márgenes de la laguna de Kakel, comandado por el mencionado Lara, era toda la esperanza de los hacendados, y el refugio de una que otra familia, que aún conservó valor para quedarse en la fuga despavorida que todos hacían hasta la capital.

De todos estos penosos desastres participó el comandante Lara; y en la despoblación de Dolores, le cautivaron toda su numerosa familia, y le saqueron su estancia de los ganados que tenía.

A pesar de todos estos acontecimientos desgraciados, sostuvo con firmeza el proyecto de reedificar el pueblo; y no pudiendo por su vejez (después de largos servicios), continuar más en la carrera de las armas, pidió su retiro absoluto, y se le concedió sin pensión alguna. A continuación recabó del gobierno una autorización para reunir nuevos pobladores, y concedida que le fué, con el título de administrador, la obra ya se hizo de él solamente y se ocupó largo tiempo en reunir nuevos elementos.

Las circunstancias no eran las más aparentes para semejante empresa, porque las incursiones se hacían más frecuentes, y todos los habitantes se trasportaban huyendo con sus ganados al otro lado de Samborombón. Por este medio todo se hacía más difícil; pero él, constante siempre en su propósito, insumió una parte de sus intereses que salvó de la invasión, en los preparativos de la obra.

Hablar de los trabajos y diligencias que emprendió para conseguir los primeros recursos, sería muy largo de explicar; baste decir, que en el año 25 principió otra vez Dolores con tres familias, entre las que se señaló D. Antonio González, construyendo una especie de fortificación, que sirvió después de refugio a todas las demás que se poblaron, y que el administrador recogía de diversas partes de la campaña.

El 26 ya tenía algunas poblaciones, y aunque las incursiones continuaban a punto de derrotar y dispersar nuestras fuerzas veteranas al mando de Morel, con una matanza horrible, no por eso desmayó Lara en sus trabajos. El pueblo se fué agrandando cada vez más; y ayudado por el teniente de línea reformado D. Juan Sosa, y los esfuerzos del vecino D. Antonio González; Dolores sería hoy mucho más numerosa, si el desgraciado año 28 y su revolución, no se hubiera presentado como otro mayor inconveniente a sus progresos.

Sin embargo, protegidas las marchas de Lara por la expedición, y demás importantísimos trabajos del general Rosas en campaña, se cuentan hoy en el libro de asiento, seiscientas setenta familias crecidas todas, de que se compone la población: muchas casas de negocios con buenos principales, entre las que hay algunas que pasan de cien mil pesos; un número considerable de tropas de carretas que viajan de continuo para la capital, llevando y trayendo efectos; y siendo muy laboriosos sus vecinos, y aplicados a la labranza, tienen además muchas estanzuelas a la circunferencia, que entre todas ellas componen gran cantidad de ganados vacuno, caballar y lanar.

El caminante que no hace mucho vió yerma y asolada esta campaña, y que ahora encuentra en ella un pueblo nuevo todo, y bien delineado, no podrá menos que sorprenderse al reconocer un terreno que no esperó jamás ver tan favorecido. Tales son los relevantes servicios de mis dos buenos patriotas, que sin haberle hecho el Estado el menor desembolso para toda esta benemérita obra, muestran hoy día al público unos tan felices resultados, sin hacer ostentación de lo mucho que han hecho.

Lo que hay de más mérito, sobre todo, y que dá lugar a la observación, es el desinterés con que han coronado su obra. Sosa está tan pobre como vino, pero siempre honrado: Lara tiene mucho menos de lo que trajo, y vive pobremente; y desde un solar a lo lejos de las chacras (en el que edificó un rancho para estar con su familia) vé con gusto levantarse diariamente nuevas casas en el recinto de su pueblo.

Esto es lo que he querido poner en noticia de todos, y esta es la clase de ciudadanos que nunca se debe echar en olvido, como no lo hará jamás su servidor de usted, señor editor.—

EL ANTIGUO CARBONERO.

I

*Señor Editor.*

No he podido negar a mi corazón el placer de reiterar el objeto del *Antiguo Carbonero* de la *Gaceta* de anteayer, esto es, hacer saber a todos y tributar mi reconocimiento a los reedificadores del pueblo de Dolores. Este servicio tan patriótico merece ocuparse de él con extensión, y lo prometo hacer a mi vuelta. Pero no puedo dejar de recordar al Superior Gobierno, que el número de familias que vivimos allí, sentimos la necesidad de una escuela de primeras letras, y tanto más cuanto en poblaciones de menos comercio y vecindad las hay. ¡Cerca de cuatrocientas familias reunidas en el suelo bonaerense sin tener quien enseñe a la juventud los primeros rudimentos! Esto es admirable, señor Editor, y no puede ser más de un descuido, en el siglo en que vivimos.

También se echa de menos un depósito de presos, lo que es muy extraño, desde que el gobierno se ha reservado con este fin un sitio completo en la plaza, y aún se halla baldío y sin cerco lo que no sucede a alguna distancia de ella.

El penúltimo punto creo que no será desatendido, y fue usted, señor Editor, se servirá insertar en su apreciable diario estas cortas líneas como lo espera.

EL VECINO.

J

*Señor Editor.* —

Dolores, mayo 26 de 1834.

En el número 3488 de su apreciable diario del viernes diez y seis de mayo, y en el del lunes diez y nueve del mismo, he tenido la complacencia de ver dos comunicados: el primero con el nombre de *Antiguo Carbonero*, y el segundo con el de un *Vecino*, los dos dirigidos a elogiar a los reedificadores del pueblo de Dolores entre los que han tenido a bien nombrarme como uno de ellos. Nada había más distante para mí que tener que agradecer al señor *Carbonero* tan buen acuerdo en la parte que me toca, que a la verdad me paga con demasía el trabajo a que me dediqué, no queriendo aspirar a más después de la pérdida de mi familia; pero en cuanto a los otros individuos, el cura Robles, D. Pedro Antonio Paz, D. Juan Sosa y D. Antonio González, bien merecido se tienen el elogio que hace de ellos el señor *Carbonero* y el aprecio con que los distinguen los vecinos de este pueblo al que tengo el honor de pertenecer.

Lo que ha segundado el *Vecino* en su comunicado, respetando lo mucho con que nos ha honrado el señor *Carbonero*, sin duda alguna me interesa mucho más; la escuela,



sobe todo, que es tan marcable su falta, es cosa que ya tenía pensada, y que en consideración a las urgencias del Estado no había querido remover, pero ya que se ha servido el *Vecino* decir algo a este respecto y que conviene en el todo a mis deseos, no haré más que registrar su misma producción, suponiéndome que el gobierno no dejará de atender a la necesidad de una escuela de que carece nuestro pueblo; y al señor *Carbonero* y al señor *Vecino* en nombre de todos les doy las más expresivas gracias por el comedimiento que han tenido en nuestro favor. Y al señor Editor tendré que agradecer también que me haga un lugar en sus columnas a todo cuanto dejo dicho en contestación a los dos apreciables comunicados que me refiero, dignándose admitirme las más sinceras demostraciones de aprecio con que lo saludo.

RAMON LARA.

K

*Señor Editor.* —

Dolores, junio 10 de 1834.

El *Antiguo Carbonero* que en ocasión pasada en uno de los números de su apreciable diario, elogió al comandante D. Ramón Lara reedificador del pueblo de Dolores, y que no puede negar ni a la virtud, ni al mérito, los tributos que se merecen, tiene hoy el sentimiento de anunciar a usted para que se sirva publicarlo, que este benemérito patriota, de cuyos particulares servicios se ocupó en esa vez, falleció de repente a las cuatro de la tarde del día de ayer, dejando en la mayor consternación a su familia, a sus amigos, y a todos los vecinos de este pueblo.

Justamente sucedió a la hora misma que se corría una función de toros, por lo que se separaron sus amigos de la diversión a que habían asistido, y se ocuparon únicamente de hacerle a escote, al día siguiente, el funeral que fue lucido y de una gran concurrencia. Allí vió el *Carbonero* que el verdadero mérito tiene un lugar muy preferente en todas partes, y que sus amigos lo lloraban refiriendo cada uno en particular algo de su benevolencia; y los padres y madres de familia asistieron llevando consigo a sus hijos entre el acompañamiento para mostrarles el sitio en donde iban a ser sepultados los últimos restos de aquél, que por su propia mano, les señaló el solar en que habitan, y de que tienen propiedad. Esta demostración de gratitud, sin duda alguna, les hace mucho honor a los vecinos de Dolores.

Entre lo mucho que se dijo en alabanza del finado Lara, oyó decir el *Carbonero* que como militar desempeñó puntual y fielmente sus empleos, y en diversas jornadas

con los indios se batió con honor y recibió heridas graves: que fué buen soldado, y mejor ciudadano; trabajador y sin codicia, buen amigo y buen esposo; y que su filantropía llegó a punto de no reservar sus bienes, cuando los tuvo, para sus amigos pobres, ni jamás dejó salir desconsolada a la necesidad de sus puertas sin que fuese socorrida.

También sabe, que ya tenía formado el plano de su pueblo con el número de casas que contiene, y su correspondiente padrón, y que trataba de remitir todo esto al superior gobierno suplicándole lo relevase de este encargo porque su salud (como se ha visto), no le daba para más. Esto solamente le faltó, pero está hecho; y si el *Carbonero* en su primer comunicado, por lo que expuso recomendó que, —«esta clase de hombres no se debía echar en olvido»— ahora con más razón tiene que agregar que si es cierto que el mérito se premia en todas partes, seguramente que éste tiene su lugar para que sea atendido, porque no es una friolera la creación de un pueblo sin que al Estado le cueste nada, como se ha dicho, y esto debe mirarlo el gobierno, o los mismos vecinos quienes están en el deber de recordar con agradecimiento la memoria de un hombre por quien han adquirido la propiedad del terreno en que viven, y muchos su fortuna. Sí, debió ser premiado, y en su defecto, su viuda que todos saben que queda en la indigencia.

Por la parte que toca al gobierno de cuanto se ha dicho, bien puede pedir los informes que guste a los mismos vecinos, que en lo que a ellos les cabe bien sabrán registrar su conciencia.

Adiós, señor Editor, usted tendrá la bondad de dispensar las molestias del *Carbonero* que se retira a su faena llevando consigo el sentimiento que todos han manifestado por la pérdida de un hombre tan apreciable.



ÁNGEL JUSTINIANO CARRANZA (Buenos Aires, 1834 - Rosario, 1899)  
abogado, historiador y biógrafo argentino.

Desempeñó numerosas comisiones, empleos y cargos públicos; entre los que destacan el de juez, auditor general de la Marina de Guerra y auditor de guerra en la campaña del Chaco Austral.

Entre sus obras más destacadas se encuentran *La Revolución del 39 en el sur de Buenos Aires* (1880 y ampliada en 1919); *Expedición al Chaco austral...* (1884) y *El general Lavalle ante la justicia póstuma* (1886).

## Notas

<sup>[1]</sup> Hay que tener en cuenta que la obra se publicó en 1880. (*N. de la Nueva Edición*).  
<<

<sup>[2]</sup> «*Burges Street farm, near Southampton, Septiembre 5 de 1804.*

Mi querida hermana...

... Sigo pobre; muy verdaderamente pobre, trabajando en el campo todo cuanto puedo, sin omitir esfuerzo alguno para tener algo que comer, unos pobres ranchos en que vivir, y en que tener a mi lado mis numerosos e importantísimos papeles, que son mi único consuelo en la adversidad de mis penosas circunstancias...

*Rosas*».

En esta carta demuestra la manía de los acentos, pues acentúa hasta su propio apellido. Todas las palabras lo tienen incluso las escritas en inglés, menos... las que deben llevarlos. <<

<sup>[3]</sup> Su ejecutoria fue uno de los despojos perdidos por él en la batalla de Montecaseros, y de las manos del general vencedor pasó a las nuestras.

Además de su genealogía y blasón, se ven los de la casa Petrirena, perteneciente a la familia Ezcurra con la que se hallaba enlazado, y una biografía del conde de Poblaciones (Don Domingo Ortiz de Rozas) con este mote;

«Vi al Ortiz valeroso.

Venir con gran denuedo

De linaje generoso,

Que se entra en Valle Carriedo,

El cual dejando la silla

Del primer Duque Normando

Se vino con su cuadrilla,

A socorrer a Castilla

Con el norte relumbrando». <<

<sup>[4]</sup> Algunas ocasiones que le vimos en la azotea de su casa en 1848 y muy de cerca el 29 de septiembre de 1851 en Palermo, llevaba su tradicional gorra chata de paja de Chile (que más tarde hemos tenido en nuestras manos), chaquetón y pantalón ancho de paño azul oscuro (para disimular lo defectuoso de sus pantorrillas), sin otro adherente que un pequeño vivo rojo; chaleco colorado de lana, la divisa y cintillo de ordenanza. Con este uniforme histórico, a pesar de una lluvia torrencial asistió a la gran parada militar del 9 de Julio de aquel año, y poco después a la memorable jornada de Caseros que le pulverizó desde la cumbre del poder. <<

<sup>[5]</sup> «*Southampton, 24 de octubre de 1854*

Querido hermano mío...

... En este mes, más que en otros del año, voy obligada por caballeros aficionados a las carreras, a la caza de zorros y a otras diversiones a no faltarles. Gustan verme correr, de mis bromas sobre el caballo y demás de esas afamadas correrías...

*Juan Manuel de Rosas*».

Estas líneas, copiadas también de carta autógrafa en nuestro poder, dan indicio no solamente de los gustos predilectos de Rosas que ya tenía entonces más de 61 años, sino de la tranquilidad de ánimo que gozaba en Inglaterra dos años después de su caída estrepitosa y cuando todo el mundo lo consideraba devorado de remordimientos o abrumado por la misantropía. <<

<sup>[6]</sup> Nos consta que más de una vez, alguno de sus ministros, suscribió documentos de alta importancia cuyo tenor érale completamente desconocido hasta después de impresos y publicados... Cierta escribiente de Palermo, llevaba orden terminante de S. E. *para cubrir con la mano su contenido* mientras los firmaba el grave *Secretario de Estado* con mutismo automático. <<

<sup>[7]</sup> Existe en el archivo general de la provincia una larga memoria escrita por él en 10 de abril de 1816 y dirigida al gobierno Directorial, sobre los medios de abaratar la carne de consumo en esta ciudad. — (Leg. Secr. de Gobierno). <<

<sup>[8]</sup> Hé aquí dos pruebas autógrafas, entre otras que tenemos a la mano.

¡VIVA LA FEDERACIÓN!».

«He recibido del señor coronel D. Juan Correa Morales, la cantidad de cincuenta pesos fuertes pertenecientes al presente mes, por asignación que me tiene hecha el Exmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier Jeneral D. Manuel de Rosas. Montevideo, marzo 16 de 1838.

(f.) *Gregorio Araoz de la Madrid*

Son 50 ps fuertes.

(*Paz en el tomo 3.º p. 66 de las "Memorias", recuerda este proceder censurable del jeneral Madrid*)».

«¡VIVA LA FEDERACIÓN!»

«Exmo. Señor Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier Jeneral D. Juan Manuel de Rosas.

Mi distinguido Sr. y amigo: — Cuando en principios de del año ppdo. solicité del gobierno ser incorporado al ejército y V. E. se dignó concedérmelo, expuse: que mi actual estado no me proporcionaba lo suficiente paría atender a las necesidades de mi familia, y tenía una acción directa y justa contra el tesoro público por haber entregado en consecuencia de orden del Dr. Díaz Velez, digno ministro del asesino Juan Lavalle, una suma de dinero que se me dió para marchar a Bolivia; cuya cantidad se me entregó sin cargo, en conformidad a la ley y como Ministró Plenipotenciario del Gobierno Argentino cerca del de Bolivia. Manifesté igualmente que prefería a todo otro medio, el acogerme a la justicia de V. E. Pero muy agradecido como estoy para siempre a los beneficios que V. E. me ha dispensado, me es indispensable ocurrir a su jenerosidad teniendo entendido que V. E. sale a campaña; y deseando acompañarle, para pedirle que con presencia de los documentos que incluyo, se digne mandarme dar una cantidad de dinero suficiente a poderme habilitar de montura y armas correspondientes, ya sea por cuenta de dicho crédito, ya por chancelación de recibo o bien por cuenta de sueldos que devengar, pues sin eso y como me sea posible yo me pondré al lado de V. E. tan luego como sepa que se halla fuera de la capital, y no obstante que mi salud gastada en las campañas de la Independencia, me obligan a ciertos cuidados que no son compatibles al crédito de un viejo guerrero, cuyo pecho puede embotar la espada del infame unitario que pudiera asestarse a su Ilustre amigo el general Rosas, de quien es admirador y siempre afectísimo súbdito y B. L. de V. E.

(f.) *Miguel Soler*».

Casa de V. E., agosto 13 de 1840.

(*Papel con luto federal*).

## CONTESTACIÓN

«Señor jeneral D. Miguel Estanislao Soler:

Agosto 18 de 1840.

Distinguido jeneral:

Consecuente a su apreciable, son adjuntos ocho mil pesos para que atienda sus necesidades, y puede vd. ocuparme con franqueza en lo más que le fuere necesario.

Le devuelvo los documentos. Nada respecto de ellos podría hacer en la actualidad el gobierno.

Por lo demás, le doy las más expresivas gracias, quedando muy reconocido Pero no se moleste en salir conmigo por que no debe hacerlo mientras el gobierno dé la provincia no se lo mande. Lo que corresponde es, que esté pronto en las actuales circunstancias para servir en lo que pueda ser necesario ocuparle, ya sea en esta ciudad, ya en campaña.

Deseando a vd. la mejor salud, lo mismo que a su amante compañera y familia, quedo suyo, fino atento jeneral y amigo.

(f.) *Juan Manuel de Rosas*». <<

<sup>[9]</sup> Nos ha referido el señor Dr. Alberdi, haberle asegurado Rosas en Londres, que después de Caseros, pudo retirarse a la campaña del Sur donde le hubiera sido fácil sostenerse por algún tiempo, en la persuasión de ser llamado de nuevo al gobierno, pero que estaba realmente cansado de las agitaciones y sinsabores del poder, pues que se creía rodeado de *muy pocos amigos fieles*... <<

<sup>[10]</sup> Introducción a los Escritos políticos y Literarios de Don Andrés Lamas, *etc.* <<

<sup>[11]</sup> La Conspiración de 1830. <<

[12] V. Diario de Sesiones de la Junta de Buenos Aires (sesión del 23 de diciembre de 1822). <<

[13] Tenemos a la vista una *Memoria* sobre los percances de esa campaña, dirigida por dicho jefe al Director Supremo, en que llama a Castelli «BIZARRO Y HONORABLE JOVEN» (*gallant and honorable youth*). Está fechada en el puerto de la Soledad, (Malvinas) a 1.º de febrero de 1821. Ya recordamos su nombre al historiar el descalabro de Abril (1827) en nuestros trabajos sobre las Campañas Navales de la República Argentina. <<

[14] Este ciudadano fué uno de los *cuatro* que entonces negaron a Rosas las *facultades extraordinarias*, sin que la presencia de Salomón, corifeo afamado de la *Sociedad Popular Restauradora* en el atrio de San Nicolás que era su parroquia, fuese bastante a intimidar aquella alma bien templada. <<

[15] Hé aquí la constancia:

«Ejército Constitucional».

«Cuartel general en el Río Negro, paso de Quinteros junio 25 de 1838».

«La lectura de la nota de V. S. de esta misma fecha no ha dejado de sorprenderme, porque no esperaba que fuese tan pronto la separación de V. S. de nuestro campo. Más, siguiendo los sentimientos de mi corazón con los cuales manifesté a V. S. ayer mi decisión por todo lo que tuviera tendencia a su bien y tranquilidad; y aunque por otra parte no considero como V. S. acabada la cuestión; sin embargo, queda admitida la dimisión que V. S. hace de sus destinos en el ejército, y se llenarán también sus deseos respecto a la orden general».

«El estado de mala salud y la inutilidad que V. S. me manifiesta tener para continuar en el servicio, me han llenado de sumo sentimiento; pero confío en que si antes de terminar la cuestión hubiese necesidad de hacer uso de sus servicios, no dudo que no se negará a prestarlos».

«Los sentimientos que V. S. manifiesta al terminar su nota, son precisamente dignos de su alta elevación y así es que los miro con el mayor aprecio y distinción».

«Quiera el Sr. Brigadier admitir las protestas de amistad con que le saluda».

(f.) — FRUCTUOSO RIVERA».



«Sr. Brigadier General D. Juan Lavalle».

(su alojamiento).

«Servicio. —General en Jefe». <<

[16] El coronel Pueyrredón en sus *Apuntes para la historia del General Lavalle* da curiosos detalles al respecto, añadiendo: que la señal convenida de que el general no hubiese sido detenido ese día por las autoridades locales, era una bandera blanca de cuadro azul que se enarbolaría a las 8 a. m. en el consulado francés y la cual no apareció hasta las 10 y 40; corriendo entonces desde la fortaleza del Cerro donde la esperaba como único poseedor del secreto para las barrancas de Punta de Yeguas, a la legua y media de allí, en las que había mandado emboscar sus fuerzas desde la media noche, y apenas llegado, izó la bandera azul y blanca en una lanza, para que atracasen las embarcaciones menores de Billinghamurst, saltando en ellas los legionarios a los gritos de ¡VIVA LA PATRIA! <<

[17] Datos orales de doña Concepción Correas de Larrea y Espinosa que presencié conmovida esa despedida. <<

[18] Fué tal vez el primero que recibiera semejante noticia que llenó de asombro hasta a los agentes franceses; y hondamente emocionado, exclamó delante de un deudo de las víctimas: «MAÑANA MISMO SALGO YO DE AQUÍ PARA IR A HACER LA GUERRA AL TIRANO O ME EMBARCO PARA EL JANEIRO». *Palabras del Dr. Alsina sobre la tumba de Lavalle en 1861, confirmadas por su familia.* <<

[19] Don Francisco Joaquín Muñoz, su confidente y a la sazón Ministro de Hacienda; del que se ha dicho con tal motivo que hizo entender a Rivera que un arreglo con Buenos Aires, haría florecer las rentas de aduana, y entonces abundaría la *plata* con que alimentar las necesidades infinitas del caudillo, al que si bien se le reconocía la virtud de ser humano en aquella época de sangre, en cambio era el compendio de todos los vicios y desórdenes imaginables, practicando el principio comunista de *¡no pagar ni cobrar a nadie!*

V. en el *Apéndice*, las *Aclaraciones* sobre este punto. <<

[20] Se refiere a los revolucionarios de la Provincia de San Pedro de Río Grande del Sur. <<

[21] Rosas a la sombra de este pretexto, por más de un año no pagó a los empleados. <<

[22] Documento de un testigo presencial, que obra en nuestro poder. <<

[23] Mr. Roger se embarcó para Francia a fines de abril de 1839. En 1841 dirigió la publicación hecha en París de una carta geográfica del Estado Oriental del Uruguay y países adyacentes que dedicó al presidente Rivera. Más tarde fué nombrado cónsul general en Nueva Orleans (E. U.) donde falleció. <<

[24] Rivera que se hallaba en el pueblo de Durazno, a 40 leguas de la capital, firmó su manifiesto la noche del 7 de marzo en una tertulia de máscaras, en casa de don Martín Martínez y donde bailaba el primero disfrazado de Moro. Con este traje, recibió a la comisión de Montevideo compuesta del cónsul Roger y el señor Lamas, quién regresó esa misma noche con Pacheco Obes. Don Frutos apenas se detuvo para suscribir su nombre, y como si se tratara de la cosa más sencilla, continuó la danza enseguida ¡¡sin haberse quitado ni los guantes ni la careta!! Rivera... era siempre Rivera, <<

[25] V. *Expedición de Buenos Aires en 1840. Misión de M. le Vice Amiral Baron de Mackau. Ses négociations —leurs résultats.* París, 1841. <<

[26] *Durand—Précis de l'Histoire Politique et Militaire des Etats du Rio de la Plata—Paris, 1853.*

V. el *Apéndice* <<

[27] El 1.º de estos oficiales era además un hábil paisajista, pues dejó recuerdos estimables de su pincel. El 2.º (hijo del almirante de este nombre, que fué uno de los héroes de Trafalgar a bordo del «Redoutable») regresó al Río de la Plata en 1861 al mando de la fragata *Pandore*. Ambos prestaron servicios importantes a la causa de la libertad en 1889. <<

[28] La columna a su salida de Montevideo perdió 11 hombres ausentes con licencia y a los que no hubo tiempo de avisarles el embarco. <<

[29] *Pueyrredón —Apuntes para la vida de Lavalle, cits.* <<

[30] *Apuntes inéditos del coronel Elías.* <<

[31] *Elías —Apuntes cits.* <<

[32] «... A las mismas horas en Martín García, se hacían honores al *Sol de los dos Mundos*, al sol de Julio. Los franceses saludaban al sol del 9, y los Argentinos al sol del 29. Pasaron de consuno un día de hermosos recuerdos, de grandes esperanzas para

unos y otros. La bandera de *Maipo* flotaba risueña en todas partes al lado de su hermana la bandera de *Jena...*» (*La Revista del Plata*, del 16 de julio 1839). <<

[33] Carta de Lavalle a su esposa, datada el 12 de julio del 39 (V. el *Apéndice*). <<

[34] Datos verbales de los comandantes Sinclair y Rocha. — *Apuntes de Pueyrredón*. <<

[35] Era la 2.<sup>a</sup> visita que hacía el almirante a la isla, habiendo estado ya en ella el 25 de Mayo anterior para inspeccionar sus obras de defensa. <<

[36] Según la relación oral del coronel Baltar, el general Lavalle le dijo entonces a bordo del *Eclair* que deseaba desembarcar un momento en la Colonia, lo que observó el primero que convenía no lo hiciera porque tenía orden de *prenderlo* y no quería faltar a su deber, pero que le empeñaba su palabra de seguirlo luego *con o sin su baja*, sobre lo que iba a insistir, como sucedió pocos días después, cuando sospechándose de su conducta y amenazado de cerca por fuerzas de Medina y Baez, se refugió la noche del 28 de julio en el buque francés *Jilant* al mando del conde Lagrandiere que lo condujo a Martín García. <<

[37] Carta de este a su señora. <<

[38] El benemérito coronel Salvadores fué un militar de virtudes antiguas. El 1.<sup>o</sup> de julio de 1839, precisamente la víspera de embarcarse los emigrados argentinos en Montevideo para abrir la cruzada libertadora —eran ya las once de la noche y D. Juan N. Madero en su carácter de comisario general de la expedición, estaba aún en el alojamiento del general Lavalle asistiendo a los últimos preparativos de la partida, cuando de súbito le dijo éste: *He sabido que el pobre Angel no tiene un real, vea vd. de suplirle algún dinero para que se aliste. ¿Cuánto, señor? Siquiera unas seis onzas*. Acto continuo se dirigió Madero a su casa, tomó la suma y fué a llevarla al viejo soldado que lo encontró acomodando su pequeña balija de campaña.—*Coronel*, exclamó éste, *traigo encargo especial del general de entregarle estas seis onzas de oro para que se remedie como pueda*. Salvadores repuso tranquilamente: *Dígale a Juan que tengo bastante con tres; que con las restantes auxilie a otro compañero que tal vez se halle en peor condición que la mía; pues como vd. vé, Miguel de Irigoyen me ha regalado esta capa y esta espada; otro amigo unos pantalones, y así varias cosas que ya no sé como acondicionar*.

Esta resolución fué inquebrantable.

Con justicia ha escrito a su respecto un notable general argentino «... El coronel

Salvadores cargado de años y enfermedades hizo esa campaña verdaderamente penosa. Su espíritu era más fuerte que su cuerpo, y su amor a la libertad suplió lo que faltaba a su vigor físico...».

¡Cuán distante estaría de sospechar el bravo edecán de Bolívar en Junín que su abnegación ejemplar terminaría dos años después en el filo del cuchillo de un oscuro sicario de Aldao! Pavorosos tiempos aquellos... <<

[39] Hornos cansado de esperar en Bopicuá (E. O.) la incorporación del coronel D Angel Núñez, se marchó con su *reunión* a Paysandú, y de allí a las Vacas desde donde pasó a la isla. Su hermano D. Joaquín y D. Francisco Barú llegaron allí el 14 de agosto en la *Loba*, (procedentes de Montevideo) cuando ese buque de guerra oriental recibió orden de ir a ponerse a disposición del general Lavalle. <<

[40] «... En la época tuve en mis manos y leí esa orden dirigida a mi amigo el Juez de Paz de Monsalvo D. José Otamendi. Estaba fechada en la ciudad a principios de setiembre y la firmaba el general Corvalán. En ella se disponía, sin indicarse la causa, que en el acto de ser notificados los vecinos de las costas del Sur hasta el canal del Tuyú (donde creía Rosas pensaban desembarcar los enemigos), removieran e internasen a veinte leguas de allí todas sus caballadas, bajo pena de muerte al infractor la cual como es de suponer tuvo completo y rápido cumplimiento...». (*Relación de D. Roque José Baudrix... sobre los sucesos del Sud en 1839, escrita en su establecimiento el «Verano», partido de la Lobería.* <<

[41] V. el *Apéndice*. <<

[42] Su original nos fué obsequiado en enero de 1870 por D. Vicente Aurelio Prates, vecino de Yaguaron (Brasil), y heredero universal del Sr. Pueyrredón, con otros muchos papeles de importancia que pertenecieron a este escritor militar, finado en la ciudad del Rosario de Santa Fe, el 10 de noviembre 1865. <<

[43] Datos de D. Joaquín Hornos, refiriéndose al general Lavalle quien le aseguró entonces que lo único que le ofrecieron los jefes navales franceses, fué *desembarcarlo en la Ensenada*, es decir, echarlo sobre Rosas, sin base alguna para columbrar un éxito favorable a la gran responsabilidad que había asumido ante la República. <<

[44] Carta del general Lavalle a su esposa, en 13 de agosto de 1839. <<

[45] «... Supón lo que es posible (decía Lavalle a su señora en carta del 15 de agosto), que mi cálculo falla en mi contra; que el ejército invasor se retira sin dificultad,

y que reuniendo su masa, me veo en muchos conflictos, pero siempre le habré hecho al enemigo un gran mal, porque lo habré obligado a defenderse en su territorio contra la sublevación de Corrientes y alguna de su propio país. Entonces podrá invadir Frutos y lo hará, no lo dudes por vanidad y por llamarse mi libertador...». <<

[46] V. el *Apéndice* donde se registran también los nombres de aquellos que salieron de Montevideo en julio de 1839. <<

[47] Apuntes inéditos de D. Juan Nepomuceno Madero. <<

[48] V. el *Apéndice*. <<

[49] *Remitido* publicado en los *Debates* del 12 de junio de 1852. <<

[50] Refieren antiguas crónicas (Oviedo), que la isla debe su nombre al español Martín García, embarcado en la primera expedición descubridora de Juan Díaz de Solís, en calidad de despensero. El fué sepultado allí a principios del siglo XVI por aquel capitán, hijo famoso de Lebrija, quien le estimaba sumamente. <<

[51] Carta a su esposa, fecha 29 de agosto. <<

[52] Todos iban con la condición de no recibir ascenso durante la campaña hasta la oportuna aprobación del gobierno legal de la provincia de Buenos Aires, según les previno su general. <<

[53] Ella fué obsequiada al general Hornos por la señora viuda de Lavalle con motivo de su triunfo en el Tala (8 noviembre 1854); la misma que D. Joaquín, hermano del primero, devolvió por un acto espontáneo a la estimable hija del héroe argentino que la conserva como reliquia de una época histórica.

La hemos contemplado en perfecto estado de conservación. Es de damasco de seda celeste, y blanco; mide 2 y ½ varas de largo por 1 ¾ de ancho: con el sol al centro primorosamente bordado de realce de oro y seda de colores así como el tahalí; y la corbata con borla y flecos de oro y plata.

El coronel D. Antonio Somellera inmortalizó la escena de Landa, en un gran lienzo lleno de colorido y donde se admira entre varios retratos, el del general en jefe que es tenido por uno de los más parecidos. <<

[54] Decía Hornos que mientras se amarraban las embarcaciones delante del saladero notando que los peones emprendían la fuga, trepó en uno de los mástiles y

agitando su sombrero les gritó repetidas veces;—*No tengan miedo, muchachos, soy Manuel Hornos...* Que enseguida se apoderó de tres caballos, únicos que sus dueños con la precipitación dejaron atados; montó en uno de ellos, enancando cuatro soldados en los restantes, y con los cuales dió principio a la reunión de los que debía ocupar la fuerza. <<

[55] «... Por el papel y la letra reconocerá vd. como le escribo, echado en la carona, y en los momentos de montar a caballo, pero contento. Puedo desde ahora asegurarle que el éxito de la empresa será completo; hemos encontrado muy buenas disposiciones en los habitantes a pesar del terror que también aquí reina; se nos reúnen, nos traen caballos, y empiezan a entusiasmarse. Nuestro ejército marcha con un orden admirable. Yo me separé con mi escuadrón desde la isla, y con la escolta de Manuel Hornos, entramos por Ñancay, allí había una fuerza, no fué preciso batirla; nos cedieron el campo: El mayor Hornos montó una partida y con ella reunió caballos para la división: luego que montamos nos internamos por el país, y dimos la vuelta a Landa, donde debía estar el general con la fuerza. No liemos sido incomodados en esta operación. Una fuerza al mando de Villagra ha circulado al principio cerca, y después se retiró: de modo que nada, nada ha sido. Anteanoche llegué aquí y hoy marchamos reunidos. La fuerza de Villagra se le vá dispersando. Lo que es preciso es que por allá acaben con Echagüe...». (*Extractos de carta del coronel Pueyrredón fechada, en Gualeguaychú el 12 de septiembre de 1839*).

«... Hemos abierto la campaña bajo los trabajos más inconcebibles. Estamos al fin en Gualeguaychú (Entre Ríos), después de seis días de una marcha penosa, sin comer y solo alimentados del ¡santo amor a la Patria!... Vamos a marchar... no encontramos enemigos con quienes pelear, ni los tendremos probablemente... Hemos sido recibidos como libertadores, etc...». (*Extratros de cartas del capitán D. Luciano Lira, detalladas en el mismo pueblo el 9 y 12 de septiembre*). <<

[56] El capitán Halley fiel amigo del general Lavalle, fué asesinado en el Océano Pacífico a principios de 1843, invitado a una comida por un jefe de las islas Marquesas donde se hallaba de estación, concurrió con su ayudante, y acometidos ambos traidoramente, fueron ultimados a flechazos.

Pedro Halley, es un nombre histórico para los argentinos. Ya tendremos ocasión de encontrarle en Córdoba a fines de 1840 con propósitos vinculados a su noble proceder con el partido que combatía a Rosas.

¡Llanto y respeto al que fué digno de que el bello suelo de Francia hubiese recibido los últimos resplandores de su estrella!... <<

[57] Exposición oral del señor Martínez, quien se reembarcó dentro de 24 horas de su arribo al cuartel general de Lavalle <<

[58] Carta a su esposa. <<

[59] Tan recio debió ser el bote de ésta, que se tronzó su asta, quedando la moharra atravesada en el brazo izquierdo; pero Lara que era muy jinete, consiguió salvar asimismo a uña de su buen caballo pangaré (pampa) que corrió como guanaco, en campo llano, con los dos pares de boleadoras (*laques*) que llevaba atadas en las patas.

*Memorias de los hechos de armas contra los indios en la frontera Sud a partir de 1820 presentada en 1864 al Ministerio de la Guerra, por el sargento mayor Juan Cornell, ms. autóg.*  
<<

[60] Denominación de cierta planta indígena y espinosa. <<

[61] V. el *Apéndice*. <<

[62] Archivo de Policía. — V. el *Apéndice*. <<

[63] D. Ramón Lara, capitán de ejército; comandante militar de Kakel Huincul, y Juez Político de la banda occidental del río Salado en 1821 murió repentinamente en circunstancias que se preparaba a asistir a una corrida de toros dada en Dolores, a las 4 de la tarde del lunes 9 de julio de 1834, dejando en la indigencia a su viuda Da. María Navarro. El municipio de aquella ciudad, ha puesto su nombre a una de las principales calles en homenaje a su patriarcal fundador.

Tampoco debe olvidarse que contribuyeron a su fomento en diversas épocas otros hacendados y pobladores como los SS. Gaspar Campos, Joaquín Suárez, Mariano Fernández, Juan Cornell, Martín y Miguel Rodríguez, José y Gregorio Marín, José Acuña, Manuel Navarro, Leandro Ibañez, (a) Arbolito, Antonio González, Izurieta, Márquez, Vázquez, Girado, Ibarra, Lastra, Ezeiza, Piedrabuena, etc., siendo inexacto lo que dice respecto de Salomón, el Registro estadístico de 1855 (V. DD. del *Apéndice*). <<

[64] Memoria de Cornell cit. — Recuerdos del Sr. Oro, a la sazón ministro de Entre Ríos. *Correo Ministerial del Paraná* (núm. 22), donde se vé, que en el mes de abril de 1823, del Valle, *sargento mayor retirado*, tomó parte en un consejo de guerra celebrado en dicha ciudad, contra los que ayudados secretamente desde Santa Fe, conspiraban para derribar la administración de Mansilla quien amnistió a los culpables, en honor del 25 de Mayo de dicho año. Era de ese número, el después célebre general Urquiza que había sido condenado a doce meses de prisión. <<

[65] Salvaron el mayor Montero (fusilado por Rosas en 1830), el capitán D. Martiniano Rodríguez, y el teniente D. Mariano Viejo con veintitantos hombres; quedando entre los prisioneros el sargento mayor Iturra, y entre los muertos el ayudante mayor Severo Cornell. <<

[66] Calfiao escapó en un generoso zaino pangaré llevando a las ancas su hijo que era un fornido *hueche* (mocetón). Lo persiguieron con preferencia *Pancho el Ñato*, Selarrayan, y otros que montaban parejeros. El cacique a favor de la tenue luz de la madrugada y antes de ser reconocido, ganó los campos que eran una proyección de lomas onduladas. Su caballo a pesar de las bolas potreadoras que lo enredaban, no parecía incomodado, pues corría como liebre o venado, con una agilidad pasmosa. Sin duda, dice el contemporáneo cuyos *Recuerdos* extractamos, era de los que aquellos acostumbran *varear* y ejercitar en los médanos o *guadales* del desierto, con cueros frescos o grandes pesos en el lomo, y maneas anchas en las patas para no lastimarlos. A saltos y por pasos escabrosos y poco conocidos, logró Calfiao despistar a los cristianos que continuaron en su empeño por tres leguas, desde las faldas del Colonquelú hacia la Tinta, teniendo que hacer alto por haberse aplastado sus cabalgaduras. Al día siguiente el arrogante Calfiao se presentó en el mismo *orejano* de pelea y acercándose a la columna que había cautivado a su familia, la siguió por uno de sus flancos, pero ya nadie lo molestó porque habría sido inútil.

«... Tres días después, dicho cacique se aparecía en el Tandil a parlamentar, apeándose en la casa de negocio de D. Pedro J. Vela. Entonces contemplamos de cerca y con admiración la estampa de ese famoso caballo pampa, digno rival del que salvó a Lara en el descalabro de la Tinta. Era de buena alzada; oreja redonda y parada; ojo grande y vivo; nariz dilatada; fino de hocico y pescuezo; poca cerda; corvejón o *garrón* muy abultado; canilla delgada; musculatura poderosa; vaso recto y comprimido. Estaba pelechando, y en la piel se le dibujaban como sobre un mapa las diferentes ramificaciones de arterias y venas exteriores inyectadas de sangre. Según va referido, con la sorpresa, fué boleado casi al salir de los toldas, pero acto continuo, se puso fuera del tiró de estas, no obstante el peso de dos hombres corpulentos montura y *huaiquis* (lanzas), salvando a su dueño rodeado de enemigos que seguramente no le hubieran dado cuartel. Cuando le vi estaba cabeceando y parecía bastante trasijado. Persuadido Rosas de la ventaja de los caballos adiestrados de esta manera, siempre tuvo una tropilla de ellos, desde 1826 en que fué mayordomo de los Anchorena en la estancia del Tala...». *Cornell, cit.* <<

[67] El coronel Francisco Sosa (a) *Pancho el Ñato*, hijo de la Punta de San Luis, quizá hubiera desplegado buenas calidades en otras circunstancias y bajo otro régimen. En carta que tenemos a la vista, dirigida por Rosas a Quiroga el 31 de julio de 1833, desde



la margen interior del Río Colorado, le comunica, que en la madrugada del 3 del citado mes, y ocho leguas antes de llegar al Río Negro, el teniente coronel Sosa al frente de un escuadrón de maniobra que operaba en la vanguardia con el mayor general Pacheco, acuchilló y exterminó la tribu del famoso cacique Chocorí, *feroz azote de la frontera* — escapando este, desnudo, en pelo y obligado a tirar hasta su sable y enorme coraza de cuero (*la que se conserva en el Museo Antropológico, donada por la familia Terrero*). Era jefe de Blandengues, cuando falleció en su estancia del Sauce Grande, partido de Bahía Blanca, el 1.º de agosto de 1836. <<

[68] Registro Oficial de la provincia de Buenos Aires, del 25 de enero de 1830. <<

[69] Conversación con los Sres. Lens y Pillado, actores en el levantamiento del Sud. <<

[70] Este patriota fue muerto al frente de su guerrilla, en el arroyo Pelado, después de la acción de D. Cristóbal (E. R.) <<

[71] R. *Fornaguera*. Apuntamientos sobre la memorable y heroica revolución de Dolores — escritos en Quilmes, 1856, (*ms. aut.*). <<

[72] Existía en el tiempo en torno al monumento de Mayo, una pequeña reja con grandes lanzas, sostenida por macizos pilares del peor gusto arquitectónico. No faltó quien afirmase después, que ese papel clandestino fue perdido por D. Saturnino Correa, hijo de Mendoza, primo hermano de la esposa del general Lavalle, poco antes y a la sazón juez de paz substituto y a la sazón mayordomo de una estancia de Cobo. <<

[73] Conversación con Ortíz, quien agregó, que el valor de esos artículos le fué reembolsado por Rico con los primeros recursos que se procuró a su llegada; y el dinero por la señora Juana Arano, esposa de D. Juan E. Eseiza, (contra la que iba la orden), algún tiempo después de la revolución. <<

[74] *Fornaguera*. Apuntamientos cits. <<

[75] Ese documento, que apenas hubo el tiempo material de copiarlo, según nos explicó el mismo Sr. Pillado, era basado en reminiscencias de una de las actas del infortunado general Salavertri en el Perú, que poco antes había reproducido la *Gaceta*. Las vicisitudes ulteriores, dificultaron su oportuna publicación. Se suponía con visos de certidumbre, que D. Tiburcio Lens, que lo extrajo del archivo del juzgado, lo inutilizó más tarde para no comprometerse ni comprometer a otros. El borrador que conservaba el autor, lo cedió a uno de los revolucionarios, D. Leonardo Bello, que fué fusilado. Lo

cierto es, que se ha perdido lastimosamente para la historia con los nombres de los ciudadanos que lo suscribieron, tan dignos del recuerdo de presentes y de futuros. <<

[76] Relación del respetable vecino de Chascomús, D. Gerónimo Vallejo. <<

[77] Archivo de Policía — Datos de D. Vicente Accame y D. H. Medrano testigos presenciales. <<

[78] *Echeverría*. — Insurrección del Sud. <<

[79] Véase al final el extenso apéndice de este tomo que el autor en su edición primitiva llamó: «Suplemento al primer volumen». <<

[80] Datos de su amigo D. Bernabé Martínez; de su sobrino D. Francisco Rico y de su digna hija la Sra. Celia Rico de Ezpeleta, quien conserva hasta la partida de bautismo de su padre, sentada en la Iglesia de la Concepción. <<

[81] *Francisco Bernabé Madero*. Notas inéditas sobre la Revolución del Sud. <<

[82] Dominada la revolución, Olivera acogíendose al indulto, se presentó a Valle, quien con su habitual severidad, le dijo. — *Conque fué Ud. a prenderme ¿eh? Si señor* — le contestó el sencillo paisano. — *Y si me encuentra, ¿qué hubiese hecho conmigo? — Prenderlo, señor coronel, y si se hubiese resistido, fusilarlo según la orden que tenía. — Vaya, vaya con la franqueza de este daguínche; retírese tranquilo a su casa...* fué toda la reprensión que sufrió del jefe omnipotente, a quien interesó sin duda la lealtad arrogante de aquel humilde vecino, mientras que otros magnates comprometidos en la revolución, se arrastraban a los pies de Rosas como diremos en su lugar. El patriota Olivera tronco de numerosa y honrada familia, falleció en los campos de Marihuincul el 3 de mayo de 1853. Era valiente y enemigo personal de Pablo Alegre con el que buscó siempre encontrarse para pelearlo — (*Dato de su hija Da. Petronila*). <<

[83] Conversación con su secretario D. Antonio Pillado que escribió la nota respectiva. <<

[84] Carta a D. Vicente González. <<

[85] ...El favorito Mariño, infatigable defensor de la Dictadura, nació en Buenos Aires el 6 de Diciembre de 1314, donde falleció de escarlatina en su quinta de Palermo Chico, a prima noche del 20 de Febrero de 1851 asistido por los facultativos de Rosas. Era sargento mayor del ejército, Edecán y compadre del *Restaurador*, Oficial primero del ministerio de Gobierno, Presidente del cuerpo de Serenos y redactor en jefe de la

Gaceta, como también de todos los mensajes del Gobernador Rosas. El exceso de contracción mental y material en el desempeño de esos múltiples cargos, todos de importancia, le acarreo una temprana muerte. Fué íntimo amigo de Rivera Indarte, y tanto uno como otro sucumbieron atacando y sosteniendo en la prensa causas antagónicas. Asegúrase que Marino, acostumbrado ya a largas vigiliass, no podía escribir con luz natural y para estar *en vena*, en pleno día colocaba seis u ocho velas en otras tantas botellas vacías y encerrándose en su gabinete de trabajo, pasaba muchas horas con la pluma en la mano cuyos surcos profundos se le notaban en los dedos. Dejó una hija llamada Manuela. *Datos de su viuda Da María Rodríguez, finada, el 25 de Julio de 1878.* <<

[86] Conversación con el distinguido jurisconsulto Dr. Miguel Esteves Saguí, sobrino del yerno de dicha señora D. Francisco Saguí, quien nos ha asegurado presencié aquella escena triste y bien desagradable. <<

[87] Angel Justiniano Carranza. *V. Memoria manuscrita de D. Martin Campos...* <<

[88] Don Vicente González tomó parte en la funesta campaña del interior a los órdenes de Oribe en 1840, falleciendo en esta ciudad el 23 de junio de 1861, y su cadáver fué depositado en el sepulcro de Terrero. En el testamento que otorgó en el Monte cuando el pronunciamiento del general Urquiza encomendaba su alma a San Vicente Ferrer y al Restaurador Rosas, declarando: *que siempre había reconocido en él y seguiría reconociéndolo hasta la hora de su muerte como al patriarca de la justa y santa causa federal.* En sus últimos tiempos no salía D. Vicente del templo de San Francisco, entregado completamente a las prácticas religiosas. Un caballero que puso a nuestra disposición algunos papeles curiosos de Rosas, nos aseguró que al devolver a aquel por lástima, poco antes de su muerte un legajo de cartas suyas que *destilaban* sangre (fueron sus palabras) le dijo: Queme o destruya Ud. esto Sr. D. Vicente, y trate de reconciliarse con Dios, porque según estos documentos los hombres no deben esperar perdón jamás. El angustiado fanático le aseguró entonces que pensaba ir a encerrarse en el convento de San Lorenzo, después de enterrar a sus padres y a su segunda esposa doña Rafaela Muñoz. Cómo lo torturaría la conciencia. <<

[89] Dato del responsable Sr. Antonio Freire, entonces comerciantes del Monto y el cual lo presencié muchas veces. <<

[90] Falleció en San Fernando, 1843. <<

[91] V. Documentos del *Apéndice.* <<

[92] Carta de Rosas, fechada, en río Colorado a 1.º de enero 1834, V. el *Apéndice*. <<

[93] Notas a D. Vicente y al coronel Quesada, V. el *Apéndice*. <<

[94] Lo señalado con letra versalita es letra de Rosas, escrita con mala ortografía; y así que aparezca esta obra exhibiremos los originales en uno de los establecimientos más frecuentados, como hicimos con algunos documentos referentes a la conspiración de Maza. <<

[95] Véase el *Apéndice*. <<

[96] En 1751 se formaron tres compañías regulares de paisanos a sueldo y armados de lanza, dándose el nombre de *Valerosa* a la 1.ª *Conquistadora* o *atrevida* a la, 2.ª, *Invencible* a la 3.ª y a todas juntas *Cuerpo de Blandengues*, porque pasándoles revista el gobernador Andonaegui con el Cabildo en la actual plaza de la Victoria (hoy Mayo) al desfilar para salir al S. N. y O. de la campaña blandieron sus lanzas en señal de homenaje y rendimiento marchando la primera a guarnecer el zanjón, la 2.ª a Lujan y la 3.ª al Salto etc. Véase nuestro estudio histórico sobre el general D. José de Andonaegui. <<

[97] En el baile que se dió en el juzgado la noche del 19 de septiembre de 1839 porque Rosas lo acostumbraba hacer también, festejando el aniversario del combate sobre el arroyo Carpintería (E. O.) donde tres años antes quedó derrotado Rivera, varios jóvenes alegres encabezados por D. Rafael Cabello, apostados en la mosquetería, silbaron a la concurrencia con el mismo entusiasmo con que lo fué la primera representación de la *Fedra* de Racine. El *turbulento* Cabello era luego aprehendido y enviado al Monte a disposición del terrible D. Vicente González, que le tuvo algún tiempo moliendo maíz para la tropa, en castigo de su desacato a la autoridad. <<

[98] A causa de las listas con que votaron, para diferenciarlas de las rojas de *los federales apostólicos o ultra*. <<

[99] Véase su clasificación en el *Apéndice*. Falleció el 23 de agosto de 1875 y sus restos descansan a la entrada del templo (a la derecha) de Chascomús, cuya piedra angular puso siendo juez de paz el 20 de diciembre de 1832. <<

[100] El patriota Gándara, estimado por unitarios y federales, porque a todos sirvió siempre con sinceridad y desinterés, falleció en esta ciudad el 6 de junio de 1856. <<

[101] Olmos con el grado de coronel, falleció en Chascomús de una erisipela interior, el 24 de marzo de 1867. Como se dirá a su tiempo hizo toda la campaña del primer ejército Libertador, y después de inhumar los restos de su general en tierra

extraña, volvió por mar a engrosar en Corrientes los nuevos elementos que se congregaban allí contra Rosas, hasta que luchando siempre por los buenos principios, cayó prisionero en Vences, y salvado por el general Urquiza, que protegía a los que como él, habían militado con Lavalle, vino a Caseros con un empleo importante en la caballería del ejército aliado, y el 13 de septiembre de ese año 52 se le nombró por la superioridad para el mando provisional del distrito comprendido entre esa ciudad y el arroyo del vecino (confiándose el que seguía al sud al coronel graduado don Agustín Acosta).

Hombre de cortos alcances, confundió los deberes de la gratitud con los de su credo político, y en los disturbios que sobrevinieron, desertó de las filas de su partido renegando la tradición inmaculada de sus sacrificios para hacer causa común con sus antiguos adversarios. Así en el sitio memorable de Buenos Aires y en el combate de la Postrera, se le vio enristrar su lanza, ¡quien lo creyera! contra Velasco, el distinguido Acosta, Nero Ramos, los Otamendi y tantos otros de sus viejos compañeros de gloria y proscripción que pelearon o cayeron como leales en el campo funesto de San Gregorio (22 de enero de 1853). Ahí duele decirlo, capturado allí el venerable D. Martín Campos su camarada en todos los campos de batalla en que se lidió por la libertad, Olmos, lanzado ya en la pendiente de los desbarros, tuvo el coraje brutal de hacerlo estirar en cuatro estacas remitiéndolo en seguida *acollarado* con D. Juan Ramón Ezeiza, otro patriota igualmente benemérito, *enancados* en un mancarrón y a *en pelos* hasta el cuartel general del jefe sitiador en San José de Flores, es decir a unas ¡cincuenta leguas del punto de partida! <<

[102] V. tomo 6.º Colección *Angelis* (al fin). <<

[103] Cramer casó el 17 de agosto de 1822 con la distinguida señorita María Francisca Capdevila, a quien debemos algunos datos, que no se encuentran en su foja de servicios formada el 18 de diciembre de 1830, que hemos tenido a la vista como también el respectivo libro de *Toma de Razón de Títulos y Cédulas Militares* de la Contaduría Nacional, merced a la galantería del jefe de aquella importante repartición. <<

[104] La virtuosa señora Machado de Dehesa existe aún y conserva los rastros de su pasada belleza. Nació el 16 de julio de 1823, en Chascomús, patria de Manuel Inurrieta, aquel dulce cantor de la revolución del Sur.

Después del combate del 7 de noviembre, su casa fué saqueada por la soldadesca, su esposo encarcelado y ella misma expuesta a grandes peligros de que logró sustraerse con dificultad, peligros que se repitieron en Buenos Aires, donde se refugió, con motivo

de la requisita que sufrió su domicilio en 1840 hecha por la famosa «Sociedad Popular Restauradora» encabezada por Parra, viéndose compelida a emigrar con su esposo al Brasil donde residió muchos años, arrostrando con resignación las horas angustiosas del destierro y de la miseria. Fueron sus padres D. Mauricio Machado y D.<sup>a</sup> Teresa Díaz. <<

[105] Véase la *Gaceta Ministerial* de Buenos Aires. <<

[106] Véase la *Gaceta Mercantil* del 10 de febrero. <<

[107] *Lacasa*, biografía del general D. Juan Lavalle. <<

[108] No fué otra la razón por la cual, en 15 de junio de aquel año 39, tuvo que desposarse por medio de apoderado, con la señora Carmen Blanco. Granada tomó parte activa en la lucha intestina que siguió, sin dejar de ser siempre un cumplido caballero. Falleció respetado por todos en el pueblo de San Isidro el 15 de abril de 1871 de la epidemia reinante entonces. (Foja de servicios. — Datos de la familia). <<

[109] Extraviada: porque no existe entre los legajos consultados. <<

[110] Le señalado con letra bastardilla ea de letra de Rocas, escrita con mala ortografía. <<

[111] Dato de D. José Luis Loenzo, vecino de verdad de Chascomús, que fué compañero de dicho individuo en la cárcel, donde se lo oyó. De consiguiente es inexacta la versión de que el conductor de esas cartas de Castelli fuera un negro *Tío Pancho*, esclavo de Capdevila, agregándose que había sido tomado cerca de la *Blanqueada* de Serantes, como ocho leguas más acá del Azul. <<

[112] El respetable vecino de Chascomús, D. Juan Manuel Pérez nos aseguró haber escuchado a dicho individuo que su secreto cometido iba hasta hablar con Olmos y Mendiola a quienes D. Prudencio pretendía hacer defezionar a todo trance. Pero es bueno tener en cuenta que la tradición local casi siempre exajera los hechos. <<

[113] He aquí la prueba:

¡Viva la Libertad! *El comandante de la División Libertadora*. — Para el miliciano Juan P. Gante hasta la Guardia de Chascomús, con oficios para el general en jefe D. Pedro Castelli, y para su resguardo le doy este, y que en el tránsito le den auxilio de caballos, etc. — Dolores, noviembre 6 de 1839. — (f.): *Manuel Rico*. — Regresa. — *Castelli*. <<

[114] Forma al pueblo una especie de herradura por el Sur Oeste, y se calcula que en general su profundidad no excede de 1.50 metros en lecho de tosca y arena. Es sin disputa el más considerable del sistema de lagos mediterráneos que encadenados como se hallan en esa parte de la provincia van a derramarse en el caudaloso Salado. Su agua es de ordinario salobre pero no im potable a las bestias, siendo en cambio sabrosísimos los pejerreyes y lizas (mújol) que abundan. Por los años de 1831 cuando las memorables *polvaredas* de 1836, el 49 y el 63 quedó seco su cauce. Pero en septiembre de 1834, casi inundó la población. En agosto de 1857, fué tan viva su marea que permitió surcarlo al vapor *Rio Salado* (a) *Yerba*. Data de mayo de 1877 su última creciente extraordinaria. La *Laguna de Chascomús* o *Chasi-co-mú Lafken*, nombre originario de las voces araucanas, *chadí* (o *chari* por, la corruptela pampa) que significa sal —y las palabras *co* agua y *mú* mucha— lo que da esta conclusión: LAGUNA (*Lafken* de los pampas *Mallin* de los araucanos) de AGUA MUY SALADA. <<

[115] Los *coraceros* vestían gorra de manga, camiseta y *chiripá* azul con vivo carmesí y los carabineros el mismo uniforme pero colorado y cabos blancos. Los indios usaban largos *ponchos* de bayeta. <<

[116] Conversación con el testigo y actor Manuel Vivas, que reside en Chascomús. <<

[117] Dato de D. Jerónimo Calvento, que lo vió. <<

[118] El mulato Funes, fué aprehendido por el Juez de Paz de Chascomús, mediante requisitoria del de Dolores y remitido a la cárcel de Buenos Airee a mediados de agosto de 1838, con motivo de una nota dirigida a éste por el comandante accidental del Azul, diciendo hallarse el teniente Funes, de milicias, comprendido en la sublevación que intentaba hacer en la tropa, veterana de dicho fuerte, el de igual clase Carlos O’Gorman de acuerdo con el coronel Juan Selayarrán. Rosas lo puso en libertad un mes después, por no resultar mayor complicidad en el delito de rebelión de que fué presunto reo. (V. el apéndice), pero muy especial, merced a informes satisfactorios del Juez de Paz, Girado. Esta base tuvo quizá la entrevista *fructífera* con el *bombero* de D. Prudencio a que hemos aludido. <<

[119] Las negociaciones con Rosas se iniciaron y adelantaron por medio de intrigantes oscuros como el comandante Antonio Suso y de agentes ingleses de rango inferior.

Las creía Rivera muy avanzadas, cuando él y el Sr. Muñoz se entendieron con el octojenario Ministro Plenipotenciario Mr. John Mandeville. Pero este regresó a Buenas

Aires: el embarque del general Lavalle tuvo lugar y el gobernador Rosas indignado, rompió sus relaciones con Rivera, y poco después escribía lo que sigue al general Echagüe condecorado con el prosaico dictado de «ILUSTRE RESTAURADOR DEL SOSIEGO PÚBLICO».

«Señor D. Pascual Echagüe,

Buenos Aires, agosto 16 de 1839.

Tengo el gusto de avisarle el recibo de sus apreciables, 1.º de julio y 3 del corriente.

... El pardejón salvaje unitario Rivera, en su desesperada situación “me mandó proponer la paz”, ofreciendo entregar al salvaje Lavalle, y a los demás salvajes unitarios emigrados, al gobierno argentino: publicar una amnistia reconociendo en sus empleos al Sr. Presidente Oribe y a los demás orientales de su partido legal; declarándose en contra de las pretensiones francesas, haciendo causa común con esta República, en defensa de su libertad; y por último, todo lo que yo considerase necesario, con tal de darnos las manos, quedando él de Presidente en el Estado Oriental, reconocido por el Gobierno Argentino.

Mi contestación ya debe Vd. hacerse cargo cual sería. Fué reducida a hacerle decir, que no podía yo, ni debía hacer la paz ni trato alguno con un traidor a la santa causa de la libertad, honor y dignidad del Continente Americano, porque no sólo tenía que sostener y consultar los derechos de esta República, sino también consultar en ella los de la América por ser la causa común. Que en su virtud, las únicas bases que podía darle eran las siguientes:

1.ª Será repuesta en la República Oriental del Uruguay, la autoridad legal de ella, violentamente expulsada por Rivera.

2.ª Este se ausentará inmediatamente del Estado Oriental para Europa, y no podrá regresar a él, sin previo especial permiso del gobierno legal de dicho Estado.

3.ª Saldrán del territorio Oriental, los emigrados y proscritos argentinos, que a juicio del Gobierno de la Confederación, pudieran comprometer por sus miras anárquicas, la seguridad, paz y tranquilidad de esta, y la armonía y sosiego de ambas naciones.

4.ª El Gobierno Arjentino, con la administración legal del Estado Oriental, arreglará amigablemente el monto de la suma y modo de su abono, que ha



desembolsado aquel en su auxilio, y las incidencias que por resultado de los sucesos de la administración de Rivera, han perjudicado y perjudiquen los intereses y derechos de los Argentinos...

... Nada más, *etc.*

JUAN MANUEL DE ROSAS». <<

[120] Pago-Largo, el 31 de marzo. <<

[121] Hé aquí la primera lista que tenemos a mano, de letra del Dr. Ellauri

Dr. D. José Ellauri pfts 240

Gabriel Antonio Pereira 300

Santiago Sayago 300

Luis Lamas 200

Andrés Lamas 200

Dr. Pedro Pablo Vidal 200

Daniel Vidal 200

Roque Graseras 200

Fabio José Maine, un billete vencido de 2041

No contestaron a la invitación:

D. Francisco Joaquín Muñoz

Alejandro Chucarro

Joaquín Sagra y Peri

Dr. Julián Alvarez

Manuel B. Bustamante

Francisco Antonino Vidal

Juan L. de las Casas

Lorenzo Justiniano Pérez

Manuel José da Costa Guimaraés

Dr. Francisco D. López

Juan B. Capurro

Pedro Pablo Sierra.

<<

[122] El embarque público de Lavalle. Este se hallaba todavía en el puerto a bordo del bergantín *Alerta*. <<

[123] «¿Se trata en efecto de hacer la paz con Rosas, o esas voces que tanto corren no son sino habillas sueltas, dichos aislados, sin influencia en esta cuestión demasiado grave?

¿Se trata recién de discutir, o hay algo ya que no permita la discusión?

Tanto importa la cuestión de paz, que francamente hablando, su solución está ligada a nuestro juicio con esta otra cuestión:

¿Está en los intereses, en la dignidad, en el honor del Estado Oriental, hacer la paz con el vándalo Rosas?

Si la autoridad ha resuelto esta última, como se dice generalmente, el pueblo, o sus Representantes, también la han resuelto, y a fe que han andado bien encontrados en sus resoluciones. Se dice que el gobierno hará la paz con ciertas condiciones, y las Cámaras han sancionado la ley de subsidio para la continuación de la guerra.

Confesamos nuestra insuficiencia para explicar la conducta del Ejecutivo y de la Representación Nacional.

Pero el general Lavalle, está a diez leguas de Buenos Aires. Tiene a sus órdenes una división de bravos, que pasarán por sobre la cabeza de Rosas; ovó son esperados

por todo el mundo, y que hoy tal vez han engrosado sus filas con nuevos valientes soldados. Es pues una entidad, un elemento nuevo, con el que necesario contar para establecer y resolver debidamente la cuestión de la paz: nosotros no queremos valorarlo; lo indicamos solamente.

## LA GRANDE ANTÍTESIS

### O *La Paz con Rosas*

No se debe perder el tiempo en indagar si convendría la paz a esta República; si tendría derecho para hacerla hoy en medio de los pretendidos pactos que la ligan, y después de los compromisos con tanto ardor y con tanta razón contraídos.

Estas cuestiones, consideradas en sí mismas, ni presentan ardua resolución, ni conducen a gran cosa, ni son cuestiones a nuestro ver, tan siquiera.

Lo que primero que todo conviene examinarse es, si el Gobierno Oriental puede no solamente *hacer* la paz, sino también *efectuarla*, porque paz sin efectos no vale nada; ¿y cuáles serían los resultados que ella le traería, en caso de poderla hacer?

Desde luego, ni más ni menos posible nos parece hacer la paz con Rosas, que hacer la paz con la guerra, con la tiranía, con el terror. Jamás se vieron asociadas palabras más antipáticas y rivales, Rosas y la Paz: es la vida y la muerte acabando tratados.

Por otra parte: nada sería obtener el sí de Rosas, y no solo el sí, sino la invitación, para una paz, que en el instante actual sería toda en provecho suyo: hasta entonces todo sería fácil y posible; y mas adelante todavía, hasta el día mismo de la conclusión de la paz. ¿Pero, y mas adelante?

¡Es muy clara y muy obvia la conducta que el gobierno tendría que adoptar por entre medio de tanta cosa y de tanto interés contradictorios y beligerantes! ¿Qué conducta observaría con la Francia? ¿Hostil?, ¿y se podría? ¿Favorable?, ¿y lo consentirían Rosas y la paz? ¿Neutral?, ¿y convendría en ello Rosas? ¿Qué conducta gastaría con los argentinos militantes contra el tirano? ¿Persecutoria?, ¿y le sería posible? ¿No hay intereses extranjeros aliados de hecho a los intereses argentinos liberales que se resentirían de esta persecución? Pero la persecución solo podría tener lugar con los que están en el territorio. ¿Y, con los que no están aquí? ¿Neutral? ¿Entonces Rosas para qué quería la paz? ¿Protectora? Entonces no sería hacer la paz.

Y después inmediatamente de hecha la paz, ¿podrían ir nuestros buques,

nuestros efectos, nuestros negociantes a la costa argentina, y los buques, efectos y negociantes argentinos podrían venir a la nuestra? ¡No!, ¿y entonces, a que la paz por ahora?, ¿a fin de hacer cesar el derramamiento de sangre?

No para este instante, se dirá, sino para cuando sea posible hacer efectivos los resobados, es que debe hacerse la paz desde luego. Pero ¿a que esta antelación? ¿No es muy probable que durante ese periodo caiga Rosas, y que el gobierno oriental haya visto satisfecha su declaración de guerra, sin ceder de una línea? ¿Se teme acaso que Rosas triunfe de la Francia y del poder militar que se levanta como un gigante y por minutos en Martín García?

La paz, se dirá, nos libra de una invasión que nos amaga. Pero ¿es Rosas solo quien invade? ¿No podría hacerse la paz con los invasores y contra el tirano que no piensa en mandarles invadir este país, sino en mantenerles del otro lado para evitar una invasión en el suyo? Y si la paz se hace, y después secumbe Rosas, ¿cuáles habrán sido los frutos de los sacrificios hechos por este país en los ocho meses precedentes? La paz con Rosas, no es únicamente imposible; es también inconducente y estéril, cuando menos, que cuando mas el tiempo dirá. O no lo dirá porque la paz no se hará, pues que no se hace lo que no se piensa hacer. Es a lo menos nuestra creencia sincera y franca».

(«*La Revista*» del 20 julio 1839). <<

[124] El Sr. Alberdi estaba bien informado. — Vá la prueba;

«San Román, julio 23 de 1839.

Mi amada Bernardina: Acaban de llegar los García y José María.

Yo estoi mui guapo, un poco molido: hemos caminado mucho y no es estraño.

Los facciosos van con dirección a Minas. Vamos sobre ellos; el coronel López (D. Faustino) lleva 150 hombres; yo llevo 250; pronta tendremos 600 hombres reunidos, lo que bastará para disolverlos. Ellos no pasan de 100 hombres reunidos, a mas algunas partidas sueltas que se dejan sentir por algunos puntos.

Al ministro de gobierno le remito las cartas de Aguiar y demás que él te repondrá.

Tu amante esposo: *Rivera*».

*Este era TODO EL EJÉRCITO ORIENTAL EN AQUELLOS MOMENTOS.* <<

[125] «El general Lavalle y los que con él se embarcaron, han partido de capital, sin permiso del gobierno. Ayer hacíamos votos por el buen éxito de su empresa, porque otro juicio teníamos de ella; pero mejor informados hoy de las circunstancias que le han precedido, la reprobamos, porque su arrojo no ha sido consentido ni otorgado por la suprema autoridad y debe considerarse con el carácter de una fuga».

*El Constitucional* (diario oficial) del 4 de julio.

«¡... Pobre jeneral LAVALLE! Despedazado por los desastres de su patria, amargado por los recuerdos de su familia desolada, lanzado en una ruta de peligros al par que de grandeza; presa de mil sentimientos, de mil impulsos contrarios; infeliz en fin en medio de su gloria y todavía insultado, ¡calumniado por la espalda por un redactor desconocido!...».

(*La Revista del Plata* del 6 de julio de 1839.— Montevideo). <<

[126] A esta y a la que le antecede, se refiere Lavalle en la p. 115. <<

[127] ...El jeneral estaba a bordo del bergantín *Alerta*; a la oración del 2 de julio se tomó una ballenera que salía del puerto para Buenos Aires, llevando las *bases del tratado* de que era portador D. Antonio Suso.

Llevaba también un rico bolsillo de terciopelo bordado de oro de realce que mandaba Da. Bernardina Fragoso de Rivera para Manuela Rosas.

El jeneral Lavalle reconvino agriamente a Suso, que estaba mui asustado, pero lo dejó seguir su viaje, devolviéndole los papeles...

(*Apuntes del coronel Pueyrredón*). <<

[128] «Exmo. Señor Gobernador D. Pascual Echagüe, julio 25 de 1839.—Mi querido jeneral y amigo:

El facineroso Rivera me ha vuelto a escribir la carta que adjunto a V. E. Creo que este pardejón está ya por volverse loco. Fíjese V. E. en el responso que le hace al salvaje Cullen, después que por su culpa ha tenido el fin que ha recibido.

Quedo como siempre de V. E. apasionado y verdadero amago Q. B. S. M. —*Juan Antonio Lavalleja*».

Montevideo, julio 10 de 1839.—Señor jeneral D. Juan Antonio Lavalleja.—

Mi compadre y amigo:

Ya supongo a Vd. instruido de mis cartas que le dirijí desde el Durazno y de lo que le haya a Vd. instruido el señor coronel Latorre, conductor de ellas. A mi arribo aquí, hablé a mi comadre, a Barreiro y a otros amigos; y ella y Miguel le escriben a Vd. por otra via; Miguel está resuelto el ir a ver a Vd., pero es preciso que Vd. le diga si puede o no hacerlo y adonde podrá tener con Vd. una entrevista: no marcha, porque ignoramos la posición de Vd. y no queremos aventurar un paso que pueda perjudicarlo, ignorando como es el estado de relaciones de Vd. con esos jefes de Rosas. SIRVA A VD. DE GOBIERNO, QUE NOSOTROS NO ESTAMOS DISTANTES DE ENTRAR EN NEGOCIACIONES DE PAZ CON EL GOBERNADOR ROSAS, toda vez que ellas sean por términos razonables, y que tengamos unos y otros una positiva garantía.

El jeneral Martínez sale para Casapava con el carácter de ajente confidencial cerca del Gobierno Republicano, con el objeto de hacer efectivo el tratado privado que tuvo lugar en setiembre del año pasado en mi cuartel jeneral al frente de Paisandú, cuando allí vino el coronel Mattos y de que Vd. tiene noticia.

Ya he dicho a Vd. que ese negocio está perfectamente arreglado y que ahora vá a dársele la última mano para afianzarnos definitivamente.

Mucho quisiera escribir a Vd., pero lo omito hasta que reciba sus contestaciones, que espero sean satisfactorias y siempre interesadas por el bien de la patria.

Van esos diarios de Buenos Aires y de aquí; por unos y oíros vera Vd. lo ocurrido últimamente en Buenos Aires; por allí compadre no se anda con chicas, se mata jente de todos modos; ¿que dice Vd. del fin de Cullen? después de tanta bulla; ¡qué malo es meterse en tierra ajena a querer figurar! mejor le habría estado a aquel pobre diablo haberse quedado en Lanzarote comiendo papas y no venirse a América a ser ejecutado. Una miseria somos los hombres; creemos que vamos por un camino de flores y al fin vamos a un precipicio.

Le saluda su compadre y amigo Q. B. S. M. — FRUCTUOSO RIVERA.

P. D. Espresiones a Servando. <<

[129] No podemos resistirnos a reproducir el artículo editorial de este escritor enérgico, registrado en el *Nacional* del 2 de julio de 1839, es decir, del mismo día en que tuvo lugar el embarque del jeneral Lavalle. Era el *llamamiento al pudor*, contra los que en esos momentos se ajitaban en los tinieblas llevando su ilusión hasta implorar la paz con

Rosas...

Léase—

«En estos días ha circulado la especie absurda de que estaba iniciada una negociación de paz entre nuestro gobierno y el tirano infame y cobarde de la infortunada Buenos Aires. El orijen de esta especie es Rosas: su primer eco entre nosotros, indudablemente, es alguno de esos satélites suyos que viven aquí.

»En bien de los incautos, aseguramos que ni siquiera se ha pensado en que fuera posible una transacción. Nuestro gobierno no ha tenido, según las mas respetables protestas, ni la idea de esa infamia.

»¡Paz!, ¿con quién?, ¿con Rosas? ¿Sobre que base?, ¿con que GARANTÍAS? Con Rosas nadie puede transijir, sino el que quiera la tiranía.

»El oriental que fuera bastante vil para consentir en dejar morir a manos de ese salvaje al pueblo inmortal de Sud América, si quería PAZ CON ROSAS, debía consentir también en la esclavitud y en la ignominia de su patria. La guerra entre la libertad y la tiranía; entre la civilización y la barbarie, es una guerra a muerte. No hay medio de conciliación. El que ama la libertad del pueblo oriental, ama la libertad del pueblo arjentino. Los destinos de estos pueblos son perfectamente solidarios se equivoca el que quiera separarlos. La libertad no puede vivir pegada a la tirania. O MUERE el poder de Rosas, o muere la LIBERTAD ORIENTAL. Este dilema es fatal.

»El oriental que le tendiese la mano a Rosas, seria no solo cobarde, sino ingrato, pérfido y enemigo de su patria.

»Con Rosas NO HAY PAZ.

¡MUERA ROSAS!». <<

[130] Para corroborar lo que dejamos espuesto en defensa de las intenciones y de los motivos del sqjior Muñoz, ponemos a continuación un documento *reservadísimo*, donde aparecen concentrados *de su puño*, los móviles en que estibaban esas *tentaciones pacíficas*. Perteneció dicho papel al archivo privado del jeneral Rivera, y según hemos consignado ya, nos fué obsequiado con otros muchos, por nuestro perdido amigo el almirante Lobo.

«Exmo. Señor Presidente. —Montevideo, mayo 21 de 1839. Hemos creído de nuestro deber manifestar a V. E. por medio de esta carta confidencial, lo que

consideramos urgente y necesario en las circunstancias actuales.

Se reduce señor Presidente, a que V. E. venga inmediatamente a la capital a reasumir el mando. De lo que vamos a esponer, deriva esta opinión.

V. E. recordará que en febrero, nada había quedado disponible con respecto a recursos. Por el contrario, los compromisos eran grandes y urgentes. Para poder hacer frente a ellos y a los que se siguieron, para atender al ejército y marina y a otros gastos de orden diferente, hemos echado mano de recursos y espedientes extraordinarios.

La esperanza que nuevos mercados aumentasen nuestras rentas de aduana, ya por un cambio en la provincia de Entre Ríos y la apertura de las puertos de Corrientes, ya por algún otro desahogo en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, nos ha hecho soportar hasta ahora lo trabajoso de nuestra existencia que cada día se ha complicado más por la deficiencia que amaga las rentas.

Fácil es concebir, señor Presidente, que para conseguir fondos, ha sido indispensable devorar una gran parte de sus mismas rentas calculadas en mucho mas que lo que hoy pueden ser, porque no nos es permitido en este momento, engolfarnos en ilusiones y esperanzas, cuando hay causas poderosas que influyen en su decadencia.

La 1.<sup>a</sup> es, el estado de guerra declarada con la República Argentina.

2.<sup>a</sup> El armamento con que nos amaga el gobernador Rosas.

3.<sup>a</sup> El carácter de rigurosidad que han dado los franceses a su bloqueo.

4.<sup>a</sup> La disminución sensible del movimiento mercantil con la provincia de Rio Grande por la falta de artículos de cambio para pagar sus consumos.

5.<sup>a</sup> La estagnación del comercio sostenido hasta hace poco tiempo por las aguas del Uruguay, por el estado alarmante de sus costas.

6.<sup>a</sup> La apariencia de duración de la presente guerra, contando con el carácter tenaz de Rosas, y los ningunos medios que hemos acumulado para darle a la guerra un carácter decisivo.

Con este cuadro a la vista, sería en vano tentar operaciones de crédito. Este recurso, en tales circunstancias, es enteramente, nulo.

Sin estabilidad no hay crédito, y la estabilidad es preciso que la conquistemos.



Hoy cuando ménos, la consideran problemática.

No sorprenderá pues a V. E., que nosotros le exijamos el que venga inmediatamente a ponerse a la cabeza de la, administración. Los medios que deben tomarse, los recursos que habrá que esplotar, necesitan del influjo de su persona para que puedan obtenerse a tiempo, al menos como remedio.

Nosotros ayudaremos señor Presidente, de todo corazón; prepararemos algo en estos días para cuando V. E. se presente entre nosotros y podrá contar con la decisión de sus amigos.

(fs.) José Ellauri - Gabriel A. Pereira F. Jn. Muñoz». <<

<sup>[131]</sup> *Quedan depositados los documentos a que nos referimos al principio.*

Con este motivo decía la *Nación* del 30 de noviembre:

«El DR. D. ANGEL J. CARRANZA — Este caballero depositó ayer en nuestra redacción, para que sean examinadas por quien quiera, las siguientes cartas autógrafas que han aparecido en este diario, relacionadas con la publicación histórica que ha venido haciendo desde el 14 del corriente y que hoy termina.

»Dos de Rivera, dos de Desdony, cuatro de Agüero, cuatro de Portela, seis de Alberdi, dos de Frías, una de Baltar, una de Alsina, cinco de Madero, seis de Várela, cinco de Baltar, doce de Lavalle, una de Muñoz, una lista de Ellauri, una cartita de Rivera. — Total: 53 piezas». <<

<sup>[132]</sup> «Faltaba al pérfido asalto perpetrado por los agentes franceses contra la isla de Martín García, en circunstancias que estaba pendiente una negociación de paz, bajo la mediación del Excmo. Sr. Ministro Plenipotenciario de S. M. B. Caballero Mandeville, (decía *La Gaceta* del 20 de Mayo) faltaba a sus escandalosas agresiones, a la violación que han cometido de todos los principios, a las ofensas que han inferido al honor y a la fé pública, a los atentados inauditos con que han comprometido ignominiosamente la gloria de la Francia y el crédito de su Gobierno, un crimen feroz, infame, un acto de piratería que ha causado el escándalo de cuanto habitante existe en estas tierra, y será mirado por el mundo civilizado con la indignación que él excita.

El día 9 del presente mes, fué señalado por los agentes franceses para colmar de baldón a las arañas de su nación, empleando la hacha destructora y el tizón incendiario de los piratas. Los mismos que se han jactado de haber combatido a Arjel, son los que se han lanzado a perpetrar los actos de barbarie que tanto han reprochado a los arjelinos.

¿En qué otro rol puede colocarse el suceso de la Atalaya, de que instruyen los partes oficiales que publicamos, sino en el catálogo de aquellos hechos bárbaros que la civilización y la humanidad concurren a cargar de execración? El incendio de ocho buques en un puerto indefenso, la destrucción de propiedades de argentinos y neutrales del modo brutal que es notorio, y la vileza de elegir semejante atentado un punto indefenso en nuestra dilatada costa, son hechos que apenas serian creídos en la Europa civilizada sino fuera que le serán transmitidos a todos los Estados Americanos para excitar la sorpresa, promover el más justo odio y aumentar la indignación jeneral que arde en toda la América contra la inicua, pérfida y bárbara conducta de los agentes franceses.

¿Será este un timbre que presenten ante la Francia? ¿Será el comprobante de la moderación que han proclamado ante el mundo? ¿Será la garantía que ofrecen a los americanos para calmar sus fundados recelos y profunda irritación? ¿Será el gaje que prestan a los argentinos de que no hacen la guerra a ellos sino al Ilustre Jeneral Rosas? ¿Será esta la civilización que tanto han decantado? ¡Que oprobio para la Francia! ¡Sus soldados convertidos en piratas incendiarios, depredadores y forajidos, por la depravación y ferocidad de esos agentes indignos de una nación civilizada! ¡Sus soldados unidos a los del pirata bandido Rivera, reproduciendo en la Atalaya la misma barbarie con que aquel forajido incendió el pueblo de Páisandú!

Esto es lo mas atroz y bárbaro que puede ofrecerse a la execración de todas las naciones civilizadas en Europa y América: es la más infame y abominable iniquidad. Tanta ferocidad y vileza, ha estado siempre reservada a la piratería y bandalaje: pero hoy forma una parte prominente de los agentes franceses en América. ¿Y dirán todavía que la moderación es su divisa? ¿Y sostendrán que bajo la bandera de una nación tan poderosa, de las primeras de la civilización del mundo, pueden cometerse tales actos de barbarie, sin eterno oprobio y deshonor?

Ya pueden los agentes franceses ostentar ante el mundo civilizado esos trofeos con que se han engalanado los piratas de todos los tiempos; ya pueden hacer alarde de esa fría barbarie cometida en una tierra que hasta hoy ha abrigado hospitalaria y generosamente a los súbditos franceses; ya pueden legar a la Francia esos comprobantes para justificar la cruzada que han emprendido contra los Americanos; ya pueden atestiguar su justicia, moderación y honor, señalando ese horroroso incendio y devastación, que han perpetrado en un puerto indefenso, sin otro motivo o pretesto que el abuso salvaje de la fuerza.

Pueden también transmitir a la Francia y al mundo, el siniestro júbilo con que han festejado estos laureles, apareciendo empavesados los buques franceses,

bloqueadores del puerto de esta ciudad y haciendo salvos por tan infame acto de piratería.

Pueden ofrecer ante las naciones este hecho para que resalte en la serie de sus procedimientos en América: y el mundo juzgará.

Entre tanto, los argentinos debemos prepararnos a hacer una guerra eterna a estos bandidos, mientras no se satisfaga a la República, por tales ultrajes, inusitados aun entre naciones incultas. Ya no es dado soportar tanta insolencia y ferocidad.

Teniendo como tenemos para vengar noblemente la patria, tantos recursos y poder, que hasta hoy ha esterilizado nuestra ilimitada generosidad; despleguemos a una, con el entusiasmo que nos inflama, y con el vigor que hasta hoy hemos resistido, y resistiremos a toda costa, la humillación y oprobio de nuestra querida tierra.

Se nos ha negado la justicia que merecemos; se nos contesta con actos de piratería; se nos dirigen agravios feroces e infames. Mientras no haya justicia, mientras no haya reparación por parte del gobierno francés, haremos la guerra; y el incendio que hoy se levanta no será apagado aun cuando en él se vierta el caudaloso océano que nos divide de la Francia.

Hasta hoy nuestra divisa ha sido la moderación: en adelante lo será la venganza contra tan viles execrables tiranos. Vale más perecer mil veces, antes que consentir en tanta humillación y baldón para nosotros, para nuestra tierra y para nuestra prosperidad; para la América y para todas las naciones libres del mundo.

En todos los Estados Americanos, hermanos nuestros en el simultáneo origen de la libertad e independencia que hoy acometen los tiranos con tan infame ferocidad, incumbe fulminar su anatema contra tan bárbaros atentados que hoy se dirigen contra nosotros; que se han perpetrado en Méjico, en el Brasil y en el Estado Oriental del Uruguay, y que después se dirigirán sucesivamente contra todos ellos para anular su independencia, abatir su dignidad y ligarlos al más degradante vasallaje y vergonzosa esclavitud. El sentimiento de todos los Americanos que ya se han pronunciado enérgicamente, debe inflamarse al contemplar estas nuevas agresiones que hasta hoy habían sido el exclusivo modo de hostilizar de los bandidos, pero no de los agentes de naciones civilizadas.

La profunda y universal indignación que ha excitado tan feroz atentado; la inexplicable irritación que ha excitado en todos y en las masas populares que arden en ira belicosa, anuncian que la nación argentina se levanta a la más noble venganza; que

su digno gobierno toma la dirección del sentimiento nacional, y que no quedarán impunes atentados tan infames y execrables». <<

[133] Sin embargo, en el *Nacional* del 2 de setiembre de 1839 se confiesan 9 *heridos en el desembarco de la Atalaya*. <<

[134] El coronel Bernardo González fué uno de los primeros en pasarse a Urquiza, apenas iniciada la cruzada contra Rosas en 1851. <<

[135] Rivera. <<

[136] La presente lista ha sido basada sobre la que se formó en Montevideo el mes de agosto de 1842, con presencia de los ajustes originales hechos por los SS. Madero y Elia que fueron los comisarios de la Expedición Libertadora. Hemos consultado asimismo, las muy deficientes publicadas años ha por los SS. Pueyrredón y Lacasa, y también otra inédita del Sr. Sinclair. Distinguimos con este signo † a los voluntarios que se embarcaron en Montevideo, el 2 de junio de 1839 en la goleta «Libertad». <<

[137] «... En la derrota que sufrimos al Sur de las faldas de la Tinta, hubo hasta quince días después, dispersos a pié. Lara estuvo en su estancia de Monsalvo.

»Cuando la entrada grande, después de la espedición Rodríguez, prisión de Ramos Mejía, y fuga de los indios de la estancia de Miraflores, Lara iba de Kakel a Dolores con cien hombres. En el promedio lo encontró D. Gregorio Marín a quien habían cautivado y mandaban de chasque los caciques Pichuiman, Ancafilú y otros, con una carta en que decían a Lara: "... Tenemos toda la familia de Vd. en nuestro poder, pero no somos tan inhumanos como los cristianos; está con salud y bien cuidada...". En efecto, como al año y medio, la mandaron por el partido de Ranchos, y el jeneral Rodríguez aprisionó a los indios conductores. Esta fué una felonía.

»Sin ofender a la familia que hoi descende de aquel jeneral, ni mejorar o la de Ramos Mejía, diré los antecedentes de la espedición Rodríguez a los Huesos, y el atropello a los Ramos que dió lugar a la fuga de Molina, su capataz, y los peones el *Guaireño* y un Rojas, como también de los caciques Antonio Grande, Ancafilú y Pichiman.

»Molina no fue bandido. Desertó a causa de la prisión de la familia Ramos de quien como digo era capataz. Había sido de los Granaderos a Caballo y como era lenguaraz ganó los indios; casó entre ellos, y se hizo caudillo y condujo la primera entrada, cuando destruyeron a Dolores y fué prisionero D. Gregorio Martín ya citado.

»¡Desavenido con los indios y muerto el *Guairéño* por ellos, huyó de las tolderías, entonces acampadas en Chapaleufu, Tandil, Los Huesos y Tapalqué y se presentó a Cornell en Kakel, quien pensó que no teniendo un solo baqueano, este sería útil a la expedición de Bahía Blanca; lo hizo custodiar con guardias dobles en Kakel para que no lo mataran, pues el vecino D. Gregorio Marin con una gruesa partida intentaba atropellar la guardia para ultimarlos consiguiendo aplacarlos y disolver la partida...!». (Cornell. —*Memoria cit*). <<